

5884







HISTORIA DE LA IGLESIA  
EN SUS PRIMEROS SIGLOS.





# HISTORIA DE LA IGLESIA

EN SUS PRIMEROS SIGLOS

HASTA EL TRIUNFO DE LA MADRE DE DIOS

EN EL CONCILIO DE ÉFESO EL AÑO 431,

POR

DON JUAN MANUEL DE BERRIOZABAL,

MARQUÉS DE CASAJARA.

**TOMO II.**

*Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.*

MADRID.—1867.

—  
IMPRESA DE TEJADO, Á CARGO DE R. LUDEÑA,  
CALLE DE SILVA, 47 Y 49, BAJO.



## SIGLO TERCERO.

### CAPÍTULO V.

#### SUMARIO.

San Dionisio, Obispo de Alejandría: tumulto de esta ciudad contra los cristianos. Persecucion de Decio. Apostasías. Martirio del Papa San Fabian. Sabia conducta de San Cipriano. Epístola del clero romano al de Cartago. Mártires en el África. San Celerino y sus hermanas Numedia y Cándida.

Muy semejante á San Cipriano en la nobleza de su alcurnia, en su nacimiento y educacion en la noche del paganismo, en el ejercicio del profesorado de elocuencia y en las bellas cualidades de su espíritu fué Dionisio de Alejandría, á quien esta ciudad sentó en la cátedra de San Marcos el mismo año 248, en que Cartago se dió por Obispo á su hombre grande. Dominado Dionisio por la noble pasion del estudio leyó nuestros libros santos, y no fué menester mas para que abrazára el cristianismo: tuvo la suerte de tener por maestro á Orígenes, y fué tanto lo que aprovechó en



el conocimiento de su nueva religion que sucedió á San Heraclas en la enseñanza de ella en la famosa escuela de Alejandría, y al cabo de 16 años de magisterio le sucedió tambien en el obispado de aquella ciudad. Y bien fué menester que la divina Providencia le diera un piloto de tanta virtud y sabiduría, porque la navecilla de su Iglesia habia de ser agitada por furibundas tempestades. Instigado por un adivino se arremolina el pueblo contra los cristianos: arremete primero al venerable anciano Métras; él se resiste á proferir las blasfemias, que intentan arrancarle á viva fuerza, y es arrastrado por las calles hasta lo último de la ciudad: se le hiere con agudas cañas en las mejillas y en los ojos, se le aporrea cruelisimamente y al fin se le sepulta bajo una nube de piedras.

Ni se muestra menos inflexible en la profesion de la verdadera fé Quinta, que llevada á un templo de ídolos prefiere todos los tormentos á dar la menor señal de prestar culto á las mentidas deidades: el furor del pueblo es tan impetuoso y ciego en atropellarla y acabar con ella que no respeta las leyes del pudor, arrastrándola desnuda y haciéndola sufrir toda clase de malos tratamientos hasta darle una muerte igual á la del anciano Métras. Á Apolonia se le hacen saltar los dientes con

los fuertes golpes, que sufre en sus mejillas: ya está muy entrada en años; pero su valor heroico dejará muy eclipsado el de la mas lozana juventud; se le amenaza con una hoguera; y ella por impulso particular del Espíritu Santo, se lanza por sí misma entre las llamas. Cuando sus verdugos creian que estaba deliberando si habia de sacrificar ó no á los falsos dioses, ella hablaba con el Dios verdadero y recibia en lo íntimo de su alma la secreta órden de volar á donde estaba el fuego encendido para consumirla.

Serapion es acometido en su propia casa, se le quebrantan todos los huesos, y por último se le arroja por una ventana. Alejandría es un campo de batalla para los cristianos, que en ella moran: en todas partes se les persigue, en todas partes se les acosa, en todas partes se estrella en sus inocentes vidas la furia del populacho sedienta de su sangre, en todas partes se les despedaza, y no se sácia con esto el encono de sus enemigos. Sus casas son saqueadas; y lo que entre sus muebles no se considera digno de la rapiña es roto ó quemado en medio de la calle. Las fieras alejandrinas no se cansan de esta horrenda ocupacion de exterminio hasta que despues de largo tiempo vuelven sus armas en contiendas civiles unas contra otras. Gloria fué del cristianismo no

haber tenido mas que un solo apóstata en esta fierísima persecucion de los fieles de Alejandria, que acaeció cuando los de otros países aun descansaban en paz á la sombra del benévolo imperio de los dos Filipos.

Mas ya no habia de durar la tregua: en el momento que Decio subió al imperio se estremeció todo el mundo cristiano, porque casi al mismo tiempo que la noticia de su elevacion llegaron á todas las provincias los terribles edictos, en que el nuevo Emperador decretaba el exterminio de la religion de Jesucristo. Si esta persecucion, que se cuenta por la séptima, no fué la mas larga, fué no obstante la mas atroz de cuantas hasta entonces habia padecido la Iglesia. Algun tiempo antes la habia el Señor revelado á San Cipriano á fin de que los fieles no estuvieran desprevenidos y se dispusieran á ella vistiéndose las armas de la celestial milicia, que son el ayuno, la oracion, el fervor del espíritu, la fé, la esperanza, la caridad. Mas no todos se aprovecharon de este aviso, porque segun el mismo Santo la conducta de muchos no era la que debia ser, y así se vieron apostasias lastimosas, las cuales como que introdujeron algunas sombras en el glorioso cuadro de las victorias de los mártires, que con su invencible constancia difundieron tantos resplandores sobre la faz de la Iglesia. Habiendo-

se propuesto el tirano Decio destruir desde sus cimientos el templo del verdadero Dios, todos los gobernadores recibieron órdenes ejecutivas para obligar á los cristianos á abandonar su culto empleando para conseguirlo todo género de suplicios. Con cuánto rigor las hubiesen cumplido, lo podemos inferir de lo que sabemos que sucedió en varias provincias.

El Gobernador del Ponto, que para aborrecer y perseguir á los cristianos estaba naturalmente dispuesto por la fiereza de su carácter, al instante los puso en la alternativa de apostatar ó someterse al rigor de los tormentos mas inhumanos. Los magistrados de las ciudades, desentendiéndose de todas sus demás obligaciones, dirigieron todo su conato á buscar, procesar y atormentar á los cristianos. Si la divina gracia no los hubiera asistido, hubiese bastado para llenarlos de espanto la sola vista de los horrosos instrumentos destinados á despedazar sus cuerpos y á darles bárbara muerte: con formidable aparato estaban como escuadronados en los tribunales, en que comparecian á confesar su fé, los potros, los ecúleos, las planchas encendidas, los garfios de hierro, las bestias feroces, las calderas hirvientes, las espadas y las hogueras. El principal estudio de los jueces y de los ministros de su impiedad consistia en inventar nuevos y cruelísimos tormentos, compi-

tiendo en cuál habia de mostrarse mas inhumano. Unos hacian el oficio de delatores, otros buscaban á los que se habian escondido, estos seguian las huellas de los fugitivos, aquellos instigados por su avaricia atropellaban á los dueños de los bienes que codiciaban. Todo era confusion, desórden, terror y espanto. Los hijos no se fiaban de sus padres, ni los padres de sus propios hijos. La discordia agitaba las familias; el hijo pérfido entregaba traidoramente á su padre fiel, y el padre impío acusaba á su hijo piadoso; y desnaturalizándose los hermanos se hacian fraticidas pidiendo á los jueces la sangre de sus hermanos. Llenábanse los desiertos con los que á ellos corrian, creyéndose perdidos si permanecian en lo poblado, y por el contrario las casas solitarias como que lloraban la ausencia de los que las habian abandonado. Era tanta la muchedumbre de los presos, que llenos ya todos los calabozos, fué necesario convertir en cárceles otros edificios públicos. En vez de la animacion y alegre algazara, que solia reinar en calles y plazas, dominaban el tétrico silencio, el miedo, el pavor y la melancolía, viendo que á cada instante se llevaba á los mejores ciudadanos cargados de cadenas á los calabozos y á la muerte. Los tiranos no tenian piedad de los tiernos niños, ni de los canosos viejos, ni respeto alguno á la virtud, ni com-

pasion de ningun género para con las mujeres débiles y delicadas; los suplicios y la muerte eran sin distincion para cuantos rehusasen prosternarse á los piés de las estátuas de los ídolos.

Habiéndose multiplicado tanto los cristianos, no era el principal intento de sus perseguidores destruir su religion acabando con todos ellos, pues paro esto hubiera sido menester despoblar las ciudades, dejar sin cultivo los campos y arruinar el imperio junto con la religion; proponíanse pues en cuanto les fuera posible aniquilar la piedad y conservar las vidas, dando espiritual muerte á las almas. Tal habia sido por cierto en las persecuciones precedentes la principal mira de los idólatras; pero no con tan especial propósito como en esta, en que era preciso ó renunciar á la fé ó morir. Como no se intentaba convertir á los cristianos en cadáveres, que llenasen los cementerios, sino en adoradores de los ídolos, se diferia el darles la muerte que deseaban, prolongando sus tormentos á fin de triunfar de su paciencia y hacerlos apostatar. Pero cuando se persuadian los tiranos de que los mártires eran invencibles, para terror de los mas tímidos se empleaban en hacerles morir los mas espantosos suplicios.

Como una prueba de que primariamente se intentaba la perdicion de las almas, refieren todos los autores de historia eclesiástica que á un

jóven cristiano en vez de martirizarle se le llevó á un jardin muy ameno, y habiéndole atado con delicadas cintas, se introdujo á una mujer llena de seductores atractivos, y el valeroso soldado de Jesus, viendo que no podia huir, ni usar de otras armas en aquel combate de nuevo género, se partió la lengua con los dientes y la escupió, junto con una rociada de la sangre de la herida terrible, que se acababa de hacer, sobre el rostro de aquella mujer impúdica; y así triunfó de una manera tan inesperada como el trance peligroso, en que se le habia puesto. Á fin de consumir la paciencia de otro santo mártir, despues de haberle tenido en el ecúleo y llagádole atrocmente, le untaron todo con miel, y en tal conformidad desnudo le expusieron á los ardores del sol para que acudieran á picarle mil y mil moscas y otros insectos de aguda mordedura.

Segun todos los datos, que nos han venido de la docta antigüedad, fué el Sumo Pontífice San Fabian el primero, que capitaneando las innumerables huestes de los que á su ejemplo dieron despues la vida por Jesucristo, se coronó con la gloriosa lauréola de mártir el 20 de Enero del año 250.

En Cartago el furioso populacho luego que llegaron los desoladores edictos del Emperador, hizo resonar el teatro y el circo con los gritos



de «Cipriano á las fieras; Cipriano á los leones;» pero el Santo Obispo advertido de antemano en una vision acerca de lo que debia hacer en el inminente peligro, huyó, porque además importaba mucho á su rebaño la conservacion de su Pastor, y desde su retiro continuó gobernándolo y alentándolo con sus cartas llenas de celo, de uncion, de fervor y de caridad y dictadas por aquel espíritu de prudencia, de sabia prevision, de firmeza y templanza, que suele ser el distintivo y formar el carácter de los grandes siervos de Dios encargados de gobernar su grey: en ellas desaprobaba la excesiva bondad, con que los mártires y los confesores desde su prision intercedian por los apóstatas, haciéndoles participantes de sus méritos para que de nuevo fueran admitidos en el maternal gremio de la Iglesia, mandaba que no se negára la comunión á los que habiendo caido manifestáranse contritos á la hora de la muerte, y dictaba otras medidas concernientes al buen gobierno del pueblo fiel y á la asistencia y honra que se debia á los mártires de Jesucristo. Tambien el clero romano, que gobernaba por estar vacante la Santa Sede, escribió al de Cartago una epístola admirable por la nobleza y elevacion de sus ideas y sentimientos, en los cuales rebosaba un como torrente de amor divino y de heroismo celestial. Era una comunicacion de fuego santo la

que tenían entre sí aquellos invictos Confesores. Llegado el Proconsul á Cartago, de los calabozos, en que los magistrados de la ciudad los habian puesto interinamente, pasaron á los suplicios, en los cuales dieron la vida por la fé, llenando de júbilo con su triunfo á cuantos se interesaban como hermanos en la gloria que consiguieron. «Vosotros, escribia San Cipriano, no cedisteis á los suplicios, sino que los mismos suplicios cedieron á vuestra virtud. La desapiadada carnicería, que con su larga duracion no pudo abatir vuestra fé, fué el medio de que llegáseis mas pronto á vuestra suspirada union con Dios. Los atormentados mostraron mayor firmeza y constancia que los atormentadores; y los miembros dilacerados y hechos pedazos vencieron á los horrorosos instrumentos de los suplicios. La fé inexpugnable de los siervos de Cristo se aventajó en la dura batalla á la muchedumbre de las llagas, aunque en ellos, rota ya y despedazada la trabazon de las entrañas, no hubiese ya lugar á los tormentos sino sobre las mismas heridas.» Y en particular hace San Cipriano honorífica mencion del mártir Mapálico, que amenazado por el Proconsul despues de sus tormentos de que al dia siguiente los sufriria mayores, le respondió que tambien él le veria con ánimo mas invencible para tolerarlos. Compañeros de su combate y martirio fueron los

Santos Pablo, que exhaló el alma en el momento en que se le bajó del caballete, Fortunion, que espiró luego que le volvieron al calabozo, Baso, que murió en las canteras de mármoles, Fortuna, Victorino, Victor, Ereno, Crédula, Erena, Donato, Fermo, Venusto, Fruto, Julia, Marcial y Ariston, los cuales murieron de hambre y de sed, como lo habia mandado el Emperador, y por la intolerable fetidez y el sofocante calor de la prision.

De otra numerosa falange de mártires nos da noticia otra carta escrita por San Cipriano. Habla en ella especialmente de Numídico, gloriosísimo atleta, que á su fé invencible añadía el mérito de haber con sus exhortaciones dispuesto para el martirio á una multitud de héroes cristianos, cuyas almas subieron al cielo, quedando sus cuerpos ó enteramente reducidos á cenizas por el fuego que los devoraba, ó sepultados bajo un monton de piedras, que les aceleraron la muerte estando ya medio quemados. Á Numídico, que los capitaneaba, buscó una hija suya con ánimo de darle honrosa sepultura, y le halló con algunas señales de vida, y tuvo el dulcísimo consuelo de llevárselo á su casa para curarlo. El Señor le habia conservado la vida para que entrando en el orden sacerdotal, fuera el mas espléndido ornamento del clero de Cartago, y reparára las faltas de algunos de

sus miembros, que cayeron vergonzosamente. No habla San Cipriano con menos encarecimiento de los santos confesores Aurelio, Rogaciano, Saturnino y Celerino, que sobrevivieron á sus tormentos despues de haber dado en ellos insignes pruebas de la grandeza de su fé. Este mismo San Celerino, habiendo ido despues á Roma, volvió en ella á confesar á Jesucristo delante del mismo tirano Decio, y despues de haber padecido cruelísimos tormentos con magnánima fortaleza, regresó al África, donde San Cipriano experimentó al verle un júbilo indecible y le recibió como á una de las mas esplendorosas lumbreras de su Iglesia. Aquel Santo Confesor era un admirable modelo de humildad: escribió desde Roma á otro Confesor amigo suyo de Cartago que él y sus compañeros mártires intercedieran con Dios en favor de dos hermanas suyas Numedia y Cándida, que en aquella capital del mundo por temor á la violencia de los tormentos habian caido, pero que arrepentidas se habian levantado inmediatamente y hacian penitencia y asistian y mantenian á sesenta y cinco Confesores venidos de Cartago. Pinta en su carta con los mas vivos colores la amargura de su alma por la momentánea defeccion de sus dos hermanas, y dice que agobiado por el peso de este dolor hasta la alegre solemnidad de la pascua, lejos de participar del comun regocijo

de los fieles, la habia pasado cubierto de un cilicio, llena de ceniza su desmayada cabeza, y gimiendo y sollozando durante toda la noche.

## CAPÍTULO VI.

### SUMARIO.

Caidos, que se arrepienten. San Dionisio, Obispo de Alejandría, durante la persecucion. Mártires en aquella ciudad. San Pablo, primer ermitaño. Caridad de los mártires para con los apóstatas arrepentidos. Orígenes sufre tormentos por la fé: su muerte: epitafio que se le debia poner. Martirio de San Alejandro, Obispo de Jerusalem. San Babilas muere en la prision. San Gregorio Taumaturgo: prodigios que le libran de sus perseguidores: su pueblo de Neocesarea es acometido por ellos: vision del Santo Obispo. San Máximo y San Felix; bellísimas escenas prodigiosas.

\* En varias de las cartas de San Cipriano se ve que fueron muchos los caidos por flaqueza de ánimo y no por falta de creencias; aunque su delito era grande, eran apóstatas de un solo momento, pues acto continuo solicitaban con instancias ser admitidos de nuevo en la Iglesia. Reflexiónese cuán valiente é ingenioso es el amor propio para defender y sostener sus caidas, cuán difícil es levantarse habiendo caido, cuán

raro el que un desertor vuelva voluntariamente á las filas que habia abandonado, y se conocerá la profunda conviccion que tenian de la verdad de la religion estos desgraciados, que eran la plebe y la hez de los cristianos. De modo que los mismos, que renegaban de la fé, por el mismo hecho de su caida eran mas fidedignos testigos de su verdad y divinidad cuando despues seguian profesándola y lloraban su delito.

Tambien en Alejandría hubo gran número de apóstatas, particularmente entre los ricos y los empleados del gobierno: algunos sacrificaban á los ídolos trémulos y consternados, denotando con su aficcion que su conciencia les estaba clamando contra aquello que hacian, y que obraban impelidos únicamente del espanto, que de ellos se habia apoderado. San Dionisio, Obispo de aquella populosa ciudad, fué la primera víctima señalada por Sabino, prefecto del Egipto; pero le buscó en vano por todas partes un soldado, que tenia órden de prenderle. El Santo no se habia movido de su casa, y el satélite del tirano no fué á ella creyendo que ya se habria fugado. Al cuarto dia el Señor mostró al valeroso Obispo que lo debia hacer; y en efecto salió este de la ciudad con sus domésticos y familiares á esconderse á un lugar muy apartado de la Libia. Despues de algun tiempo le prendió un Centurion, y le

condujo á Taposiris; mas la divina Providencia le puso en libertad por medio de unos campesinos, que habiéndolo sabido corrieron á salvarle y con sus gritos aterraron á los soldados, que le custodiaban, hasta hacerlos huir. Obligado el Santo, aunque á pesar suyo, á reconocer en esto la voluntad divina, se escondió nuevamente, y desde su retiro velaba por la salud espiritual de sus queridas ovejas devoradas por lobos carniceros.

Un venerable anciano llamado Julian, que por sus padecimientos de gota apenas podia tenerse en pié, fué el primero que confesó en Alejandria al verdadero Dios, mereciendo ceñirse junto con su criado Crónio las primeras coronas de aquella persecucion: ambos fueron azotados por las calles de la ciudad mientras los conducian sobre unos camellos, y por último exhalaron sus preciosas almas en una hoguera. En seguida obtuvo igual corona un soldado llamado Besa, que á instancia del populacho murió decapitado. Mácar espiró en las llamas. Epímaco y Alejandro sufrieron larga prision, dilaceramiento de sus carnes con uñas de hierro, y por último fueron arrojados á una caldera hirviendo. Cuatro mujeres, Anmonario, cuya constancia peleó con toda clase de suplicios, Mercuria, respetable por su avanzada edad, Dionisia, madre de muchos hijos, á cuyo



amor antepuso el de su divino Esposo, y otra Anmonario, fueron decapitadas. Dióscoro, que solo contaba quince primaveras, venció á los tormentos, y el juez le dejó libre bajo el pretexto de que le daba tiempo para reflexionar. Fueron quemados vivos Heron, Ato é Isidoro. Nemesio, á quien se calumnió horriblemente, fué tambien quemado vivo en compañía de unos infames malhechores, y así tuvo la gloria de asemejarse al Redentor del mundo, que dió su vida en la cruz entre dos ladrones.

El mismo San Dionisio, Obispo de Alejandria, escribia desde su retiro que eran innumerables los Santos de todas clases, edades, sexos y condiciones, que en aquella ciudad habian alcanzado la palma del martirio.

En las demás ciudades y pueblos del Egipto fué igualmente violentisima la persecucion: por todas partes dilató la muerte su fúnebre imperio, y la crueldad ejercitó sus horrores: huyendo de ellos se fueron muchos cristianos á las selvas, á los montes, y á los desiertos de la Arabia, y en esas peregrinaciones de tanto riesgo y desamparo unos perecian de hambre y otros de sed. Las fieras los devoraban en los bosques, los ladrones les daban en parages solitarios la muerte, de que iban huyendo. Quereimon, Obispo de Nicópolis, que fué uno de estos infelices prófugos, murió sin saberse donde,

pues en parte alguna encontraron los fieles su buscado y deseado cadáver.

Entre estos ilustres fugitivos fué el mas célebre el primer ermitaño Pablo. Habia nacido en la Tebaida, y habiendo perdido á sus padres, á la edad de quince años era dueño de un rico patrimonio; adornábanle los conocimientos de la literatura de griegos y egipcios: grande era la bondad de su alma, y ardia en ella la sublime llama del amor de Dios. Publicado el edicto de la persecucion, se retiró de la casa de su cuñado á una quinta; mas habiendo sabido que codiciando aquel sus bienes, intentaba delatarle, se puso en fuga y se fué á esconder á los montes y á las soledades á fin de esperar en los desiertos el término de la persecucion; pero tomando el gusto á la vida solitaria, fué tanto lo que de ella se enamoró que permaneció en soledad por espacio de noventa años. Solo Dios y sus Ángeles sabian donde estaba, y solo al fin de sus dias le descubrió por divina revelacion el grande Antonio, patriarca de la vida eremítica. Contaba entonces ciento trece años.

Los mártires del Egipto mostraron entrañas de piedad para con los apóstatas: viéndolos arrepentidos imitaron la dulzura de su divino Maestro, admitiéndolos á su compañía y á su mesa como á hermanos queridos, y orando con

ellos para que alcanzáran del Señor la suspirada reconciliacion. En vista de semejante conducta sentíase su Obispo San Dionisio como dulcemente impelido á seguir este ejemplo de misericordia, segun el mismo lo manifiesta en su carta á Fabio.

En esta misma persecucion estuvo largo tiempo preso y padeció prolongados tormentos el anciano Orígenes, cuya firmeza en la fé y cuyo antiguo valor no pudo doblegar con los mas crueles suplicios el Gobernador de Palestina. Le cargó de cadenas, le puso al cuello un enorme collar de hierro, y le hizo sufrir la tortura de ambas piernas y el ecúleo, y le amenazó con arrojarle al fuego. Completo fué el triunfo de Orígenes; y grande seria su consuelo al recibir el libro, que su actual Obispo y antiguo discípulo San Dionisio escribió para él en esta ocasion. «Estaba pues, dice el Cardenal Orsi, en comunion con su Obispo, que tan particular prueba le daba de su benevolencia y especialísimo amor.» Poco tiempo despues entregó su alma al Criador en la ciudad de Tiro á los sesenta y nueve años de su edad. Sobre su sepulcro pareceme que debiéramos escribir estas palabras: «Aquí yace un héroe de la fé. ¡Ay dolor, que no siempre escribió con acierto! pero la historia de su vida está llena de virtudes, de apostólico celo y de insignes conquistas hechas

para la Iglesia, y la misericordia de Dios es infinita.»

Su íntimo amigo y protector San Alejandro, Obispo de Jerusalen, venerabilísimo por sus canas y ancianidad, fué presentado en Cesarea al Gobernador de Palestina, y gloriosamente confesó el nombre de Jesucristo por segunda vez, pues hacia ya cuarenta años que en la persecucion de Severo habia por la misma confesion padecido una prision larguísima siendo ya Obispo. Encerráronle en un calabozo, en el cual permaneció por mucho tiempo hasta que entregó al Señor su espíritu bienaventurado al año siguiente, que fué el de 251.

San Babilas, Obispo de Antioquía, fué otra de las ilustres víctimas de esta persecucion. Con no menos esfuerzo y magnanimidad que al emperador Filipo opuso su generoso pecho á la tiranía de los ministros del impío Decio. Largo tiempo estuvo preso y preso murió. Mandó que con él fueran enterradas las cadenas, que habia tenido sobre sí y que tanto amaba. Y á este propósito dice su panegirista San Juan Crisóstomo que aquellas gloriosísimas cadenas están exhortando á todos los Prelados de la Iglesia á mostrar invicta fortaleza por la defensa de la fé.

Hubiérala mostrado digna de su admirable santidad, padeciendo por su Señor los mas crueles tormentos el taumaturgo Gregorio, Obispo de

Neocesarea, si no hubiera juzgado que era mas del agrado de Dios y de su mayor gloria el evitar á su querido rebaño la pérdida de su Pastor. Consideraba como todavía naciente aquella cristiandad, que él mismo habia formado, y no queria verla expuesta á la ruda prueba de dolorosos combates. Así aconsejó á sus ovejas que huyesen de los lobos. Dióles ejemplo yendo él mismo á esconderse á una montaña. Pero los perseguidores averiguan su paradero: van á prenderle al sitio que se les señala: son muchos, se dividen, se desparraman, todo lo recorren, todo lo registran, se introducen en las concavidades de las peñas, suben á lo mas alto, descienden á lo mas profundo, y con tanto afan y solicitud se vuelven sin haber visto mas que dos árboles inmediatos uno á otro. El guia, que los ha conducido, dirige de nuevo sus pasos hácia donde están los dos árboles, llega, y reconocido el milagro, se postra á los piés del Santo Obispo, que allí se halla en oracion con los ojos y los brazos elevados al cielo, teniendo junto á sí igualmente en oracion á su diácono, y en aquel instante queda convertido al Dios, que en favor de los suyos obra tales prodigios. Despechados por no hallarle los furiosos enemigos del cristianismo, acometen á su grey dispersa; la persiguen y acosan en todas direcciones. Ya están llenas las cárceles de confesores, que han preso

en su fuga ó en sus mal seguros escondites: ya los verdugos hacen uso de los fatales instrumentos de muerte: ya el pueblo santo lucha y da su vida por el verdadero Dios. Pero no le ha abandonado su caudillo: está como Moisés orando en la montaña para que triunfe el ejército del Señor. Se advierte que su semblante se demuda, que aparta sus ojos como horrorizado de un espectáculo atroz, se le pregunta qué ha visto en su vision, que tanto le contrista, recobra su placidez, brillan sus ojos de alegría, y responde «que un noble jóven llamado Troadio luchaba por Jesucristo con los mas atroces suplicios, y que por fin ha triunfado del infierno, entrando glorioso en la patria de los bienaventurados.»

Época era aquella muy fecunda en prodigios, porque tambien lo era en Santos extraordinarios. En Italia San Máximo, Obispo de Nola, habia huido á una soledad, y no habiéndole hallado los perseguidores, buscaron á Felix, sacerdote ejemplarísimo, á quien San Máximo al retirarse habia dejado encomendada su Iglesia, le prendieron y le encerraron en un calabozo cargándole de cadenas. Para mayor tormento le pusieron los piés en muy dolorosa tortura, y á fin de que no pudiese hallar descanso alguno en el suelo, sembraron el pavimento de puntiagudos tiestos hechos pedazos. Pero en tanto, llegada la noche á lo mas sombrío de su reino, se ilumi-

na la tenebrosa prision de Felix: aparece en ella un Ángel, que le manda ir á socorrer á su moribundo Obispo. Responde el Confesor que se lo impiden sus cadenas; insta el Ángel, y al mismo tiempo caen aquellas sin romperse, se abren de par en par las puertas de las prisiones, y el sacerdote va siguiendo á su celestial guia hasta el lugar desierto, en que el fugitivo Obispo, rindiéndose á los rigores del hambre, de la intemperie y al peso de sus muchos años, ha caido en tierra sobre punzantes malezas, y ya está para exhalar el alma. Felix le reconoce, corre hácia él, le abraza, quiere infundirle su aliento, se esfuerza por levantarlo, y no halla medio de socorrerle. Acude á la oracion, llama al Señor en su auxilio, y de repente se presenta á sus atónitos ojos un racimo de uvas; exprime su jugo dentro de la boca del espirante anciano, y vuelve en sí el Obispo: ve á Felix, y le dice: «¡cuánto has tardado en venir á socorrerme!» El Señor le habia revelado que se lo habia de enviar, y él esperaba con ansia. Felix le lleva en sus brazos á su casa episcopal, y le entrega á una mujer anciana, que era la única persona, que en ella quedaba. San Máximo para mostrar su agradecimiento á su querido discípulo, le pone las venerandas manos sobre la cabeza, y con esta imposicion misteriosa parece que le transmite los favores del Cielo, pues la historia de



Felix en adelante es un tegido de prodigios. Celebrábalos todos los años en sus latinos versos el esclarecido San Paulino de Nola.

## CAPÍTULO VII.

### SUMARIO.

Martirio de San Pionio. Martirio de San Máximo en el Asia: id. de San Pedro de Lampsaco en el Helesponto. Apostasía y muerte espantosa de Nicómaco. Martirio de los Santos Pablo y Andrés y de la vírgen Dionisia. Martirios de otros muchos Santos en toda la extension del orbe cristiano. Admirable confesion de Acacio. Sabiduría, celo y caridad de los presbíteros romanos.

En Smirna apostató el Obispo por miedo á los tormentos; pero Dios se habia escogido un héroe, que reparase aquel escándalo con la gloria de su célebre martirio: llamábase Pionio, y era sacerdote tan versado en las ciencias y tan elocuente como enriquecido de las mas preciosas virtudes: pronunció ante el pueblo idólatra un discurso lleno de ideas elevadas y de sentimientos sublimes; y en sus respuestas admiramos la fortaleza unida á la ilustracion y la viveza junta con la oportunidad. Su compañera de prision Sabina no interesa menos, ni se muestra menos heróica. Fué aquel ilustre mártir despues de haber sufrido diversos tor-

mentos sentenciado á ser quemado vivo, y se dirigió al lugar del suplicio con la gallardía, presencia de ánimo, firmeza de paso y serenidad y alegría de rostro que un desposado á sus bodas: por sí mismo se despojó de sus vestidos, se colocó en la postura conveniente para que le claváran; recogió su espíritu en el Señor, contestó valerosamente al pueblo que le incitaba á la apostasía, y cuando las llamas se levantaban para devorarle estaba él como en un lecho de flores sin cuidar mas que de encomendar su alma al Dios, que la iba á recibir en su gloria. Espiró y su semblante quedó lleno de magestad y de dulzura, de tal manera que para los idólatras era un objeto de confusión y espanto y de consuelo y triunfo para sus hermanos en Jesucristo.

Fué asimismo digno de eterna memoria el martirio de San Máximo en el Asia, en cuyas actas, que son contadas entre las mas sinceras, se halla un clarísimo testimonio de la creencia de la primitiva Iglesia en la intercesion y valimiento de los Santos. Decia al Proconsul en medio de sus tormentos el intrépido Máximo: «Ni los palos, ni las uñas de hierro, ni las hachas encendidas me producen dolor, porque la gracia de Jesucristo está en mí por las oraciones de los Santos, que en este combate me han precedido y con sus ejemplos me han ense-

ñado á triunfar de vuestras locuras.» Este invicto atleta murió apedreado.

Por orden del mismo Proconsul sufrió tambien el martirio en la ciudad de Lampsaco, una de las mas célebres del Helesponto, el ínclito jóven Pedro, al cual adornaban prendas tan singulares que no se sabia qué admirar mas en él, si la gallardía y esbeltez de su cuerpo, ó la nobleza de su espíritu, ó la firme y magnánima generosidad de su fé. Cuando compareció en su tribunal, le dijo el Proconsul Optimo: «Ya sabes cuáles son los decretos de nuestros invictísimos Emperadores; sacrifica pues á la grandiosa Venus» «¿Aquella, respondió el Santo, cuyas infamias é impurezas son tan famosas? Pero si vosotros mismos castigais en otros aquellos mismos excesos, que de ella cuentan las historias ¿cómo quereis obligarme á ofrecerle mis sacrificios? Mejor es ofrecer al Dios vivo y verdadero y al Rey de los siglos Jesucristo sacrificios de oracion, de compuncion y alabanza.» El Proconsul al oirle se exasperó, y mandó que atándole fuertemente á una rueda, le quebrantasen é hiciesen pedazos todos sus huesos. Pero cuanto mas atormentado era tanto mas constante se mostraba el siervo de Dios, y con semblante alegre y risueño daba gracias á nuestro Señor por el valor, que le inspiraba para vencer al fiero y tirano enemigo.

Y el Proconsul, perdida toda esperanza de rendir la fortaleza de su ánimo, le hizo decapitar.

Fué á Troade este cruel magistrado, y cerca de la ciudad le presentaron á tres cristianos, que se llamaban Andres, Pablo y Nicómaco. El último se adelantaba en sus respuestas, acaso henchidas de presuncion, y antes que sus compañeros fué puesto en el tormento, pero no consumó su martirio, apostatando escandalosamente. Mandó el Proconsul bajarle del ecúleo, y en aquel instante el demonio se apoderó de él, le arrojó al suelo, le hizo cortarse la lengua con los dientes, y le mató. Entre la multitud de los espectadores se hallaba Dionisia, vírgen de solo diez y seis años, la que impelida por su indignacion exclamó reconviniendo al apóstata porque se precipitaba en una eternidad de tormentos por no sufrir algo mas una pena transitoria. El tirano la hizo comparecer, la amenazó con el fuego si no sacrificaba, y viendo que su constancia en la fé era insuperable, la entregó á dos jóvenes para que la violáran. Nada lograron ellos, y á la media noche apareció en la habitacion un jóven, que llenó toda la casa de los resplandores, de que venia vestido: postráronse á los piés de la vírgen triunfante los dos campeones de la liviandad confusos y aterrados: dijoles ella que aquel era su defensor y custodio; y los que antes habian

luchado en vano por desflorarla, le suplicaban que intercediera por ellos á fin de que no les sucediera ningun trabajo. Amaneció el nuevo dia, y el pueblo tumultuado á instigacion de dos sacerdotes de los ídolos pidió al Proconsul la vida de Andres y Pablo, que estaban presos. Y en efecto, por su órden fueron azotados, y entraron en el cielo apedreados. Sobre sus sacratisimos cadáveres se arroja una jóven gritando que quiere morir como ellos, y los baña con las lágrimas de su fraternal amor. Es Dionisia, que anhela participar de su dicha y ha venido corriendo á juntarse con ellos. El Proconsul satisface sus ansias, mandando que su cabeza caiga al filo de la espada. Así es transplantada á los jardines del cielo esta bellísima flor de los mártires pura, íntegra, victoriosa.

En esta misma persecucion dieron la vida por la fé en la Bitinia Niceas, Trifon y Respicio; en Nicomedia Luciano y Marciano; en Capadocia Mercurio, que fué militar y decapitado por órden del emperador Decio, y un siglo despues bajó del cielo á disparar el mortal dardo contra Juliano apóstata; en Bitinia Tirso, al cual se levantó en Constantinopla un magnífico templo; en Pérgamo Carpo, Papirio, y la heroina Agatonisi; en la Licia Temístocles, pastor de Mira; en Mágida, ciudad de la Panfilia, su Obispo Nestor, que murió crucificado, y

- Conon jardinero; en la isla de Creta Cirilo Obispo de Gortina con otros diez mártires; en la de Scio Isidoro; en Sicilia la celeberrima Santa Águeda, de la cual se hace mencion en el Cónon de la Misa; en Acaya Cuadrato y otros muchos, que prefirieron la muerte á la ignominia de renegar al Dios esposo de sus almas, que por ellos habia muerto en un océano de amargura.

Casi en todo el mundo hasta entonces conocido, que estaba bajo la dominacion del déspota de Roma, se vertia inhumanamente la sangre de los cristianos. Derramábase en Oriente la de San Poliucto; en la capital del imperio la de San Abdon y Senen, que habian venido de Persia, y en sus inmediaciones la de San Magno y la de las Santas Victoria y Anatolia. Fueron inmolados el diácono San Máximo en los Abruzzos, San Feliciano en Fuliño, en Florencia San Miniato y San Creci, y en Ravena la nobilísima virgen Santa Fusca y su nodriza Maura.

Á esta misma época debe referirse el martirio de aquellos siete varones, que fueron encerrados en una caverna inmediata á Éfeso, á los cuales se dió la denominacion de los siete durmientes sin duda cuando al cabo de doscientos años fueron descubiertos, y se les halló durmiendo en el ósculo del Señor, es decir, muertos por su gloria y por su amor en aquella

oscura cueva, que les servia de lecho y de sepulcro.

En las Galias Niza de Provenza bañóse en la sangre del Santo Obispo Baso y la ciudad de Alvi en el Langüedoc con la de San Amaran-do, cuyas actas cita contando algunos milagros San Gregorio Turonense. San Eugenio, Obispo de Cartago en el quinto siglo, desterrado á Alvi por Unerico, Rey de los vándalos, quiso morir sobre la tumba de aquel mártir, en la cual orando fervorosísimamente entregó su alma á Dios.

El interrogatorio de San Acacio, Obispo de Antioquía de Pisidia segun se presume, ofreció una rara novedad. La confesion de la fé, que á millares de gloriosos atletas ocasionaba muerte, dispuso la divina Providencia que le valiera la órden imperial de que libre se le dejase. Magnífico fué su diálogo con el proconsul Marciano: hay en él viveza en las respuestas, calor, energía, concision y resplandores de luz. Recorrieron los interlocutores en breve rato círculo grande de muy variadas ideas, y los lectores del interesante diálogo pasan rápidamente de la mitología á la teología cristiana, y admiran las intelectuales victorias del heroismo de Acacio y el inesperado desenlace de este drama, que fué enviarse al Emperador las actas, verlas Decio con ánimo tranquilo, trasladar á aquel Procon-



sul al gobierno de Panfilia y mandar que se pusiese en libertad al impertérrito y elocuente Acacio.

Entre los documentos respetabilísimos, que nos han quedado de la feroz persecucion Deciana, sobresalen las dos cartas del romano clero al de Cartago. Por muerte del Pontífice San Fabian quedó largo tiempo viuda la Iglesia de Roma; mas sus sabios presbíteros desde sus prisiones horrendas gobernaban el universo cristiano con celo incomparable y consumada prudencia en sus resoluciones y consejos. Al mismo tiempo que suspiraban por la corona del martirio, cuidaban de que se atendiese á viudas y enfermos, de que no se abandonase á los caidos, y se les admitiese á la comunión si se hallaban en peligro de muerte, y tambien de que se diera honrosa sepultura á los difuntos, y en especial á los mártires; y así lo recomendaban y ordenaban á los Confesores de Cartago. Las reglas que establecieron, servian de norma en lo sucesivo á todas las Iglesias del catolicismo, pues acataban todas ellas la voz de la de Roma.



## CAPÍTULO VIII.

### SUMARIO.

Cisma de Novato y Felicísimo. Concilio reunido por San Cipriano. Cisma de Novaciano, primer anti-papa. Concilio de Roma. San Dionisio de Alejandría y San Cipriano sostienen el catolicismo con su celo y escritos. Conversiones de cismáticos. Tratados de San Cipriano sobre la penitencia y sobre la unidad de la Iglesia.

Habia en Cartago un hombre de carácter díscolo, ingenioso para el mal, atropellador de todo lo honesto, rebelde contra la autoridad, sagaz en elegir los medios mas oportunos para llevar á cabo sus inicuos intentos, dilapidador del tesoro de la Iglesia, enriquecido con los despojos de las viudas y de los huérfanos, tan vacío de sentimientos humanos que consintió que su padre muriese de hambre pudiendo socorrerle, y tan violento que con un puntapié que dió á su esposa, hizo pasar á su propio hijo desde el seno en que fué concebido al lóbrego sepulcro sin haber visto la luz del dia. El nombre de este mónstruo era Novato. Habia entrado en el clero, mas como por su conducta era el baldon del sacerdocio, se iba á fallar su causa, en cuyo término tenia sobradas razones para esperar la

deposicion y la excomunion. Sobrevino empero la tempestad, que Decio descargó sobre la Iglesia, y por de pronto quedó libre del castigo, que tanto merecia. Durante la persecucion sembró la cizaña entre los fieles y entre los Confesores: terminada aquella, maquinó formar un partido contra su Obispo, que habia de juzgarle y sentenciarle, y para ello encontró un instrumento muy adecuado en Felicísimo, cuyos antecedentes y costumbres le hacian bastante parecido á él mismo en la perversidad.

La audacia de Felicísimo no necesitaba ajenas instigaciones; por otra parte se hallaba en el mismo caso que Novato para temer el juicio de San Cipriano, á cuyo tribunal se le delataba como adúltero. Formaron pues una nefanda liga contra el Santo, en la cual fueron admitidos otros cuatro sacerdotes, que desde un principio se habian opuesto á la ordenacion de Cipriano, algunos confesores, á quienes alucinó altiva presuncion ó burladora ignorancia, los apóstatas, que sin hacer condigna penitencia se daban ilusoriamente por satisfechos con la fácil y vana reconciliacion, que les prometian Novato y Felicísimo, y en una palabra cuantos se alistaban en las banderas de la rebellion, agrupándose al rededor del nuevo altar erigido por aquellos impíos. Este cisma fué condenado aquel mismo año, que fué el de 251,

por el Concilio, que en Cartago reunió San Cipriano con tal fin y con el de disponer lo que debia hacerse con las diferentes clases de caidos, que pretendiesen volver al seno de la Iglesia.

Como si Cartago hubiese sido pequeño teatro para sus iniquidades, fué Novato á buscarles un campo mas anchuroso en la capital del mundo cristiano. Llegó á ella al tiempo que se hacia la eleccion de San Cornelio para Vicario de Jesucristo, y como nube de tempestad negrísima quiso oscurecer aquel sol naciente, que tanto brillaba por sus acrisoladas virtudes. Contra los grandes siervos de Dios no hay mas arma que la calumnia. Empleáronla atrozmente en contra del Pontífice Cornelio Novato y Novaciano. Era este uno de aquellos hijos de perdition, que el príncipe de las tinieblas designa en sus infernales consejos como sus favoritos predilectos, educados y amaestrados en su escuela para llevar la guerra á los reales del Altísimo. Se habia amamantado con la insípida leche de la filosofia de los estóicos, que le formó las entrañas en la dureza y en la insensible crueldad: pero aun hay mas: el demonio le poseyó, y no se vió libre de él sino por los exorcismos de la Iglesia Católica, á la cual acudió para libertarse de su tiranía. Todavía era catecúmeno cuando viéndose al borde de la

tumba por una peligrosa enfermedad, fué bautizado en su propio lecho. Mas no recibió el Sacramento de la Confirmacion, y cuando iba á ordenarse de sacerdote, celosos presbíteros de Roma hicieron presente que tenia un impedimento canónico; pero el Obispo, que reconocia en él deslumbradoras prendas de ingenio, doctrina y elocuencia, se empeñó y quiso solo por aquella vez dispensar el impedimento ordenándole de sacerdote. ¡Funestísimo empeño! La ambicion de Novaciano halló un estímulo en el genio intrigante y malévoló del africano Novato: hirióla el ver encumbrado al humilde Cornelio á la cátedra de San Pedro, y fué el primero que levantó para oponerse á ella otra cátedra cimentada en la ilegalidad, en la injusticia y en el sacrilegio. Este primer anti-papa para ser consagrado Obispo de Roma llamó á tres sencillos Obispos de una provincia de Italia, sorprendió su candor con refinadas arterias, y el mismo dia que llegaron á aquella capital, despues de haberlos encerrado en su casa y de haberles embotado la razon con los multiplicados manjares y con los vinos enemigos de la mente, los violentó con sus mentirosas palabras para que le impusieran las manos. Así al fin de un banquete fué saludado por Papa el hombre, que habia de cubrir de luto á la Esposa de Jesucristo. Uno de los tres engañados Obis-

pos reconoció luego su grave hierro, y bañado en amargas lágrimas de penitencia corrió á postarse á los piés del verdadero Pontífice y á pedirle humildemente el perdon de su culpa. Acogióle San Cornelio con benignidad y le admitió á la comunión solo entre los seglares, dando su obispado á otro mas digno. Los otros dos Obispos, que concurrieron á la consagración de Novaciano fueron igualmente depuestos por sentencia del Santo Pontífice y declaradas vacantes sus sillas, en las cuales se colocaron otros Pastores.

Los cismáticos hicieron los mayores esfuerzos por acreditar la sacrílega intrusión de Novaciano: enviaron legados al África; pero los PP. del Concilio de Cartago no quisieron oírlos y les hicieron entender que era una manifiesta impiedad el abandonar á la Iglesia su madre, y que una vez creado el Obispo y elevado al trono con el consentimiento de sus colegas, quedaba cerrada la puerta á la intrusión de otro Obispo. Novato y Novaciano no se contentaron con dilacerar por medio del cisma las entrañas de la Iglesia; negáronle la potestad de perdonar el pecado de apostasía, cerrando su crueldad el cielo, que la divina misericordia por los eternos clamores de la vertida sangre del Redentor tiene constantemente abierto á todos los pecadores arrepentidos. Esta conducta de Nova-

to, que en el África enseñaba que se debía reconciliar con la Iglesia á los caidos impenitentes, pone de manifiesto que no era la consecuencia una de sus prendas características, y que lo que le importaba era meter ruido con doctrinas contrarias á los sentimientos y conducta de los esclarecidos Prelados, que tanto aborrecia. Esta heregía no solo fué condenada en el mencionado Concilio cartagines, sino tambien reprobada y anatematizada aun con mayor peso de autoridad en el que el Pontífice San Cornelio reunió en Roma para condenar el cisma y los errores de Novaciano. Hiciéronlo unánimemente los sesenta Obispos, que en él se hallaron. El mundo católico recibió con reverencia sus decisiones, obedeciendo como á legítimo Pontífice á San Cornelio; y en la gloriosa empresa de restituir la paz á las Iglesias turbadas por los emisarios ó por las mentirosas cartas del calumniador anti-papa tuvieron una parte principalísima los dos santos y sabios Obispos de Cartago y Alejandría Cipriano y Dionisio, que con multiplicadas epístolas, con brillantes y sólidos escritos, con firmeza apostólica y con un celo infatigable conservaron en la unidad católica á los que fluctuaban indecisos, fortalecieron á los débiles, enseñaron á los ignorantes, arrancaron la venda de los ilusos y con los rayos de su doctrina desbarataron todas las maquinaciones y

errores de los fraudulentos cismáticos. Cuatro ilustres Confesores, que se habian dejado seducir siguiendo las banderas de la rebelion, abrieron los ojos á la luz de la verdad, confesaron que se habian equivocado, pidieron públicamente el perdon de su culpa, el cual les fué otorgado, y con su arrepentimiento y con su retorno al seno de la verdadera Iglesia inundaron de júbilo á los fieles. Lloraban estos de gozo y los abrazaban con inefable efusion de ternura, olvidando todo lo pasado y como si en aquel instante acabáran de salir de los calabozos, en que habian estado encerrados un año entero por la fé, y por el amor de nuestro Señor Jesucristo. Uno de ellos era sacerdote, y el Sumo Pontífice le volvió al ejercicio de su sagrado ministerio.

En tales circunstancias escribió y envió á los Confesores de Roma San Cipriano sus dos tratados sobre la penitencia y la reconciliacion de los caidos y sobre la unidad de la Iglesia, los cuales pueden considerarse como un poderoso escudo opuesto al furor de los cismáticos y como un eficaz antídoto para preservar á los fieles del contagio de las heregías. Estas y los cismas segun el santo escritor nacen de no buscar la verdad en su origen, de no reconocer la cabeza de la Iglesia y de no reflexionar en la doctrina del divino Maestro. «Si todo esto se consi-

derase, dice el Santo, no seria menester extenderse en largos tratados, ni serian necesarios muchos argumentos. La prueba es fácil y sencilla. Habla el Señor y dice á Pedro: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia etc.» Y otra vez despues de su resurreccion dijo al mismo Pedro: «Apacienta mis ovejas.» Sobre aquel uno edifica su Iglesia, y le manda apacentar su grey. Y aunque á todos los Apóstoles haya dado igual potestad en cuanto á las funciones del ministerio apostólico, sin embargo establece y funda su principio y su origen en la unidad, y se concede á Pedro la primacia, para demostrar la unidad de la Cátedra y de la Iglesia. ¿Y cómo podrá creer que tiene fé quien no se conserva en la unidad de la Iglesia? ¿Cómo se lisonjeará de estar en la Iglesia quien contradice y resiste á la misma Iglesia, quien abandona la cátedra de Pedro, sobre la cual está fundada la Iglesia? Aunque la Iglesia por su fecundidad se dilate y desparrame, no es mas que una. Del mismo modo, son muchos los rayos del sol, pero una sola y una misma es su luz: muchos son los ramos del árbol, y uno solo su tronco fundado en su profunda raíz: y cuando de un manantial parten diversos arroyuelos, aunque parezcan separarse por la rebotante superabundancia de sus aguas, con todo en su origen se conserva la unidad.



Pero si el rayo lo separais del cuerpo solar, quedará extinguido; si tronchándola desprendéis la rama del árbol, ya no podrá dar frutos; si cortais la comunicacion del arroyuelo con el manantial, indefectiblemente se secará. Así la Iglesia vestida de la luz del cielo, derrama por todo el mundo sus rayos; sin embargo una sola es la luz, que por doquiera se difunde, y no se divide la unidad del cuerpo: por toda la tierra dilata sus ramas á causa de su frondosidad, y hace correr en todas direcciones los arroyos de sus aguas; pero una sola es la cabeza, una sola la fuente, una la madre gloriosa por los felices frutos de su grande fecundidad. Engendrados hemos sido en su seno, nutridos con su leche, animados de su espíritu. No puede ser adúltera la Esposa de Cristo, es incorrupta y púdica.»

## CAPÍTULO IX.

### SUMARIO.

Tercer Concilio cartaginense. Persecucion de Galo. San Cornelio y su pueblo. Martirio de San Hipólito, presbítero de Roma. En el África muchos apóstatas se convierten y dan la vida por Jesucristo. Peste en el imperio romano. Diverso proceder de cristianos y gentiles; virtudes de aquellos particularmente en Cartago y Alejandría. Disputa de San Cipriano y sus asambleas cartaginenses con el Papa San Esteban acerca de la validez del bautismo administrado por los hereges.

Inminente estaba otra nueva persecucion, y el Señor se dignó manifestársela á San Cipriano en varias visiones. Sobrenaturalmente instruido el Santo Obispo se consagró á disponer su rebaño para el combate, que le esperaba. Juntó á este fin un Concilio, que fué el tercero de Cartago, y en él se determinó admitir á los caidos á la paz y á la participacion del Cuerpo y Sangre de nuestro adorable Salvador para que fortalecidos con este manjar divino triunfasen en la batalla. Así lo dice el mismo San Cipriano, escribiendo al Pontífice San Cornelio á nombre de todo el Concilio, y pro-

metiéndose la aprobacion del Vicario de Jesucristo, que no echaria en olvido la infinita misericordia de Dios. Por las palabras de San Cipriano se descubre que el Concilio creia imposible la resistencia de los tormentos si á la fieralid no precedia el nutrirse y robustecerse el alma con el vino y el pan bajado de los cielos. En efecto, no tardó en estallar la tempestad. Al tirano Decio muerto desgraciadamente sucedió Galo, que pocos meses despues de su elevacion al imperio declaró la guerra á los adoradores del verdadero Dios. El primer blanco de su furor fué el Papa San Cornelio. Todo el pueblo fiel le siguió valeroso al tribunal, en que su Cabeza confesó la fé. Y viendo el enemigo aquel ejército de cristianos de todas edades, sexos y condiciones, ansioso de morir al filo de su cuchilla, la detuvo porque era un espectáculo magnífico al par que aterrador el que á sus ojos se ofrecia: una muchedumbre venida espontáneamente al martirio..... le pareció que privándola de su esforzado caudillo podria desconcertarla y quitarle esa unidad de voluntades y de pensamientos, que de tantas personas como que hacia una sola; y así desterró á San Cornelio acaso para no darle el gusto de derramar heróicamente su sangre. Con razon pues llamaba en esta ocasion San Cipriano al pueblo cristiano de Roma un pueblo confesor. San Corne-

lio murió mártir en Civita-vecchia. Le sucedió San Lucio, y á este San Esteban.

Á esta persecucion refieren los historiadores el martirio de San Hipólito. Era este un venerable sacerdote, que en el imperio de Maximino habia confesado la fé y padecido destierro por tan santa causa. No se sabe qué funesta ilusion le habia envuelto en el cisma de Novaciano, siendo él un hombre, cuya edificante vida podia servir de espejo para que en él se miráran los ministros del divino culto; pero el Señor en su misericordia no permitió que su siervo continuára hasta el fin en la noche del error y la mentira. Prendiéronle los perseguidores, y le llevaban por las calles de la capital del mundo cuando una multitud de fieles reunida al esparcido rumor de aquella novedad le preguntó si aun le parecia mejor el partido de Novaciano. Y el que iba á inmolarse por la verdadera religion, exclamando en voz muy alta respondió: «Huid, huid del execrable cisma de Novaciano, y permaneced unidos á la Iglesia Católica. Ahora que voy á entrar á la eternidad veo las cosas de muy distinto modo.» Aquel dia el tirano, que ya habia sacrificado á muchos fieles en varios distritos, fué al puerto de Ostia á inmolar á su furor otros Santos; y hasta allí tuvo que ir preso el anciano Hipólito á presentarse en su formidable tribunal: hallóle atormen-

tando á sus hermanos en la fé y sentenciando á morir á unos al filo de la espada, á otros en las llamas, á estos en cruz y á aquellos entre las olas del mar. Á él le cupo otro género de muerte. Se le sentenció á que le arrastráran dos furiosos caballos; atáronle á ellos con fuertes sogas, y colocándole en medio, los espantaron á latigazos: iban los veloces animales como dos fieras por colinas, barrancos y precipicios, y el Santo Mártir iba regando con su sangre las piedras y las yerbas y los troncos de los árboles, y despedazándose al ímpetu de los enardecidos corceles; y corrían en pos muchos cristianos para empapar sus esponjas y sus pañuelos en los regueros de esa bendita sangre. Lo que pudieron recoger del mártir lo transportaron á Roma como joya de inestimable valor.

En el África fueron muchas las víctimas de esta persecucion: San Cipriano habla de la corona conseguida por el sacerdote Rogaciano y por Felicísimo, muy distinto en sus costumbres y carácter del otro del mismo nombre, que fué fautor del funesto cisma. Niños, mujeres, ancianos, hombres de todas clases y condiciones llenaban las cárceles con el perfume de sus celestiales virtudes y con la santa alegría que respiraban viendo que les cabía la dicha de padecer por Jesucristo. Innumerables de los que en la anterior persecucion habian cedido á la vio-

lencia de los tormentos ó al temor de la muerte, en esta, tanto en Roma como en Cartago, se levantaron del abismo de su apostasía como impulsados por un espíritu divino y se mostraron verdaderos creyentes y valerosos discípulos del crucificado Salvador. ¿Cómo hubiera podido suceder esto sino en el seno de una religion divina y para demostracion de que estaba con ella el Todopoderoso, que mandó á su Profeta Ezequiel que hiciera levantarse vivo á un campamento de muertos, volviendo á la voz del Profeta el espíritu de vida á aquellos huesos áridos?

Pero si la cuchilla de los verdugos empapaba el imperio en sangre de inocentes, tambien la ira de Dios se derramaba por él á manera de torrente devastador. La peste talaba las vidas de idólatras y cristianos: las calles de Cartago estaban llenas de cadáveres insepultos y de moribundos arrojados de sus casas por sus inhumanos parientes temerosos del contagio. En los paganos todo era terror y espanto: los gemidos de la desolacion resonaban por do quiera: postrábalos el abatimiento: el miedo los hacia crueles con los apestados, á los cuales abandonaban. Y en medio de eso la codicia de los bienes de los que morian, ó se hallaban en peligro de bajar al sepulcro, convertia á los sanos en lobos rapaces, que se precipitaban sobre su presa. Y

al traves de este espectáculo de horrores brillaba la caridad de los fieles como una hermosa estrella en noche de tempestades. San Cipriano distribuyó todos los oficios de caridad, que tan necesarios eran en aquella catástrofe: los cristianos asistian y socorrian á los atacados de la peste con un amor tan activo como entrañable sin reparar en que fuesen idólatras y enemigos de ellos, ni en que hubiesen deseado y pedido su muerte. Entre los fieles era desconocida la agitacion y desconocido el terror, que se habia apoderado de todos los infieles. Así su Santo Obispo escribiendo á Demetriano decia oportunamente: «Las adversidades de este mundo no son penas sino para aquellos, que cifran en el mundo toda su gloria y consuelo. Se afije y se queja de estar mal en el siglo el que despues del siglo y de esta vida frágil y miserable no ha de tener mas que dolores y suplicios. Por lo que á nosotros toca, no nos empuqueñecen las adversidades, ni nos abaten, ni nos lamentamos de ellas; viviendo mas por el espíritu que por la carne, vencemos la flaqueza del cuerpo con la fortaleza del alma, persuadidos de que para nosotros es una prueba lo que es para vosotros un suplicio.»

El mencionado Demetriano, á quien el sabio Obispo de Cartago dirigió un libro refutando las calumnias, que se prodigaban al cristianismo,

era uno de los mas acérrimos enemigos de esta religion divina, y como estaba constituido en dignidad, aguzaba su ingenio para buscar exquisitos modos de perseguir y atormentar á los que adoraban al verdadero Dios. Así es muy admirable el celo, la fortaleza y la caridad con que le habla San Cipriano: exhortándole á la conversion, le dice: «Os pagamos el odio con amor, y los tormentos que nos haceis padecer os los pagamos con mostraros el camino de la salvacion. Creed y vivireis; despues de haber-nos perseguido por algun tiempo, regocijaos eternamente con nosotros. Cuando se ha salido de este mundo ya no ha lugar á la penitencia, ni á la satisfaccion. Aquí es donde se asegura ó se pierde la vida eterna. Ni los pecados, ni los años deben á nadie servir de excusa para venir-se á nosotros á conseguir la salvacion. Jamás es la penitencia demasiado tardía para el que aun está sobre la tierra. Siempre es accesible la misericordia de Dios. Á vos mismo si estuvieseis para exhalar el último aliento y pidiereis el perdon de vuestras culpas, si con un acto de fé y de arrepentimiento invocaseis al Dios único y verdadero, os perdonaria su misericordia, y en la muerte misma pasaríais á la inmortalidad. Jesucristo es quien nos ha merecido esta gracia, y quien nos la comunica.»

La misma que en Cartago fué en Alejandría



y en otras partes la conducta piadosísima de los fieles durante la calamidad de la peste, que affligió á todo el imperio por espacio de doce años. Inmensa fué su caridad para con los paganos. Atestígualo el gran San Dionisio de Alejandría en una de sus cartas.

Habiendo cesado la persecucion de Galo, los Obispos pudieron atender á remediar otros males, que affligian á sus Iglesias. El de Lyon en las Galias escribió al Sumo Pontífice San Esteban y á San Cipriano acerca de Marciano Obispo de Arles, que estaba adherido al cisma de Novaciano y seguia sus errores. Como San Cipriano no podia intervenir directamente en este negocio por falta de la competente jurisdiccion, lo único que pudo hacer é hizo en efecto fué dirigirse al Papa San Esteban rogándole que excomulgára y depusiera á Marciano. Así con este recurso de San Cipriano al Pontífice de Roma se manifiesta que en la mas remota antigüedad los sabios y santos del cristianismo reconocieron en el Vicario de Jesucristo la potestad de excomulgar y deponer á los Oispos, y que aquel estuvo siempre en el libre y pleno ejercicio de dicha potestad. (Epíst. 67).

Ojalá hubiera siempre guardado Cipriano la prudencia, que mostró en este asunto y en el de la reconciliacion de los caidos; pero habiendo

su predecesor Agripino introducido el error y la nueva costumbre de volver á bautizar á los que hubiesen recibido el bautismo de mano de los hereges, se empeñó en sostener esta novedad y la hizo abrazar y defender por varios Concilios, que á este fin especialmente reunió en Cartago. Confundió la validez del sacramento con lo ilícito de su administracion. Se estableció el falso principio de que para conferir la gracia es necesario tenerla, puesto que nadie da lo que no tiene, sin reflexionar que los sacramentos reciben su virtud y su eficacia del mismo Jesucristo, no siendo ellos mas que un conducto, por el cual Dios derrama la gracia propia de cada sacramento. El Sumo Pontífice San Esteban se opuso á este error, y el Obispo de Cartago no se condujo con la sumision propia de un santo. Empero al fin prevaleció la verdad sostenida por el Pontífice de Roma, y los Obispos africanos depusieron su error é hicieron un decreto contrario como lo dice expresamente San Gerónimo escribiendo contra Lucifero (Hier., In Lucif. c. 8). Y los cincuenta Obispos de Oriente, que en Iconio habian proclamado el mismo error, tambien lo retractaron como nos lo enseña San Agustin y San Basilio (Aug., Cont. Cresc. 1. 3. Basil. Epist. 99 ad Amphiloc.) El venerable Beda asegura que el mismo San Cipriano depuso su error y se

retractó (Ven. Bed. 1. 8. quæst. 5). El historiador Rohrbacher dice que para asegurarlo habria hallado Beda alguna prueba auténtica.

Cierto que produce un vivo sentimiento el ver á un hombre tan grande como Cipriano portarse en esta larga y peligrosa disputa con la Cabeza Visible de la Iglesia de un modo, que por su irreverencia y pequeñez, para no emplear otro término mas duro, era absolutamente indigno de un católico y de un personaje de su elevada categoria. Así en el tercer Concilio de Cartago observa el Cardenal Orsi que de tantos documentos como se habian publicado en pró y en contra, solo leyó dos cartas de otro Obispo africano y la respuesta que él mismo le habia dado, omitiendo hacer mencion expresa del documento mas importante, que era la decision pronunciada sobre esta materia por el Papa San Esteban y la carta escrita por el dicho Sumo Pontifice. Adorable es la profundidad de los juicios divinos: parecia que Cipriano hiciese gala de sus frecuentes visiones y revelaciones, y que aun fundase en alguna de ellas su nuevo error; pero el que ha prometido estar con su Iglesia hasta la consumacion de los siglos ¿cómo podia estar al mismo tiempo con un hombre, que combatia una práctica usada por esa misma Iglesia antes de que ese combatiente hubiera aparecido en

el mundo y muchos siglos despues de su desaparicion? Pues que por la promesa divina no puede el error prevalecer en la Iglesia Católica, el hecho de haber sobrevivido á la impugnacion de Cipriano la práctica de no rebautizar siempre que el bautismo haya sido administrado en la debida forma, prueba á posteriori que la verdad no estaba de parte del celeberrimo Obispo de Cartago. Habia sido santo y volvió á serlo al recibir la corona de mártir. Su sangre borró su culpa, como dice San Gerónimo.

En cuanto á San Esteban, no defendia una opinion suya nueva y particular, sino una sentencia canonizada, digámoslo así, por el uso constante de aquella Iglesia, en la cual segun el mismo San Cipriano no puede entrar la perfidia. Defendia la disciplina de sus santos predecesores Lucio y Cornelio, cuyo honor y gloria estaba especialmente obligado á conservar. Y si amenazaba con separar de su comunion á los que se obstinaban en sostener un error injurioso á los sacramentos de Jesucristo y que introducia la confusion en la Iglesia, lo hacia en virtud de la autoridad, que le era propia y le correspondia como á centro, fundamento y origen de la unidad; prerogativas, que el santo Obispo de Cartago con frecuencia en sus escritos reconoce, venera y celebra en los Sucesores del Príncipe de los Apóstoles.

Erraron pues los Padres de los tres Concilios celebrados en Cartago y presididos por San Cipriano al sostener la introduccion de un cambio en un punto esencial de disciplina, que como otros muchos se rozaba con nuestras creencias dogmáticas; y aquí tenemos una prueba de hecho, una prueba clara é histórica de que los Concilios sin el Romano Pontífice pueden errar. La historia nos atestigua lo que el derecho enseña.

## CAPÍTULO X.

### SUMARIO.

Persecucion de Valeriano. El Sumo Pontífice San Esteban. Hipólito. Conversion de Adrias y Paulina. Martirio de San Máximo. Martirios de otros varios Santos. Otros mártires de Roma. Martirio de San Cipriano: id. de San Fructuoso, Obispo de Tarragona y de sus compañeros. Extraordinarias penalidades de los Obispos africanos. Nuevo y mas cruel edicto de Valeriano contra los ministros de Dios y contra todo género de fieles. Nicéforo y Saprício. Martirio del niño San Cirilo. Celo y martirio del Papa San Esteban.

La persecucion de Valeriano fué para la Iglesia como una gran tempestad, que con los estampidos de sus truenos acalla otros ruidos

menores. Valeriano le habia sido favorable en los cinco primeros años de su imperio, durante los cuales fué dichoso este príncipe despues tan desgraciado. Indújole á odiar y perseguir á los cristianos su favorito Macriano, el cual hacia de jefe de los magos egipcios residentes en Roma, y habia logrado tal ascendiente sobre su corazon que llegó á dominarle, empeñándole en las horribles observancias de la mágia. Abria el Emperador las entrañas de los niños recién nacidos, y se ocupaba en otros misterios no menos abominables de aquel arte execrando. Sus profesores eran naturalmente los enemigos natos del cristianismo, que habia de ser perseguido cuando aquellos entraban en palacio.

Habiendo el Papa San Esteban exhortado á los fieles á estar prontos al martirio y á procurar la conversion de sus parientes paganos, porque estaba ya suspendida sobre sus cabezas la espada de los perseguidores y el tiempo urgia, Hipólito que hacia vida de solitario en una gruta inmediata á Roma, arrojándose á sus piés le consultó acerca de unos sobrinos, que aun adoraban á los ídolos. Empeñóle el Pastor de los Pastores en que á todo trance trabajára en convertirlos. Adrias y Paulina, que asi se llamaban su cuñado y su hermana, resistieron bastante á todas las instancias y exhortaciones de Hipólito y el Papa San Esteban; pero ha-

biendo visto la milagrosa curacion de un jóven paralítico en el acto de ser bautizado por el sacerdote Eusebio en la gruta de Hipólito, se dieron por vencidos y entraron en el gremio de los fieles, bautizándose tambien sus dos hijos, el uno de edad de diez años, á quien se le puso por nombre Neon, y la otra de trece años, que fué llamada María. Adrias y Paulina distribuyeron sus bienes entre los pobres. Y habiendo llegado á oídos de Valeriano la noticia de su ruidosa conversion, resolvió hacerlos prender, y para ello se ofreció el escribano Máximo, el cual fingiéndose mendigo cristiano, les pidió una limosna: díjole Adrias que le siguiera á su casa: al entrar en ella se vió el impostor poseido del demonio y tuvo que confesar á voces su maligna artería, pidiendo á los cristianos que le libráran con sus oraciones. Instantáneo fué el efecto de la oracion, que estos hicieron por aquel desdichado: el demonio le dejó libre; y él abrió los ojos á la verdadera luz, y abrazó el cristianismo.

Algun tiempo despues extrañando Valeriano que Máximo no hubiese vuelto á darle cuenta de su comision, preguntó por él, y le dijeron que se habia hecho cristiano. Sobremanera irritado el Emperador mandó prenderle, y le hallaron en su casa haciendo oracion postrado en tierra. El Emperador le echó en cara haberse

dejado cegar por el dinero de los cristianos y faltado á sus promesas. «Es cierto, respondió el mártir, hasta ahora he estado ciego; mas ahora veo, habiéndome iluminado la fé de nuestro Señor Jesucristo.» Encolerizado Valeriano mandó que le precipitaran desde un puente: halló su cadáver el sacerdote Eusebio, y lo enterró en el cementerio de Calixto en la via Apia el 20 de Enero. Y aun se ve su sepulcro en las Catacumbas.

Envió despues Valeriano 70 soldados para prender á la familia cristiana, y en efecto llevaron presos á Eusebio, Hipólito, Adrias y Paulina con sus hijos, y los presentaron al Juez, que tenia su tribunal en la plaza de Trajano. El diácono Marcelo encontró á Valeriano, y le reconvino porque hacia prender á los amigos de la verdad. Y Secundiano, asesor del juez, dijo al oirle: «Este es cristiano como los demás.» Pusieronle entre ellos. Todos estaban cargados de cadenas, incluso los dos niños Neon y María. Hallólos el juez firmísimos en el primer interrogatorio, y los hizo encerrar juntos en la cárcel Mamertina. Á los tres dias mandó que los volvieran á presentar á su tribunal, en el cual tenia preparados y á la vista todo género de instrumentos de suplicio. Quería obligarlos á sacrificar á un ídolo de Minerva; ellos empero se burlaron de sus órdenes y de sus amenazas.



Hízolos desnudar el juez y azotarlos con tanta crueldad, que Paulina espiró á manos de los verdugos. Pronunció en seguida sentencia de muerte contra Eusebio y Marcelo, que fueron decapitados el 20 de Octubre, y echados sus cuerpos á los perros junto con el santo cadáver de Paulina. Pero otro Hipólito, diácono de la Iglesia romana, los cogió de noche, y los llevó á enterrar en la gruta de arena, donde ellos acostumbraban reunirse con frecuencia, á una milla de Roma en la vía Apia.

Secundiano hizo luego ir á su casa á Adrias y á sus hijos, y á Hipólito, á fin de que le descubrieran donde estaban sus riquezas. Dijéronle ellos que las habian distribuido á los pobres; y que su único tesoro era su alma, estando resueltos á no perderla. El tirano mandó poner en la tortura á los niños. Y su padre les decia: «Hijos míos; estad firmes.» Y ellos en medio de sus tormentos no hacian mas que repetir estas palabras: «¡Jesucristo, asistidnos!» Tambien fueron atormentados Adrias é Hipólito, y se les aplicaron á los costados teas encendidas. Los Santos Mártires se consolaban en tanto con la viva representacion de la gloria y regocijos eternos é incorruptibles. Despues de un prolongado tormento, ordenó Secundiano que los bajáran del caballete para que vieran con sus propios ojos cómo caian al filo de la espada

las cabezas de los niños Neon y María. Sus preciosos cuerpos fueron enterrados el 27 de Octubre junto á los de Eusebio y Marcelo.

Ocho dias despues Adrias é Hipólito fueron de nuevo al tribunal de Secundiano con el ornato de sus cadenas; y mientras iban por las calles de la capital del mundo, gritaba un heraldo, que los acompañaba: «Estos son los sacrilegos, que destruyen á Roma.» «Entregad, les dijo el juez, el dinero con que seducís al pueblo.» Y Adrias respondió: «Nosotros predicamos á Cristo, que se ha dignado librarnos del error, y le predicamos no para ruina de los hombres, sino para darles la vida.» Viendo que nada adelantaba, dispuso Secundiano que les azotasen en el rostro con látigos de puntas emplomadas, y que un pregonero les estuviera gritando: «Sacrificad á los dioses, quemando incienso.» Al fin Secundiano haciendo suspender los tormentos, habló á los mártires en términos halagüeños, mostrándoles generosidad, para ver si por este medio los reducía á sacrificar; mas ellos respondieron: «Prontos estamos á sufrir todo género de tormentos; pero jamás haremos lo que nos mandais.» Fuése el juez á informar á Valeriano, quien mandó que sin pérdida de tiempo se les quitára la vida en presencia del pueblo. Lleváronlos pues al puente de Antonio, donde de nuevo los aporrearón con látigos de puntas

emplomadas hasta hacerles exhalar el espíritu. Allí fueron abandonados sus cuerpos; pero el diácono Hipólito se los llevó de noche, y los enterró junto á los otros el 9 de Diciembre.

Nueve meses despues una mujer llamada Marta, oriunda de la Grecia, llegó á Roma con su hija Valeria; ambas eran cristianas, y parientas de Adrias y de Paulina. Y habiéndolos buscado largo tiempo sin poder hallarlos, por último tuvieron grande gozo al saber que habian alcanzado la corona del martirio, y trece años pasaron junto á sus sepulcros velando y orando continuamente. Cuando el Señor las llamó á sí, se les dió sepultura en aquel mismo sitio venerando, en que por tanto tiempo habian sus almas exhalado el suave perfume de la oracion. Acerca de la autenticidad de las actas del martirio de estos Santos puede consultarse á Baronio, al P. Honorato de Santa María, crítico de excelente nota, y al abate Rhorbacher en el tomo 5.<sup>o</sup> de su Historia universal de la Iglesia Católica, los cuales la admiten sin género alguno de duda.

Por orden de Valeriano fué degollada Santa Lucila ante los ojos de su padre Nemesio, decapitado este y quemados vivos los santos Olimpio, Sempronio, Teódulo y Santa Exuperia esposa del primero.

En África fué víctima de esta persecucion el

ilustre Obispo de Cartago San Cipriano: hízole comparecer en su tribunal el proconsul Paterno, y habiendo aquel confesado la fé valerosamente, le desterró á Curuba. Transcurrido tiempo, el nuevo proconsul Galerio Máximo despues de haber visto la heróica constancia de Cipriano en el interrogatorio, leyó en alta voz la sentencia, que acababa de escribir y estaba concebida en estos términos: «Condenamos á Tacio Cipriano á morir degollado.» El Obispo respondió: «Sea Dios bendito.»

Luego que esta sentencia llegó á oídos de los fieles, exclamaron muchos: «Vamos á morir con él.» Acompañáronle hasta el lugar en que debía ser ajusticiado. Allí el dichoso mártir por sí mismo se despojó de sus vestiduras exteriores, se puso de rodillas, oró por algun tiempo, mandó que dieran al verdugo 25 piezas de metal precioso, y suplicó á dos de sus clérigos que le atáran las manos: con ellas se tapó en seguida los ojos, sin duda para recoger mas su espíritu, y recibió la herida, que hizo volar su alma al trono de gloria, que le aguardaba en los cielos. Los fieles acompañaron su santo cuerpo, llevando hachas de cera y cantando himnos, hasta el lugar en que fué enterrado.

Emiliano, encargado de bañar la España Citerior en sangre de mártires, tomó el gobierno de Tarragona, é informado de que Fructuoso

era el Obispo de aquella ciudad, envió á prenderle seis soldados beneficiarios: lleváronle estos junto con sus diáconos Augurio y Eulogio á una oscura cárcel, donde permanecieron seis dias. Presentados al cabo de ellos al Gobernador, en el interrogatorio mostraron que sus corazones abrasados en el amor de Dios le eran fieles hasta la muerte, y que no temian la sentencia, que contra ellos se pronunció de acabar su vida entre las llamas. Al ir al suplicio, el pueblo, que amaba tiernamente á su Pastor, se deshacia en lágrimas, que en unos eran expresion del mas vivo sentimiento, y en otros de gozo por verle ya á las puertas de la gloria. Le amaban hasta los paganos, porque la dulzura de sus virtudes á todos abrazaba en las redes de su caridad inmensa, y asi tambien ellos le acompañaban condolidos de su suerte. Hubo quien le ofreció una bebida confortante; mas el venerable anciano rehusó probarla, respondiendo con candorosa sencillez y verdad: «Ayunamos: no es todavía hora de comer.» Estando ya en el anfiteatro, y encendida la hoguera, se llegó al santo Obispo uno de sus lectores llamado Augustal, é inclinándose para descalzarle, le suplicó que le permitiese hacerlo: «Déjalo, hijo, repuso el Santo: yo me descalzaré, firme, gozoso y seguro de la promesa divina.» Un cristiano, cuyo nombre

era Felix, cogiéndole la mano derecha, pediale que en el cielo se acordase de él. Lo mismo hacian los demás cristianos con lágrimas en los ojos; y á sus instancias respondió el santísimo Prelado: «Tendré presente á toda la Iglesia Católica, extendida desde Oriente á Poniente.» Prudencio dice que al entrar ya en la hoguera hablaba así consolando á los fieles: «No es pena el fuego que veis momentáneo: ni este quita la vida: la asegura. Almas dichosas las que por este fuego vuelan al empíreo, pues no las tocará el fuego eterno.» Las actas de su martirio, cuya autenticidad está reconocida por los mejores críticos, añaden que dijo cual profeta movido por el Espíritu Santo: «Ya no os faltará Pastor, ni podrá faltaros la caridad y promesa del Señor... Esto que veis es cosa transitoria.» Puestos en medio de la hoguera, la llama consumió los lazos, que les ataban las manos, y ellos entonces las extendieron en forma de cruz, que era como acostumbraban orar, y doblando las rodillas en medio del fuego, pidieron al Señor que sus llamas no los respetasen por mas tiempo. Aceptó el Altísimo su sacrificio, y los recibió en su gloria. Sus almas fueron vistas penetrar en los cielos, y los tres Santos Mártires se aparecieron gloriosos á Emiliano afeándole su crueldad.

En el África cayeron en esta persecucion

horrendas tribulaciones sobre los Obispos. Véase á los venerables Pastores trabajar en las minas cargados de cadenas, derramando el sudor de sus frentes, metidos en las entrañas de la tierra, casi desnudos ó cubiertos de miserables harapos, descalzos los piés, extenuado y macilento el cuerpo, pálido el rostro, y llenos de vil polvo los canosos cabellos, sin mas alimento que un poco de pan duro, sin mas lecho que el frio y desnudo suelo, y con el corazon levantado á Dios y exhalando la suave fragancia de sus celestiales virtudes y especialmente el aroma de su resignacion sublime bajo el peso terrible de tantas y tan crueles calamidades. No eran tratados con menor rigor los sacerdotes y diáconos. En aquella parte del mundo tambien los simples fieles fueron blanco de las iras de los perseguidores, aunque Valeriano se propuso principalmente el exterminio de los ministros del santuario, y por eso padecieron estos harto mas que aquellos otros. Sin embargo, el año 258 dió este Emperador nuevo impulso á la persecucion, enviando un rescripto al Senado, en el cual se mandaba que los Obispos, los Sacerdotes y los Diáconos fuesen inmediatamente condenados á muerte: que los senadores y demás personas ilustres, y los caballeros romanos, perdidas sus dignidades, fuesen tambien despojados de sus riquezas; y que si per-

severaban en ser cristianos, fuesen decapitados: que fuesen desterradas las matronas despues de habérseles quitado sus bienes: que igualmente se les confiscase cuanto poseian á los Cesarianos, es decir, á los que estaban al inmediato servicio del Emperador, y que cargados de cadenas y marcados en la frente, tratándolos como á esclavos, se les enviára á labrar las tierras de los dominios imperiales.

En Antioquía ocurrió aquel suceso memorable tan célebre en los fastos de la eclesiástica historia, que ha inmortalizado los nombres de Nicéforo y Saprício. Eran estos dos amigos, que se amaban tiernamente; pero riñeron y se odiaron. Transcurrido algun tiempo de enemistad, Nicéforo, que era seglar, quiso reconciliarse con Saprício, que era sacerdote: este se negó diversas veces á perdonarle, por mas que el otro con vivas instancias se lo suplicaba. Llegó la persecucion á Antioquía, y Saprício confesó la fé: despues de padecidos bárbaros tormentos, se le sentenció á morir decapitado. Mientras caminaba al suplicio, se le presentó Nicéforo pidiéndole que le perdonase. Saprício se mostró insensible. Llegó al lugar de la ejecucion, y habiéndole dicho los verdugos que se arrodillára para cortarle la cabeza, renegó de la fé, y dijo que adoraba á los ídolos. Ardiendo en santo celo y caridad entrañable exhortábale Nicéforo á no



perder una corona, que ya tenia merecida con crueles tormentos, y en el fervor de su exaltacion sublime deseaba dar la vida por restituir á Jesucristo la honra, que le quitaba Sapricio apostatando. Uno de los verdugos corrió á casa del juez á darle parte de lo que pasaba, y volvió con la orden de que muriera en lugar del apóstata el humilde y generoso Nicéforo. Así la caridad le mereció la palma del martirio, y á Sapricio la dureza de corazon le condujo á la ruina de su alma.

Cesarea de Capadocia fué testigo de otro suceso aun mas admirable. El Santo niño Cirilo tenia la desgracia de que su padre fuese pagano: viendo este que eran inútiles tanto las caricias como los malos tratamientos para hacerle adorar á sus ídolos, le echó de su casa y le privó de toda asistencia inhumanamente. Todo lo sufría Cirilo con resignacion y alegría, porque el divino Jesus era el amor y consuelo de su alma, y le hacia gustar delicias inefables y llenaba su tierno corazon de esperanza de poseer para siempre la casa de su Padre Celestial. Llamóle el Gobernador de Cesarea, y le mostró el formidable aparato de los suplicios, con que le amenazaba si no queria desistir de su empeño de ser cristiano. No se conmovió el niño á vista de aquel espectáculo aterrador, y perdiendo el tirano toda esperanza de intimidarle, empleó

el lenguaje de la seducción y del halago, prometiéndole que volvería á casa de su padre á gozar de sus comodidades y regalos y que se le reintegraría en el derecho de heredarle. Así como habia despreciado el valeroso niño los tormentos, se hizo igualmente sordo á las lisonjas, porque en su alma vivia Jesus, inflamaba su corazon y movia su lengua. Mandó atarle el Gobernador y que le llevarán á la hoguera, pero dando en secreto la órden de que no hicieran mas que mostrársela encendida. Á ella caminaba Cirilo con ánimo resuelto, y regocijado, y sin dar el mas leve indicio de sentimiento anhelaba verse en medio de sus llamas. Informado el Gobernador de la maravillosa intrepidez del Santo Niño, ordenó que de nuevo se lo presentáran en su tribunal, y allí Cirilo le reconvino porque le dilataba su partida á la gloria, y porque no habian hecho mas que llevarle á ver la hoguera sin arrojarle en ella. Tal era el ardor de su corazon y tal su ansia de morir por Jesus y de volar al cielo. El tirano satisfizo sus deseos condenándole á muerte. Los circunstantes se deshacian en lágrimas; pero Cirilo reprendiendo su flaqueza, deciales entre otras cosas: «Venid á entonar un cántico de alegría al rededor de mi hoguera.» Con tanto gozo y heroismo alcanzó este incomparable niño la palma del martirio. Aquí es preciso reconocer la

visible asistencia del Todopoderoso, y que solo en el seno de una religion divina pueden hallarse semejantes héroes.

El celo de San Esteban era como el sol, que envia sus rayos á todo el universo, pero abrasa con mas vivos ardores los horizontes inmediatos. En un solo dia, despues de haberlos instruido y preparado, bautizó al tribuno Nemesio, á su hija Lucila, que con las aguas regeneradoras se vió repentinamente curada de su ceguera, y á otras sesenta y dos personas de uno y otro sexo. Nemesio, Lucila y su dependiente Sempronio alcanzaron pronto la palma del martirio, como tambien Olimpico, Exuperia, Teódulo y Tertuliano, á quienes el Santo Pontífice habia igualmente instruido y bautizado junto con todos los de la casa de Olimpico. Sabedores los dos tiranos Valeriano y Galieno de que Esteban era el alma de la religion cristiana en Roma y que á su celo se debia el que los mismos perseguidores se convirtiesen en mártires de Jesucristo, mandaron por un edicto que se le buscasse y que él y su clero muriesen en los tormentos. En virtud de esta órden bárbara rodaron las sagradas cabezas de doce sacerdotes al rudo golpe de la cuchilla del verdugo. El mismo Papa San Esteban fué pocos dias despues llevado con sus clérigos al palacio de Valeriano, quien no quiso ver mas que á Esteban, al cual

dijo: «¿Eres tú el que trabajas por destruir la república y persuades al pueblo que abandone el culto de los dioses?» Y Esteban respondió: «Yo no destruyo la república; pero sí exhorto al pueblo á abandonar esos demonios, que adorais en los ídolos, y á reconocer al verdadero Dios y á Jesucristo su enviado.» Dispuso Valeriano que le llevasen al templo de Marte para que allí se le notificase su sentencia. Llegado á la mansion del ídolo, levantando los ojos al cielo, pidió el Santo al Todopoderoso que la destruyera; y al instante rayos y centellas la derribaron en gran parte con horrendo estampido de trueno: huyeron los soldados, y quedó solo Esteban: viéndose libre se dirigió con los suyos al próximo cementerio de Lucina, les hizo una patética exhortacion al martirio, y en seguida se puso á celebrar el sacrificio de la Víctima divina: él mismo habia de serlo antes de retirarse de aquel altar subterráneo: delante de él estaba sentado en su cátedra santa, cuando otros soldados enviados por Valeriano le cortaron la veneranda cabeza. Tal es, dice el abate Rhorbacher, la historia del martirio del Papa San Esteban, que se lee en las actas publicadas por Baronio, en los martirologios de los griegos, y en otros autores, y no hallamos razon alguna que nos incline á dudar de su veracidad.

Sucedió á San Esteban en el sumo Pontificado San Sixto, que ya era anciano.

## CAPÍTULO XI.

### SUMARIO.

Los mártires de la masa blanca. Actividad de la persecucion en Roma. San Sixto y su diácono San Lorenzo. Mártires africanos: hermosa vision de uno de ellos: interesantes circunstancias de su triunfo. Mártires de Lambés, sus magníficas visiones acerca de las venganzas del Altísimo. Otros santos mártires. Del Papa San Dionisio.

Horrible baldon para el paganismo y altísima gloria para la Iglesia Católica fué el espantoso suceso de quemarse vivos en un encendido horno de cal trescientos cristianos condenados á este suplicio por Galerio Máximo, proconsul del África. Habia este mandado levantar en Utica cerca del mar un altar consagrado á los ídolos, poniendo á los cristianos en la alternativa de sacrificar á los falsos dioses ó de ser quemados en el horno de cal, en cuya abierta boca estaba precisamente erigido aquel altar nefando. Por impulso del Espiritu Santo se arrojaron en las llamas todos los cristianos presos, á cuya eleccion se habia puesto la apostasia ó ei

fuego. Eran trescientas las víctimas, cuyos santos cuerpos se consumían junto con la cal viva, formando por esta circunstancia sus venerables cenizas una masa de color blanquecino, de donde les provino el llamarse en los siglos posteriores los mártires de la masa blanca. Tales entrañas tenían los hombres, que estaban á la cabeza del pagano imperio de Roma. Tal era la ilustrada civilización de los señores del mundo, que carecían de las luces de nuestra divina fé. Tales eran los progresos, que en la ceguera y en la barbarie habia hecho la corrompida naturaleza humana, y tal era la necesidad que tenia de que un Reparador bajara del cielo á regenerarla con su bienhechora doctrina de amor y de misericordia. Y tanta es por último la diferencia, que media entre la fiereza de costumbres y despotismo gentílico y la suavidad y blandura, de que el cristianismo ha impregnado nuestras costumbres y nuestra legislación...!

En Roma se ocupaban los magistrados en perseguir y atormentar á los hombres, cuyos corazones eran los mas preciosos vasos, en que las virtudes del cielo habian bajado á encerrarse. Todo era crueldad y sangre. El Pontífice San Sixto fué sacrificado con cuatro de sus diáconos. Cuando iba al lugar del suplicio se le acercó afanoso y profundamente conmovido su archidiácono Lorenzo. Sus ojos estaban arrasados en

lágrimas, y para él no habia consuelo, porque se veia privado de la gloria de morir con su padre y Pastor, de participar de su sacrificio y seguirle en su triunfo. El Pontífice como inspirado por una luz sobrenatural le dió entonces la grata nueva de que dentro de tres dias habia de ir al cielo por el camino del martirio, estándole reservada una prueba y un combate de mas larga duracion y de acerbísimos padecimientos. Regocijado Lorenzo con tan lisonjera promesa, distribuyó entre los pobres todos los caudales de la Iglesia, que estaban á su cargo y todo el importe de los vasos sagrados, que enagenó, temiendo que los profanára la mano de los idólatras si de ellos se apoderaba. El Prefecto de Roma, que era esclavo de la avaricia, llegó á saberlo, y mandó llamar á Lorenzo á fin de arrancarle el tesoro de la Iglesia. Muy considerable debia ser este, pues que además de cubrir sus propias necesidades, de atender á la manutencion de un crecido número de vírgenes y viudas, y de socorrer á mil y quinientos pobres, aun enviaba á las Iglesias de remotos países auxilios cuantiosos. El Prefecto con la mira fija en el despojo de los vasos de oro y plata, que servian en la celebracion de los augustos misterios, y en los demás objetos preciosos pertenecientes al divino culto, por esta vez no queria hablar al diácono de adorar á los



ídolos, ni de ninguna clase de tormentos, sino solo de la entrega de aquellas riquezas en virtud del edicto de Valeriano. Mostróse aquel dispuesto á entregárselas, y pidió que para ello se le concediese un breve plazo. Obtenido este, recorrió toda Roma á fin de reunir á cuantos pobres alimentaba la Iglesia. Presentóse luego al tirano, que le exigió el cumplimiento de su promesa. «Vamos á ello, respondió el Santo, sígueme, y verás bien ordenados los tesoros de Cristo, sus perlas, sus vasos.» Síguete el Prefecto, llega al pórtico de la iglesia, y en vez de las deseadas riquezas halla una muchedumbre de ciegos, de cojos, de viejos decrepitos y andrajosos, y de todo género de dolientes, casi desfallecidos los unos, y los otros llenos de llagas. Siente el chasco, y con ojos centelleantes muestra á Lorenzo el volcan de su agitado furor. Dícele el Santo que no tiene motivo para irritarse, pues aquellos son los tesoros de Cristo, y las vírgenes y las viudas sus mas preciosas perlas. Empero semejante idea es muy superior á las groseras, que dominan el entendimiento de un pagano, y así no se halla en estado de comprenderla. Prorumpen en exclamaciones, que denotan el furioso dolor, que en el alma le produce aquel chasco; y resuelto á vengarse: «Prolongaré, dice á Lorenzo, prolongaré tus tormentos; te daré una muerte penosa, y á proporcion



de su lentitud será terrible la atrocidad de tu suplicio. Ea pues; bajo parrillas de hierro pónganse y extiéndanse carbones encendidos; mas no sea vivo el fuego á fin de que no acabe pronto de penar; prepáresele de suerte que poco á poco vaya asando sus carnes y penetrando en sus medulas y entrañas.»

Se desnuda al mártir, se le tiende sobre las parrillas, y con cadenas de hierro se le ata á aquella cruel cama de modo que le es imposible moverse. Una luz celestial ilumina su rostro y corona su frente; la ven algunos, que hace poco han recibido la gracia del bautismo; mas no la descubren los ojos de los idólatras, asemejándose en esto á la prodigiosa columna, que capitaneaba las huestes de Israel por el desierto, la cual resplandecía para la descendencia de Jacob y para los Egipcios era tenebrosa. Asimismo es diverso el efecto, que produce el olor de sus carnes asadas, percibiendo su milagrosa fragancia solo los siervos de Dios. Después de haber permanecido mucho tiempo de un lado, dice al tirano festivamente: «Ya por este lado estoy bien asado; vuélveme pues al otro lado: cómeme, y ve por tí mismo cuál carne te sabe mejor si la asada ó la cruda.» Mientras pronuncia estas breves palabras, su risueño semblante respira una íntima alegría. Pero inmediatamente fija los ojos en el cielo,

y con gemidos, lágrimas y profundos suspiros ora por la conversion de Roma, y consumado su precioso holocausto, vuela su espíritu al seno de su Dios.

Oyó el Señor sin tardanza sus votos, y algunas personas nobilísimas conmovidas por su admirable intrepidez y constancia se convirtieron, y venciendo todo respeto humano, llevaron por sí mismas su santo cuerpo y le dieron honrosa sepultura. Célebres son entre ellas los dos Santos Hipólito y Romano, á los cuales alcanzó tambien la gracia de ceñirse en breve igual corona. Prudencio atribuye á sus méritos la conversion de toda Roma, pues desde el dia de su martirio creció muy visiblemente el número de los adoradores del verdadero Dios. El P. Ignacio Como en su obra de la santidad y magnificencia de San Lorenzo prueba que este glorioso mártir fué español y nació en Huesca, y España le ha tenido siempre por uno de sus mas esclarecidos hijos.

En el África ofrece circunstancias sobremañera interesantes el martirio de los Santos Montano, Lucio, Flaviano, Victorio, Primolo, Reno y Donaciano. Este último murió en la prision horas despues de su bautismo, pues cuando entró en ella no era mas que catecúmeno. Primolo tambien entregó su alma al Señor pasando desde la lobreguez de aquel calabozo á los

esplendores de la celestial Patria. Cree el Cardenal Orsi que Reno tuvo la misma dichosa suerte. Habiendo sabido los demás confesores que se les preparaba el suplicio del fuego, pidieron á Dios que no lo permitiese; y aquel Padre de infinita bondad, que con tanta frecuencia se complace en dar gusto á sus queridos hijos, mudó el corazon del Gobernador, y se apagó la hoguera que para ellos estaba ya encendida. Una luz extraordinaria disipó las tinieblas de la cárcel; un rayo del Espíritu Santo, segun se expresan las actas, penetró aquella mansion oscura, y desterró la noche, haciendo nacer el dia y la claridad del seno de las tinieblas.

Cuando al palacio del Presidente fueron conducidos los Santos Mártires, tenian á dicha y á suma honra el ir arrastrando por amor de Jesucristo las cadenas, que los agobiaban, y las reputaban por mas preciosas que el oro y las mas ricas joyas. En el calabozo padecian los tormentos del hambre y de la sed. «Pero quiso Dios consolarlos por sí mismo en esta extrema miseria, escribe uno de los mismos gloriosos mártires, con la siguiente vision, que tuvo el sacerdote Victorio, uno de los prisioneros, que poco despues de haberla tenido fué martirizado.—He visto esta noche, nos dijo, á un tierno Niño, hermoso como el dia, entrar

en la cárcel. Vínose á mí, y convidándome con un ademan caricioso á seguirle, me llevó á todas las puertas como queriéndome poner en libertad; pero todas estaban cerradas. Lo que obligó á este divino Niño á decirme: «No os impacientéis, aun tendreis algunos dias que sufrir; pero tened confianza en mi poder, yo no os abandonaré, siempre estaré con vosotros. Ve, asegúrales de mi parte á tus compañeros, y diles estas palabras: «El espíritu se prepara á unirse á su Dios, y el alma, desprendida dentro de poco de los lazos de su cuerpo, irá pronto á tomar su lugar en el paraíso.» «Yo me tomé la libertad, prosiguió Victorio, de preguntarle en qué parte del mundo estaba el paraíso.» Y él me respondió: «Está fuera del mundo.» «Pues hacedme el favor de mostrármelo,» continué yo. Pero este admirable Niño me respondió sonriéndose: «¿Y dónde estaria el mérito de la fé?» Y pidiendo que me diese una señal, que obligára á mis compañeros á creer en mis palabras cuando les hablase de su parte: «Yo te doy, me dijo, la señal de Jacob.»—Habiéndonos, pues, referido Victorio este misterioso sueño, no pensamos ya mas que en alegrarnos, y en poner toda nuestra esperanza en aquel que ha dicho: «Invocadme en el dia de vuestra afliccion, y yo os libraré de ella, y vosotros me glorificareis.» (Salmo 49. v. 15).

«No tenemos todos, prosigue el mismo Santo escritor y mártir, sino un mismo espíritu, que nos une así en la oracion como en las conversaciones y en la conducta de la vida. Bien sabeis, amados hermanos míos, que no hay cosa mas bella que esta union producida por la caridad, nada mas dulce que estos vínculos, con que el amor enlaza y encadena todos los corazones. Estos son aquellos amables lazos, cuya vista sola hace huir al demonio: aquellas cadenas tan agradables á Dios, que todos los que tienen la dicha de llevarlas, obtienen de él todo lo que le piden, segun aquellas gloriosas palabras y promesas de Jesucristo: «Si dos personas se uniesen sobre la tierra para pedir alguna cosa á mi Padre, la obtendrán infaliblemente de su bondad.» (Matth. 18). Y despues de esto, ¿se puede pretender tener derecho al reino del cielo si no se conserva la paz con sus hermanos? «Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios,» dice nuestro Señor Jesucristo. (Matth. 5. Rom. 8); y despues de él, explicando su Apóstol estas palabras, añade: «Si somos hijos de Dios, somos por consiguiente sus herederos, y los coherederos de Jesucristo; pero con tal que nos tengamos una compasion mútua los unos á los otros.» Sigamos este discurso. Para ser heredero es necesario ser hijo: es así que para ser hijo es

necesario ser pacífico; luego no se puede pretender la herencia del Padre celestial, si no se conserva con sus hermanos la paz y la union, que el Padre celestial ha establecido entre sus hijos.»

Llevados de nuevo los santos mártires al tribunal del tirano, Flaviano añadió que era diácono; pero algunos de sus amigos, atendiendo mas á la voz de la carne y de la sangre que á la del espíritu, afirmaron que no lo era, aunque él insistia con el mayor empeño en que tenia esta honra. Era el caso que segun el edicto de Valeriano la pena de muerte habia de aplicarse á todos los clérigos, y á los que no lo eran se trataba con algo menos de crueldad. Por esta causa inclinándose el Presidente á la aseveracion de los amigos de Flaviano, no le comprendió en la sentencia de muerte, que fulminó contra Montano, Lucio, Juliano y Victorio. Por ello se lamentaba Flaviano de la mal entendida compasion de sus amigos, pero se sometia con gusto á las adorables disposiciones del Altísimo, firmemente persuadido de que no sucede cosa alguna sino conforme á su voluntad.

Los valerosos mártires fueron al suplicio dando las mas evidentes señales de la interior alegría, en que sus corazones rebosaban, y exhortando á los fieles á la práctica de las virtudes y á la firmeza en la fé.

Distinguiase Montano por la energía y santa libertad de sus palabras: ya el verdugo se preparaba á degollarle, y cuando ya tenia suspendida sobre su cuello la fatal cuchilla, levantó el Santo Mártir las manos y los ojos al Cielo, y dijo en alta voz: «Haced, Señor, que Flaviano dentro de tres dias reciba como nosotros la corona del martirio.» Y rasgó el lienzo, con que le habían vendado los ojos, para que el pedazo, que acababa de rasgar, sirviese de venda á Flaviano; y ordenó que en el mismo lugar, en que habian de enterrarlos, se dejase en medio de ellos un hoyo vacío para sepultura de Flaviano á fin de que no estuviesen separados ni aun despues de la muerte. Cumpliéronse sus votos, pues al tercer dia los siguió al cielo su muy querido Flaviano.

No presenta menos belleza y sublimidad el escuadron de mártires, que desde Lambés voló á los resplandores de la Patria eterna. Distinguiéronse entre estos Santiago y Mariano, diácono el primero y lector el segundo. La noche antes de su glorioso combate se les habia aparecido en su prision su amigo el mártir San Agapio Obispo junto con otro niño martir, el cual les traia de los cielos una corona de rosas y una verde palma. Viendo el tirano perseguidor que eran muchísimos los adoradores de Dios, que destinaba á la muerte, dispuso que

los formáran á manera de un ejército extendido en linea de batalla en un valle situado entre dos colinas, en las cuales podian colocarse los crueles espectadores. Aquel bello teatro de heroismo cristiano y de fiereza pagana estaba orillas del mar, habiéndolo elegido el ministro de la infernal tiranía para que los santos cuerpos tuviesen inmediatamente despues de su martirio por sepulcro, á la verdad desconocido y espacioso, las profundidades del inconmensurable piélago. Pasó pues el acero del verdugo segando uno en pos de otro los cuellos de los benditos mártires, que eran una muchedumbre de héroes santos. Pero antes de que la fatal cuchilla echára al suelo sus venerables cabezas, á todos ellos les habian vendado los ojos, y en aquel breve rato de oscuridad material, en que estaban aguardando el golpe de muerte, interiormente tuvieron muchos de ellos luz sobrenatural para ver corriendo por los aires caballos de guerra y jóvenes caballeros, que los montaban, luciendo blancas y resplandecientes vestiduras; y otros oian sus relinchos y el estrépito de sus carreras, y todo lo decian y lo anunciaban en alta voz. Y el invencible Mariano poseido de espíritu profético vaticinaba con ma<sup>s</sup> vigorosa energía las plagas asoladoras, que el Omnipotente iba á enviar sobre el imperio romano para vengar la sangre de los innumerables Santos, que vertia su fre-



nético furor ansioso del exterminio de los fieles...

En esta misma persecucion dieron gloriosamente su vida por la fé San Saturnino, Obispo de Tolosa en las Galias, á quien ataron á un toro, que arrastrándole le desnucó del primer salto en las gradas del Capitolio, San Teógenes, Obispo de Hipona, al cual se edificó despues en esta ciudad un magnífico templo, los Santos Obispos africanos Agapio y Secundino, las Santas Vírgenes Tértula y Antonia en la Numidia, Eugenia y Basilia y los dos Santos hermanos Proto y Jacinto.

Á San Sixto sucedió en la cátedra pontificia San Dionisio, á quien su contemporáneo San Dionisio, Obispo de Alejandría, llamó eruditísimo. Por San Basilio el Grande se sabe que escribió cartas consolatorias á la atribulada Iglesia de Cesarea de Capadocia, y le envió muy oportunos y considerables socorros de dinero para subvenir á sus necesidades.

El Cardenal Orsi en la página 402 del tomo 3.º de su Historia Eclesiástica dice que el Papa San Dionisio reunió en Roma un Concilio para juzgar y condenar las heregías que en el Oriente se habian levantado acerca de la Santísima Trinidad y de nuestro Señor Jesucristo. Eran estas particularmente la de Sabelio, que destruía la distincion de personas en la Santísima Trinidad, y algunas inexactitudes en el

modo con que se expresaron sus impugnadores. En su consecuencia escribió el Sumo Pontífice dos cartas, la una pública dirigida á los fieles de la Pentápolis y del Egipto, principalmente contra los sabelianos, que confundian las personas, y luego contra los que distinguian y separaban las naturalezas, y por último contra los que colocaban al Hijo de Dios en el orden de las cosas creadas. En la segunda carta dirigida privadamente al Obispo de Alejandría, le notificaba cuál habia sido el juicio y la sentencia de los PP. del Concilio romano.

## CAPÍTULO XII.

### SUMARIO.

Desventuras de Valeriano. Venganzas de Dios. Principios de la conversion de los bárbaros. El bienaventurado Eutiques. Ulfila. El herege Pablo de Samosata: San Dionisio de Alejandría le combate. Reúnense tres Concilios en Antioquía para condenar sus errores, y en el último queda depuesto. Zenobia, reina de Palmira. Mártires bajo el imperio de Claudio el Gótico. Milagros del sacerdote San Máximo. Resurreccion de un niño. Santa Crisa y San Censorino y sus compañeros mártires. Muchísimos otros mártires. Se aduce el testimonio del Cardenal Orsi en prueba de las aseveraciones y documentos presentados por Rhorbacher acerca de la tiranía de Claudio II para con los cristianos.

No tardaron en desplomarse sobre el imperio de Roma las espantosas calamidades vaticinadas por el mártir San Mariano momentos antes de que se le cortára la cabeza. El emperador Valeriano cayó en poder de Sapor, rey de los Persas, á quien hacia la guerra. Este inhumano monarca le redujo á la mas ignominiosa esclavitud, llevándole cargado de cadenas adonde quiera que él iba. Siempre que subia al coche ó

montaba á caballo hacia que su augusto prisionero se pusiese como animal de cuatro piés en tierra, y él le ponía el pié sobre la espalda ó sobre la cabeza, y asi le servia de escabel el que habia dominado la mayor parte del mundo conocido, pero que entonces era objeto de las venganzas del Altísimo, á cuyos siervos persiguió de muerte con tan horrorosas crueldades. ¡Y cuánto desgarraria su corazon el ver que Galieno su hijo y sucesor le abandonaba á su triste suerte! Murió desollado, y el castigo de Dios llegó hasta su cadáver, pues en las puertas de un templo de ídolos persas estuvo por largo tiempo colgada la piel ensangrentada del que fué poderoso sobre los reyes de la tierra. Con su prision recobraron los cristianos la paz perdida, y el emperador Galieno escribió á los Obispos devolviéndoles los cementerios y los demás lugares sagrados, que antes poseian. Dios tiene en su mano los corazones de los príncipes, y por eso Galieno se mostró favorable á los cristianos, debiendo serles naturalmente contrario por la grande semejanza, que existia entre sus corrompidas costumbres y las de los discípulos del divino Maestro.

No se aplacó la ira de Dios con el castigo de Valeriano, porque pudiera decirse que todo el Imperio habia tomado parte en la guerra hecha á los cristianos. La peste, que en tiempo

de Decio habia comenzado á despoblar la tierra y que con frecuencia se habia renovado, se encrudeleció de tal suerte que en Roma y en algunas ciudades de la Acaya en un solo dia hizo cinco mil víctimas. Espesas tinieblas robaron por muchos dias en todo el mundo la luz del sol: tembló la tierra, oyéndose en sus conmovidas entrañas un espantoso ruido; abrióse horrorosamente, formando improvisados abismos, que devoraron muchos edificios junto con sus moradores, y el mar se tragó otras muchas ciudades. Hubo temblores en Roma, húbolos en la Libia, y aun fueron mas terribles los que estremecieron al Asia. Y no solo morian los hombres por las iras de los elementos sepultados bajo ruinas, ó arrebatados por las furiosas olas de los mares. Muchos morian de espanto. Seguíase la carestia á estas calamidades, y en especial acompañaba y sucedia á la peste.

El Señor en su justicia envió contra el imperio romano las naciones bárbaras, que lo circundaban; arremetiéronle con la espada, con la lanza, con sus caballos de guerra, con el irresistible ímpetu de sus furores desbordados, y lo talaban y lo desolaban, lo reducian á escombros, lo bañaban en torrentes de sangre, y hacian que la muerte devoradora volára recorriendo sus inmensos ámbitos, que eran blanco de las venganzas del Altísimo irritado. Los Persas

saquearon la Mesopotamia y la Siria; derramáronse por la Capadocia y por la Cilicia, y llevando delante de sí el espanto y en pos la desolacion, lo que no destruian con las armas lo consumian con las llamas. Su Rey Sapor tomó por diversion el pasar á caballo de una á otra colina sobre los montes de cadáveres, que terraplenaban y colmaban las cavidades de los valles. Los Godos, y los Scitas, nombres comunes á muchas naciones bárbaras del Septentrion, devastaron varias veces el Ponto, la Galacia, el Asia, la Bitinia, la Capadocia, la Tracia, la Grecia, la Macedonia, todo el Ilirico y la Panonia. Penetraron en Italia, é hicieron temblar á Roma.

Para siempre perdió el imperio la Dácia. Subleváronse y sacudieron el yugo de Roma los Isaurios. En Sicilia los siervos y los ladrones todo lo envolvieron en los horrores de una obstinada guerra. Varios pueblos de la Germania pasando el Rhin, infestaron las Galias, y vencidos los Alpes, cayeron sobre Italia y la corrieron hasta Ravena; penetraron tambien en las Españas, y las devastaron por muchos años; ni el África se libró de su furibundo saqueo. Ciento setenta años despues de estos fúnebres estragos aun se veian las huellas de la desolacion en las provincias romanas, y las antes populosas ciudades estaban reducidas á un corto número de miserables casas.

No faltaban valerosos generales, que si hubiesen aunado sus esfuerzos, obedeciendo á una sola cabeza, hubieran podido hacer frente á los bárbaros; pero se desdeñaron de someterse á un hombre tan vil como Galieno, se declararon emperadores en las provincias que ocupaban, se convirtieron en fratricidas tiranos, hiciéronse unos á otros una guerra de muerte y desgarraron las entrañas del imperio. Galieno salia de cuando en cuando del letargo y pantano de sus inmundos placeres, y á la embriaguez de la voluptuosidad hacia suceder la del furor. Derrotó á Ingenuo, que habia usurpado el mando en la Mézia, y fué tal su sed de sangre despues de su victoria que no solo pasó á cuchillo á los soldados del opuesto bando, sino que en muchas ciudades no dejó mas que mujeres, que vestidas de luto llorasen la muerte de sus padres, maridos é hijos.

Si no estuviéramos profundamente persuadidos de que la divina Providencia, como la fé nos lo enseña, dispone y dirige á sus fines todos los acontecimientos, y saca grandes bienes del mismo seno de los mas horribles males; podíamos aprenderlo de las ventajas, que para la propagacion de su Evangelio hizo brotar de las irrupciones y guerras de las naciones bárbaras. En los siglos cuarto y quinto era creencia universal que algunos sacerdotes, que los bárbaros se lle-

varon cautivos, fueron los que sembraron entre ellos la celestial semilla de la vida eterna: admiraban los vencedores las esclarecidas virtudes y el poder de obrar maravillas, que resplandecian en aquellos prisioneros ministros del Altísimo, y pasaron de la admiracion al deseo de imitarlos y de aprovecharse de su enseñanza para lograr aquellos raros tesoros. Empero de tan memorables operarios solamente se conserva el nombre del bienaventurado Eutiques, que con sus encumbradas virtudes y la particular asistencia del Espíritu Santo logró suavizar las costumbres de hordas bárbaras é imponerles el blando yugo del Señor. Descendiente de los cautivos cristianos fué tambien el famoso Ulfila, á quien tuvieron los godos en el siglo IV por su profeta, porque fué grande la superioridad de sus luces, y tradujo á su lengua las sagradas Escrituras; pero los arrianos le sedujeron, y él envenenó á toda su nacion con la ponzoña de la heregía.

Por este tiempo á tantos males como habia padecido la Iglesia añadióse en el Oriente un grande escándalo dado por un indigno Obispo: no se sabe por qué medios llegó Pablo de Samosata á ocupar la Sede de la populosa Antioquía. No le elevaron á ella sus virtudes, porque no tenia sino una pesada carga de abominables iniquidades de todo género: á juzgarle por su



conducta impia, por su orgullo desmedido, por el desenfreno de sus bajas pasiones, por su mollicie, por su loca vanidad, por su pomposa ostentacion de magnificencia y por los insensatos extravios de su mente, hubiérase dicho que era uno de los mas aprovechados y predilectos hijos del príncipe de las tinieblas. Su báculo pastoral sirvió para amparar los vicios y para oprimir á los virtuosos. Su ejemplo arrastró á la perdicion á varios Obispos de diócesis inmediatas á la suya y á muchos mas clérigos, que olvidaron sus sagrados deberes bajo la égida protectora de aquel modelo y superior infame. Valióse este de su autoridad para difundir los errores mas execrables, enseñando que nuestro Señor Jesucristo era puro hombre salido de la tierra, y negando que hubiese tres divinas Personas en el Dios que adoramos. Esta nefanda doctrina era muy parecida á la de los judaizantes, y con ella trató de complacer su digno autor á la famosa Reina de Palmira, de quien se dice que profesaba la religion judáica, y que deseando instruirse en el cristianismo acudió por su desgracia á tan perverso maestro. Zenobia en esta parte, así como en haber entrado en Roma atada al carro triunfal de su vencedor Aureliano, fué mucho menos feliz que nosotros, que debemos á la divina Providencia el favor especial de haber nacido en el seno de la única Iglesia verdadera y de ha-

ber bebido siempre los purísimos raudales, que como de una fuente de vida eterna salen de la inefable Cátedra de Pedro.

El primer adversario, que tuvo la heregía de Pablo de Samosata fué el gran Dionisio de Alejandría, que combatiendo sus errores acerca del Verbo humanado en las entrañas de María, «Una sola Virgen, le dice este ilustre Santo, ha concebido al Verbo viviente y subsistente en sí mismo, al Increado y Criador, al que ha venido al mundo, al Dios desconocido, al Dios sobre-celestial, al Arquitecto del Cielo, al Hacedor del universo.» Con tan terminantes palabras y otras razones muy expresivas oponia Dionisio á las negaciones de Pablo de Samosata la creencia de la Iglesia en el dogma de la Encarnacion del divino Verbo.

Empero al lado de los escándalos y de los errores de los miembros corrompidos de la Iglesia se hallan siempre el valeroso celo y la recta sabiduría de sus verdaderos hijos. Los Obispos de las diócesis inmediatas á la del heresiarca no le consintieron propalar impunemente sus blasfemias: antes de un año habian ya abrazado el escudo de la fé y revestídose de la fortaleza, que por la honra de Dios no atiende á los peligros, ni teme al poderoso, y habian acudido á sus hermanos para que vinieran á su socorro y volado ellos mismos á reunirse en Concilio á

donde el extraviado Obispo dominaba y tiranizaba y tenia puesta su cátedra de pestilencia. Negó Pablo cuanto con tanta justicia se le imputaba; y los PP. del Concilio se retiraron regocijados. Pero á su fugaz alegría sucedió el sentimiento de saber luego que no se habia enmendado. Volvieron pues á celebrar segundo Concilio en la misma ciudad de Antioquía; y queriendo el Samosateno conservar á toda costa aquella su silla episcopal, fingió arrepentirse y condenar sus extravios y errores. Los PP. juzgaron prudente usar con él de cierta condescendencia en vista de su arrepentimiento. Y fué en vano, porque el depravado Obispo no se apartó de sus caminos de iniquidad, obligando á los defensores de la fé á juntarse de nuevo en la capital de la Siria, á convencerle de herejía, y por último, á pronunciar contra él la solemne sentencia de deposicion. No le valió tener de su parte el favor y poderío de Zenobia, que imperaba en el Oriente: sabian aquellos PP. que la causa del Señor se debe anteponer á todo respeto y miramiento humano; y así lo hicieron, dando con esto un magnífico ejemplo de apostólica fortaleza á cuantos en la sucesion de los siglos habian de verse investidos de igual dignidad y mision divina.

El abate Rohrbacher enriquece su Historia Eclesiástica (tom. 5. pág. 510, 511, 512), con

un bello resúmen ó compendio de las actas de los mártires de Ostia halladas en la biblioteca de Turin y publicadas en Roma acompañadas de eruditas disertaciones en 1795. Por ellas se ve que á la paz concedida por Galieno sucedió una nueva persecucion; así que extractándolas dice el citado historiador: «En tiempo de Claudio II bajo la presidencia de Ulpio Rómulo levantóse contra los cristianos una horrorosa persecucion. Hallábase en la Corte del Emperador Censorino, que desempeñaba uno de los principales destinos de palacio, fervoroso cristiano, que secretamente vivia consagrado á los ejercicios de piedad, á la oracion, al ayuno y á la caridad para con el prójimo. Acompañando constantemente al Emperador, ocurriale ver cómo se llevaba á los cristianos á la prision ó á la muerte, y en tales casos los animaba al martirio sin que lo advirtiesen los paganos, proporcionábales lo necesario para su manutencion y les asistia en sus calabozos, aligerando con sus servicios el peso de sus cadenas. Súpolo Claudio, le hizo prender y le dijo encolerizado: «¿Y es verdad? ¿y es cierto lo que tú haces, tú fiel adorador de los dioses, tú que tienes á todas horas la honra de hablar á nuestra Magestad?» «Yo confieso, respondió Censorino, que Jesucristo Señor nuestro es verdadero Dios, que fué crucificado y sepultado, que

resucitó á la vista de los soldados, que le habian crucificado, y que subió á los cielos en presencia de sus discípulos. En nuestros tiempos se ha dignado bajar del seno de su Padre al de una Vírgen sin dejar el cielo.» «Estás loco,» repuso Claudio enfurecido, y al momento mandó que le llevaran al calabozo de Ostia. En la misma ciudad estaba desterrada una virgen de familia senatorial y hasta imperial. Llamábase Crysa; despues de haber sufrido grandes persecuciones vivia en una pequeña posesion suya en compañía de varias vírgenes y hombres de virtud. Dia y noche iba á la cárcel, cuidaba de que Censorino tuviese buenos alimentos y con sus propias manos le lavaba las cadenas, los ojos y la cara. El sacerdote Máximo y el diácono Arquelao ofrecian allí todos los dias sacrificios á Dios con himnos y cánticos. Máximo obraba en nombre de Jesucristo tan asombrosos milagros que cuando se acercaba al bienaventurado Censorino se le caian á este las cadenas de los piés y de las manos. En una ocasion que esto sucedia dijo Máximo á las guardias: «Abandonad, hermanos míos, los demonios y los placeres que pasan, y aprended á conocer á nuestro Señor Jesucristo, Rey eterno, que es y que fué antes que todos los siglos, que vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos y al mundo entero por medio del

fuego. Porque este mundo pasará, así como pasarán los cielos y la tierra, pero nuestro Señor Jesucristo siempre, siempre es el mismo.» «¿Y qué haremos nosotros, respondieron los guardias, por aquel que nos predicais, y al cual conocemos por vuestras palabras y por los milagros, que obráis en su nombre, cuando se rompen las cadenas orando vos?» Y Máximo les dijo: «Recibid el bautismo; creed en el Hijo de Dios; abandonad los vanos ídolos, y arrepentios de haber blasfemado su nombre y atormentado á sus Santos.» Al instante todos ellos, que eran diez y seis, se arrojaron á sus piés junto con el Tribuno Teodoro y pidieron el bautismo. Despues de haberlos preparado convenientemente, los bautizó Máximo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y los vistió con blancas ropas hechas por Santa Crysa ó Aura, y habiendo llegado el Obispo Ciriaco, les administró el sacramento de la Confirmacion.

No lejos de allí lamentábase un zapatero de haber perdido á su hijo. El sacerdote Máximo acompañado del Obispo y de los diez y siete militares, le dijo: «Cree en nuestro Señor Jesucristo delante de todos nosotros y recobrarás á tu hijo.» «¿Pero en quién he de creer, replicó el zapatero, en aquel de quien he estado blasfemando desde mi infancia hasta ahora?»

Y Máximo le contestó: «Es preciso que te arrepientas de lo que has hecho, porque nuestro Dios es el Dios de los arrepentidos. Y no se porta con nosotros cual merecen nuestros pecados, sino conforme á la grandeza de su misericordia.» Bautizóse el zapatero, y todos los Santos se pusieron en oracion, y el niño resucitó diciendo: «Yo he visto á Jesucristo nuestro Señor, que de las tinieblas me volvía á llevar á la luz.» Fué bautizado el niño, siendo su madrina Santa Aura, quien le dió el nombre de Faustino. Tenia cerca de doce años.

Habiéndolo sabido el emperador Claudio se encolerizó extraordinariamente y ordenó á Ulpio Rómulo Vicario del Prefecto de Roma, que fuese á Ostia y obligase á Crysa por medio de los tormentos á adorar á los dioses. Sufrió ella con invicto valor los azotes, el caballete, las hachas encendidas aplicadas á las partes mas sensibles de su cuerpo. Volviéronla medio quemada á la prision. Los demás Santos confesaron á Jesucristo con la misma constancia. Cortóse la cabeza primero al diácono Arquelao, y en seguida á los diez y siete soldados, incluso el Tribuno Teodoro, y por último al Sacerdote Máximo y al Obispo Ciriaco: sus cuerpos fueron arrojados al mar; pero el Sacerdote Eusebio los recogió y los enterró en las inmediaciones: los del Sacerdote y el Obispo en 8 de

Agosto. Al cabo de algunos dias sufrió Santa Crysa un nuevo interrogatorio, fué azotada con suma crueldad, y últimamente echada al mar con una enorme piedra al cuello. Pero las olas la restituyeron á tierra, y en la misma posesion donde habia vivido la enterró San Hipólito, á quien por su extremada vejez le llamaban Nono ó nonagenario.

Sabiniano administrador de los bienes de la Santa Mártir, estrechado por Ulpio á entregar los tesoros de su señora y á adorar á los ídolos, respondió que los tesoros se habian distribuido á los pobres, y que jamás doblaria la rodilla á los ídolos. Ulpio le hizo aporrear la cabeza con emplomadas correas. Entonces el anciano Hipólito dijo en alta voz: «¡Desdichado! Si conociéseis á Cristo, Hijo de Dios, no atormentaríais así la cabeza de estos Santos para rendirlos á vuestros vãos ídolos, sino que vos mismo os someteríais al Criador del universo y á sus siervos, y no adoraríais piedras mudas é inanimadas.» Sumamente irritado Ulpio con estas palabras, mandó que al santo anciano le atasen los piés y las manos, y le arrojasen en un profundo pozo, donde entregó su alma al Señor el 22 de Agosto.

Mas no fueron estos los únicos mártires del imperio de Claudio el Gótico, pues el mismo historiador frances refiere que en el segundo



año de su reinado condenó á los cristianos á perder sus bienes, al destierro y á los trabajos públicos, é hizo morir en el anfiteatro á doscientos sesenta traspasados con las flechas de los soldados. Uno de estos mártires fué Blasto, que ocupaba un encumbrado puesto en la milicia. El 24 de Marzo de aquel año fué muerto por orden de Claudio y arrojado al Tiber un cristiano jóven llamado Quirino ó Cirino, de quien se dice haber sido hijo segundo del emperador Felipe. Persiguió á los cristianos aun con mayor violencia despues que triunfó de los godos. En efecto, se hallan 23 mártires en Roma y en Porto, y 42 en Toscana, entre los cuales descuellan Graciliano y la vírgen Felicísima; los dos Obispos Tolomeo y Romano con 38 fieles; 46 soldados con otros 120 cristianos, que fueron degollados en Roma; la vírgen Cyrila y su madre Trifonia; el diácono Cesario con sus 18 compañeros; San Severo; cuatro nobles persas; el sacerdote Valentin y el Obispo Valentin de Terni con sus compañeros, San Eutiquio, San Jacinto, San Justino, sacerdote de la Iglesia romana con otros muchos.

Con razon pues dice aquel historiador moderno, insigne recopilador de documentos fidedignos, que falsamente se habia supuesto que Claudio el Gótico no habia perseguido á la Iglesia. Ya en el siglo pasado el Cardenal Orsi

viéndose con algunas tradiciones, que fijaban el martirio de varios Santos en este reinado, y sobre todo con la terminante inscripcion de la mártir Santa Severa hallada en Roma en el cementerio de los Santos Saturnino y Trason, procuró conciliar uno y otro extremo con repetir, como es cierto, que aun bajo el dominio de Emperadores, que no persiguieron á la Iglesia, el furor del populacho y la mala voluntad de los gobernadores de las provincias ó de otras autoridades daban á muchos cristianos la corona del martirio. Pero el mismo Emmo. Autor acababa de escribir: «De muchos de ellos martirizados en Roma cuando imperaba Claudio se hace mencion en los antiguos martirologios y en los anales eclesiásticos.»

San Félix, que en la cátedra de San Pedro habia sucedido á San Dionisio, condenó á los hereges Sabelio y Pablo de Samosata.

## CAPÍTULO XIII.

### SUMARIO.

Persecucion de Aureliano. San Mamante mártir. San Conon y su hijo mártires. Grandioso espectáculo de la caridad de Marcelo. Emisario de Maniqueo. Doctrina y secta de los maniqueos. Disputa de Manes con el Obispo Arquelao; renuévase esta en otro lugar: por segunda vez queda vencido el heresiarca: su historia y trágico fin. Mártires en tiempo del emperador Numeriano. Muchedumbre de fieles es por los tiranos encerrada en un subterráneo mientras en él oian misa y pasa desde aquellas tinieblas á la luz de los cielos. San Eutiquiano y San Cayo, Sumos Pontífices.

Aureliano en los primeros años de su imperio, lejos de perseguir á los cristianos, les inspiraba tanta confianza que los de Antioquia recurrieron á él para que se cumplieran con el auxilio del brazo secular los decretos del último Concilio antioqueno, á que Pablo de Samosata habia resistido en parte permaneciendo bajo la égida de su protectora Zenobia en la casa episcopal, que debia haber dejado á su sucesor. Informado el príncipe de la suprema autoridad, que el Pontífice de Roma ejercia en todo el

mundo cristiano, mandó que la casa episcopal de Antioquía se entregase á quien el Obispo de Roma y los de Italia dirigiesen sus cartas. Tan notorio era hasta á los mismos gentiles, que la señal de los verdaderos cristianos es la comunión con la Iglesia Romana.

No fué duradera la benevolencia de Aureliano para con los siervos de Dios. Pocos meses antes de su muerte iba á firmar un tremendo edicto contra ellos con ánimo de exterminarlos. Ya tenia la pluma en la mano, y el Todopoderoso se la hizo soltar: cayó cerca de él un rayo, que le llenó de espanto, y se contuvo en su impía empresa el inhumano Emperador. Pero transcurridos algunos meses, firmó el sanguinario edicto, aunque la muerte no le permitió verlo ejecutado en toda la extension de su imperio. Cuando esta hundió su gloria en el sepulcro, aun no habia llegado su edicto á todas las provincias. Asi el cumplirlo quedó al arbitrio de los gobernadores; pero como eran en su mayor parte acérrimos enemigos del cristianismo, corrió de nuevo la sangre de millares de mártires. Cuéntase esta persecucion por la novena, aunque no parece que hubiese durado mucho. Una de sus víctimas fué en Capadocia el pastor Mamante. Ignóranse las circunstancias de su martirio; pero Dios hizo célebre su memoria y su devocion obrando el Señor en el

Oriente por medio de este Santo innumerables milagros, como lo atestigua San Basilio el Grande en su panegírico, en el cual habla de que á muchos conservó la vida, que ya estaban á punto de perder, á otros se aparecía en sueños, y á los que estaban fuera del camino de la virtud les obligaba á dejar sus sendas de iniquidad, ejerciendo sobre sus almas un prodigioso influjo.

En Iconio dieron pruebas de un valor sobrenatural en el martirio el anciano Conon y su hijo, que ya era diácono. Se les tendió sobre una cama de hierro escandecido, se les metió en una caldera hirviente, se les revolcó sobre carbones encendidos, y ningun género de tormento fué capaz de menoscabar la heroicidad de su constancia en padecer por amor de Jesucristo. Por último, despues de haber intentado ahogarlos con humo, les cortaron las manos con una sierra de madera, y ambos Santos exhalaban su espíritu orando con los ojos levantados al cielo.

Por este tiempo honró al cristianismo el magnífico esplendor de la caridad de uno de sus ilustres hijos. En Charres, ciudad de la Mesopotamia, residia un noble llamado Marcelo, en quien la extraordinaria piedad daba hermoso realce á la multitud de sus riquezas. Todo en él era grande, y en especial su generosidad

para con los pobres. Un dia la guarnicion romana trajo siete mil setecientos prisioneros, y compadecido de su suerte el santo Obispo Arquelao, en quien el saber competia con las virtudes, corrió á avisar á su amigo Marcelo que los soldados estaban resueltos á vender ó á dar la muerte á aquellos miserables cautivos caidos en sus manos en una excursion al fronterizo imperio persa. Marcelo en el instante se constituyó su libertador: los soldados romanos se vieron acometidos por la caridad de un cristiano, que les prodigaba el oro para comprarles la libertad de siete mil setecientos extranjeros, que le eran desconocidos, los sorprendió tanta virtud, y se les comunicó un destello de tan generoso desinterés: unos se contentaban con la cuarta parte de lo que habian pedido por su rescate, otros con que se les pagára los gastos del camino; y otros hicieron mas, porque reconociendo la bondad de la religion cristiana en aquel magnífico rasgo de las virtudes de uno de sus hijos, la abrazaron. Á los actos de caridad acompaña un íntimo regocijo; y el de Marcelo en esta ocasion subió de punto al saber que los prójimos, que acababa de librar de duro cautiverio, eran tambien sus hermanos por la fé de Cristo que profesaban. Afligidos con la sequedad de sus campos habian ido en peregrinacion acompañados de sus tiernos hijos y mujeres á un san-

tuario, en el cual esperaban alcanzar con fervorosas oraciones la lluvia deseada; y cansados del viaje y faltos de fuerzas por la vigilia y el ayuno, sin quererlo se habian rendido en las tinieblas de la noche al imperio del victorioso sueño. Los romanos, que de improviso cayeron sobre ellos, creyeron que eran enemigos, que estaban allí emboscados, y pasaron á cuchillo á mil trescientos, é hirieron á quinientos, llevándose cautivos á todos los demás. Lloraba Marcelo al oír de boca de uno de ellos esta relacion, é inmediatamente mandó que se les pusieran setecientas mesas, en las cuales él mismo les servia la comida; y así los estuvo manteniendo hasta que al cabo de dos semanas regresaron á su país, quedándose él con los heridos para atender á su completa curacion. Su casa se llamaba el hospicio de los extranjeros y de los pobres, y de todas partes venian gentes movidas por el deseo de conocer y admirar á este padre de las viudas y de los huérfanos. Su fé no era menos viva que el ardor de su caridad.

Habiendo llegado á oídos de Manes, ó Maniqueo, la fama del opulento Marcelo, deseando hacer para la heregía, de que era fautor, una conquista tan importante, le envió un mensajero portador de una carta, en la cual se daba el dictado de Apóstol de Jesucristo. El discípulo



del heresiarca en tanto que llegaba el nuevo maestro explicó su doctrina á los fieles católicos Marcelo y Arquelao. Segun ella, hay dos principios, ó llamémoslos dioses, origen el uno de todo lo bueno, y el otro de todo lo malo. El primero es luz eterna, y de él provienen los espíritus, y principalmente el Hijo y el Espíritu Santo, á los cuales se les dá por lugar de su residencia el sol y el aire. Nace del segundo la materia, y por consiguiente nuestros cuerpos reconocen en él su principio. Así pues los hombres somos hijos del principio bueno en cuanto á nuestra alma y del malo en cuanto á nuestro cuerpo. Pero se añade que el hombre tiene dos almas, una buena y otra mala, obedeciéndolas forzosamente ora obre el bien ó haga el mal; y destruido así el libre albedrío y por consiguiente la responsabilidad de los actos humanos, queda expedito camino para precipitarse en la iniquidad. Parece que todas las heces de las copas, en que los gnósticos bebían abominaciones, se han derramado en el Maniqueismo para formar su cenagosa corriente. Austeridad en la apariencia, y suma relajacion en realidad junto con una nube de extravagancias heredadas de los antiguos filósofos del Oriente y mal pergeñadas con una informe tintura de cristianismo forman el absurdo complejo de la conducta y creencias de los maniqueos. Dividense estos en



elegidos y oyentes: los primeros componen, digámoslo así, la gerarquía eclesiástica: doce apóstoles llamados maestros, y otro que hace de cabeza de todos ellos, setenta y dos obispos y muchos clérigos presiden y enseñan á los demás sectarios. Su jefe se denomina el paráclito. Manes, que fué el primero, se presentó poco despues que su enviado en Charres con una facha, que en lo exterior ya denotaba lo que habia dentro de su ridícula cabeza: era su capa de diferentes colores, y sus pantalones de tela encarnada en una pierna y verdosa en la otra: llevaba bajo el brazo un libro babilónico y en la mano un enorme baston de ébano.

El Obispo Arquelao abrasábase en vivas ansias de confundir al impostor, y Marcelo arregló que este y aquel tuviesen una conferencia pública; se nombró para jueces de ella á cuatro paganos de los personajes mas distinguidos de la ciudad á fin de que nadie pudiera tacharlos de parciales, y revestidos de tan improvisada autoridad tomaron asiento en el estrado de una sala muy espaciosa, que se llenó de gentes ávidas de escuchar la polémica entre el Obispo y el heresiarca. Habló primero Manes, y se expresó con un énfasis pomposo. Tocó su vez al Obispo, y anonadó á su adversario pulverizando su vanísima grandilocuencia: mostráronse á las claras la ignorancia, la mala fé,

la audacia y las contradicciones del impostor, como puede verse en esta conferencia escrita por uno de los asistentes á ella y publicada al fin de las obras de San Hipólito, edicion de Fabricio, ó en la coleccion de los PP. por Caillau, tomo 15.

Declarada la victoria de la disputa en favor de Arquelao, todo el auditorio le tributó el homenaje de su admiracion y respeto. Marcelo lleno de entusiasmo le dió un apretado abrazo y una porcion de besos. Manes se vió en peligro de perder la vida, porque la muchedumbre le acometió irritada, y debió su salvacion á la autoridad de Arquelao, que logró calmar á los enfurecidos ciudadanos.

Insistiendo este heresiarca en su funesto propósito, mientras huyendo se alejaba del teatro de su confusion é ignominia, llegó á una aldea llamada Diodoride y en ella puso su cátedra de pestilencia. Resistióle el piadoso sacerdote, cuyo nombre era tambien Diodoro, y para hacerlo con mas ventaja escribió al Obispo Arquelao pidiéndole el auxilio de sus luces y consejos. El sabio y santo Prelado no se satisfizo con haber contestado la carta del consultante, y aguijoneado por su ardiente celo corrió al lugar de la lucha á tomar parte en ella. Entablada estaba la disputa entre Manes y Diodoro cuando llegó el Obispo desconcertando con solo

su presencia al jactancioso impostor: rehusaba este volver al combate con Arquelao: «Si no resistís de nuevo á las verdades que exponga, principiaré,» decia el persa, y el Obispo le contestaba: «Ese sí, esos peros, son propios de quien ignora. ¿Ignorais pues lo que va á suceder, vos que os llamais el paráclito? Y en mi arbitrio está lo que decís de resistiros yo ó dejar de resistiros, que es una cosa futura. ¿Cómo pues subsistirá vuestro dogma de la necesidad de producir buenos ó malos frutos segun el árbol de que dimanen? Porque si yo soy de parecer distinto ¿cómo exigís que os obedezca? Y si tengo espíritu de obediencia ¿cómo temeís que os contradiga?» Con tan claros y fuertes argumentos echó por tierra el Obispo la doctrina inmoral y antifilosófica de que el malo siempre ha de continuar siéndolo, así como el bueno ha de perseverar en el santuario de la virtud. El heresiarca, que de los misterios de nuestro divino Salvador poco mas admitia que el nombre, y aun esto solo para alucinar á algunos cristianos demasiado sencillos, sintió luego la fuerza irresistible, con que el Obispo católico dissipaba cual humo sus objeciones sobre la maternidad de la inmaculada Virgen María.

No acababan los concurrentes de aplaudir la profunda ciencia y la victoria de Arquelao sobre su adversario: aquel dia no le permitieron re-

gresar, y al siguiente hallándose juntos los habitantes de Diodoro y los de los lugares circunvecinos, que habian corrido á la novedad del caso, Arquelao en presencia del mismo Manes les refirió la historia de aquel hombre tal cual él la habia oido contar delante del mismo á sus discípulos Turbon y Sisinio. «Este hombre, deciales, no es el inventor de su doctrina. Mucho tiempo antes que él la habia ideado Scitiano, el cual tuvo por único discípulo á Terebinto. Propaló este que habia nacido de una vírgen y que en los montes le habia alimentado un ángel; inútiles fueron sus esfuerzos para tener secuaces, pues solo una vieja viuda dió crédito á sus imposturas y le admitió en su casa. Subióse un dia á la azotea para invocar á los demonios del aire, Dios le hirió, cayó de la azotea y espiró. La vieja viuda, en cuya compañía estaba, fué la heredera de su rica fortuna y de cuatro libros, que habia escrito para acreditar sus errores.

Compró aquella un esclavo niño de siete años llamado Coubric, á quien inmediatamente dió la libertad y costeó los estudios. Doce años contaba el muchacho cuando murió su bienhechora y le dejó todos sus bienes, y entre ellos los cuatro libros de errores, en los cuales se instruyó el mozuelo. Adelantado en las ciencias de su país ya se creyó en estado de adquirir

nombradía con la doctrina de Scitiano y Terebinto, y se echó á buscar discípulos: halló tres que fueron Tomas, Addas y Hermas; envió al primero á Egipto, al segundo á Scitia, y al terceró conservó consigo. Habiendo caido mortalmente enfermo el hijo del rey de Persia, Coubric, que se habia trasladado á su corte y habia mudado su nombre en el de Manes, prometió curarle; no cumplió su promesa, pues en vano pretendia hacer milagros. Y el rey mandó cargarle de cadenas y encerrarle en la cárcel. Perseguidos sus discípulos, huyeron; pero despues de algun tiempo volviendo á ver á su maestro, por lo mal que les habia ido le conjuraban á que abandonára su doctrina; mas él logró animarlos, y dando al nuevo sistema un barniz de cristianismo, se atribuyó el nombre de Paráclito, que halló en las Sagradas Escrituras, sin reparar en que ya el Paráclito vino. Envió de nuevo á sus discípulos á difundir su recién nacida secta: súpolo el rey de Persia y le sentenció á muerte. Manes se libró de ella escapándose, y se retiró al castillo de Arabion, desde donde escribió á Marcelo. El rey de Persia ha ordenado que le busquen para darle el condigno castigo.» Á estas palabras, arremolinado el auditorio quiso prender á Manes y entregarle á la justicia de los persas: él se dió prisá á huír, y volvió al castillo de Arabion. Algun

tiempo despues fué preso y llevado á la presencia del rey de Persia, quien le condenó á ser desollado vivo con la punta de una caña. Abandonaron su cuerpo á los perros y á las aves de rapiña, y relleno de paja su piel, la colgaron en una de las puertas de la ciudad, donde todavía se conservaba en tiempo de San Epifanio. Sin embargo dejó muchos secuaces. San Agustin, que con tanta fuerza impugnó la secta de los maniqueos, habia estado afiliado á ella en su juventud. Dilatáronse aquellos casi por toda la tierra, y aunque condenados por los Sumos Pontífices y perseguidos por varios Emperadores, subsistieron por siglos, si bien tomando diversas denominaciones y alterando su doctrina, como sucede siempre que logran larga vida las heregías.

Al tiempo del emperador Numeriano, aunque no se le cuenta entre los perseguidores de la Iglesia, se refieren los martirios de varios Santos, y entre ellos los de Teleleo llamado por los Griegos el Taumaturgo y sus compañeros Alejandro y Asterio, los del Tribuno Claudio y su mujer Hilaria, los de sus hijos Jason y Mauro y setenta soldados; en Aquileya los de San Hilario Obispo, su diácono Taciano y algunos compañeros, los de Pelayo, Justo y Abundancio.

Asimismo citando sus actas pone en esta época San Gregorio Turonense el triunfo alcanzado

en los tormentos por Crisanto y Daria. En su sepulcro debajo de tierra celebrábase el augusto sacrificio de la misa, y devota muchedumbre asistia de rodillas á la inmolation del Cordero divino. Lo supo un tirano, y al instante mandó que se tapára la entrada de aquel sagrado subterráneo con piedras y con tierra. Ejecutóse la cruel órden aceleradamente, y murieron de hambre y de sed en tinieblas materiales, pero iluminados por luz de lo alto innumerables fieles. Despues del triunfo de la Iglesia se dignó el Señor revelar á donde estaba aquel precioso tesoro de cuerpos santos, porque era su voluntad adorable que se les tributára el debido culto.

Despues del martirio del Papa San Felix se ciñó San Eutiquiano la sagrada tiara. Puede colegirse el fervor de su caridad y sus demás virtudes de lo que la historia nos atestigua sobre haber él enterrado con sus propias manos mas de trescientos cuarenta y dos mártires.

San Cayo, natural de Spalatro en la Dalmacia, hijo de otro Cayo tambien Santo, hermano de San Gabino, sacerdote y mártir, tio de Santa Susana vírgen y mártir, y sobrino del emperador Diocleciano, fué creado Pontífice el 16 de Diciembre del año 283. Determinó que los ministros del altar no pudiesen ser enjuiciados por los seglares. Dirigió la nave de la Iglesia

hasta el 22 de Abril del año 296. Por mucho tiempo fué cosa cuestionable si este Santo Pontífice hubiese ó no alcanzado la corona de mártir; empero ya no hay lugar á la duda desde que en 21 de Abril del año 1622 se halló su sepulcro en el cementerio de Calixto con su nombre, con el monograma y la palma, como lo asegura César Berillo y Pablo Arringhi en su Roma subterránea, Lib. III, cap. II.

## CAPÍTULO XIV.

### SUMARIO.

Diocleciano y Maximiano Hercúleo emperadores.  
Bella historia de los Santos Marco y Marceliano, Sebastian, Nicostrato, Zoe, Tranquilino, Claudio, Cromacio, Tiburcio y otros.

El año 285 fué elegido emperador Diocles, natural de la Dalmacia, que habia sido esclavo é hijo de un esclavo: tomó el nombre de Diocleciano, con el cual es tan famoso en los anales del cristianismo por haber sido su persecucion la mas larga y terrible. Predominaban en él la avaricia y la crueldad; y casi desde un principio compartió su poderío con otro monstruo de abominables costumbres, nacido en la Polonia, bárbaro por su origen y educacion, y



sin mas prendas que el valor del soldado, el cual luego que se vió elevado al imperio añadió á su nombre de Maximiano el de Hercúleo para denotar con este sonoro dictado que en la pujanza y fortaleza se asemejaba á Hércules. Bajo el dominio de tales Emperadores, aunque no publicáran nuevos edictos contra los siervos de Dios, no habia que esperar que estos disfrutasen las dulces delicias de la paz, porque no era probable que se opusiesen á que los gobernadores ú otras autoridades subalternas prevaliéndose de las órdenes expedidas por los tiranos, que les habian precedido, persiguieran á los fieles á su talante. En efecto, dejáronlos obrar como mejor les plugo antes de declararse ellos mismos acérrimos enemigos de nuestra divina Religion.

Ya desde el tiempo de Carino gemian en una prision de Roma los santos gemelos Marco y Marceliano. Iba con frecuencia á visitarlos Sebastian, oficial muy distinguido de las guardias imperiales, quien para favorecer mejor á los confesores y mártires de Jesucristo ocultaba, en cuanto era compatible con su conciencia, que era soldado y defensor de la causa del cielo. Dicen los autores franceses que nació en Narbona, los italianos que en Milan. Sea lo que fuere de esto, no hay disputa sobre que Milan fué por lo menos su segunda patria, porque en

dicha ciudad se habia educado y de allí era originaria su familia. No seguia la carrera de las armas sino para introducirse con mas libertad en los calabozos de los cristianos á fortalecer su fé, pues á tan noble empresa le tenia destinado el Altísimo. Marco y Marceliano sufrieron con invicta constancia los azotes, que despedazaron sus cuerpos, y fueron sentenciados á que se les cortára la cabeza.

Pero los dos hermanos eran de una ilustre familia de senadores: tenian padre y madre ya viejos y todavía paganos, mujeres é hijos. Aquellos patricios con su influjo y sus lágrimas alcanzaron de Cromacio, prefecto de Roma, que se difiriera por espacio de treinta dias la ejecucion de la sentencia para hacer entre tanto algunas tentativas á fin de que sus hijos desistiesen de su resolucion de morir por la fé. Los dos confesores fueron puestos bajo la vigilancia de Nicostrato, primer escribano de la prefectura, quien los guardaba en su propia casa; pero con las manos cargadas de cadenas. Su padre, su madre, sus mujeres y sus tiernos hijos y sus amigos hicieron los mayores esfuerzos para vencerlos; y ya principiaban á flaquear sus corazones consternados con el espectáculo de tantas lágrimas y de tanto dolor, cuando entró en la habitacion el intrépido Sebastian, y con palabras de fuego les hizo recobrar su fortaleza y conmovió

á cuantos allí estaban. En su rostro brillaba una luz celestial. En el momento en que dejó de hablar, Zoe mujer de Nicostrato, se arrojó á sus piés dándole á entender con señas lo que de él solicitaba, pues hacia seis años que de resultas de una enfermedad habia quedado muda. Sebastian le hizo sobre la boca la señal de la cruz, pidiendo en voz alta á Jesucristo que se dignase curarla. Zoe al instante se puso á hablar, alabando al Santo y declarando que ella creia todo lo que él habia dicho. Habia esta mujer visto un Ángel bajado del cielo, que tenia un libro abierto y colocado ante los ojos de Sebastian, en el cual estaba escrito todo cuanto decia. Viendo Nicostrato la milagrosa curacion de su esposa, se arrojó igualmente á los piés del Santo, pidió perdon de haber tenido presos á los dos mártires, les quitó las cadenas, y les rogó que se fueran donde mejor les pareciese, declarando que tendria á dicha el ser encarcelado y muerto en lugar de ellos. Marco y Marcelliano alabaron una fé tan generosa, pero no quisieron abandonar el campo de batalla para exponer en él á otro.

Los torrentes de la divina gracia se derramaron sobre cuantos se hallaban presentes. Aquellos mismos, que un momento antes empleaban todos los artificios y toda la elocuencia de las lágrimas y de la ternura mas exaltada

en apartar de Jesucristo á Marco y á Marceliano, repentinamente se hicieron humildes discípulos de los Santos. Marco dirigiéndose en particular á su padre, á su madre, á su mujer y á la de su hermano, exhortábales á conservar con generosa valentía la fé que ansiaban abrazar, á no temer lo que el demonio pudiera hacer por arrebatársela, á despreciar esta vida, que es un manantial de aficciones continuas, y que no hay un instante en que no pueda perderse, por conseguir una felicidad inmensa é inacabable. Todos lloraban mezclando el dolor de su pasada infidelidad con las repetidas gracias, que daban á Dios por haberlos librado de ella. Aseguró Nicostrato que no comería ni bebería hasta haber recibido el santo bautismo. Pero Sebastian le dijo que antes debía cambiar de dignidad, y de ministro que era del Prefecto pasar á serlo de Jesucristo, y llevar á su casa á todos los presos confiados á su custodia á fin de que se convirtiesen al verdadero Dios con el ejemplo y las palabras de los recién convertidos. «Porque si el diablo, decía, se esfuerza por arrebatar á los que siguen á Jesucristo, nosotros por el contrario debemos procurar restituir á su Criador á los que su enemigo le ha robado;» y le aseguró que si ofrecía aquel presente á Jesucristo, al principio de su conversión, no tardaría en verse recompensado con la palma del martirio.

Fué pues Nicostrato á decir al carcelero Claudio que llevase á su casa á todos los presos para tenerlos prontos y dispuestos á presentarse en la primera audiencia. Hizoles Sebastian una exhortacion, y viendo que con las lágrimas en los ojos manifestaban la mudanza, que habia producido en sus corazones, dispuso ~~que~~ les quitáran las cadenas, y fué inmeditamente á buscar á un santo sacerdote llamado Policarpo, que estaba escondido á causa de la persecucion, y le llevó á casa de Nicostrato. Despues de haber felicitado Policarpo á los que acababan de tener la dicha de convertirse y hécholes esperar su perdon de la misericordia divina, les ordenó que ayunasen hasta la tarde y que cada cual le diese por escrito su nombre. Hiciéronlo todos al instante poseidos de la mas viva alegría.

Entretanto se presentó Claudio á Nicostrato diciéndole que el Prefecto habia desaprobado que hubiese hecho ir á su casa á todos los presos, y que le llamaba para que le diese cuenta de semejante determinacion. Fué al momento, y satisfizo al Prefecto diciéndole que habia sido para aterrar mas á los cristianos confiados á su custodia con la vista de los suplicios de los otros: era esta una mentira, pero es susceptible de excusa en una persona todavía poco instruida. Al volver contó á Claudio que

le acompañaba cuanto habia sucedido en su casa, y en particular la curacion de su mujer. Todo ello hizo impresion en Claudio, y se fué en busca de dos hijos, que tenia, uno de los cuales estaba hidrópico y el otro aquejado de diversos males: púsolos delante de los Santos, dando evidentes señales de que esperaba la salud de sus hijos, y declarando que creia con sincera decision en Jesucristo. Aseguráronle los Santos que ellos, y cuantos allí se hallaban presentes, serian curados de todos sus males en el momento en que fuesen cristianos. Al mismo tiempo se tomó razon de los nombres de los que pedian el bautismo: á saber, Tranquilino, padre de los dos mártires, con seis amigos suyos, Nicostrato, su hermano Castor, el carcelero Claudio con sus dos hijos, Marcia, mujer de Tranquilino con las mujeres é hijos de los Santos Marcos y Marceliano, Sinforosa, mujer de Claudio, Zoe, mujer de Nicostrato, toda la familia de Nicostrato, que eran 33 personas, y por último, los presos convertidos, que eran diez y seis, todos los cuales componian el número de sesenta y ocho personas.

Todos ellos fueron bautizados por San Policarpo, siendo Sebastian el padrino de los hombres, y de las mujeres Lucina y Beatriz, la cual despues alcanzó la corona de mártir. Los hijos de Claudio fueron los primeros que se

bautizaron, y salieron curados de la fuente. Tranquilino se bautizó despues de ellos: hacia once años que padecia de gota, y eran tales sus dolores en piés y manos que apenas podia sufrir que se le llevase. Preguntándole San Policarpo si creia que Jesucristo, Hijo único de Dios, podia restituirle la salud y perdonarle todos sus pecados, respondió en alta voz que él reconocia de todo corazon que Jesucristo era Hijo de Dios y que podia darle la salud del alma y del cuerpo; pero que él no pedia sino la remision de sus pecados, y que aun cuando continuáran sus dolores despues de la santificacion del bautismo no podria dudar de la fé de Jesucristo. Estas palabras arrancaron á todos los Santos lágrimas de alegría, y pidieron á Dios que recompensase su nueva fé curándole. Policarpo le ungió con el crisma, y por segunda vez le preguntó si creia en el Padre, en el Hijo y en el Espiritu Santo. No bien hubo él respondido que sí cuando su mal de gota desapareció, y bajó por sí mismo á la fuente bautismal exclamando: «¡Vos sois el Dios único y verdadero, á quien este miserable mundo no conoce!» Todos los demás se bautizaron en seguida, y durante los diez dias, que quedaban de los treinta concedidos á Tranquilino para sus dos hijos, toda la ocupacion de estos nuevos cristianos fué alabar á Dios y prepararse al combate,

deseando todos ardientemente el martirio, incluso los niños y las mujeres.

Espirado el término de los treinta días, el prefecto Cromacio ordenó que se le presentara Tranquilino, y este dándole gracias por el plazo concedido á sus hijos, por fin llegó á declararse cristiano y á contarle que con esto se habia curado de la gota, que padecia. El mismo mal atormentaba á Cromacio, y así, aunque por de pronto mandó arrestar á Tranquilino, luego le llamó á su casa de noche para que le dijera cuál habia sido el remedio de su dolencia, prometiéndole al efecto una crecida suma de dinero. Burlóse Tranquilino de la oferta, y le dijo que si creia en Jesucristo se veria curado. Finalmente Tranquilino le llevó á Policarpo, quien le redujo á abrazar la fé: prescribióle un ayuno de tres días y él mismo junto con Sebastian se sujetó á él. Al tercer día fueron estos dos Santos á casa de Cromacio, y de los dolores de su gota pasaron á hablarle de los suplicios eternos. Cromacio al instante dió su nombre y el de su hijo único Tiburcio para que los hicieran cristianos. Empero Sebastian le advirtió que no debia desear el bautismo por el ansia de curarse sino mas bien á impulsos de una fé verdadera, y como muestra de su entera conversion le pidió que les permitiese ir á destrozár todos sus ídolos,



asegurándole que no dejaría de verse curado al instante. Obtenido el permiso, ambos Santos se pusieron en oracion, y luego despedazaron mas de doscientas estátuas de toda clase de materias. Sin embargo, aun no se habia curado Cromacio, y ellos le dijeron que de seguro quedaria alguna cosa por romper, ó que su fé no era todavía entera. Confesóles el Prefecto que tenia un gabinete lleno de máquinas de cristal para usos de la astrología, el cual habia costado á su padre 200 libras de oro, y que tenia gusto en conservarlo como ornato de su casa. Sebastian y Policarpo le demostraron la vanidad de la astrología, y él les permitió que hicieran lo que quisiesen; mas á su hijo Tiburcio no le sufrió el corazon que se destrozase una cosa tan preciosa y tan rara: por otra parte no queria impedir la curacion de su padre, y así adoptó una resolucion extraña: hizo encender dos hornos, protestando que si despues de haber despedazado aquel precioso gabinete no se curaba su padre, haria arrojar en ellos á Sebastian y á Policarpo. Aceptaron los Santos gustosamente la dura condicion, aunque Cromacio se oponia. Mientras ellos despedazaban aquellas máquinas, aparecióse un jóven á Cromacio y le dijo que Jesucristo le enviaba para curarle. Y en efecto, al instante quedó sano Cromacio y echó á correr en pos del

jóven con ánimo de besarle los piés; pero él se lo prohibió porque todavía no le había santificado el bautismo. El anciano Prefecto se arrojó á los piés de Sebastian, y su hijo á los de Policarpo. Dejó por consejo de Sebastian la prefectura, tan llena de compromisos para un nuevo cristiano, y Tiburcio renunció tambien al foro, aunque era mucho lo que en él podia brillar por su erudicion y juvenil elocuencia.

Todo anunciaba que iba á soplar con mas violencia el abrasador viento de la persecucion; y el Santo Pontífice Cayo, que por aquellos dias dirigia la nave de la Iglesia, juzgó prudente que Cromacio con todos los que de su casa se acababan de convertir, los cuales eran mil cuatrocientos esclavos ya libres por la generosidad de su amo, que en ellos no queria ver mas que hermanos queridos y regenerados por la misma gracia, se retirase á su casa de campo á fin de que estuvieran menos expuestos al furor de los perseguidores.

Sebastian y Policarpo se disputaban la gloria de permanecer en Roma cuidando de los que estaban dispuestos á dar su vida en los tormentos. El Papa ordenó que Sebastian se quedára, y Policarpo fuera con los recién convertidos á ser su guia y su maestro en la ciencia de Dios. Despues de haber ofrecido el augusto sacrificio en casa de Cromacio, dijo el Pontífice

á los muchos cristianos que allí estaban congregados: «Conociendo nuestro Señor Jesucristo la fragilidad humana, ha establecido que haya entre sus siervos los dos grados de confesores y de mártires; á fin de que los que no se crean bastantemente fuertes para llevar el peso del martirio, guarden la gracia de la confesion, y dejando la principal alabanza á los soldados de Cristo, que luchan por su nombre, tengan gran cuidado de sí. Así pues, los que quieran irse con nuestros hijos Cromacio y Tiburcio, váyanse, y los que conmigo quieran permanecer en la ciudad, quédense conmigo. La distancia de tierras no separa á los que une la gracia de Cristo; y nuestros ojos no sentirán vuestra ausencia, porque os contemplaremos con la vista del hombre interior.» Hablaba así el Pontífice cuando Tiburcio exclamó: «Yo os ruego, ó Padre y Obispo de los Obispos, que no queráis que vuelva yo la espalda á los perseguidores, pues mi dicha y mi deseo es morir por Dios, morir mil veces si posible fuera para alcanzar aquella vida eterna.» Llorando de alegría el santo Papa pidió al Señor que cuantos con él permaneciesen consiguieran el triunfo del martirio. Los Santos, que en Roma se quedaron, pasaron á vivir junto con el Papa al mismo palacio del Emperador en las habitaciones de Cástulo, á cuyo cargo estaban los

baños y las estufas, y cuyo oculto cristianismo aun no habia infundido sospecha. Ocupábanse allí dia y noche en derramar copiosas lágrimas, en orar y ayunar para que el Señor les concediera la perseverancia y la gracia del martirio: ya los hacia admirables con el don de obrar milagros empleado en beneficio de los cristianos, que iban á implorar su auxilio. Un dia vió Tiburcio á un jóven, que habiendo caido de elevada altura, ya no estaba sino para que le enterráran: se acercó á él, invocó á Dios, y el jóven quedó enteramente sano. Ya Tiburcio proseguia su camino, cuando fuera de sí de alegría el padre y la madre de aquel jóven milagrosamente curado le detuvieron diciéndole: «Tomadle por esclavo, porque le habeis vuelto á la vida.» Tiburcio no aceptó tal ofrenda, ni la de sus bienes; pero les dió á entender que deseaba otra recompensa: ellos le oyeron, admiraron la virtud del nombre de Jesucristo, que con su hijo habia hecho aquel prodigio, y reducidos á entrar en su redil fueron á presentarse al Papa San Cayo, á quien Tiburcio dijo: «Venerable Pontífice de la ley divina; he aquí los que Cristo ha ganado hoy por mí.» Y el Pontífice bautizó al jóven y á sus padres.

Santa Zoe, mujer de Nicostrato, fué entre estos Santos la primera, que alcanzó la palma

del martirio. Orando estaba en el sepulcro de San Pedro cuando la prendieron. Seis días pasó en la prision sin agua, sin luz, sin alimento, oyendo incesantemente las amenazas de que habia de morir de hambre en aquel calabozo. Por último, la colgaron de un árbol por los cabellos, y á sus piés encendieron una hoguera. Así entregó su hermosa alma al Criador. Su cuerpo fué arrojado al Tiber. Tranquilino, que habia sido elevado al sacerdocio, le envidiaba esta gloria, é inmediatamente la consiguió muriendo apedreado por el pueblo. Nicostrato, Claudio, Castor, Victorino y Sinfioriano fueron presos buscando en el Tiber los santos cuerpos de Zoe y Tranquilino: el prefecto Fabian empleó en vano los halagos y las amenazas para hacerles apostatar: hallábanse por entonces en Roma los dos Emperadores, los cuales enterados por el Prefecto de la invencible firmeza de aquellos cristianos, mandaron que por tres veces los pudiesen en la tortura: triunfó de ella la constancia de los mártires, y viéndose vencido Fabian, los hizo arrojar al mar.

Llevado Tiburcio al tribunal del Prefecto, y diciéndole este que empañaba el lustre de su familia queriendo morir en un suplicio por cristiano, le manifestó con elocuente energía que la bajeza y la ignorancia estaban en adorar unas supuestas deidades llenas de vicios; y dándole á

escoger el Prefecto quemar incienso á los ídolos ó andar sobre carbones encendidos, eligió lo segundo, y se paseó sobre las brasas, que ninguna lesion le produjeron. Este prodigio desesperó al Prefecto, que le mandó cortar la cabeza. Hizo Dios una multitud de milagros en el lugar en que fué enterrado.

Sebastian, á quien el Sumo Pontífice dió el título de defensor de la Iglesia, y era en realidad el amparo de los cristianos y su fortaleza en los combates, pues á muchos la inspiró para el martirio con sus exhortaciones, llegó por fin á mostrarse en la palestra de los héroes de Dios: acusado ante el mismo emperador Diocleciano confesó la fé con militar y generosa franqueza: el Emperador mandó que muriera á flechazos: dejáronle por muerto sus verdugos; pero aun respiraba cuando Irene viuda del mártir Cástulo vino á recoger su cuerpo para enterrarle, se lo llevó á su casa y le curó. Ya no se acordaba Diocleciano del capitán de sus guardias, á quien habia mandado asaetear, cuando un dia que bajaba por la escalera de su palacio se le presentó como una vision del otro mundo, echándole en cara la injusticia, con que perseguia á los cristianos. Sorprendido el Emperador por segunda vez ordenó que le dieran la muerte, y así puso dos veces la corona de mártir en las sienes del invicto caudillo de la Iglesia. Á fin

de que los cristianos no le tributáran culto, llevaron de noche sus perseguidores el ensangrentado cadáver del mártir á una cloaca, y allí le dejaron colgado de un garfio; pero el Santo apareciéndose á la noble matrona Lucina, le dijo dónde estaba su cuerpo, y ella le llevó á enterrar á las catacumbas á la entrada de la gruta de los Apóstoles, segun se lo habia ordenado en su aparicion. Allí estuvo aquella señora romana orando treinta dias consecutivos junto al sepulcro, donde ella misma le habia puesto á descansar de su glorioso combate.

## CAPÍTULO XV.

### SUMARIO.

Martirio de la legion Tebea y de sus gefes Mauricio, Exuperio y Cándido; del soldado Victor. Otros muchos mártires. Historia del martirio de San Victor de Marsella. Martirio de los Santos Donaciano y Rogaciano. Otros muchos mártires de las Galias. Extraordinaria conversion y martirio de Ginés. Otro suceso parecido al precedente. Martirio de las Santas Justa y Rufina. Son creados Césares Galerio y Constancio Cloro. Varios insignes Santos, que florecian á fines del siglo III. Concilio de Elvira.

El cristianismo no es propio de almas apocadas, aunque no las desecha, sino de esforzados corazones, que con la divina gracia reviste de un heroismo sobrehumano. Infinitos héroes, que registra la guerra en sus sangrientos anales, tambien lo han sido en la fidelísima observancia de la ley de Dios. Si para acreditarlo no se halláran en la historia millares de testigos, bastarian los seis mil seiscientos mártires de Agauna. Componian estos la legion Tebea, que habia venido del Oriente á ponerse á las órdenes de Maximiano. Quiso el Emperador violentar sus conciencias; pero todos ellos con unánime voz le



pidieron la muerte antes que obligarles á mancharlas con la mas mínima ofensa de su Criador. Y no era que les faltasen armas, ni fortaleza para resistirle, pues le decian en la exposicion, que le presentaron negándose á obedecerle en lo ilícito y prontos á coronarle de gloria en las batallas: «Mostradnos al enemigo y lo vereis derrotado.» Cuando así se expresaban los valientes de Jesucristo dispuestos á dar su vida por este su amado Redentor, ya estaban rociados con la sangre de sus compañeros de armas, pues la legion acababa de ser diezmada por dos veces. La mandaban los generales Mauricio, Exuperio y Cándido, y los tres empleaban su militar elocuencia en animarla á morir por la fé: señalando con la mano los cielos abiertos para recibirlos: «Ved, les decian, las coronas, que ya ciñen nuestros hermanos: volemós tambien nosotros á coronarnos con ellas!»

Maximiano puesto á la cabeza de las demás legiones marchó contra ella resuelto á exterminarla: hallábase acampada entre las crestas de los Alpes cerca de Soleura, ahora capital de uno de los cinco católicos Cantones de la Suiza: luego que vió acercarse las águilas de las cohortes idólatras á la planicie donde estaba formada, soltó sus armas, y todos los corazones abrasados en el divino amor latian de gozo, porque se aproximaba el feliz momento de volar á reunir-

se con las legiones de los Ángeles los espíritus que los animaban: llegaron los aceros fraticidas; y los inocentes cristianos les presentaron el desnudo cuello: fulmináronse los golpes de muerte sobre aquellas víctimas, que no temian ejércitos enemigos, pero daban tranquilamente la vida por conservar su inocencia. Quedó el campo cubierto de cadáveres y bañado en torrentes de purísima sangre.

¿Y qué otro campo célebre por inmortales batallas se atreveria á comparar su gloria con la del campo de Agauna? ¿Porqué otra causa han inmolado de esta suerte su preciosa existencia sus defensores, no obrando entre mas de seis mil guerreros sino como si todos ellos tuvieran un solo corazon y una sola alma, y como si todos ellos no compusieran mas que la santa persona de una de esas vírgenes mártires, que se sacrificaban por el amor de su divino Esposo? ¿Cuál de las falsas religiones presentará un trofeo, que en algo se parezca á este? ¿Cuál otro ejército se ha asemejado á un manso corderillo en la hora de su sacrificio? Pero los guerreros de la legion Tebea suspiraban por la gloria del Dios de los ejércitos, que para quitar los pecados del mundo se hizo Cordero inmolado antes de los siglos, é imitaron la mansedumbre del que por ellos y por nosotros murió en el Gólgota, pudiendo haber reducido á

cenizas el universo entero con una de sus miradas.

Inmediatamente despues de la universal y feroz carnicería pasó por aquel sitio un antiguo soldado, cuyo nombre era Victor; y como valeroso cristiano confesó que lo era cuando se lo preguntaron viendo que no queria participar de su fiesta y banquete los soldados de Maximiano, á quienes el cruel Augusto habia hecho árbitros de los despojos de la legion sacrificada á sus iras. Oir á Victor, precipitarse sobre él y darle muerte fué todo uno.

No contento el Emperador con tan horrenda matanza, dió tambien órden de acuchillar á todos los que perteneciendo á aquella legion gloriosa, se hallaban en otros lugares. Así en Colonia, segun San Gregorio Turonense fueron muertos cincuenta, y segun los antiguos martirologios citados por el Cardenal Orsi, que de ellos hacen jefe á San Gereon, fueron varios centenares. Así en Soleura segun San Euquerio alcanzaron la palma del martirio Orso y Victor; en Turin Otavio, Aventicio y Solutor, á los cuales celebra en verso San Enodio Obispo de Pavia; en Milan San Maximino; en Pinarolo los Santos Mauricio, Jorge y Tiberio; en Fosano los Santos Sebastian y Alverio; en Bérghamo San Alejandro, y en Plasencia San Antonino.

Llegado á Marsella el coronado perseguidor de



la virtud, cundió el espanto por la ciudad, pues le habia precedido la fama de sus crueldades. Mas los cristianos tenian en Victor un adalid intrépido, que visitándolos de noche les inspiraba el desprecio de una muerte transitoria y los encendia en el amor de la vida eterna. Victor era un distinguido oficial del ejército; así creyeron los enemigos de nuestra fé divina que prendiéndole conseguian un notable triunfo. Se engañaron. La victoria estaba reservada al siervo de Dios y á la religion santa que profesaba, y por la cual le llevaron á los tribunales. Al principio los jueces tentaron ganárselo con dulzura y lisonjas; empero Victor reputaba cual humo los favores del Emperador, y habló renunciando á ellos y probando que eran demonios las divinidades que ellos adoraban, y que el Hijo de Dios habia hecho la hazaña de salvar al mundo. Irresistibles eran sus razones; pero los concurrentes no las quisieron oír, y gritando furiosamente, le llenaron de injurias. Lleváronle luego ante el mismo Emperador, presentando contra él violentas acusaciones. Sin embargo, dando algunas treguas al furor le halagan con nuevas promesas; suceden á estas las amenazas. y unas y otras en vano.

El soldado de Jesucristo confunde con su sabiduría y su firmeza al Emperador y á cuantos le rodean, y prueba por segunda vez la

vanidad de los ídolos y la divinidad de Jesus. Maximiano como un leon de cólera manda que le arrastren con cuerdas por el lodo y por todas las calles de Marsella. Acude el pueblo al espectáculo horrible; los mas frenéticos añaden con golpes nueva hiel á sus tormentos; los que no alcanzan á hacerlo con las manos, le hieren con las saetas de sus lenguas envenenadas, prodigándole los mas atroces dicterios.

El Santo Mártir comparece de nuevo todo bañado en su sangre ante los impíos jueces, que se esfuerzan en disuadirle de dar la vida por su religion. Á los sofismas de ellos responde con una vigorosa defensa de su propia causa y de su divina religion, en la cual compete la firmeza del héroe con la convincente razon del filósofo cristiano, y la energía de las formas con la solidez de las pruebas. Léanse sus actas en Ruinart, y se admirará la belleza y profundidad de ese discurso magnífico. Despues de haber dicho que lejos de faltar al Emperador, ofrecia todos los dias un precioso sacrificio por su salud y la del imperio, entra á comparar los fugitivos bienes de la tierra, que le ofrecian, con los eternos, que ha de darle su religion, y saca la consecuencia de que es necesario anteponer á aquellos «las alegrías infalibles y sólidas, que nacen de la fruicion de Dios, autor de todas las cosas, que

se le posee al punto que se le ama, y con el cual se posee todo: que recompensa con un tesoro inmenso y eterno las frívolas y cortas ventajas del mundo presente, que se abandona por él; y así, no es una muerte, sino un pasaje delicioso el camino que nos lleva á tal vida.» Tratando luego de los ídolos, que querian hacerle adorar, se expresa de esta suerte: «¿Quién de vosotros ignora los latrocinios públicos de vuestro Júpiter, y los parricidios, que cometió mientras vivió? ¿Á quién se le ocultan sus adulterios, ya secretos, ya públicos, frutos de sus engaños y violencias? ¿No se ve la crueldad maligna del incesto perpetuo de la reina de los dioses, hermana, y mujer de Júpiter? ¿La implacable ferocidad de Marte, las infamias del sucio Priapo y de la deshonesta Venus? ¿Qué diré de la calentura y palidez de aquella multitud de dioses y diosas, que vosotros mismos llamais funestos, y que reconocéis por enemigos de la naturaleza humana? Casi me avergüenzo de echaros en cara vuestras divinidades de las cloacas, monstruos, que reducen sus viles adoradores á prosternarse en unos lugares, cuya vista y proximidad no se puede sufrir. Y así, bien se ve á qué punto han llegado vuestros enemigos; esos grandes dioses, cuya magestad de madera, de piedra ó de cobre obra de vuestras propias manos, está

manchada en los templos por los pájaros y animales mas inmundos, de cuyos dioses acaso habreis recibido muchos males, pero ciertamente no habeis recibido bien alguno: que han abandonado á vuestros antepasados, á pesar de todo su celo y toda su devocion, á las infelicidades, que les han acometido; y que vuestros príncipes debieran en fin abatir por su propia gloria, puesto que los que siguen su ejemplo son conducidos por vosotros mismos al cadalso; y que no puede ser sino detestando su vida y sus acciones el que la inocencia, la hombría de bien y la justicia sean ejercitadas sobre la tierra. No obstante, esos dioses no cuidarán de favorecer á los que de este modo se opusieren á ellos; pues al fin regularmente no se ama sino á sus semejantes; y si es que se atreven á imitarlos no solamente se exponen al rigor de vuestros juicios, como acabo de decir, sino tambien se aseguran despues de esta vida unos tormentos infinitos, porque no hay nadie que se atreva á prometer la bienaventuranza á los malvados. Pues se sabe que no hay sino dos estados que aguardar despues de nuestra muerte, una felicidad ó una infelicidad eterna: de donde concluyo que vuestros dioses deben ser siempre contrarios á los que aborrecen sus desórdenes, y perjudiciales á los que se conforman con ellos; que no pudiendo conducir su imita-

cion sino á la vergüenza en esta vida, y á los infiernos en la otra, nadie debe honrarlos; y que aun cuando tuvieren algun poder, su favor seria infinitamente mas temible que su indignacion.»

Pasa el Santo Mártir á hacer la apología de nuestro Salvador, y entre los rasgos de su elocuencia se hallan muchos como el siguiente: «¡Qué poderosa era su flaqueza, cuando curaba toda enfermedad!» Y mas abajo: «¡Cuán deseable es aquel en quien todo se halla sin defecto, en quien todo es loable; cuya misericordia es para todos y que á todo el mundo hace justicia! ¿Qué cosa hay mas santa que su vida, mas pura que su doctrina, mas ventajosa que sus promesas, mas terrible que sus amenazas, mas segura que su proteccion, mas honorífica que su amistad, y mas gozosa y encantadora que su gloria?» Recuerda la parte, que han de tener en ella los que le sigan, y dice: «Vosotros podeis inferir de nuestra constancia en los tormentos cuál es la altura y certeza de nuestra esperanza..... No os entregueis por mas tiempo á esos implacables demonios, que han recibido ya su sentencia. No envilezcais la imágen de la Divinidad que está en vosotros, sujetándoos á su infame culto, que os arrastra con ellos á la misma condenacion. Reconoced á vuestro Criador, á vuestro Bienhechor tan santo, tan her-



moso, tan justo, tan clemente, cuya humildad os elevará, cuya pobreza os enriquecerá, cuya muerte os resucitará.»

Con tanto vigor y ánimo tan sereno hablaba el Mártir cubierto de su propia sangre. ¿Y quién sino el Espíritu Santo segun la promesa del divino Redentor podia inspirar á los atletas de la fé en medio de los mas agudos dolores de sus heridas esa grandeza de alma, esa solidez de raciocinio, ese encadenamiento de convincentes pruebas y esa maravillosa energíá y abundancia de lenguaje con que se expresa Victor?

Es condenado á un nuevo y mas terrible suplicio; y él levanta los ojos al cielo, pide paciencia al Dios de la misericordia, y espera que no se la ha de negar. El Salvador se le aparece con su cruz en la mano como señal de victoria y le dice: «Yo soy Jesus, que en mí padezco lo que sufren mis Santos. Yo seré tu corona.» Cesan los dolores del Mártir: brilla en su rostro el gozo, que le inunda el corazon, y su lengua se desata en hacimientos de gracias. Cansados los verdugos de atormentarle inútilmente, le llevan á un calabozo, y le dejan encerrado en su oscuridad bajo la custodia de unos soldados. Pero el Señor le envia sus Ángeles á media noche, y con ellos canta el Santo las alabanzas divinas: se han abierto de improviso las

puertas de la prision, la cual está iluminada con celestiales fulgores. Ven los soldados la claridad milagrosa, se ponen de rodillas y suplican á Victor que los perdone, y le piden el bautismo; y él los instruye en pocas palabras. Salen de la cárcel dirigiéndose á la orilla del mar, llaman á unos presbíteros, y antes que los rayos del siguiente dia descubran los objetos, los de la gracia divina penetran por medio del bautismo en las almas dichosas de los soldados Alejandro, Longinos y Feliciano.

Llega el suceso á noticia del Emperador; les hace comparecer en su presencia y condena á muerte á los tres soldados porque persisten en la confesion de su nueva fé. Asi adquieren la vida eterna por la pérdida de la temporal.

Victor pide al Señor con ardientes lágrimas que se le acelere el momento de ceñirse la corona de mártir, que por él han logrado casi instantáneamente aquellos sus compañeros. Tambien el pueblo clama que muera: le cuelgan pues y le muelen cruelísimamente el cuerpo con palos y con nervios de animales: le vuelven á la cárcel, y él en ella no hace mas que rogar á Dios con lágrimas y suspiros que se digne llevarle á sí por medio del martirio. Á los tres dias comparece de nuevo ante el trono del Emperador; por todas partes resuenan contra el Santo amenazas y clamores de muerte. El ti-

rano le obliga á aproximarse á un altar de Júpiter para que sacrifique, y el soldado de Jesucristo lo derriba de un puntapié. Inmediatamente manda Maximiano que le corten aquel pié, que ha obrado tal hazaña; y el Mártir lo ofrece á Dios cual primicia de todo su cuerpo, que bien pronto le va á sacrificar. Por último, le llevan á un molino, le tienden bajo su piedra, y sus huesos son despedazados. Pero deshecha milagrosamente la máquina, y respirando aun el Santo Mártir, le cortan la cabeza. Y al instante se oye una voz del cielo que dice: «¡Venciste, Victor, venciste!»

Prohibió el Emperador que fueran sepultados aquellos santos cuerpos, y mandó que los arrojarán al brazo de mar, que por la parte del mediodía está tocando á Marsella. Pero Dios, que mira por la honra de sus Santos, hace que los Ángeles los lleven á la orilla opuesta, como dicen sus actas, ó las olas, segun leemos en algunos autores de historia eclesiástica, y los fieles le dan honrosa sepultura en una piedra viva, donde el Señor ha obrado por su intercesion un crecido número de milagros.

Tambien la ciudad de Nantes se gloria del martirio de los santos hermanos Donaciano y Rogaciano. El menor en edad, que era Donaciano, se habia convertido antes y empleaba su celo en difundir la fé entre los gentiles. Llegó

á aquella ciudad la persecucion, y al momento fué delatado al Gobernador. Sumergido en un profundo calabozo, tenia el sentimiento de que su hermano Rogaciano aun no habia recibido el bautismo, y pedia al Señor que valiendo los sinceros deseos en su divino acatamiento lo mismo que los actos á que se dirigen, tuviese á bien que la fé pura de su hermano hiciera para él las veces de bautismo, y que su sangre derramada en el martirio le sirviera de ablucion y supliera igualmente al sacramento de la confirmacion. El Señor le concedió esta gracia. Los dos hermanos despues de haber confesado á Jesucristo, menospreciando los halagos y las promesas, gemido en la cárcel y padecido violentas torturas, fueron decapitados.

Derramóse la sangre de los fieles en otras varias ciudades de las Galias: en Amiens la de Victoria, la de Fusiano y la de Jenciano; en Augusta la de San Quintin; en Soissons la de San Crispin y Crispiniano; en Tournay la del sacerdote Piató; en Fismes la de la vírgen Macra. Tambien padecieron el martirio por este tiempo San Justo ó Justino, y San Caprais, Obispo de Agen. Tuvieron igual gloria Tiberio, Modesta y Florencia. Perdieron asimismo la vida por Jesucristo en Auvernia San Ferreolo, tribuno militar, y uno de sus soldados llamado Julian; y en Arles el jóven escribano

Ginés, que aun no era mas que catecúmeno.

Otro Ginés mas célebre se convirtió al cristianismo y padeció el martirio en Roma cuando estaba burlándose de los adorables misterios de nuestra religion para divertir en el teatro al público pagano y al Emperador. Enemigo acérrimo de nuestra fé era Ginés, que habia estudiado las ceremonias cristianas para remedarlas sobre las tablas haciendo befa de ellas. Á este fin fingióse enfermo, hizo que le llamaran un exorcista y un sacerdote; comparecieron los actores encargados de representar semejante papel, procedióse al bautismo del impío cómico, y en aquel acto la gracia divina le iluminó el entendimiento, le mudó el corazon y Ginés repentinamente hecho cristiano y bautizado pronunció un discurso, en que confesando su nueva fé, abjuró sus errores, se lamentó de su pasada ceguedad, y exhortó á convertirse al mismo Diocleciano y á todo el público que le escuchaba.

Esta sorprendente declaracion tuvo las consecuencias, que solian seguir á tales actos. Enfurecido el tirano le entregó al Prefecto para que le obligára á volver á la idolatría, ó le hiciera morir en los mas crueles suplicios. Ginés optó por lo segundo, y los garfios de hierro despedazaron sus carnes y hachas encendidas las quemaron. Tal conversion y tal

muerte son una prueba de la santidad del bautismo y del poder de la divina gracia.

Tan milagrosa mutacion verificada en el teatro se repitió en la ciudad de Eliópolis con otro actor llamado Gelasino, el cual entrando en el agua para recibir un bautismo encaminado á la diversion de los espectadores quedó repentinamente convertido en verdadero cristiano por habersele aparecido un no sé qué muy terrible y espantoso. Hizo pública su profesion de fé cristiana, y el pueblo irritado le apedreó fuera de la ciudad. Sus parientes se llevaron el consagrado cadáver á Marianne, de donde era nativo, y le dieron honrosa sepultura.

Por esta época adquirió la ciudad de Sevilla una gloria inmarcesible con el triunfo de sus célebres Santas Justa y Rufina. Eran hermanas é hijas de padres cristianos, que las habian hecho herederas del rico tesoro de su piedad, aunque pobres en cuanto á los bienes de la tierra, pues ganaban el sustento con vender vasijas y otros utensilios de alfarería. Y aun de lo poco que ganaban en su humilde comercio hacian partícipes á los mas menesterosos. Pero pasando por las puertas de su tienda la procesion de la diosa Venus conocida en aquella ciudad con el sobrenombre de Salambo, negáronse como intrépidas cristianas á la peticion de que contribuyeran á la fiesta del ídolo.

Las mujeres que lo llevaban en hombros, ardiendo en ira al oír semejante negativa, dejaron caer la efigie de la impura diosa, que estrellándose en las vasijas causó en ellas un estrepitoso destrozo. Las dos hermanas, que acababan de protestar que ellas no adoraban sino á un solo Dios verdadero, criador de los cielos y de la tierra, y á su hijo Jesus hecho hombre para librar al humano linaje de las cadenas del pecado, se horrorizan al ver el ídolo á la entrada de su tienda, lo arrojan y lo hacen pedazos. Exáltase la cólera de los gentiles, se lamentan tristemente y claman que Justa y Rufina son reas de muerte y se abrazan en sed de venganza. El presidente Diogeniano manda prenderlas; les echa en cara su temeridad, las amenaza con los mas crueles tormentos sino abjuran su religion, y les promete grandes recompensas si ofrecen incienso á las deidades del paganismo. Y las Santas con valor impertérrito rechazan sus inícuas propuestas, y le manifiestan que se hallan prontas á derramar toda su sangre por mantener su fé. Ordena Diogeniano que las pongan en el ecúleo y les despedacen las carnes con garfios de hierro. Cúmplase la órden bárbara, y en ellas crece la fortaleza á medida que se arrecia la crueldad de los verdugos. En sus virginales rostros se pinta y resplandece una alegría celestial. Viendo el

tirano que le es imposible vencerlas, dispone que se las encierre en un lóbrego calabozo y que allí el hambre les quite ese vigor sobrehumano, que no han debilitado los tormentos. Pero el Señor, que nunca abandona á las almas, que le son fieles, las regala en la cárcel con dulcísimos consuelos é inefables delicias.

No ceden las heroínas del cielo, ni desiste de su intento de doblegarlas su feroz perseguidor. Habiendo de hacer un viaje á un lugar de Sierra Morena, se le ocurre que le sigan á pié las dos cristianas con la esperanza de que haya de rendirlas la fatiga ó acabar de consumirlas la áspera fragosidad de los caminos. Mas estos les parecen á las Santas sembrados de flores: tal es el ansia que tienen de sufrir nuevos martirios por el amor de su divino Esposo. De vuelta á Sevilla entran aherrojadas en el horrendo calabozo, y allí exhala Justa su bienaventurado espíritu. Su santo cuerpo es echado á un pozo; mas el Obispo Sabino logra sacarle y darle honrosa sepultura.

Pronto la sigue al cielo su hermana Rufina: un leon está destinado á devorarla; pero el furibundo rey de los bosques no hace mas que acariciarla en medio del anfiteatro: general es el asombro de los espectadores, y sus iras se exacerban mientras el leon depone su natural ferocidad y parece un corderillo por su apacible



blandura. No lo sufre el irritado presidente, y ordena que al instante muera Rufina á manos del verdugo. Este rompe á la Santa el cerebro y el cuello, y su alma vuela á recibir cual ya lo habia hecho la de su purísima hermana, las coronas de vírgen y de mártir. Es quemado su gloriosísimo cuerpo, y el Obispo de Sevilla Sabino recoge sus cenizas, y las entierra en el mismo sepulcro, en que habia depositado el cuerpo de Santa Justa. Este glorioso martirio fué el día 17 de Julio del año 287.

Verdad es que en los primeros años de su imperio no publicó Diocleciano edictos generales contra los siervos de Dios; pero los magistrados y procónsules sabian que no habian de incurrir en su desgracia por perseguirlos en virtud de las órdenes expedidas por sus predecesores. Lisias, proconsul de la Cilicia, fué uno de los que se extremaron en su crueldad para con ellos. Los magistrados de la ciudad de Egea le aguardaban con el obsequio de cinco vidas de cristianos, que habia de inmolar á su furor: esperándole estaban en la cárcel Claudio, Asterio y Neon y las santas matronas Donnina y Teonila. Aquellos tres eran hermanos, y uno en pos de otro fueron venciendo al Proconsul y á sus verdugos con su constancia en los tormentos y con la viveza de su fé. Los tres murieron crucificados despues de haber padecido los mas atroces suplicios.

Donnina dijo á Lisias que ella no adoraba á dioses de piedra y de madera fabricados por mano de los hombres; y que por no caer en los tormentos eternos y en aquel fuego que jamás se extingue, adoraba á Dios y á su Cristo. El tirano mandó que la azotáran hasta despedazar todos sus miembros, y la Santa espiró al rigor de los azotes.

En seguida compareció Teonila, á la cual Lisias procuró intimidar con amenazas de tormentos y fuego. Mas ella le respondió que no temia sinó aquel fuego, que abrasará por toda la eternidad las almas y los cuerpos de los que impiamente abandonan al verdadero Dios. La abofetearon, la derribaron en tierra, la ataron fuertemente por los piés y le hicieron sufrir desapiadados tormentos. Cada vez que la Santa proferia algunas palabras, ora echándole en cara su injusticia, ora confesando que mortificaba su cuerpo con los ayunos, y pasaba las noches en oracion, subia de punto el furor del Proconsul y ordenaba nuevos tormentos, con que vengarse de la magnánima mártir. Colgada por los cabellos, le descargaban los verdugos fieros golpes en el rostro: luego con una navaja le afeitaron la cabeza: despues la extendieron y ataron á cuatro palos y encendieron en su derredor una especie de hoguera; la azotaron cruelísimamente en todo el cuerpo, y por últi-

mo le pusieron sobre el vientre carbones hechos áscuas, y su alma voló al cielo á recibir el premio de tantos padecimientos horribles. Pero su cuerpo aun siguió siendo víctima de la furia del implacable tirano, pues metido en un saco fué arrojado al mar.

El año 292 creó Diocleciano con el nombre de Césares otros dos soberanos, que fueron Galerio y Constancio Cloro. Era este natural de la Tracia y tenia en el ejército un mando importantísimo: Maximiano le adoptó por hijo, y á fin de que se casara con su hijastra Teodora, le hizo repudiar á su mujer Helena, á quien la Iglesia honra como á santa.

Galerio, al cual Diocleciano adoptó por hijo dándole el sobrenombre de Júpiter, que antes habia tomado para sí, era de la Dacia, hijo de un pastor, y en sus primeros años él tambien lo habia sido, habiendo despues llegado á general del imperio romano; pero mas que de romano tenia de bárbaro y de bestia feroz. Todo en él era terrible; sus miradas, sus ademanes, su voz, su fiereza. Se sobrepuso á Diocleciano, y le dominó: avasalló á su coronado suegro, porque este le temia mucho. Constancio Cloro por el contrario juntaba en su noble persona la dulzura de carácter de un pacífico ciudadano con las demás prendas y virtudes de un esclarecido guerrero. Le tocaron en la reparticion

del imperio las Galias y la Gran Bretaña; á Galerio la Iliria y los demás países, que se extienden hasta el Ponto Euxino: Diocleciano se reservó el Asia y el Egipto, y Maximiano el África, la Italia y las Españas.

Por cuanto he leído en la historia profana y eclesiástica juzgo probable que la bondad de Constancio Cloro para con los cristianos acaso llegaria á dar algun buen consejo á sus colegas en el imperio determinándolos á no molestar á aquellos y á tratarlos con benevolencia. Es lo cierto que por esta época gozaban varios ilustres cristianos, y entre ellos Doroteo, Gorgonio y Pedro, del favor y predileccion de Diocleciano, que los tenia en su mismo palacio en Nicomedia, confiándoles el cuidado de su persona y tesoros. El mismo Maximiano, que tan cruel se habia mostrado con ellos, no se lee que los persiguiese por estos años.

Sin embargo, cuéntase entre los mártires de la Iglesia al jóven Maximiliano, que en Numidia por no mancillar su inocencia con los peligros, que para ella ofrecia la milicia, prefirió la muerte á ser incorporado en las filas, manifestando que por su profesion de cristiano no queria coger las armas. En cierto modo aun hizo mas en España el centurion Marcelo. Celebrábase en la ciudad de Leon, de donde era natural este ilustre Santo, el aniversario del natalicio

del emperador Maximiano con fiestas gentílicas, que excitaron la indignacion del militar cristiano, el cual arrojando al suelo delante de las banderas de su legion las insignias, que le condecoraban, dijo en alta voz: «Yo no milito sino en honra de Jesucristo rey eterno. Desde ahora dejo de servir á vuestros Emperadores para no tener parte alguna en la adoracion de unos dioses de madera ó de piedra.» Universal fué la sorpresa, que produjeron estas palabras pronunciadas con el santo fuego que le devoraba. El presidente de la legion Anastasio Fortunato habiendo incoado el proceso de Marcelo, le envió á Tanger, llamada entonces Tingi, á donde se hallaba el jefe superior Agricolano. En su tribunal, como ya lo habia hecho ante Anastasio Fortunato, dió el valeroso Centurion gloria á Jesucristo, que era todo el amor de su alma, y tuvo á dicha ser degollado por huir de todo peligro de ofenderle.

La esposa de este invicto soldado de la fé fué tambien santa y madre de varios santos: llamábase Nona ó Nónia, y es tradicion de la Iglesia de España que deseando volar al cielo á cantar las alabanzas del Altísimo en union de su mártir esposo, el Señor le envió la muerte de una manera milagrosa. Marineo Siculo en el libro quinto de Reb. Hisp. citado por el P. Risco en el tomo 34 de la España Sagrada

dice lo siguiente: *Quos cum Sancta Nona vidisset, extinctos (sus hijos) unicum filium parvulum brachio complexa, flexis genibus, et multis perfusa lachrymis Deum oravit, et eam cum filio a vitæ periculis eriperet. Et cum hoc dixisset, repente lacus exortus est, qui statim matrem cum filio divinitus absorbit. Cujus aquam bibentes infirmi sanantur, ubi Legionensis civitas circa lacum templum ædificavit, quod Sancta Nonæ dicitur.*

Muy parecido al de San Marcelo fué el martirio de Casiano, á quien la ciudad de Tanger se gloriaba de tener por especial protector. Era notario, que habia de transcribir la sentencia de muerte del centurion Marcelo, y en aquel instante penetró en su alma la luz de la divina gracia al ver la sobrehumana valentia de Marcelo; siguió su ejemplo, convirtiéndose súbitamente, y recibió igual corona de mártir.

En los últimos años de este siglo tercero de la Iglesia florecian en ella muchos varones altamente esclarecidos por su virtud y letras: cuéntanse entre ellos el santo sacerdote Doroteo, versadísimo en el estudio de las divinas Escrituras; San Pierio, de cuya ciencia se confesaba admirador San Gerónimo; San Aquila, que fué modelo en sus costumbres de la mas sublime filosofía y de la mas alta perfeccion evangélica, el cual regentaba la célebre cátedra de catecú-

menos de Alejandría, habiendo sido despues Obispo de esta ciudad; Teognosto, á quien San Atanasio llamó hombre erudito y admirable; Agapio, Obispo de Cesarea de Palestina, cuyas prendas ensalzó el historiador Eusebio; y San Melecio, que gobernó las Iglesias del Ponto, y fué Obispo de Amacea, tan admirado por la dulzura de su carácter y de su elocuencia como por su ciencia y santidad.

En el último año de este siglo aparece por vez primera en la historia de la Iglesia el nombre del grande Osio, Obispo de Córdoba, entre los 19 Prelados españoles, que asistieron al Concilio de Elvira. Se ha cuestionado acerca del tiempo, en que se reunió; pero ya están acordes los pareceres de los sabios mas competentes en fijar su celebracion al terminarse la tercera centuria. Y á la verdad que no deja la menor duda el contenido y conjunto de sus 81 cánones, en los cuales se notan varias medidas tomadas en vista del peligro de la persecucion, que amenazaba, al paso que se advierte que aun no se habia roto el fuego contra los cristianos, pues era frecuente el trato y comunicacion de estos con los gentiles. No se ocuparon del dogma los Padres de este Concilio, y asi todas sus disposiciones canónicas versan sobre puntos de disciplina y de moral, y se dirigen especialmente á evitar las consecuencias que pudieran

originarse de un comercio demasiado familiar con los infieles, á cuyo fin desplagan una imponente severidad para con los culpables de diversos delitos, los cuales se especifican. El espíritu de la Iglesia es siempre el mismo: su conato poner barreras á los vicios y á la depravacion y fomentar las virtudes, que el Evangelio enseña. Y esta indicacion me basta para hacer el breve, pero significativo panegírico del Concilio de Elvira. Las circunstancias, en que se hallaba entonces la Iglesia de España, determinaron la mayor parte de sus disposiciones, las cuales pueden verse en el tomo duodécimo del P. M. Florez. Sin embargo, no puedo menos de hacer mencion de su cánón quinto, que priva de la comunión por 5 ó 7 años á la señora, que maltratándola hubiese sido causa de la muerte de su esclava. En este solo rasgo se pinta á maravilla la crueldad pagana, que hacia á los amos árbitros de la vida de sus esclavos, y el espíritu dulce y civilizador del cristianismo, que en medio de las sangrientas persecuciones, de que continuamente era víctima, mostró desde un principio tanto celo por aliviar la suerte de los infelices, y por último, cuando pudo obrar con mayor eficacia, logró abolir la esclavitud, en que gemia la porcion mas considerable del género humano.



## CAPÍTULO XVI.

### SUMARIO.

Varios escritores cristianos del siglo III.

De los escritores cristianos del siglo III y de sus insignes obras, monumentos de su piedad, nos han quedado muchas noticias, que debemos consignar aquí con la brevedad posible.

Ceillier habla largamente de las muchas obras, que compuso el sapientísimo San Hipólito mártir y primer Obispo de Porto, que habia nacido hácia el año 173 y padecido el martirio en 269, como lo manifestó el P. Simon de Magistris en sus excelentes disertaciones impresas en Roma el año 1795 y citadas por Rhorbacher, que en el tomo 5.º de su Historia emplea varias páginas interesantes en presentar algunos rasgos de las obras de este doctor antiguo; pero han perecido casi todas, y solo se conservan fragmentos de una gran parte de ellas. Las que quedan íntegras son una Homilia sobre la Teofania ó presencia de Dios entre los hombres, y un libro sobre el Antecristo, el cual imprimió sacándolo de dos antiguos manuscritos el holandés Macardo Gaudio en 1661. La edicion mas copiosa de las obras de San Hi-

pólito es la de Fabricio hecha en Hamburgo en dos tomos en fólio, el primero en 1716 y el segundo en 1718. Dice el Cardenal Orsi que existe en la Biblioteca del Vaticano una antigua estatua de mármol de este santo escritor hallada á mediados del siglo XVI, la cual le representa en traje de filósofo.

Minucio Felix: fué autor del excelente diálogo intitulado *El Octavio*.

Cayo presbítero de Roma, y ordenado despues Obispo de las naciones para predicar á los infieles segun se expresa Ceillier, fué uno de los varones mas sabios y celosos de este siglo y escribió varias obras que no han llegado hasta nuestros dias.

San Gerónimo hace los mayores elogios de Julio Africano, de cuya insigne obra de cronologia, que llegaba hasta el año 221 de Jesucristo, solo quedan fragmentos. Rhorbacher dice que se conserva una carta de Aristides, cuyo objeto es la armonía y concierto de las genealogías del Salvador trazadas por San Mateo y San Lucas.

Ammonio Saccas: Ceillier dice que la única obra, que de este filósofo ha llegado hasta nosotros, es: una concordia de los cuatro Evangelios impresa la primera vez en Ausburgo el año 1523, y se halla en el segundo tomo de la Biblioteca de los Padres.

San Dionisio de Alejandría hizo inmensos servicios á la Iglesia con sus cartas llenas de sólida doctrina, de prudencia y de celo. Además escribió un discurso sobre la solemnidad de la pascua; una obra de las Promesas contra el error de los milenarios; Discursos en forma de cartas acerca de la naturaleza, y cuatro libros dirigidos al Papa San Dionisio haciendo la apología de su fé. Segun vemos en la inmortal obra de Ceillier es muy poco lo que nos queda de lo mucho que escribió este doctísimo y santo Obispo de Alejandría.

El Sumo Pontífice San Esteban escribió diversas cartas de suma importancia; pero solo quedan algunos fragmentos de las dirigidas á San Cipriano y á San Dionisio de Alejandría.

Nepos, Obispo egipciano, compuso himnos sagrados. Se sabe de él que cayó en el error de los milenarios.

San Anatolio, autor de varias obras, escribió tambien sobre la pascua.

Eusebio, que Ceillier se inclina á creer que fuese Obispo de Alejandría, nos ha dejado sus doctrinas sagradas y 18 homilias.

San Gregorio Taumaturgo. Consérvase de este admirable santo su discurso en elogio de Orígenes. De él dice Ceillier: «Es una de las piezas mas cumplidas de elocuencia.» Y casi en los mismos términos se expresa el Obispo

de Maroc M. Guillon. Poseemos igualmente su breve y precioso símbolo de la fé, que segun San Gregorio Niseno le reveló la Santísima Virgen en una vision por medio de su predilecto San Juan Evangelista, que era quien le hablaba. Por testimonio de Ceillier convienen todos los críticos en que es suya una epístola católica dirigida á un Obispo del Ponto señalando las penitencias, que se deben imponer á los cristianos reos de diferentes pecados, repartida en 11 cánones. Tampoco se duda que sea de este portentoso Santo la Paráfrasis del Eclesiastes, que se halla entre sus obras, que fueron impresas por Gerardo Vosio en Mayenza en 1604 en 4.º, y en París en 1612 en fólio, con las de San Macario de Alejandría y de otros, y en las Bibliotecas de los Padres en Colonia en 1618, y en Lyon en 1677. Á estas noticias sacadas de la historia general de los autores sagrados y eclesiásticos hay que añadir que Rhorbacher en el tomo 5.º de su Historia universal de la Iglesia Católica defiende con triunfantes razones que son de San Gregorio Taumaturgo los cuatro sermones que se le atribuyen, á saber, tres sobre la Anunciacion de la Virgen Santísima, en los cuales la llama muchas veces Madre de Dios, como ya lo habian hecho Orígenes, el gran San Dionisio de Alejandría y los Obispos que concurrieron al Con-

cilio de Antioquía, y el cuarto sobre la Teofanía ó manifestacion de la Divinidad en el bautismo de Jesucristo. Tiene además por seguro que son del mismo Santo los doce anatemas, que son como otras tantas fórmulas condenatorias de los errores de Pablo Samosata.

El Papa San Dionisio escribió dos cartas, combatiendo en la una á los Sabelianos, y consolando en la otra á la Iglesia de Cesarea por las pérdidas que le habia causado la irrupcion de los bárbaros.

Arquelao: sus obras, que contienen sus discursos contra los errores de Maniqueo y las conferencias en que confundió á este heresiarca, se han impreso muchas veces, citando Ceillier como la última edicion que él conocia la de Hamburgo en 1716 en fólío.

San Victorino mártir: solo se conserva su comentario del Apocalipsis, aunque escribió otros muchos, y una obra contra todas las heregías.

## CAPÍTULO XVII.

### SUMARIO.

Carácter de los sucesos del siglo III.

Sin miedo alguno á ser desmentido pudiera asegurarse que este siglo fué entre todos un espantoso encadenamiento de horrendas luchas ci-

viles y exteriores, y que todo él estuvo bañado en torrentes de la vertida sangre del humano linage, que entonces habitaba sobre la tierra. Una insaciable sed de derramar la propia y la agena hacia que cayesen sobre el imperio como diluvios de fuego las devastadoras huestes de los bárbaros septentrionales. Pero aunque esto no fuera, basta pasar la vista por la historia del imperio romano para observar con asombro y estremecimiento que cuantos llegaron á revestirse con las insignias de la magestad suprema, bajaron al sepulcro tintos en su propia sangre por obra del puñal alevoso. Hay que exceptuar á dos, que no teniendo corazon para recibir la muerte de mano agena, se la dieron á sí mismos. Además, la peste se encargó de acabar con la vida de Claudio el Gótico, y un rayo con la de Caro. Recordemos por un instante, lo que no es posible olvidar, y es que la mayor parte del mundo formaba un solo imperio, y que á las naciones, que fuera de él estaban, impelian las furias á correr á destrozarlo. Ahora bien, ese universo convulso tuvo en 100 años mas de 60 soberanos muertos violentamente, contando entre ellos los 30, que usurpando la púrpura, dilaceraron sus entrañas en la época en que el emperador Valeriano tenia encima de sí la opresora planta de Sapor. Estos señores eran obedecidos por dilatadas naciones, gobernaban con

etro de hierro, y una órden suya llenaba de espanto y desolacion la redondez de la tierra: ejércitos innumerables guardaban su deificada persona, y sin embargo era su trono un volcan siempre llameante, una hoguera que los abrasaba en breve tiempo.

Entretanto los Sumos Pontífices, Vicarios de Jesucristo, reinaban sin escolta, sin palacio, sin patrimonio, dia y noche amenazados por la cuchilla de los perseguidores, que al fin caia sobre sus cuellos y les daba la muerte. Y no obstante esos inminentes y continuos peligros, no pasaron de catorce los que dirigieron en este siglo la nave de la Iglesia, es decir que no llegaron á la cuarta parte del número de prepotentes dominadores, que avasallaron el inmenso imperio y desaparecieron con muy trágico fin. La no interrumpida sucesion de nuestros Pontífices en los tres primeros siglos de la Iglesia no puede menos de ser á los ojos de un observador filósofo un verdadero prodigio de la divina Omnipotencia. ¿No era sabida la suerte, que aguardaba al que subia á sentarse en la cátedra de San Pedro teñida con la sangre de casi todos sus predecesores? ¿Y no era un heroismo el aceptar la tiara pontificia? ¿Con qué medios contaba el nuevo Sucesor de tantos mártires para ser obedecido en toda la extension del imperio y mas allá de sus confines? Ved ahí un soberano sin



un arma y sin un soldado. Tiene contra sí el poderío de los Césares, y casi todo el universo está lleno de los armados enemigos de la calumniada Iglesia, cuya cabeza es. Sin embargo, nada teme: no le asusta el que dentro de su mismo reino espiritual haya Obispos congregados en Concilios que no quieran oír su voz, ni que un Santo los presida en el África: anatematiza el desvio de su doctrina en un punto, que humanamente considerado debia serle indiferente y hasta favorable: resiste, y su palabra es mas sabia, mas firme y poderosa que los Concilios del Asia y del África empeñados en reiterar el bautismo de los hereges. Solo este hecho en un tiempo, en que tanto convenia á los Pontífices de Roma hacer conquistas para el cielo y no arrostrar el peligro de la desmembracion de su monarquía, prueba hasta la evidencia que su mision es divina y que los asiste el poderío del Altísimo! Estos vivos representantes de la adorable Víctima del Calvario son acatados á distancias de millares de leguas, y un lazo invisible de obediencia y de filial amor une á su pobre y perseguida cátedra el corazon y el entendimiento de millones de católicos dispuestos á dar la vida, como la dan en efecto, por las misteriosas verdades, cuyo depósito conservan los infalibles Pastores defendiéndolo de las irrupciones de los hereges, mientras ofrecen



desnudo el santo pecho al acero de los paganos.

Muy claramente se ve en la historia de este siglo la divinidad de nuestra religion, porque en él no pereció la naciente Iglesia. Ya está dicho y demostrado que aun en tiempos de Emperadores menos hostiles y aun algo propicios al cristianismo, como Filipo y Alejandro Severo jamás dejaron de perseguirle los idólatras siempre dueños de la potestad dominadora, los cuales formaban un inmenso ejército dilatado por la haz del globo, que estaba en pié de guerra. Se encrudelecia esta cuando el Señor del mundo volvía á ordenar la matanza de las víctimas, pero nunca cesaba enteramente. Mantenianla viva la antipatía de costumbres y de creencias, el arraigado apego al culto antiguo, el espíritu de supersticion, el sórdido interés de los sacerdotes de los ídolos, y el odio de las pasiones conjuradas contra la nueva ley venida de los cielos. Concurrian á esta lucha diversas falanges de hereges trastornadores de la gerarquía eclesiástica, de la disciplina, de la moral y del dogma. Ilustres campeones, cuya pluma era como un rayo que militaba en su favor, se pasaron al enemigo con armas y con bagajes, sin que haya necesidad de señalar á Tertuliano para que los lectores le estén ya viendo salir airado del gremio de la Iglesia y levantar contra ella una cátedra de pestilencia, cual ya lo habian

hecho en el siglo anterior los eruditos tráfugas Bardesanes y Taciano. El primer antipapa, auxiliado por Novato perturbador de la Iglesia africana, arroja una tea incendiaria en medio de la viña del Señor azotada por huracanes de muerte. Orígenes es como un sol de resplandores de ciencia y de virtud, y ¡ay dolor! se oscurece y despide una pálida luz, que anuncia lejanas tempestades, y desde luego suscita contra sí mismo borrascas angustiadoras.

Y mientras á un mismo tiempo truenan sobre el redil de las ovejas de Cristo tantas nubes, que descargan centellas y rayos, y tantas manadas de carnívoros lobos ensangrientan en ellas sus feroces dientes, triunfa la Esposa del divino Cordero cual si estuviera embriagada en las delicias de dulcísima paz. En efecto, los Vicarios de Jesucristo deciden y mandan con la misma entereza que en las épocas mas bonancibles. Sin hacer caso del mundo que se arruina en civiles discordias, los sabios del cristianismo levantan esos monumentos de su piedad y de su ciencia, que han de ser la admiracion de las edades venideras. Perdiéronse muchas de sus obras, y sin embargo las que se han conservado pueden con dificultad contenerse en abultados volúmenes. ¿Qué es esto? ¿No pertenecian á la tierra esos hombres, que la sentian temblar bajo sus plantas? ¿No corrian por de-

lante de sus ojos los rios de sangre, que inundaban todo el imperio? Sublime espectáculo es para mí la abstraccion de los santos escritores del siglo III, que solo atendian á la gloria y defensa de nuestra divina religion hasta que por ella entregaban el cuello á los verdugos, como lo hicieron el celebérrimo Cipriano y el nonagenario Hipólito. ¿Y quién no admirará las reuniones de Concilios para el arreglo de la disciplina y el sostenimiento de la unidad de la Iglesia, como los congregados en Roma y en Cartago contra los cismáticos Felicísimo, Novato y Novaciano? ¿Quién no alabará el impertérrito celo de los Obispos, que de los países mas distantes vuelan una y otra vez á Antioquía para ahogar en su propia cuna las heregías de Pablo de Samosata protegido por la poderosa reina de Palmira...?

Pero lo que embellece sobremanera la fisonomía de la Iglesia en medio de los sangrientos horrores de este siglo es la caridad y dulzura, que contrastan singularísimamente con aquellos furores fraticidas. Ya que acabo de nombrar al herege Pablo Samosateno, llamaré la atencion sobre la extraordinaria benignidad y clemencia, con que le miran los Padres de los Concilios de Antioquía: parece que hubiesen llevado á esta ciudad un tesoro de paciencia y de suave blandura. Los historiadores Amat de Graveson

y Berault Bercastel he visto que solo enumeran dos Concilios reunidos para juzgarle; empero el Cardenal Orsi, que con tanta extension y profundidad habia estudiado las antigüedades eclesiásticas que pudo mostrar sus extensos conocimientos en ellas escribiendo con magestuoso estilo 21 volúmenes de á folio para solo la historia de los siete primeros siglos, parece que no deja duda con el mismo tejido de su narracion sobre que por dos veces volvieron á sus hogares los Padres de Antioquía con la esperanza de que se enmendára el nefando Obispo de esta ciudad, hasta que por último tornaron á privarle del obispado. Los santos confesores, que estaban en las cárceles esperando el momento de sacrificarse por su Dios y su religion, tenian verdaderamente entrañas de amorosa madre para con los miserables, que habian apostatado y acudian á ellos para que intercedieran por escrito á fin de obtener su reconciliacion con la Iglesia; y llegó á tanto la piedad de los mártires que alguna vez rayó en abuso su misericordiosa condescendencia. Léanse los cánones de los últimos Concilios de Cartago presididos por San Cipriano, y se verá cuán indulgentes anduvieron con los caidos. La heregía de Novaciano no los admite á penitencia, y la condena el Papa San Cornelio en su Concilio romano; y recibe con los brazos abiertos á cuatro de los

mas acérrimos partidarios de aquel primer antipapa, los cuales confesaron que habian sido engañados y que por haber antes sufrido tormentos á causa de su verdadera fé, los cismáticos tomaron sin conocimiento de ellos su nombre para ponerlo en cartas impías, que estaban sumamente lejos de haber firmado; y así su vuelta al único redil del Pastor divino fué celebrada por todos los fieles con las mas sinceras demostraciones de caridad, ternura y regocijo.

No se mostró menos blando con los que habian tenido la desgracia de rendirse á los perseguidores del gran Obispo de Alejandria San Dionisio. Abreviábase el tiempo de las penitencias canónicas y se aceleraba la reconciliacion siempre que amenazase algun peligro de muerte al contrito penitente. Y este espíritu de caridad era como el alma no solo de los santos Prelados sino de todos los fieles, que formaban el místico rebaño de Jesucristo. ¿Se quieren pruebas? Ahí está la historia. Pero voy á recordar un solo hecho, aunque de colosal magnitud, porque comprende una inenarrable muchedumbre de heróicos actos de caridad. La peste asoló por muchos años las provincias del imperio, y los cristianos se sacrificaban por salvar la vida de los infieles asistiéndolos con fraternal amor.

En medio de tan bellos cuadros de maravi-

llosas virtudes pintan los autores de historia eclesiástica una época de relajacion hácia la mitad de este siglo. En esto siguen á San Cipriano; pero parece que no han considerado que el santo mártir como Obispo que se lamentaba de algunos desórdenes, que veía en la grey que le estaba confiada, naturalmente habia de expresarse con aquella vehemencia propia de un superior, que reprende indignado y que no lleva cuenta de la rigurosa exactitud de sus palabras. Así me persuado que su pluma al hacer aquella pintura corrió impulsada por el ímpetu de su celo como cuando dijo el escritor sagrado: *Non est qui faciat bonum; non est usque ad unum.* De continuo oimos semejantes hipérboles y las leemos hasta en las obras mas graves. Estoy sumamente lejos de atreverme á negar que cuando aquello estampaba San Cipriano, no tuviese algun fundamento para hacerlo; pero no olvidemos la propension observada en muchos grandes talentos á generalizar sus ideas, y á pasar de lo particular á lo comun; por manera que es muy posible que en el país donde el Obispo de Cartago residia se notasen algunos desmanes en la conducta de los cristianos, y que él de buena fé hubiera creído que sería semejante el proceder de los fieles de los demás países á donde no habia estado. Y á la verdad no hay noticia de que San Cipriano hubiese he-

cho ningun viaje ni antes ni despues de su conversion, de modo que si se propuso comprender en su censura la vida de los fieles de otras naciones, no fué porque él la hubiese visto con sus propios ojos.

Sobre todo, la conjetura de que no era tanta, como dicen historiadores, la relajacion de los cristianos de aquel tiempo se funda en hechos innegables, cuales son: 1.º Que los paganos, que se convertian á la fé, no lo hacian movidos por intereses mundanos, sino por la persuasion de que á la observanciá del nuevo género de vida que abrazaban se vinculaba la salvacion de sus almas. 2.º Que aunque la persecucion ordenada por los edictos de los Emperadores cesase por algun tiempo, jamás desapareció la que los fieles sufrieron en los tres primeros siglos por parte del odio de los sacerdotes de los ídolos y de cuantos no habian abrazado su divina y austera religion, y siempre estaba vivo el peligro de que se renováran las persecuciones generales decretadas por los poderes públicos, y todo esto mantenía el fervor y hacia que continuamente se viviera en oracion para alcanzar de Dios los auxilios necesarios en tan azarosas circunstancias. 3.º Es notorio que por aquel mismo tiempo florecian en la Iglesia muchos Santos, contándose entre ellos celebradísimos Obispos, que eran como otros tantos pa-

dres de santidad, que no dejarían de infundirla con su doctrina y ejemplo en gran número de las ovejas encomendadas á su pastoral solicitud: tales eran entre otros un San Fabian Papa, y todos sus santos predecesores, un San Narciso y un San Alejandro de Jerusalem, un San Heraclas y un San Dionisio de Alejandría, un San Babilas de Antioquia, un San Gregorio de Neocesarea, un San Fédimo de Amasea, un San Alejandro de Comana, un San Cipriano de Cartago, y en las Galias una porcion de santos Obispos, que sellaron con su sangre la fé que predicaban. 4.º Son un testimonio de que habia fervor, caridad y celo en el mundo católico los innumerables cristianos, que en todas las persecuciones de este siglo y especialmente en la que ahora mas hace á mi propósito, en la del tirano Decio, prefirieron dar la vida en los mas atroces tormentos á contaminar su conciencia ni aun con las apariencias de exterior idolatría. Por otra parte ¿cuánto tiempo habia transcurrido para que se olvidáran los maravillosos ejemplos de virtud y de heroismo dados por tantos mártires en recientes persecuciones para que aquellos no produjeran los frutos de imitacion, que naturalmente debian producir?

Sé que me apartaria de la verdad, si pasando al extremo contrario, supusiera que fueron santos, ó por lo menos constantes en la fé,



todos los cristianos de la primitiva Iglesia, pues no lo atestiguan así las historias, ni lo dan á entender los cánones penitenciales de los Concilios celebrados en aquella edad; antes bien, tanto aquellas como estos nos hablan de los que intimidados por el horrible aspecto de los suplicios, ó ya en medio de ellos tuvieron la desgracia de apostatar, y luego arrepentidos de su grave culpa suspiraban por reconciliarse con su Dios y con la Iglesia. ¿Mas qué ejército victorioso no experimenta algunas bajas en el mortífero combate? Si todos los cristianos se hubiesen mantenido firmes en medio del rigor de los atroces tormentos, hubiérase dicho que la divina Omnipotencia hacia invulnerables todas las huestes cristianas empeñadas en la lucha con el infierno, y que así era menor el mérito de los combatientes. Bastaba para probar la divinidad de nuestra religion el hecho de resistir un solo mártir los agudísimos é insufribles tormentos, que no era dado á la naturaleza humana superar por sí sola. Mas en vez de uno, cuenta la Iglesia Católica millones de invictísimos mártires, que no murieron como en la guerra los soldados en el calor de las lides, sino que fueron perdiendo la vida lentamente con dolores inconcebibles, y bastándoles una sola palabra para librarse de ellos, permanecían entre los garfios de hierro, en los ecúleos

y entre las llamas sin dar la mas mínima muestra de desaliento.

Pero si los que consumaban su martirio son una prueba viva de la divinidad de nuestra augusta religion, no lo son menos los que á ella volvian despues de haberla abandonado por falta de ánimo para arrostrar la muerte. Su entendimiento no habia dejado de estar persuadido de la verdad de la fé: su corazon fué el culpable por su flaqueza. Aunque era grande su delito, eran apóstatas de un solo momento, pues acto continuo solicitaban con instancias y con amargas lágrimas ser de nuevo admitidos en el gremio de la Iglesia. Reflexiónese cuán ingenioso y valiente es el amor propio para defender y sostener sus caidas, cuán difícil es levantarse habiendo caido, cuán raro el que un desertor vuelva voluntariamente á las filas que habia abandonado, y se conocerá la profunda conviccion que tenian de la verdad de la religion revelada estos desgraciados, que eran la plebe y la hez de los cristianos. Por manera que los mismos que renegaban de la fé, venian á ser los irrecusables testigos de su verdad y divinidad cuando despues seguian profesándola, lavado con sus lágrimas su momentáneo crimen.

## SIGLO CUARTO.

### CAPÍTULO PRIMERO.

#### SUMARIO.

Carácter de Galerio: da principio á la persecucion.

Martirio de Nicandro y Marciano y desemejanza de sus mujeres. Conviértese en odio y persecucion la benevolencia de Diocleciano para con los fieles. Edictos de persecucion general. Martirio de San Pedro y de otros dignatarios de la corte de Diocleciano. Pérfidias tramas de Galerio. Hogueras en las calles de Nicomedia. Ciudad de Frigia convertida en cenizas.

Este famoso siglo es el de la gran batalla del infierno con el cristianismo, que al fin fué coronado de brillante victoria, encaramándose sobre el trono del romano imperio en la persona del inmortal Constantino. Parece que los príncipes de las tinieblas presintiendo que estaban próximos á perder su poderío, tomaron por su cuenta el formar el corazon de Galerio, porque habia de ser el tigre lanzado por el averno sobre el rebaño de Jesucristo. Desde los montes, en que ejercia el oficio de pastor, pasó á la

milicia este hombre de crueles entrañas nacido en la Méfia, pero oriundo de la Tracia y por consiguiente bárbaro. Su madre, que era en extremo supersticiosa, le habia inspirado odio feroz á los cristianos y lo atizaba continuamente quejosa de que no asistian á los banquetes, que ella celebraba en honra de sus falsas divinidades. Mas no necesitaba Galerio de semejantes instigaciones para aborrecer la virtud donde quiera que esta resplandeciese: sin embargo, por algun tiempo despues que Diocleciano le hizo César, tuvo como reprimidos sus naturales ímpetus por respeto á su bienhechor, que era al mismo tiempo su suegro. Mas luego que ensoberbecido en demasía por el triunfo, que consiguió de los Persas, comenzó á desentenderse de todo miramiento con Diocleciano, soltó la rienda á su furia contra los adoradores de Jesus, y los persiguió en su corte y en el ejército que estaba bajo sus órdenes. Sábese que fueron muchas las víctimas de su impía saña. Como carecia de cultura y no habia en él mas que aviesas pasiones, no debia esperarse acierto alguno en la eleccion, que este mónstruo hiciera de gobernadores y magistrados: se le parecian los que nombraba. Y no hay para qué decir que eran sus auxiliares en la horrible empresa de hacer la guerra á los cristianos.

Entre aquellos se cuenta á Veturio, que des-

plegó una activa crueldad en el Oriente, y á Máximo, gobernador de la Mézia, que sentenció á la pena capital en la ciudad de Dorostoro al magnánimo veterano Julio, quien dió su vida por la fé el 27 de Mayo del año 302, segun nos lo asegura el sabio Cardenal Orsi, y así mismo mandó degollar á los héroes de Dios Marciano y Nicandro, cuyo martirio está lleno de circunstancias, que conmueven el corazon. En su primer interrogatorio se presentó Daria, esposa de Nicandro, en el terrible tribunal animando á su marido y exhortándole á no hacer caso de las seductoras palabras del juez y á mantenerse firme en la confesion de nuestro Señor Jesucristo, que era en aquel combate su escudo y fortaleza, y á quien debia guardar una fidelidad inviolable. Y volviéndose á ella el tirano Máximo: «Mala mujer, le dijo ¿por qué deseas que tu marido perezca?» «No, respondió Daria, lo que yo deseo es que viva con mi Dios para nunca jamás morir.» «No es verdad eso, replicó Máximo, sino que procuras acelerar la muerte de tu marido, porque estás deseosa de casarte con algun otro.» Y la Santa repuso: «Si has concebido de mí semejante sospecha, ordena que yo muera por Cristo antes que él.» Máximo se negó á darle gusto, y mandó que la lleváran á la prision, disponiendo lo mismo en órden á los invencibles confesores, á quie-

nes vanamente se habia empeñado en doblegar.

Veinte días estuvieron en la cárcel, y en ellos se vió Marciano comprometido en una lucha, que le despedazaba el alma: era su esposa afectuosísima el enemigo, que con suspiros y lágrimas porfiaba para que con su muerte no la dejase sumergida en un abismo de amargura. La desesperacion de esta mujer repetía las instancias, los golpes y los asaltos al corazón de su consternado esposo. Y él fué el que en el segundo interrogatorio rogó al gobernador Máximo que no les difiriese un solo momento la gloria de dar la vida por Jesucristo. Cumplido tan vehemente deseo por la sentencia del juez, ambos mártires se le mostraron agradecidos, y caminando al lugar del suplicio, llenos de júbilo bendecian á Dios, que se dignaba llamarlos á su reino. Seguian á Nicandro su santa esposa y su ternezuelo hijo llevado por Papiano, hermano del mártir Pasícrates, y se congratulaban con él de su dichosa suerte. Pero ofrecia diverso espectáculo la comitiva de Marciano: le acompañaban sus parientes tristísimos, su hijo y su mujer, que con la cabellera descompuesta y los vestidos desgarrados iba llenando el aire de lamentos, que exhalaba con una voz lúgubre y gemebunda. Gritaba á su marido y le reconvenia porque ni siquiera se dignaba responderla, le pedía llorando que no la despre-

ciase, que se compadeciese de ella y de su extrema desolacion, que volviese los ojos á su pequeñuelo hijo dulcísimo, que no fuese tan cruel con ella y con su hijo!... Y Marciano por último volviéndose á ella y echándole una mirada, que expresaba su indignacion, «Véte, le dijo, déjame consumir en paz mi sacrificio.» Ella se obstinaba en seguirle y molestarle con sus sollozos; y él queriendo entregar su espíritu al Señor con mas tranquilo recogimiento, suplicó á un cristiano llamado Zótico que la detuviese algun tanto, pero llegado al lugar del suplicio, la hizo acercarse, le dió un ósculo, y le dijo: «Adios. Véte, porque no estás para ver el triunfo de mi martirio.» Besó luego al niño, y levantando los ojos al cielo, exclamó: «¡Cuida tú de él, Dios mio!» En seguida se abrazaron los dos mártires, y se apartaron algo. Pero advirtiéndole Marciano que Daria esposa de Nicandro no podia romper por entre los apiñados grupos de espectadores, fué á ella, y la llevó de la mano á donde estaba su esposo: este al verla le dijo: «La paz sea contigo.» Y ella le hablaba así animándole generosamente: «Valor, esposo mio. Muestra la grande fortaleza de tu alma. Estuve sin ti diez años, é incesantemente pedia al Señor que me hiciese la gracia de que volvieses á mí. La he conseguido, y ahora me congratulo contigo porque vas á la vida. Ahora

sí que tengo razon para llenarme de gozo siendo esposa de un mártir. Ea, pues, buen ánimo, amado mio. Consuma tu sacrificio, para que yo tambien me libre de la eterna muerte por tus merecimientos!»

El verdugo vendó los ojos á los dos mártires, y cortándoles la cabeza, puso término á su destierro, y entraron ellos en la patria de la felicidad interminable.

Galerio fué como ya se ha visto entre los cuatro, que entonces eran señores del romano imperio, el primero que declaró la guerra á la Iglesia de Dios sin contar con sus colegas, y sin duda alguna disgustando en gran manera al virtuoso Constancio Cloro, que con el título de César mandaba en las Galias y en la Gran Bretaña, y cuyo dulce carácter era diametralmente opuesto al suyo.

Entretanto Diocleciano tenia consigo y confiaba el desempeño de empleos importantes á varios cristianos muy distinguidos por su ciencia y sus virtudes; pero aun antes de fulminar los sanguinarios edictos de general persecucion, su benevolencia para con ellos se habia trocado en un furor ciego y horroroso. Fué la causa de esta mudanza el haber achacado los sacerdotes de los ídolos á la presencia y artificios de los cristianos la ineficacia y mal éxito de los sacrificios, que él ofrecia á sus falsos dioses.



Desde entonces el anciano Emperador fué otro, y los cristianos de su palacio pasaron de favoritos suyos á ser el blanco de sus iras: viéronse despojados de sus empleos, perseguidos y hasta aporreados: los que servian en los ejércitos recibieron la órden de sacrificar á los ídolos so pena de ser privados de toda condecoracion, cargo público y emolumento. Claro es que los generales paganos no se atendrian á solo lo mandado por el Emperador, sino que sabiendo que estaba de ánimo contrario á los cristianos, se propasarian en la ejecucion de sus órdenes, y muchos de ellos darian que sentir gravemente á cuantos desobedecian el imperial mandato de sacrificar á los ídolos.

Galerio, que atisbaba la ocasion de acabar con los cristianos, se regocijaria grandemente al saber que su suegro procedia contra ellos del mismo modo que él; y los historiadores refieren que el invierno del año 302 lo empleó en agravar el odio de Diocleciano y en combinar los medios de dar un golpe decisivo y terrible á la Iglesia de Dios. Puestos de acuerdo publicaron en Nicomedia su primer edicto, mandando que fueran arrasadas las iglesias y quemados los libros santos. Un prefecto á la cabeza de una columna de soldados marchó á demoler la iglesia de Nicomedia, y los dos Emperadores tuvieron el placer bárbaro de verla en breve

tiempo reducida á escombros mientras los fieles lloraban su pérdida y el incendio de las Sagradas Escrituras, y al mismo tiempo que sollozaban se animaban unos á otros á dar la vida por su fé y por el amor de su Dios.

Entró en el mismo palacio la muerte, que á millares arrebatava á los cristianos: el viejo Emperador cebó su furia en sus mas fieles y favorecidos amigos: Pedro, que se hallaba revestido de una de las primeras dignidades, rehusó sacrificar á los ídolos; y habiéndole levantado á grande altura, se le dejó caer precipitado: su cuerpo quedó como era de esperarse de tan terrible golpe, y acto continuo fué de nuevo molido á palos y azotado hasta descubrirse los huesos: en las abiertas llagas le echaron sal y vinagre, y por último le asaron las destrozadas carnes en una cruel parrilla. Doroteo y Gorgonio, que ocupaban en el imperial palacio puestos importantes, fueron decapitados; é igualmente recibieron la corona de mártires Migdonio y Mardonio, que eran personajes de elevada categoría. Natural era que el furor de los perseguidores se estrellára primeramente con los Obispos, y que su primera víctima fuera el de Nicomedia: así pues, Antimo tuvo la gloria de ser uno de los primeros, que entregaron la cabeza á la cuchilla del verdugo.

Al edicto ya mencionado sucedieron otros

aun mucho mas terribles, declarando abierta guerra á sangre y fuego á la religion cristiana. Atestigua Lactancio que notando Galerio alguna morosidad en Diocleciano, le impelió á enfurecerse mas y mas con los adoradores de Jesucristo haciendo incendiarle el palacio, y echando á aquellos la culpa de este atentado. Bien le salió, y por eso á los 15 dias reprodujo el horrendo crimen, y para dar mas colorido de verdad á la calumnia, dijo que ya no era posible librarse de ser quemado vivo por los cristianos sino poniéndose en salvo por medio de la fuga, y aquel mismo dia abandonó á Nicomedia, porque asi convenia al buen éxito de su pérvida y horrorosa trama. Ya no bastaban en aquella ciudad los tormentos para acabar con las infinitas víctimas, que se presentaban; en cada calle se encendió una hoguera para abrasar vivos á innumerables cristianos: niños, mujeres y viejos daban su vida en las llamas, y simultáneamente subian á los cielos ejércitos de mártires.

No puede leerse sin estremecimiento y horror la relacion, que Eusebio hace de los atroces suplicios, que se inventaron y se pusieron en juego para atormentar en toda la extension del romano imperio á los que permanecian firmes en la fé. Ya muchos de ellos los hemos visto en uso en las anteriores persecuciones, y de otros

habrá ocasion de hablar en algunos de los mas insignes martirios. ¡Pero cuán horroroso y al mismo tiempo cuán sublime espectáculo es el ver en la Frigia una ciudad entera consumirse por la fê en las llamas junto con sus invictos habitantes, que mueren alegres, invocando el dulce nombre de Jesus! Habia marchado contra ella una cohorte romana, y circunvalándola aplicó el fuego á sus muros, y se convirtieron en gloriosas cenizas cuantos la habitaban...

## CAPÍTULO II.

### SUMARIO.

Bella conducta y relevantes prendas de Constancio Cloro. Martirio de San Felix. Indigno proceder de algunos sacerdotes y Obispos de Numidia. Martirios de los Santos Procopio, Alfeo y Zaqueo. Id. de San Romano y del niño Barula: heroismo de su madre.

Volvamos la vista á las Galias, y veremos que si la divina Providencia permite algunas veces que el genio del mal se entronice sobre la tierra, jamás abandona á su tiranía el dominio de todas las naciones. En tanto que tres coronados mónstruos servian al averno bañando en sangre inocente la mayor parte del romano

imperio, el virtuoso Constancio Cloro habia de dar una insigne prueba de la grandeza de su alma. Sus colegas le enviaron los edictos, con que se proponian la ruina del cristianismo, y le tocaba publicarlos y ponerlos en ejecucion. Llamó á los empleados en su palacio y á cuantos ocupaban encumbrados puestos en la corte y en la milicia, y les manifestó que en virtud de los edictos que acababa de recibir, debian renunciar todos sus empleos y dignidades los que se resolvieran á permanecer constantes en profesar la religion cristiana. Entre los que se hallaban congregados, hubo cobardes y pusilánimes, que dieron la preferencia á las vanidades mundanas y optaron por la vil apostasia; mas tambien hubo generosos corazones, que abrazándose con la adorable cruz de su divino Salvador, hollaron todas las deslumbradoras ventajas de su brillante posicion, declarando con magnánima firmeza que todo lo perdian gustosamente por no faltar á la fidelidad, que tenian prometida á su Dios y Señor. El sagaz Constancio Cloro no habia descubierto los designios que encerraba en su pecho, y sus áulicos y demás dignatarios del imperio se vieron grandemente sorprendidos por su inesperada resolucion. Á los cristianos, que no mostraron dificultad en dejar el servicio del verdadero Dios, los echó de su palacio y los privó de sus empleos, di-



ciendo que mal podían serle fieles los que no lo eran á la Divinidad; y lejos de admitir las renunciaciones de los valerosos confesores, que antepusieron la honra de seguir á Jesucristo á todas las que gozaban con el esplendor y lucrativos emolumentos de sus mandos y dignidades, les confió de nuevo la guarda de su persona y el gobierno de sus estados como á hombres, que habían dado inequívocas pruebas de su inviolable fidelidad á Dios, y que con el heroísmo de su constancia le ofrecían una segura garantía de que asimismo sabrían ser fieles á su príncipe.

Constancio Cloro simpatizaba con los cristianos en la adoración de un solo Dios: la muchedumbre de los ídolos era ridícula á los ojos de su claro entendimiento; no queda empero testimonio alguno de que hubiese abrazado nuestra divina religión. La nobleza de su carácter resplandece escrita con letras de oro en la conducta, que observó con sus colegas en el imperio. Famoso por sus campañas, respetable por su maestría en el arte de la guerra y querido por sus pueblos y ejércitos, pudo haberse hecho independiente, ó haber aspirado como otros muchos á la soberanía universal, y no lo hizo. Jamás halló cabida en su corazón la negra y ominosa ingratitud, y así guardó á sus bienhechores las consideraciones, á que se creía obligado; pero no quiso ser partícipe de su ti-

rania, ni instrumento de su ciega supersticion. Ni rompió con ellos, porque la prudencia, el agradecimiento y la entereza y magnanimidad de su alma le sugerian medios conciliatorios. Mostró que no los temia con el hecho que acaba de referirse, y al mismo tiempo para no chocar abiertamente con los Augustos y el otro César, no se opuso á que en algunas partes se derribáran varios templos consagrados al verdadero Dios, si ha de creerse á Lactancio mas bien que á su panegirista Eusebio de Cesarea, porque en su sentir importaba mas que se conserváran incólumes é ilesos los templos vivos de la Divinidad, que son los hombres que la adoran con el debido culto. Y asi fué. Prohibió que se hiciera daño á los cristianos, y si alguna vejacion sufrieron estos, no cabe duda en que sucediese sin su beneplácito.

Conocido el carácter sanguinario de Maximiano Hercúleo y el furor, con que en los primeros años de su imperio persiguió á los cristianos, no hay para qué decir con cuanta saña y crueldad lo hiciese en sus dominios cuando Diocleciano y Galerio le enviaron los edictos de muerte y exterminio, que tambien llevaban su nombre, porque asi estaba convenido entre aquellos fieros señores del mundo. Al momento se estremeció toda el África. Los ministros de la perseguidora tiranía, no contentos con hacer la

guerra mas atroz á las Iglesias, allanaron hasta las casas particulares, donde creian hallar algun ejemplar de las Sagradas Escrituras para entregarlo á las llamas. Requeridos de poner á disposicion del brazo secular los divinos códices y cuantos objetos pertenecian al culto del verdadero Dios, negáronse heróicamente muchos lectores, diáconos, sacerdotes y obispos, distinguiéndose entre estos últimos Felix, que tuvo la gloria de asemejarse al amoroso Redentor en ser llevado de tribunal en tribunal y de unos jueces á otros, hasta que conducido á Italia del modo mas inhumano dió su veneranda cabeza á la cuchilla del verdugo. Pero no todos imitaron su admirable firmeza, pues quedan lastimosos monumentos históricos de la vil cobardía de varios Obispos de la Numidia, entre los cuales figura Pablo, Obispo de Cirta, hoy Constantina, quien se apresuró junto con algunos individuos de su clero á hacer la infame entrega de las Santas Escrituras y de los cálices de su Iglesia. Otros faltaron á las reglas de la humildad y de la prudencia cristiana, presentándose cual víctimas sin haber sido llamados á los tribunales; y no pocos obraron de tal suerte con miras mundanas ó impulsados por el deseo de acabar pronto una vida de trabajos, que se les hacia insoportable. Pero el número de los apóstatas y traidores, y de los temerarios, im-



prudentes, ó poco rectos en su modo de proceder fué muy corto, dice el Cardenal Orsi, parangonado con el de los valerosos atletas de la fé, que confesaron generosamente el nombre de Jesucristo en los suplicios.

Excepto las Galias, á un mismo tiempo se bañaban en sangre de mártires todas las regiones del mundo romano. Cruelísima era la persecucion en Siria y Palestina. Una de sus primeras víctimas fué en Cesarea Procopio, el cual acababa de llegar de Jerusalem, donde vivia muerto á la carne y á todas las vanidades de la tierra y con el espíritu solo en Dios, y mas como ángel que como hombre. Siguiéronle de cerca en el glorioso certámen y alcanzaron la misma palma los Santos Alfeo y Zaqueo, cuyas benditas carnes fueron presa de los garfios de hierro, despues de haber sufrido una lluvia de azotes. Ni la prision prolongada, ni la diversidad de los tormentos hicieron mella en la constancia de sus almas invencibles, y así por último les fué cortada la cabeza.

En Antioquía flaqueaba el ejército del Señor, rindiéndose unos á la exigencia impía de los tiranos, vacilando otros, y llenándose algunos de pánico espanto antes de entrar en batalla, cuando de improviso se presentó á detenerlo en su fuga y á reanimarlo un diácono de la Iglesia de Cesarea, que acababa de llegar llevado

sin duda por una interna mocion del Espiritu Santo á aquel campo, en que la victoria estabase poniendo de parte del enemigo. Se llamaba Romano el nuevo caudillo, que venia á decidirla en favor de los hijos de Dios. Habló á los desmayados cristianos, y en un momento los hizo valientes é impertérritos. La escena cambió de aspecto. Mas como en esta sagrada lucha los guerreros discípulos de Jesus crucificado no habian de blandir las espadas, sino ofrecer el cuello á los verdugos, Romano fué el primero, que se inmoló cual hostia viva en las aras de su fé ardentísima. Prendiéronle, y el juez Asclepiades agotó los recursos de su fiereza, y apuró en atormentarle las fuerzas de los ejecutores de sus bárbaras órdenes, mientras la victima santa con un torrente de divina elocuencia mostraba los absurdos del paganismo y hacia brillar la verdad y las excelencias de la religion cristiana. Por último, dijo al juez: «Ya que no eres capaz de penetrarte de mis sublimes razones, venga un tierno niño, cuya inocencia aun no se haya empañado con los negros vapores del mundo corrompido, y díganos si debemos adorar á un solo Dios verdadero, ó á una muchedumbre de mentidas divinidades.» Vino en ello Asclepiades, trájose al niño, y preguntado por el mártir, dejó confuso al juez idólatra con su respuesta clara, sencilla y terminante de que

solo el verdadero Dios y su hijo Jesucristo era digno de adoracion y de culto. Asclepiades enfurecido gritó al niño, que se llamaba Barula: «¿Quién te ha enseñado eso, rapazuelo?» «Mi madre, respondió el niño, y á mi madre se lo ha enseñado Dios.»

Determinó el tirano despedazar de dolor las entrañas de aquella madre cristiana, y creyó que el mejor modo de lograrlo era atormentar en su presencia á su ternezuelo hijo. Mandó pues azotarlo desapiadadamente. Desnudaron al niño, levantáronle en alto, comenzó la flagelacion, y de sus delicadas carnechitas, que fácilmente se iban destrozando, salian arroyos de inocentísima sangre. Lloraban los circunstantes; se estremecian los mas insensibles, y hasta los asesores del juez sentíanse vencidos por la compasion. Los mismos brazos de los inhumanos verdugos se veian enervados y como suspensos en fuerza del horror, que se apoderaba de sus almas ya acostumbradas á la ferocidad. Solo la madre del martirizado niño se mantenía firme como una roca, que en vano pretenden conmover las olas embravecidas. Estaba como la Reina de los mártires junto á la cruz, en que espiraba el Rey del cielo, y sin duda que en tan doloroso trance la madre del niño Barula rogaria á la Madre de Jesus que le diese algun poco de su divina fortaleza. Y cierto que la

gracia debióse copiosamente derramar en su corazón heróico, pues habiendo oido quejarse de sed á su atormentado infantillo, le conjuró á despreciarla y á mantenerse constante en medio de los rigores de aquel martirio diciéndole cuanto de mas tierno y persuasivo pueden sugerir á una madre en la exaltacion de su heroismo religioso el amor vehemente y la fé viva prorumpiendo en inspiradas palabras. Alentado con ellas el santo Niño reíase de sus dolores; y el juez corrido de vergüenza por su derrota, mandó que lo llevarán á un calabozo. Y ensañándose mas y mas con Romano, á quien consideraba como autor de su nueva afrenta, dispuso que de nuevo le extendiesen en el ecúleo y volviesen á abrirle las llagas, penetrándole hasta los huesos con los férreos instrumentos de horrible atrocidad. Empero el invencible mártir se burlaba de la inutilidad de los esfuerzos de sus verdugos. Con esto acabó de exasperarse el tirano, y mandó que el mártir fuese quemado vivo y el niño degollado. Su santa madre le llevó en sus brazos hasta el lugar del suplicio, y allí requerida por el verdugo, se lo entregó sin exhalar un suspiro, ni verter una lágrima. Dió un ósculo á aquel preciosísimo fruto de su seno, y le dijo: «Adios, amado mio, dulzura mia, delicia mia! Cuando llegues al reino de Cristo, acuérdate de tu madre. Eras hijo

mio, y ahora vas á ser glorioso protector mio!» Levantó el brazo el verdugo, y ella en voz alta comenzó á entonar uno de los triunfales cánticos del Rey Salmista, y alzó las manos para recoger la sangre de su niño, y en el instante que logró apoderarse del inestimable tesoro de su cortada cabecita, se la estrechó al pecho y se la llevó enagenada de gozo.

Entretanto se hacian los preparativos para encender una formidable hoguera, en que Romano fuese quemado; mas no lo permitió el Señor, enviando una lluvia semejante á un diluvio, que impidió que el fuego prendiese en los hacinados combustibles. Ya estaba atado á un palo el victorioso mártir, y visto aquel milagro, preguntaba graciosamente: «¿Dónde está el fuego?» Asclepiades lejos de rendirse á unos hechos tan portentosos, ordenó que se cortase aquella lengua, que tanto habia hablado vituperando á sus ídolos; y se obligó á ejecutar la inhumana amputacion á un médico cirujano, que se hallaba entre la turba de los espectadores, el cual por miedo á los tormentos habia renegado de la fé. Este hombre débil anhelaba que el Señor le perdonase su delito, y con tal mira se propuso hacer un favor al Santo, ahorrándole los dolores de mas prolongado martirio, á cuyo fin le cortó de raíz la lengua para que muriera en el acto y fuera su inter-

cesor en el cielo. Pero Romano siguió viviendo y hablando mejor que antes, pues era tartamudo, y con asombro universal sin lengua producíase mas clara y expeditamente. El juez se creyó burlado por el cirujano; mas este le presentó para desengañarle la cortada lengua del invencible mártir, que él habia guardado por reliquia, y además se hizo la prueba de cortársela del mismo modo á un reo sentenciado á muerte, el cual, concluida la operacion, espiró al instante. Sirvióse Romano de la milagrosa lengua invisible, que el Espíritu Santo le habia dado, para nuevamente afear en presencia del mismo Asclepiades las absurdas deidades del gentilismo, y para publicar en su prision durante muchos meses la gloria y las alabanzas de nuestro Señor Jesucristo, hasta que por último la segur del verdugo separó la cabeza del santo cuerpo, volando su alma á los cielos á recibir un premio inmenso y de inacabable duracion. En tiempo de Eusebio aun vivian innumerables personas, que le habian oido hablar admirablemente sin lengua, segun nos lo atestigua aquel historiador.

### CAPÍTULO III.

#### SUMARIO.

Persecucion en Ancira. Martirio de siete vírgenes ancianas y de San Teodoto.

En Ancira entró la mas espantosa desolacion con el nuevo gobernador Teotegno enviado á ella para el total exterminio de los cristianos. Sus casas y sus mujeres é hijas fueron objeto de la desenfrenada rapacidad del populacho furioso. Como tímidas palomas huyeron á los bosques, á las áridas soledades y á los montes escarpados innumerables personas poseidas del espanto, que buscaban su salvacion en las grutas y en los matorrales, y hallaban los rigores de la intemperie, del hambre, de la sed, de las enfermedades y de la misma muerte. Repetíanse á cada instante por órden del gobernador escenas de sangre y de barbarie inaudita. Era preciso sacrificar á los demonios ó dar la vida en los tormentos.

Entre muchísimos otros mártires invencibles se distinguieron sobremanera siete ancianas vírgenes, que desde sus mas tiernos años habian hecho de sus cuerpos, dechados de pureza, otros tantos santuarios, donde habitase su divi-

no Esposo. En vano fué atormentarlas cruelisimamente, porque su fidelidad al verdadero Dios venció todos los dolores de su atroz martirio. Creyó el tirano que las ofensas inferidas á su honestidad les serian mas sensibles que los suplicios, y así las entregó al insano albedrío de unos cuantos jóvenes de vida relajada. Sus rostros eran, como dice Nilo, á quien debemos esta relacion, el sepulcro de su belleza ya marchita, y su avanzada edad parece que habia de inspirar, mas bien que cualquier otra passion, el fúnebre recuerdo de la destructora muerte. ¿Pero de cuál especie de crimen no eran capaces el desenfreno y la crueldad pagana? Tecusa, que hacia como de capitana en la heróica virtud entre sus compañeras, se arrojó toda bañada en lágrimas á los piés de uno de aquellos jóvenes, y le dijo con una energía digna de su alma grande: «Abre los ojos, hijo mio, y contempla, si puedes, estos descarnados cuerpos, que la vejez ha marchitado, que las austeridades han enflaquecido, que las enfermedades consumen y empiezan á reducir á polvo. Ve y contempla estos ojos apagados, esta carne medio muerta, estas arrugas, que setenta años han hecho sobre mi frente, este rostro que vuelve á tomar la naturaleza y el color de la tierra, de que ha sido formado. ¿Te parece que estamos para ser codiciadas?



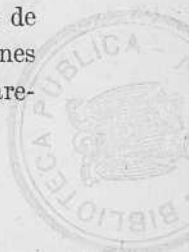
¿No han de ponerte grima unos cuerpos, que dentro de poco serán pasto de los perros y de los buitres, á cuya voracidad ha de entregarlos muertos el tirano? ¡Ah! Déjanos en paz. Jesucristo te lo suplica por mí; te lo pide como una gracia, que de tí espera: él te la pagará seguramente.» Y al decir esto desgarró Tecusa el velo, que le cubria la cabeza, mostró al jóven sus antiguas canas, y exclamó de nuevo: «Hijo mio, ten compasion de mi vejez. Si tienes una madre, á quien los años hayan encanecido como á mí, por su honra y su memoria respeta nuestra ancianidad; hable ella en favor nuestro á tu sensible corazon. Yo y mis compañeras dirigiremos al cielo los votos mas fervorosos por tí y por todos esos jóvenes, que están contigo.» Á estas palabras pronunciadas entre sollozos y con todo el sentimiento de una mujer inspirada por Dios mudáronse los corazones de aquellos jóvenes desalmados, se movieron á compasion, brotaron en sus ojos lágrimas de piedad, que se mezclaban con el llanto de las siete ancianas vírgenes, y ellos corridos de vergüenza se fueron, dejándolas sin el mas leve menoscabo de su victoriosa pureza.

Enterado de este suceso el impío gobernador, sintió el chasco, y en venganza resolvió hacer á las siete vírgenes santas sacerdotisas de Diana y de Minerva. Ya se deja entender cuál seria

el nuevo martirio de sus almas. Pero habia de subir de punto la afrenta y violencia que padecian. Llegó el dia solemne de la anual procesion, en que se llevaban sobre unos carros las imágenes de Diana y de Minerva hasta la orilla de un lago, donde las lavaban con ridícula fiesta y risible ceremonia. Y Teotegno mandó que las ancianas vírgenes fuesen tambien conducidas en un carro, puestas de pié y desnudas. ¡Espectáculo lastimoso! Los concurrentes á la fiesta no podian contener sus lágrimas al verlas, porque iban de manifiesto los cardenales y las llagas de sus flacos cuerpos parecidos á esqueletos vivientes; unos mostraban apiadarse de su vejez y de su extrema miseria, otros admiraban su constancia; estos se hacian lenguas alabando su modestia, aquellos murmuraban del inhumano capricho de Teotegno, y en todos dominaba una profunda emocion mezclada de extrañeza y asombro. Juntábase á esto el estrépito de las flautas y de los timbales, y el de las danzas de otras desaforadas mujeres verdaderas sacerdotisas de aquellos ídolos, las cuales marchaban loqueando y con los cabellos flotantes y desparramados. Teotegno con su escolta cerraba la procesion. Llegada esta á la orilla del lago, las vírgenes cristianas resistieron heroicamente á cuantas instancias se les hizo para que desempeñasen el papel de sacerdotisas en la nefanda

fiesta, y por último las arrojaron á lo profundo del lago, atándeles al cuello unas muy pesadas piedras. Los nombres de estas gloriosas heroínas de la fé eran Tecusa, Alejandra, Fainea, Claudia, Eufrasia, Matrona y Julita.

Tenia la ciudad de Ancira un celestial tesoro en el santo mesonero Teodoto. Engañosas son las apariencias. ¿Quién hubiera imaginado que un meson habia de ser el palacio de la mas encumbrada virtud? Pero en lo que es mas raro resplandece mayormente la gracia de Dios y su maravillosa omnipotencia. Teodoto lleno del Espíritu divino era conquistador de almas para Jesucristo, baluarte de los que flaqueaban en vista de los peligros ó en medio de los tormentos, proveedor de la perseguida Iglesia, refugio de los desamparados, medicina de los enfermos, maestro de los mártires, consejero y aliento de los atribulados, instrumento de los milagros del Altísimo, ejemplo de penitencias, propagador de todo género de virtudes, todo para todos, y obrador de todo bien. Este siervo de Dios habia estado orando mientras las vírgenes caminaban al sacrificio, y el objeto de su fervorosa oracion era pedir el triunfo de aquellas mártires: rendido con lo que durante el dia anduvo de santuario en santuario y con el ansia anhelante de sacar los martirizados cuerpos de las vírgenes de lo profundo del lago, dormia, y se le apare-



ció Tecusa, que habia cuidado de su infancia y juventud y encaminádole á la cumbre de la santidad, le habló como quejosa de su descuido, y concluyó su razonamiento diciéndole: «No permitas, hijo mio Teodoto, que nuestros cuerpos sean comidos de los peces: no pierdas tiempo, porque es necesario que te prepares al combate, que ha de ser dentro de dos dias. Levántate, pues: ve al lago; pero guárdate del traidor.»

Teodoto despertó al desaparecer la vision, y refirió lo que acababa de sucederle á unos pocos cristianos, que con él estaban, y todos ellos le ofrecieron seguirle al lago y cooperar á la peligrosa empresa. Pasaron el resto de la noche en oracion, implorando el auxilio del Todopoderoso para la arriesgada hazaña, á que se disponian. Transcurrió el dia sin poder acometerla por miedo á los soldados, que habian quedado de guardia á fin de que los cristianos no sacáran y se lleváran los cuerpos de las víctimas; mas luego que comenzó á anochecer salieron todos en ayunas, y guardando un profundo silencio, tomaron el camino del lago. Pero oigamos á su historiador Nilo, que así se expresa en las actas de Teodoto traducidas del griego por el P. Papebroquio de la Compañía de Jesus. «Se habian prevenido de hoces muy afiladas para cortar aquellos cabos, con que las piedras tenian en el fondo del agua los cuerpos, que de-

seaban sacar y recoger. Estaba la noche oscura y nublada. Cuando llegaron al lugar á donde se llevan los cuerpos de los delincuentes castigados, se sintieron de repente poseidos de cierto horror, que les hizo erizar los cabellos. Nadie despues de puesto el sol se atreveria á entrar en aquel funesto sitio, en donde muchos cadáveres penden al rededor atados á vigas: mas abajo están clavadas en la tierra estacas, en donde se han fijado otras tantas cabezas: otras mezcladas confusamente con brazos y piernas ennegrecidas por el fuego, están esparcidas por todas partes: nada es capaz de causar mayor espanto. Teodoro y los suyos se hallaban bastante atemorizados, y en especial cuando oyeron una voz, que dijo: «Teodoto, no tengas miedo;» pero mas se les aumentaba. Hicieron la señal de la cruz, armándose de ella contra los demonios. Pero al mismo tiempo se mostró en el cielo hácia el Oriente una cruz luminosa, y quitó con esta agradable y repentina aparicion el temor, que se había apoderado de sus corazones. Echáronse luego en tierra, y adoraron hácia el lado por donde se les mostraba la cruz milagrosa.

»Animados con esta vision, continuaron su camino con una firme esperanza de que su empresa tendria feliz éxito. No obstante, la oscuridad era tal que no se veian unos á otros: la

lluvia hacia tan resbaladizo el terreno que á cada paso se caian: crecian el trabajo y el cansancio, y apenas se podian sostener. Acudieron de nuevo á la oracion, y fueron oidos. Apareció un hacha, mostrándoles el camino: llevábala delante de ellos una mano invisible. En el mismo instante se presentaron á ellos dos venerables, cuyos cabellos, barba y vestido eran blancos como la nieve; y volviéndose á Teodoto le dijeron: «Hermano mio, nuestro Señor Jesus ha hecho escribir tu nombre entre los nombres de los mártires; este es el premio que da á tu fé y á la solicitud, que muestras por la conservacion de las reliquias de sus Santos. Él nos envia expresamente para avisártelo. Cuando hubiereis llegado á la orilla del lago, hallareis á San Sosiandro armado: allí está para favorecer vuestra empresa; pero no debiais haber traído con vosotros al traidor.»

Llegaron en fin al lago con el auxilio de esta luz, que siempre estuvo encendida mientras la necesitaron. En tanto el aire parecia todo de fuego: mil repetidos relámpagos, seguidos de truenos, infunden terror á los soldados: rómpanse las nubes por todas partes y desprenden sobre ellos torrentes de lluvia mezclada de granizo, que un impetuoso viento impele hácia sus caras dejándolos como ciegos. Pero no solo tienen que luchar con los elementos; combate

mas terrible se les ofrece. Preséntaseles un hombre, cuya estatura es gigantea: su escudo, su coraza y su casco despiden rayos semejantes á los del sol; los guardias no pueden sufrir su resplandor: huyen; pero sienten que los va siguiendo, los persigue y hostiga con una lanza. Los soldados redoblan el paso y se refugian desordenadamente y muertos de miedo en varias cabañas inmediatas. Era este valiente guerrero el glorioso mártir Sosiandro, que habia recibido de Dios la orden de apartar los guardias mientras que Teodoto y sus compañeros trabajaban en sacar del agua los cuerpos de las siete vírgenes. El mismo viento, que puso en fuga á los soldados, retiró al mismo tiempo las aguas del lago, y las hizo subir hasta la orilla opuesta; de suerte que aparecian sus profundidades cual si estuvieran secas y dejaban ver los santos cuerpos de las siete mártires. Entonces Teodoto lleno de alegría, habiéndose acercado á ellos, y cortado las cuerdas, que los tenian atadas á las piedras, púsolos sobre un carro, y continuando en favorecerlos la noche, los fué á enterrar secretamente cerca de la Iglesia de los Patriarcas.

Luego que amaneció se divulgó la noticia de la substraccion de los cadáveres de las ancianas martirizadas: se enfurecieron los gentiles, y en el momento que se veia á un cristiano, se

le prendia y se le atormentaba. Teodoto al saberlo quiso volar al martirio para que otros no lo sufrieran por su causa, y sus amigos se lo estorbaron. Pero el traidor, que le habia acompañado, confesó por librarse de la muerte quién era el que habia arrebatado las sagradas reliquias y dónde las habia puesto. Llamábase Policronio aquel traidor ya designado en las nocturnas visiones de Teodoto. Este varon santísimo oró por largo tiempo en silencio y despues en alta voz antes de correr al sacrificio. Mas por último interrumpieron su oracion los gemidos de los fieles, que le acompañaban, se le arrojaban al cuello, y estrechándolo entre sus brazos, le anegaban en lágrimas. Decíanle mil ternuras y mil alabanzas, y concluian manifestándole que subiendo él á la gloria por el corto camino de un victorioso martirio, les dejaba en herencia zozobras, terrores pánicos, luto y profundísimo dolor. Á todos abrazó el Santo, y mezcló sus lágrimas con las suyas. En vano fué que se empeñáran otros en detenerle: presentóse de improviso en el tribunal del tirano. Á la sorpresa de este hombre impío siguieron sus esfuerzos por atraerle á las supersticiones paganas y apartarle de nuestro Salvador Jesucristo: magníficas eran las promesas, que hacia al humilde mesonero Teodoto. Mas el siervo de Dios no solo las desechó indignado, sino que vitupe-



ró altamente lo que se sabia de la nefanda conducta de las mentidas divinidades del paganismo, y engrandeció á Jesucristo, extendiéndose en probar su divinidad por el cumplimiento de los vaticinios de los profetas, y por los milagros que señalaron el curso de su vida, obediéndole toda la naturaleza y hasta la misma muerte sumisa á sus órdenes.

Se alborotó el pueblo gentil, y se levantó contra el Santo una tempestad de vocingleros furores, que pedian su muerte y venganza para los dioses ultrajados; y en seguida se emplearon en atormentar al intrépido mártir el hierro y el fuego: hizose con él cuanto de mas horrible y espantoso leemos en las actas de otros insignes mártires, y en Teodoto triunfó nuestro Señor Jesucristo de todos los suplicios y de la exasperada rabia y crueldad de los verdugos, dándole una maravillosa fortaleza, una serenidad inalterable, una alegría celestial y un valor sobrehumano. Viéndose vencido el ferocísimo gobernador, mandó que le lleváran á la cárcel; y Teodoto atravesó la plaza llena de gente publicando el poderío del verdadero Dios y haciendo gala de las heridas, de que todo su cuerpo iba cubierto.

Al cabo de cinco dias compareció de nuevo el invencible Teodoto en el tribunal del mónico, que mandaba en Áncira. Y respondió á

las lisonjas del tirano lo mismo que á sus amenazas de mayores tormentos, manifestando que Jesucristo le haria triunfar de cuanto pudiese inventarse para hacer mas atroz su martirio: el gobernador le hizo poner en el potro, y mandó que á uno y otro lado se colocasen verdugos y le renovasen las heridas, que cinco dias antes le habian hecho. Durante esta horrorosa carniceria el Santo levantaba la voz para confesar á Jesucristo. Le bajaron de la máquina, y le tendieron sobre pedazos de tējas encendidas, cruelisimo tormento, cuya eficacia producia dolores tan vivos y penetrantes que llegaban hasta las entrañas. Pero el Señor se los mitigó por milagro. Le volvieron al potro, y por tercera vez le renovaron las sangrientas llagas ensanchándolas y profundizándolas horriblemente; y se burló el Altísimo de sus enemigos haciendo que apenas las sintiese. Por último, el tirano le sentenció á morir degollado, ordenando al mismo tiempo que se quemára su cadáver á fin de que los cristianos no pudiesen darle sepultura. Le acompañó hasta el lugar del suplicio una muchedumbre de gente. Llegado á él, se puso de rodillas, y dirigió al Señor una tierna súplica con hacimiento de gracias porque iba á ceñirse la corona de mártir: luego advirtiendo que lloraban los fieles, les dijo que lejos de llorar, debian bendecir á nuestro Señor Jesucristo por-

que le concedia terminar gloriosa y victoriosamente su carrera. Y añadió: «Voy al cielo, donde os serviré de intercesor para con Dios.» Tan antigua es en la Iglesia la creencia de que los bienaventurados pueden alcanzar de su divino Glorificador señaladas mercedes á los que todavia gemimos en esta morada de infortunio.

Consumado el sacrificio del magnánimo Teodoto, preparábase los paganos á prender fuego á su cadáver; mas apareció de repente una luz por cima de la hacinada leña, y despidiendo relámpagos ahuyentó á cuantos querian aproximarse á ella. Supo el gobernador este prodigio, y mandó que allí quedasen soldados para guardar el cuerpo é impedir que los cristianos se lo lleváran.

Pocos dias antes de su martirio habia hecho Teodoto un viaje, en el cual tuvo ocasion de hablar con un anciano sacerdote, cura de un lugar llamado Malo, y comiendo con él en el campo en un sitio muy ameno y delicioso, pasó entre ellos la conversacion de que era muy á propósito aquel sitio encantador para construir una capilla, en que se venerasen reliquias de mártires. «¿Y donde están?» dijo Fronton, que así se llamaba el sacerdote; y Teodoto quitándose el anillo, y alargándosele repuso: «Llevando este anillo en el dedo por testimonio de mi

promesa, las hallarás en Ancira cuando vayas á buscarlas.»

Al caer la noche de aquel día memorable, en que fué martirizado Teodoto, los soldados, que custodiaban su cadáver, vieron que una borriquilla con sus dos cargas de vino había dado con ellas en tierra y no podía levantarse rendida del peso y del cansancio. Movidos á compasión se acercaron al anciano, que la conducía, y le invitaron á que dejando descansar la borriquilla, pasara con ellos la noche en su barraca hecha de ramas de sauces entretrejidas con juncos. Era el sacerdote Fronton el viejo, á quien habían convidado, y cedió á sus instancias. En el improvisado campamento halló abundante cena, y el suelo alfombrado de verde yerba de la campiña hacia veces de mesa y les servía de asiento. Con los primeros bocados comenzaron á alternar largos sorbos de vino, y Fronton, á quien regalaban los militares con el fruto de la viña, creyó que estaba en el caso de abrir también sus odres, que contenían vino más excelente y más añejo. Probarlo y celebrarlo con gran fiesta los ya medio beodos soldados fué todo uno. Á unas copas siguiéronse otras copas del licor bien ponderado, y entrando en calor las cabezas de aquellos hijos de la guerra, fueron sus lenguas soltando la historia del robo de los cuerpos de las siete vírgenes

cristianas sacados de lo profundo del lago y del admirable martirio de aquel hombre de bronce, como ellos le denominaban, y cuyo cadáver estaban allí custodiando para librarle de las audaces manos de los adoradores de Jesus. Fronton, que lo ignoraba todo, alegróse en extremo de oír lo que tanto le interesaba, y con graciosas preguntas les fué sacando cuanto pudiera desear: llegaron ellos hasta mostrarle el sitio en que tenían el cuerpo de Teodoto como enterrado con ramas de árboles. Disimulaba Fronton las tiermas y vivas emociones que sentia en su alma, y mientras Dios le inspiraba que se llevára á hurtadillas el santo cuerpo de su amigo, él repetia sus corteses invitaciones para que los guardias bebieran de su vino hasta dormirse: efectivamente, el sueño los tumbó á todos, quedando el campo libre para que el anciano sacerdote pusiera por obra con suma diligencia lo que ya meditaba. Asi el Señor dispuso las cosas de tal manera que dejando Fronton las ramas de los árboles del mismo modo que estaban, cargó su borriquilla con el rico tesoro del sagrado cuerpo de su amigo Teodoto, y en el parage ya escogido por ambos para depósito y culto de venerandas reliquias, construyó una capilla destinada á guardar las del santísimo mesonero, que era la gloria y el resplandor de la Iglesia de Ancira.

## CAPÍTULO IV.

### SUMARIO.

Fiereza de la persecucion. Bella hazaña de Dídimo, su martirio y el de la vírgen Teodora. Admirable conversión del mago Cipriano, su martirio, el de la vírgen Justina y el de Teotisto.

La persecucion se asemejaba á un incendio, que mientras mas cuerpo toma, adquiere nuevos brios para devorar cuanto encuentran sus llamas. Del último edicto publicado por Diocleciano para avivarla mas y mas y hacerla mas terrible, dijo Constantino el grande que se habia escrito con una pluma teñida en sangre, y que en él se mandaba á los jueces que empleasen toda la energía y sutileza de su ingenio en inventar nuevos y mas dolorosos suplicios. Asi dice Lactancio que toda la extension del imperio romano, excepto las Galias, se hallaba estremecida por el furor de Diocleciano y de los dos Maximianos, los cuales á manera de tres bestias feroces lo dilaceraban ó por sí mismos, ó por medio de sus ministros, gobernadores, procónsules y prefectos de las provincias. Ni cien bocas, ni cien lenguas, ni una voz de hierro pudieran referir la variedad de las

violencias, ni los diversos géneros de tormentos, que estos desapiadados jueces hicieron padecer á los justos é inocentes. Pero no era menor la alegría y fortaleza, con que los fieles corrían al encuentro de los suplicios. Casi todo el universo se bañó en la sangre de los mártires, que á bandadas se presentaban á pelear las gloriosas batallas del Dios de los ejércitos; que entonces se anhelaba el martirio con mas ansia que ahora las dignidades. Jamás las guerras desoladoras habian causado en el mundo tan espantosos males. Parecia que toda la Iglesia se apresurase á abandonar la tierra para volar al cielo.

Los excesos de la tiranía competían con los generosos rasgos de la piedad cristiana. Entre estos merece particular mencion la graciosa y atrevida estratagema del jóven Dídimos para salvar á la virgen Teodora, con quien no le unía otro vínculo que el de la caridad, pues no se conocían personalmente. Aquella ilustre Señora fué por Augustal Eustrazio prefecto de Alejandría repetidas veces instada á sacrificar á los dioses, y persistiendo firmísima en su resolucion de morir por Jesucristo, se le reiteraron las amenazas de que perderia violentamente su virginidad en un lugar de prostitucion. Ella confiaba en su divino Esposo. Y el Señor la libró en efecto. Hallábase ya con el agua á

la garganta y sin tener auxilio humano en una habitacion destinada al suplicio de su virginal pureza, y en la puerta del edificio infame se habian agrupado una porcion de jóvenes disolutos; mas á todos se adelantó uno que vestia el traje militar. Luego que le vió penetrar en la estancia comenzó Teodora á huir por todos los ángulos de ella con tal zozobra y espanto que parecia estar fuera de sí. Y cierto que costó mucho á Dídimo el sosegarla manifestándole que habia entrado en aquella habitacion disfrazado de militar para salvar su pureza y no para injuriarla. Viendo Teodora que Dios habia oido su oracion, aceptó el partido que le proponia su libertador de salir con aquellas disfrazadoras apariencias de soldado, que sirvieron de máscara al generoso Dídimo. Asi calándose el chapeo para mejor encubrirse hasta los ojos, salió apresuradamente como quien iba llena de vergüenza, y se puso en salvo dando las mas humildes gracias á su divino Esposo por el favor singularísimo, que acababa de recibir. En el momento que ella desapareció del lugar nefando, otro jóven esclavo del torpe vicio de la lujuria fué introducido en la habitacion, donde ardentísima caridad puso á Dídimo en vez de Teodora, y hallándose aquel con el magnánimo-libertador de la virgen, creyó que su Dios, de quien habia oido que convir-



tió el agua en vino, hubiese obrado el prodigio de volverla hombre, y así en medio de su asombro y de su ciega ignorancia gentilica temió que también á él le transformase en mujer; pero Dídimo se apresuró á desengañarle y á referirle lo que en realidad habia sucedido. En el momento que el prefecto supo la donosa ocurrencia se airó grandemente con el jóven cristiano, y héchole venir á su tribunal, le reconvinó, y le instó á sacrificar á las falsas deidades, y mostrándose él inflexible, y confesando á nuestro Señor Jesucristo con la misma generosidad y fortaleza de alma, con que habia salvado la virginidad de Teodora, se regocijó sobremanera al ver que se le sentenciaba á muerte.

Si son estos, añade el Cardenal Orsi, los mismos Santos, de quienes sin decir cómo se llamaban cuenta San Ambrosio una historia muy semejante á lo que acaba de referirse, hay que agregar que habiendo Teodora oido que Dídimo era condenado á muerte, corrió al lugar del suplicio para disputarle la corona del martirio: «Yo soy el que debo morir, decia Dídimo, porque contra mí se ha pronunciado la sentencia.» «Y yo, clamaba la Santa, no quiero ser culpable de tu muerte: prefiero morir inocente. He consentido en que me salvases el honor; pero no la vida; huí de la infamia, mas

no del sacrificio de mi vida. Me has engañado si has pretendido privarme del martirio.» El final de este bello y sublime drama fué conseguir ambos jóvenes la suspirada corona y entrar juntos en la gloria á gozar para siempre de su Dios y de aquella inefable dicha, que les habian merecido sus virtudes esclarecidas.

Ni es menos interesante la vida y el martirio de otros dos cristianos de diferente sexo, á quienes la divina Providencia habia unido con los invisibles lazos de la religion, disponiendo que tuviesen el consuelo de padecer juntos por la fé los mas atroces suplicios y recibir en un mismo dia la gloriosa aureola. Justina y Cipriano eran de una de las varias ciudades, que llevaban el nombre de Antioquía, creyendo Tillemont que la patria de estos Santos estaba situada entre la Arabia y la Fenicia. Cipriano fué un magnífico y luminoso ejemplo de la grandeza y poderío de las inefables misericordias del Señor. Habia sido un prototipo de maldades y uno de los mas influyentes ministros del príncipe de las tinieblas. Dedicado especialmente á las abominaciones de la mágia, recorrió una gran parte del globo para instruirse mas á fondo en sus misterios execrables. Llegó á tener familiar trato con los espíritus infernales, y les servia de instrumento para la perdida de muchas almas. Empleábase en corrom-

per á todo género de personas, y hacia una particular y tenacísima guerra al cristianismo, promoviendo persecuciones en diferentes países y no perdonando medio alguno, artificio ni fatiga para procurar la apostasía de los fieles y para impedir que los gentiles abrazasen la religion revelada. Conforme á su costumbre de poner asechanzas á la honestidad de las mujeres, agotaba los recursos de la mágica para pervertir el purísimo corazon de la noble jóven Justina en favor de su amigo Aglaides, aunque él mismo sentíase abrasado en el fuego de una pasion insana para con ella; pero vió que eran inútiles todos sus esfuerzos, como siempre lo habian sido en órden á todas las personas, que profesaban la única religion verdadera, que él tanto aborrecia. Persuadido de la vanidad é impotencia del arte mágica reconoció por fin que la virtud de lo alto estaba con los cristianos, y enteramente se decidió á dejar las banderas de Satanas y abrazarse con la salvadora cruz del Redentor de los hombres. Admirable fué en su arrepentimiento el poder de la divina gracia; y aunque no nos estuviera vedado el tener por perdida el alma del impío, que puede convertirse hasta el postrer instante de su existencia, este y otros ejemplos singularísimos, que nos ofrecen los anales de la historia de la Iglesia, bastarian para que nunca des-

confiésemos absolutamente de que tomen el camino del cielo los pecadores mas perversos y los hereges al parecer mas obstinados, porque está clamando por su salvacion la sangre de Jesus, y la misericordia de nuestro Dios amorosísimo es infinitamente superior á la comprension del humano entendimiento.

Cipriano hizo dignos frutos de penitencia. Confesó en público todas sus iniquidades, mostrando el mas profundo arrepentimiento, y á muchos que él mismo habia engañado con sus maleficios, arrancó de los ojos del alma la venda de sus lastimosos errores, y les señaló dónde brillaba la vivificadora luz del cielo. Penetrado del mas vivo dolor de sus pasadas culpas, tres dias estuvo postrado en tierra, desgarrados los vestidos en señal de acerbísimo sentimiento, cubierta la cabeza de polvo y de ceniza, bañadas sus mejillas en dos torrentes de lágrimas, suspirando y gimiendo con lastimeros sollozos, y sin querer aproximar á su boca alimento alguno. Fué necesaria toda la autoridad de su virtuoso amigo Eusebio para reducirle á moderar aquel ayuno tan absoluto. Sin embargo, el Obispo de la ciudad rehusó admitirle en el gremio de la Iglesia, porque sabia qué especie de hombre habia sido, y era pública su fama de mago abominable. Se le exigieron mayores pruebas de verdadera conversion; y él hizo de

todos sus malos libros un monton de cenizas, distribuyó á los pobres la mitad de sus riquezas y consagró á la Iglesia la otra mitad. Por fin fué recibido en el redil de las ovejas del Pastor Divino el que habia sido carnicero lobo, que á muchos quitó la vida y especialmente á tiernos niños para descubrir en sus sangrientas entrañas lo que pretendia con su pérfido arte de la magia. Su amigo Aglaides siguió tan patético ejemplo de conversion ruidosa, y distribuyó sus bienes entre los pobres. Justina por su parte fué tanto lo que agradeció al Señor su largueza de misericordia para con Cipriano que le consagró con solemne voto su virginidad, vendió todas sus joyas, dió su importe á los menesterosos, y se cortó la hermosa cabellera en testimonio de que ya no queria parecer bien mas que á los ojos de su celestial Esposo; ni contenta con haber conseguido que sus padres la imitáran en abandonar el paganismo cuando ella lo hizo, los indujo á convertir en Iglesia su propia casa. No pararon en esto las bondades del Padre de las misericordias respecto al mago convertido. Le concedió la gracia de hacer milagros, la de curar á los enfermos sin mas que tocarlos su mano portentosa y la de tener sujetos á su arbitrio á los demonios. Alcanzó con humildes súplicas que se le diera el bajo oficio de barrendero del

templo; mas la adorable Providencia tenia dispuesto el que tan insignes virtudes resplandecieran en mas sublime estado. Muerto el Obispo de la ciudad Antimo, fué elevado á aquella silla episcopal, y gobernó santamente la Iglesia de su patria hasta que voló á los cielos con la palma del martirio.

Hízole prender el pesquisidor de los cristianos, y fué llevado á Tiro, en donde residia el presidente de la Fenicia, y á donde llegó al mismo tiempo la vírgen Santa Justina, que habia sido presa en Damasco. Ella y el Obispo de Antioquía San Cipriano confesaron valerosamente la fé: ella sufría cruelísimos azotes, mientras al Obispo se le arrancaban las carnes con uñas de hierro. Enviáronlos despues á distintos calabozos, y al cabo de algunos días tornaron á confesar á Jesucristo, y juntos fueron sumergidos en una hirviente caldera llena de grasa, de pez y de betun, y no solo venció su admirable constancia los dolores de tan estremecedor suplicio, sino que la diestra del Altísimo se mostró allí conservádoles la vida prodigiosamente. Viendo el gobernador de la Fenicia que estos dos santos mártires salian triunfantes de todo género de tormentos, y no sabiendo ya qué hacer con ellos, tomó el partido de mandárselos al emperador Diocleciano. Este coronado mónstruo luego que leyó la carta que le

instruía de la invencible firmeza de Cipriano y Justina en la fé de Jesucristo, ordenó que inmediatamente se les cortára la cabeza, sin que precediese forma alguna de juicio. Mas antes de que se ejecutára la sentencia advirtieron los satélites del tirano que un hombre recién llegado de Roma hablaba con el Obispo, y reconociéndole por siervo del verdadero Dios, pasaron la cuchilla por su garganta. Y así subieron en un mismo día al cielo las gloriosas almas de Cipriano, Justina, y Teotisto, que este era el nombre del recién venido. Quedaron sus cadáveres á la orilla del río Galo, que corre por las cercanías de Nicomedia, y los guardaba, hasta que se los comieran los perros, un destacamento de soldados encargado de impedir que los robáran los cristianos; pero atisbaron una ocasión propicia los marineros de la nave, en que vino Teotisto, y á fuer de compañeros suyos en la fé aprovecharon aquella coyuntura favorable, y embarcando los tres santos cuerpos, se hicieron á la vela, y transportaron á Roma ese rico tesoro de tan preciosas reliquias.



## CAPÍTULO V.

### SUMARIO.

Martirio de San Felix de Gerona. Id. de los Santos niños Justo y Pastor; de Santa Eulalia de Mérida: de San Zoilo y de sus compañeros: Id. de los Santos cordobeses Enero, Fausto, Marcial, Acisclo y Victoria: De San Fermin y San Cucufate; de Santa Engracia y de sus diez y ocho compañeros. Horrible matanza de los innumerables mártires de Zaragoza.

Uno de los mas esclarecidos atletas de la fé en esta horrible persecucion fué San Felix de Gerona, llamado así no por haber nacido en tan ilustre ciudad, cuna de otros muchos mártires, sino porque en ella exhaló en los tormentos su alma preciosa. Habia visto la primer luz del dia en Scitila, ciudad del África; era de nobilísima alcurnia, y se dedicaba á los estudios, en los cuales salió muy aventajado; mas al oír que los fieles de España eran víctimas de la persecucion, anhelando dar su vida por Jesucristo, voló desde la Mauritania á compartir con ellos las fatigas, los riesgos y los triunfos: desembarcó en Barcelona, pasó á Ampurias, fué su apóstol durante su permanencia en ella, y Gerona le tuvo dentro de sus muros como un caudillo, que el



cielo le enviaba para animar al combate á los héroes cristianos, de que era madre fecunda.

Los resplandores de las virtudes de Felix no podian ocultarse á los ojos de los gentiles, y así le llevaron preso al tribunal de Rufino, que deseaba postrar á este adalid invicto. Pero fué vano su empeño, é inútiles todas sus lisonjas y promesas aduladoras. Le mandó azotar desapiadadamente, y el Santo quedó hecho una llaga. En tal estado y atándole de piés y manos, le sumergieron en un calabozo, en el cual esperaban que el hambre y la fetidez de aquel lugar horrendo acabarian de matarle. Pero un Ángel le visitó y le curó de sus heridas. Llevado de nuevo á la presencia de Rufino encargado por Daciano del exterminio de los adoradores de Jesus, se mostró tan impertérrito cual la vez primera. Ordenó Rufino que le arrastrasen por las calles furiosos brutos, y Felix fué salpicándolas con su sangre y haciéndose pedazos en la bárbara carrera. Sobreviviendo á tan atroz suplicio, volvió al calabozo, y su oscuridad tornóse hermoso dia con resplandores divinos, y una música celestial retumbó en aquella morada de malhechores hecha paraiso y mansion de delicias, con que el Señor consolaba á su siervo. Halláronle los paganos revivido y con perfecta salud, y sin abrir los ojos á la luz de tan asombrosos milagros, por mandado de Rufino le

arrastraron hasta un templo de ídolos para que sacrificase, y Felix tan denodado en sus hechos como en sus palabras, solo atendia á conseguir la conversion de sus perseguidores. Desesperados estos le destrozaron las carnes con garfios de hierro, le hicieron andar leguas para arrojarle al mar; pero las olas obedeciendo á su Criador, le respetaron, y Felix corriendo sobre ellas cual sobre un firme pavimento, volvió á tierra á dar en nuevos suplicios su milagrosa vida por el amor de su adorado Dueño, que ya le llamaba al cielo para ceñirle corona inmarcesible.

Siglos despues del paso del cruelisimo Daciano por Alcalá de Henares, donde habia mandado dar la muerte á dos niños, escribia lo siguiente San Isidoro, aludiendo al templo, en que aquellos tiernos héroes eran honrados: «¡Oh sitio verdaderamente feliz, donde se derramó la sangre de los dos Niños, á fin de que como en relicario se guardase y venerase para bien de tantos pueblos! En este lugar se reconoce un copioso número de milagros de prodigiosa salud de innumerables enfermos; aquí la virtud divina vence el furor del demonio, cura las llagas, sana los miembros lisiados, calma los dolores, se logran los deseos, se oyen las oraciones de los que imploran el patrocinio del cielo, y consiguen remision de sus culpas los

pecadores arrepentidos.» He aquí hechos, que se verificaban en tiempo de la Iglesia goda, los cuales tenían, por decirlo así, su origen sobrenatural en otro hecho sucedido á principios del siglo IV y para el cual fué igualmente necesaria la manifiesta intervencion del cielo, que á todas las edades venideras puede ostentarse cual luminosa prueba de la divinidad de nuestra revelada religion, por la que no solo padecian increíbles tormentos los decrepitos ancianos y las delicadas doncellas en la flor de sus años, sino tambien los niños daban alegremente la vida, trocando los juegos infantiles por la gloria de sangrientos martirios.

Llega á Compluto el déspota Daciano: publica los edictos de muerte; la ciudad toda se estremece, y dos niños, el uno de siete años y el otro de nueve, se presentan en su pretorio á ofrecerse por víctimas de Jesucristo: él avergonzado de habérselas con dos infantes, manda que los azoten fieramente, creyendo que esto basta para que se enmienden y procedan con mas cordura. Empero los ternezuelos campeones de la fé divina no tiemblan, ni se acobardan, y el menor dice á su hermanito: «Pastor, no temas la muerte, que nos aguarda; porque si el Señor quiere concedernos la honra de dar por él sangre y vida, alcanzaremos la corona de los mártires y la gloria perpétua con los Ángeles.

Muy corta habia de ser aquí nuestra vida, porque la temporal se acaba luego. Pero será eterna si la sacrificamos por Jesucristo.» Así se expresa Justo, y Pastor le responde lleno de regocijo: «No nos detenga el amor de nuestros padres, ni atendamos á nuestra tierna edad para enfriarnos en el deseo de sacrificársela á Dios. No temo morir en tu compañía, ni ofrecer al Señor mi vida en sacrificio, viendo el gusto con que le ofreces la tuya.»

Referido este asombroso diálogo al gobernador Daciano por los ministros de su impía crueldad, se maravilla aquel leon devorador de la grey de Jesucristo, y conociendo el temple de alma de los infantillos atletas, ya se supone vencido en el combate, y queriendo ahorrarse la vergüenza de su derrota, á fin de que el triunfo de Justo y Pastor no conmueva á la ciudad, dispone que los saquen de ella, los lleven al campo Loable, y allí caiga la cuchilla del verdugo sobre sus inocentes cuellos. Llegados al lugar del suplicio, cúmplase el horrendo mandato de Daciano, y los niños al dar su preciosa vida por la fé confunden la arrogancia de sus perseguidores. Y el mismo tirano desconcertado por tan extraña heroicidad, corre á otra parte á ocultar la infamia de su vergonzosa é inhumana fiereza vencida por unos niños, que al ir á la escuela arrojaron sus cartillas para diri-

girise á su palacio como adalides, que muriendo iban á derrocar su infernal prepotencia.

Aun se conserva y se venera cual insigne reliquia en la Iglesia Magistral de Alcalá de Henares la piedra, que los dos santos niños regaron con su inmaculada sangre, y se admiran los dos huecos de ella prodigiosamente formados donde Justo y Pastor se arrodillaron para inmolarse cual víctimas de suavísima fragancia.

Eulalia, niña de doce años, de Mérida, se escapa á media noche de la casa de campo, donde estaba con su madre, que en aquel retiro pretendia preservarla de la persecucion, se presenta en el tribunal del presidente Calpurniano y le dice: «¿Qué furor os incita á perder de este modo las almas? ¿Y por qué razon, abusando de la flaqueza de tantos infelices, demasiado pródigos, ay de mí, de su salvacion, los forzais á postrarse delante de los ídolos hechos al escoplo, y á renunciar al que es el autor de todas las cosas? Ahora bien: puesto que buskais cristianos, yo lo soy; y además enemiga implacable de vuestros dioses. ¿Dónde están? Voy á pisarlos; y vengo á declararos que no adoro mas que á un Dios. Isis, Apolo y Venus nada son. ¿Qué digo? Maximiano, si, vuestro mismo emperador Maximiano nada vale: aquellos porque son hechos de un tronco de olivo, ó de un pedazo de mármol; y este porque adora ese

mármol y á ese tronco; se precia de ser el señor del mundo, y no será para mí sino el último de los hombres, mientras le viere doblar la rodilla ante una piedra ó un leño. Tiemble á presencia de tales dioses: ponga á sus piés su diadema; pero no pretenda sujetar á personas libres y corazones generosos á esas vergonzosas bajezas. ¡Qué cabeza, ó Dios, han dado al imperio, ó mejor dicho, qué tirano, que no se sácia de verter sangre inocente, se alimenta de las entrañas de los buenos, y pone su gloria en perseguir á la virtud! Y así ánimo, digno ministro de tal señor: emplead el hierro y el fuego: haced pedazos á los fieles: que no hareis mas que quebrar algunos vasos de barro: ni vos, ni vuestro príncipe alcanzareis en esta ocasion una victoria muy señalada, y no es muy grande el valor que se emplea en vasos de tierra.»

El Presidente pone en juego los halagos, las reflexiones, la bella perspectiva de un porvenir dichoso, las amenazas y el terror de los suplicios; y la niña arrebatada por el ímpetu del espíritu divino, que la posee, le responde derribando un ídolo, que allí se le presenta, y destrozando cuanto pertenece á su nefando culto. Á tal espectáculo, como un rio que sale de madre, se desborda el furor de Calpurniano; cae una lluvia de azotes sobre el delicado cuerpecito

de la vírgen Eulalia; corre su sangre; mas no sácia la sed de venganza, en que se abrasa el tirano: manda este que la quemén con hachas encendidas; ejecútase la órden bárbara; y ella exhala su preciosa alma con el portento, que vieron dos paganos y fué que de la boca le salió y subió al cielo una bellísima paloma, símbolo del Espíritu Santo, que en ella habia habitado.

En Córdoba el ilustre jóven Zoilo, que mostraba en su persona los mas subidos quilates de la perfeccion cristiana, dió invictas pruebas de su magnánima fé, sufriendo un martirio horroso. Quería el tirano doblegarle con la lisonja y la artería de sus discursos; pero Zoilo con sus enérgicas respuestas le hizo adoptar desde luego el partido de la crueldad. Despedazaron al héroe de Jesucristo con inhumanos azotes, y exasperado el ministro del infierno al ver que su valor crecia á par de sus dolores, ordenó á los verdugos que discurrieran algun otro suplicio mas atroz. Entonces uno de ellos, abriéndole la espalda, le arrancó furiosamente los riñones, y el Santo Mártir, que en aquel acto debia haber quedado muerto, siguió confesando intrépido la fé que profesaba. Á tan milagroso espectáculo ardió en mayor ira el tirano, y ciego con ella, olvidándose de lo que su dignidad requería, con sus propias manos descargó sobre

el cuello de la víctima el postrer golpe. Su espada dió á Zoilo un triunfo, que nunca ha de acabarse, y á él le cubrió de ignominia. Ni á su rabia bastaba una sola muerte; mandó que se cortára la cabeza á veinte cristianos que tenia presos, y los gloriosos nombres de estos felices cordobeses, que están gozando de Dios, eran Crescente, Julian, Nemesio, Fratria, Primitivo, Justino, Sthateo, Novaciano, Clemente, Marcelino, Zeddino, Felix, Venusto, Marcelo, Talica, Lello, Capiton, Tinno, Timarco ó Tusco y Silvano.

Córdoba se gloria de haber producido otros muchos santos mártires, que en ella murieron por no faltar á la divina fé que profesaban; pero aunque las actas de sus martirios sean auténticas, no expresan el año en que se verificaron, y así los historiadores vacilan acerca del tiempo ó de la persecucion á que corresponden, conviniendo los mas en que pueden atribuirse á esta de Diocleciano por ser la que mas víctimas hizo en España. En aquella ciudad confesaron á Jesucristo ante el presidente Eugenio los santos Januario, Fausto y Marcial, que despues de haber sufrido el tormento del ecúleo y horribles amputaciones en el rostro, fueron quemados vivos.

No se mostraron menos heróicos los santos hermanos Acisclo y Victoria, cuyas actas son



admirables y bellas no solo por la fortaleza de los invictos mártires y por la valentía, vivacidad y brillo de sus inspiradas respuestas á las seductoras ó amenazantes palabras del presidente Dion, sino porque en ellas como puede verse en la edicion española de Ruinar, resplandece la omnipotencia divina obrando repetidos prodigios, que desconciertan y confunden al feroz paganismo, al paso que los Ángeles juntan sus cánticos de gloria á las voces de alabanza, con que Acisclo y Victoria engrandecen al verdadero Dios ora entre las llamas, que los respetan, y devoran á sus enemigos, ora sobre las aguas del rio, que pisan cual tierra firme sin sumergirse. Córdoba justamente los celebra y reconoce por sus especiales patronos.

San Fermin, Obispo de Pamplona y despues de Amiens, es llevado por el Espiritu Divino á evangelizar una gran parte de las Galias, y en ellas derrama por la fé su preclarísima sangre hispana, asi como Cucufate viene del África á ser en Barcelona el baluarte de la religion de Jesus crucificado, y en ella vence á tres tiranos, que se suceden en atormentarle, y alcanza la palma de un glorioso martirio.

Mas entre todas las ciudades de España descuella Zaragoza por los triunfos de sus innumerables mártires. Preséntase la santa vírgen Engracia cual capitana y defensora de todos

ellos al furibundo Daciano, que habia llegado á aquella ciudad á sembrar el espanto y la desolacion en las familias cristianas, y le reprende con esforzada magnanimidad porque se ha despojado de la razon y vestido de la crueldad de las fieras, haciendo estragos sangrientos en el inocente rebaño de Jesucristo. Al oirla el tirano, requemado de ira el corazon y llenos de fuego los ojos, manda prenderla, y envuelve en el remolino de su ciego furor á 18 caballeros allegados de la intrépida Santa; y ya los ministros de su tiranía ensangrientan con bárbaros azotes á la nobilísima vírgen y á sus 18 denodados compañeros: ella increpa con mas fuerza á las divinidades del gentilismo, y por eso la atan á la cola de briosos caballos, que la arrastran por toda la ciudad. Despues le arrancan las delicadas carnes con uñas de hierro hasta sacarle el hígado con ellas, le cortan uno de los pechos, la soterran en un lóbrego calabozo para prolongar sus acerbísimos dolores, y por último le dan la muerte, que corona sus triunfos. Daciano hace degollar á los otros 18 atletas de la fé. Llamábanse Lupercio, Optato, Suceso, Marcial, Urbano, Julio, Quintiliano, Publio, Fronton, Felix, Ceciliano, Evencio, Primitivo, Apudemio, Maturino, Casiano, Fausto y Januario; y estos cuatro últimos tenian por sobrenombre Saturninos.

El ansia feroz de exterminar el cristianismo, que devora á Daciano, no satisfecha con tantos arroyos de inocente sangre, quiere sorberse de una vez toda la que circula por las venas de todos los adoradores de Jesucristo, y le sugiere una idea propia del mas pérfido de los espíritus infernales y horrenda por la ruina, que envuelve, como la abrasadora erupcion de un volcan estallante. Manda el impío que todos los cristianos salgan fuera de la ciudad en un mismo dia y á una misma hora, prometiéndoles que asi llevándose consigo sus haberes, salvan sus vidas y bienes: ellos obedecen: ya están todos fuera de las puertas de Zaragoza; ciérranse estas para que no retrocedan; y la fuerza armada, que Daciano tiene al efecto emboscada como para sorprender á un ejército enemigo, cae impetuosamente y de improviso sobre la muchedumbre de los cristianos, que acaba de abandonar el patrio hogar, creyendo que va á salvarse con el amargo destierro. No perdonan las espadas al niño, ni al anciano, ni á las delicadas doncellas, ni á las matronas respetables: corre la sangre á torrentes; cúbrese el campo de cadáveres; y perece toda aquella multitud de cristianos. Puéblanse los cielos de mártires innumerables, que entran en ellos súbitamente á rendir sus victoriosas palmas ante el trono del inmortal Rey de los siglos.

No le basta al tirano la atroz carnicería, y ordena que sus víctimas sean quemadas, y que sus cenizas se mezclen con las de los públicos malhechores condenados á muerte por la justicia. Se cumple su mandato; pero el Señor desbarata sus designios, haciendo que las cenizas de los santos mártires se aparten de las otras de malhechores, y formen á manera de unas pellas blancas, que en las edades venideras sean objeto de la veneracion y del culto, con que la Iglesia las honra dándoles el antiquísimo nombre de la masa cándida. Asi desconcierta el Altísimo las maquinaciones de los impíos, pues nada cuestan á su omnipotencia los prodigios mas asombrosos.

## CAPÍTULO VI.

### SUMARIO.

Martirio de San Vicente, diácono; id. de los santos hermanos Vicente, Sabina y Cristeta.

No puede negarse que hay alguna oscuridad en el orden cronológico de las devastadoras expediciones de Daciano precedidas del espanto y seguidas de mortandad y luto. Quedan sí monumentos auténticos de sus atrocísimas crueldades y del invencible heroísmo de los mártires,

que hizo en España; pero no tuvo esta nacion un historiador de las admirables hazañas de sus hijos cual logró la Palestina en Eusebio; asi es aventurado fijar el tiempo preciso de cada martirio con solo las actas (á las cuales podemos llamar sueltas) que de él se nos conservan. ¿Pero qué importan, ni qué influyen esas pequeñas dudas ú oscuridades acerca de la colocacion, que en la historia debieran tener unos hechos casi contemporáneos entre sí? ¿Disminuyen en algo su grandeza ó su verdad? No ciertamente.

Sea cual fuere el dia y mes, en que atónita admiró Valencia los triunfos de Vicente en los tormentos; hayan estos ocurrido antes que los de otros mártires zaragozanos ó despues de ellos, no obstante cualquier divergencia de los autores sobre este punto, que solo afecta á la cronología, siempre serán las glorias del mártir San Vicente como un sol, que derrama sus resplandores por toda la redondez del orbe. Fué Huesca su primera patria, porque le vió nacer, Zaragoza la segunda, porque le alimentó y formó su grande espíritu con la doctrina de su Obispo Valerio, y la tercera Valencia, porque en ella se coronó con los laureles de inmortales victorias. Era como el alma de las empresas evangélicas del santo Obispo zaragozano, que habiéndole hecho su diácono, le tenia confiado

el ministerio de la predicacion, que él no podia desempeñar por sí mismo. Su extraordinario mérito y el de su Obispo Valerio llegaron á oídos de Daciano, quien los mandó prender y conducir á Valencia. Padecieron en Zaragoza, y mostraron su invicta fortaleza; y padecieron en su largo viaje cargados de cadenas y hechos el blanco de las injurias y maltratamientos de los satélites del tirano. Viólos este en un estado de robustez y lozanía, que no pudo menos de sorprenderle, porque habia dispuesto que se los trajesen consumidos por el hambre y la fatiga á fin de rendir sus ánimos mas fácilmente. Y se engañó. Sus órdenes se habian cumplido; pero el Señor es todopoderoso, y burló sus esperanzas. Viendo Daciano que se las habia con héroes favorecidos por el cielo, intentó ganarlos empleando la lisonja, los artificios de la elocuencia y el imán de las promesas; mas todo en vano.

Notando el intrépido diácono que su venerable Pastor tardaba en contestar por el natural impedimento de su lengua, le pidió licencia para hablar en su nombre y en el suyo propio, y concedido el permiso deseado, salió como un torrente el fuego santo, que abrasaba su pecho. Confundióse Daciano; desterró al Obispo Valerio, y mandó á los ministros de su furor que esforzaran su saña en atormentar cruelísimamente al campeón cristiano. Desnúdanle los

sayones, átanle al ecúleo, estiran con cuerdas sus sagrados miembros, y crujiendo se dislocan en la terrible máquina sus huesos. El levita no exhala un ay: su rostro resplandece de alegría. Los garfios de hierro surcan y arrancan sus carnes, y le abren regueros de sangre. Él en tanto, cual si estuviera en un baño delicioso, se regala con sus dolores, y mas le regala Dios el alma con inefables dulzuras. Declara á Daciano que nadie le ha hecho favor tan grande como él se lo hace en atormentarle tan desapiadadamente; y aquel hombre de entrañas de tigre, en quien está personificada toda la bárbara fiereza de la idolatría, hostiga á los verdugos para que redoblen sus esfuerzos en sacar sangre, en despedazar la carne y en penetrar con los férreos instrumentos del homicidio hasta las medulas del santo mártir. Recurre á otro mas atroz tormento, y Vicente desatado del ecúleo se pone sobre la cama de hierro, que ha de abrasarle, con la serenidad y alegría de quien fuese á solazarse sobre un lecho de delicias: la forman una especie de hoces cortantes armadas de agudos dientes de hierro, y la escandecen las brasas de los carbones encendidos debajo de ella. En tal lecho es atado y recostado Vicente, y al mismo tiempo que el hierro y el fuego se ceban en la parte del cuerpo que á ellos toca, lo restante es despedazado con azo-

tes y quemado por los verdugos con hachas y planchas candentes y enrojecidas, mientras rechinando se introducen en las llagas del mártir para hacer mas intolerable su dolor los gruesos granos de sal echados en ellas. ¡Espectáculo horrible á la par que admirable!

El atleta de la cruz se rie en tanto de sus extraordinarios tormentos, triunfa y provoca el furor del tirano, y su alma y sus ojos están fijos en el cielo absortos en el Dios, que le comunica tal fortaleza y le llena el corazon de alborozo divino. Daciano se dá por vencido, y á fin de que sea menos pública su derrota, manda que el Santo Diácono vuelva á la cárcel. En ella le arrastran por el pavimento lleno á propósito de cascotes de tejas rotas y de pedazos de hierros punzantes, y le dejan en aquella oscuridad para que muera de hambre, de sed y de dolor, pues ya no es mas que un esqueleto animado y atrozmente llagado y retostado. Pero el Santo se duerme, y luego despierta y ve su calabozo bañado en luz celestial y convertidos en flores los cascotes destinados á recrudecer sus heridas, y roto el cepo, que con violencia le aprisionaba y apretaba los piés. Luminosos Ángeles le acompañan, y él con ellos alaba en dulces cánticos al Señor Altísimo, que milagrosamente le ha curado y vuelto á su robustez y juvenil lozanía. Asómanse los guardias á mi-



rar por los resquicios de la puerta de la prision, y ven al mártir paseándose sobre aquellas flores. Y la impresion de tal milagro es tan viva que los convierte. Vicente los afirma en su resolucion, y los instruye en la fé.

Sabedor Daciano de tan asombrosos prodigios, en medio de su despecho adopta el partido de seguir otro rumbo con el victorioso levita de Zaragoza, y ordena que le acuesten en un muelle y delicioso lecho; y al instante de entrar en él obtiene el Santo la gracia de exhalar su vencedor espíritu.

Continuaron los portentos despues de su gloriosa muerte: el impío gobernador mandó exponer su cadáver á la voracidad de las fieras y de las aves de rapiña, y el Señor envió un cuervo á que le defendiera; mandó aquel arrojarle al fondo de los mares metido en un saco, al cual iba atada una piedra de enorme peso, y el Señor hizo que las olas le lleváran á tierra como en triunfo para que los cristianos le dieran sepultura honrosa.

Un escritor contemporáneo nos pinta con bellos rasgos de la manera siguiente el martirio, que padecieron en Ávila los santos hermanos Vicente, Sabina y Cristeta: «Insaciable de sangre cristiana recorria nuestras provincias el tirano Daciano. Llegado á la ciudad de Elbora, (hoy Talavera segun lo prueba el histo-

riador Mariana) el primero en quien fija su atención es en un cristiano fervoroso y de intachables costumbres, llamado Vicente, á quien se propone conquistar, atacando sus creencias con los ensueños del paganismo y trabajando por todos los medios posibles para hacerle renunciar á su religion. Pone en juego la astucia, echa mano de la seduccion; con fuertes amenazas trata de aterrorizarle. Y en vano. Está atrincherado en la divina infalibilidad del principio católico. Y el tirano recurre á la violencia, y se lisonjea de sorprenderle con el aparato de los tormentos. Condúcenle arrastrando ante un altar de Júpiter, y allí sin mas preámbulos le manifiestan que no hay mas recurso que sacrificar ó morir. «¡Sacrificar! ¿Y á quién? dice el valeroso mártir: ¿á una estatua, que me representa la personificacion de las pasiones mas infames? ¿Á un ídolo, que ha sido hecho por las manos de un simple mortal? ¡Jamás! Moriré, sí, pero nunca consentiré en tamaño sacrilegio; seré víctima, pero no infiel; pereceré en vuestras manos, mas llevaré al sepulcro la gloria de mi constancia; me arrancareis la vida, empero no me despojareis de mi fé; triunfareis de mi cuerpo, pero mi alma pura y sin mancilla se unirá al Dios que la criára para reinar con él eternamente.»

»Muchos paganos se convirtieron al cristianis-

mo, y arrastrados por la fuerza mágica de la verdad, que con tanto valor sostenia Vicente en presencia del tirano, haciendo abjuracion de sus errores, la confesaron á su vez clamando que el Dios de Vicente era el único digno de ser adorado. El pueblo se unió al Santo Mártir con marcadas simpatías, y en vez de darle la muerte como habian intentado, no hicieron mas que encarcelarle.

»Entonces fué cuando comenzó una lucha aun mas terrible, en la que se interesaron los mas tiernos afectos de la naturaleza para dar mayor realce al poder invencible de la verdad. Sabina y Cristeta, hermanas del Santo, doncellas huérfanas, que no cuentan con otro apoyo que su hermano, corren afligidas á la prision, arrójense á los piés de Vicente, lanzando lastimeros ayes, repésentánle el horrible desamparo, á que van á quedar expuestas con su muerte, le conjuran que no abandone unos séres flacos y desvalidos, y nada omiten por persuadirle á que huya de aquel asilo del crimen, y vaya á ocultarse con ellas á un sitio donde pacíficamente puedan dedicarse al servicio de Dios. Y el Señor, que contempla con placer la lucha de su siervo, viene en su auxilio, despeja los nublados que oscurecen su alma, le inspira declarándole su divina voluntad, y Vicente, aprovechándose de las tinieblas de la noche, huye

de la prision y se dirige con sus hermanas á donde le encamina la Providencia. En tanto obra la fé una revolucion feliz en aquellas dos almas, que poco há medrosas y cobardes se llenaban de terror á la sola vista de la muerte, que amenazaba la existencia de su hermano. Ha influido en ellas la compañía de Vicente. Todas sus ideas han cambiado en un instante. El amor de Jesucristo ha encendido de tal suerte los pechos de Sabina y Cristeta, que haciendo desaparecer de ellos todo temor, les ha infundido un deseo vehemente del martirio.

»Irritado Daciano con la fuga de los Santos, habiales seguido la pista decidido á satisfacer en ellos su venganza. Dáles alcance en la ciudad de Ávila; los manda prender; y hallándolos mas constantes que nunca en sus creencias, los entrega en manos de verdugos desapiadados para que los atormenten con los mas horribles suplicios. Les descoyuntan todos sus huesos, estirándolos horriblemente en la garrucha; despedazan sus cuerpos con multiplicados azotes hasta dejarlos hechos una sola úlcera. Una y otra vez reiteran el suplicio; los verdugos cansados tienen que tomar fuerzas para continuar; entretanto la sangre de los mártires corre por el suelo; los pedazos de su carne se ven sembrados por todas partes; apenas les resta un pequeño aliento de vida: pero sus

corazones, llenos de un valor sobrenatural, re-bosan en júbilo divino, y sus lenguas no cesan de engrandecer á Jesucristo y de confesar su religion. El tirano pronuncia el fallo: Vicente, Sabina y Cristeta oyen sin intimidarse una sentencia, que les condena á morir de un modo el mas atroz que puede imaginarse. Colocados sobre unas piedras, les machacan las cabezas con otras piedras; saltan de su centro los sesos; y en este género de martirio concluyen sus preciosas vidas. ¿Y qué apología mas sublime puede hacerse de la verdad de nuestra religion revelada que poner de manifiesto la constancia, con que Vicente, Sabina y Cristeta la defendieron á despecho de la pagana tiranía?»

## CAPÍTULO VII.

### SUMARIO.

Admirable martirio de los Santos Taraco, Probo y Andrónico.

Entre los innumerables mártires de esta horrosa persecucion cuentan algunos autores al Papa San Marcelino, que en el año 296 habia sucedido á San Cayo.

Admirable fué el célebre y prolongado martirio de Taraco, Probo y Andrónico, el cual se

halla bosquejado en todas las colecciones de vidas de Santos, celebrándose su fiesta en la Iglesia el día 11 de Octubre, y por lo mismo apenas habrá persona de regular instrucción religiosa, que no tenga idea de la singular constancia y fortaleza de estos héroes. Todos los críticos están de acuerdo en reconocer sus actas por genuinas y legítimas; mas á pesar de su belleza, que resplandece principalmente por la energía de las palabras de los maravillosos mártires, su extension no me permite, atendidos los límites de la presente obra, el trasladarlas íntegras, ni aun seguir compendiosamente todos los lances de un combate tan dilatado, ó mejor dicho, de una sucesion de luchas repetidas en tres ciudades, á saber, Tarso, Mopsuestia y Anazarbo. Y por otra parte ¿cómo sería posible callar tan grandes hechos en un curso de estudios sobre la historia de la Iglesia, que debería comprender los mas ilustres monumentos de sus inmortales glorias? Asi pues, aunque Taraco y Probo son igualmente dignos de que se narren sus triunfos con todas sus interesantes circunstancias, he tomado el partido de ceñirme á transcribir lo concerniente al nobilísimo jóven Andrónico, pues siéndole sus dos compañeros tan parecidos en el valor y en el invencible sufrimiento y en las réplicas al tirano, fácil es que los lectores recuerden lo que ya tienen sa-

bido de los tormentos y heroísmo de Taraco y de Probo, cuyo final triunfo ha de verse también pintado en estas páginas.

Presentados los tres fervorosos cristianos en Pompeyópolis á Máximo, gobernador de la Cilicia, los hizo este llevar á la capital de la provincia, que era Tarso, para juzgarlos en ella. Efectivamente á su regreso á dicha ciudad compareció en su tribunal Taraco, natural de Claudiópolis en la Isauria, si bien tenia los fueros de ciudadano romano, y contando á la sazón 65 años de edad, habia dejado la carrera de las armas para guardar su conciencia mejor puesta y mas limpia. Confesó á Jesucristo, en los tormentos se mostró invencible, y habló al Gobernador con admirable y santísimo denuedo, y enseguida se le envió al calabozo, arrastrando pesadas cadenas. Sucedióle Probo en el interrogatorio jurídico y en el martirio, y se condujo con la misma entereza y celestial ardimiento que su anciano compañero tanto en las obras como en las palabras de inflamada energía, y fué del mismo modo sentenciado á padecer en un oscuro calabozo, apretándole todo el cuerpo los hierros opresores. Era de la Panfilia, y para dedicarse mas libremente al servicio del Señor, se habia desposeído de sus riquezas.

Entró luego Andrónico en la gloriosa lid, y el Gobernador le dijo: «¿Cómo te llamas?» An-



drónico: «Mi verdadero nombre es cristiano, y el nombre, por el cual soy comunmente conocido entre los hombres, Andrónico. Mi padre pertenece á la nobleza de Éfeso.» Máximo: «Adorad á los dioses, y obedeced á los Emperadores, que son padres y señores vuestros.» Andrónico: «El demonio es vuestro padre cuando obráis de esa suerte.» Máximo: «Muy insolente os habeis hecho, y yo tengo tormentos preparados para vos.» Andrónico: «Y yo lo estoy para cuanto pueda sucederme.» Máximo: «Desnudadle, ceñidle y extendelle en el potro.» Demetrio el centurion dijo al mártir: «Obedeced, amigo, antes que vuestro cuerpo sea herido y despedazado.» Andrónico: «Mejor es para mí que me atormenten el cuerpo que ver perdida mi alma.» Máximo: «Sacrificad antes que os dé la muerte mas cruel.» Andrónico: «Jamás desde mi infancia sacrifiqué á los demonios, y ahora no es razon que quiera principiar á hacerlo.» Atanasio el cuniculario, ó capellan del ejército, le dijo: «Yo tengo bastante edad para ser vuestro padre, y asi os aconsejo que obedezcais al Gobernador.» Andrónico: «Admirable consejo me habeis dado, diciéndome que sacrifique á los demonios.» Máximo: «Inícuo, ¿eres insensible á los tormentos? Aun no sabes lo que es sufrir la tortura y el fuego. Luego que lo sepas por experiencia propia, tal vez abandonarás esa locura.» Andróni-



co: «Esta locura es muy conveniente á los que adoramos á Jesucristo. La sabiduría del mundo conduce al hombre á los infiernos y á la eterna muerte.» Máximo: «Despedazadle los miembros con la mayor violencia.» Andrónico: «Ningun delito he cometido, y me tratais como á un asesino. Yo me glorio en padecer, porque este sacrificio es debido al verdadero Dios.» Máximo: «Si tuvieses sombra de piedad, adorarías á los dioses, á quienes los Emperadores mismos reverencian.» Andrónico: «No es piedad, sino accion impía abandonar al Dios verdadero y adorar bultos de bronce ó mármol.» Máximo: «¡Execrable villano! ¿Son los Emperadores reos de impiedad? Volvedle á atormentar.» Andrónico: «Mi cuerpo está en vuestras manos: haced de él lo que queráis.» Máximo: «Echadle sal en las heridas, y frotadle ambos costados con tejas rotas.» Andrónico: «Vuestros tormentos refrigeran mi cuerpo.» Máximo: «Yo haré que vayas muriendo poco á poco.» Andrónico: «No me aterran vuestras amenazas; mi ánimo es superior á cuanto vuestra malicia pueda inventar.» Máximo: «Ponedle al cuello una pesada cadena y otra á los piés, y encerradle en una estrecha prision.»

El tirano se trasladó por entonces á Mopuestia, y mandó que allí le fueran presentados de nuevo los presos Taraco, Probo y Andrónico.

Los dos primeros se ostentaron en este segundo interrogatorio y en los tormentos que padecieron, tan fuertes, animosos é invencibles cual se habian mostrado en Tarso, y vueltos á la prision, despues de haber sufrido el hierro, el fuego y otros suplicios horrorosos, fué por último introducido Andrónico en la sala del juzgado, y Máximo le dijo, queriendo persuadirle á sacrificar, que ya sus compañeros lo habian hecho; á lo que contestó Andrónico: «Impostor ¿para qué pretendes engañarme? ¿Crees tú poder persuadirme fácilmente que has recibido del cielo la facultad de volver las voluntades á tu antojo? Mientes descaradamente, cuando me aseguras que estos, de quienes acabas de hablar, renunciaron al verdadero Dios: yo sé que ni siquiera pensaron en consentir en tu impiedad. Mas aun cuando así fuese, ¿juzgas que me rinda? No lo esperes: el Dios que adoro, me ha revestido de las armas de la fé, y Jesucristo mi Salvador me ha hecho participante de su poderío; esto hace que yo no tema tu prepotencia, ni la de tus amos y señores. Desafio todos los tormentos, que hayas podido inventar.» Máximo: «Atadle á dos estacas, y azotadle con toda vuestra fuerza con nérvios de bueyes.» Andrónico: «Nada tiene ese suplicio de nuevo y extraordinario.» Dijole entonces Atanasio: «¿Tienes ya el cuerpo todo lleno de sangre, y dices

que esto nada vale?» Andrónico: «Los que aman al Dios vivo no hacen caso de dolores.» Máximo: «Echadle sal en las llagas.» Andrónico: «Mándame salar mas para que pueda sin corromperme resistir mejor tus crueldades.» Máximo: «Volvedle, y azotadle en el vientre, y renovadle sus primeras llagas á fin de que se recrudezcan, y la fuerza del dolor penetre sus entrañas.» Andrónico: «Curado estoy de las heridas, que me hicieron los primeros tormentos; el que me ha curado me curará ahora de nuevo.» Volviéndose entonces Máximo á los carceleros, les dijo: «Malvados ¿no os dije que nadie se acercára á curarlos?» Interrumpióle el carcelero Pegaso, y le dijo: «Protesto que nadie les ha puesto las manos, ni les ha hablado. Teníalos encadenados y en lo mas profundo del calabozo. Ruede mi cabeza si miento.» Máximo: «¿Pues cómo han desaparecido sus llagas?» «No lo sé,» repuso el carcelero. Andrónico: «Nuestro Salvador y nuestro médico es grande: cura á los que esperan en él, no aplicándoles medicamentos, sino con solo su palabra. Aunque habita en los cielos, en todas partes se halla con nosotros y le tenemos presente; pero tú no le conoces, insensato.» Máximo: «No te aprovechan esas vanas palabras. Sacrifica cuanto antes á los dioses, ó eres perdido.» Andrónico: «Ya os lo he dicho una y otra

vez. Yo no mudo de parecer.» Máximo: «No me vencereis.» Andrónico: «Ni tú creas que haya de cederte el campo.» Máximo: «Ténganme prontos para la primera audiencia nuevos tormentos.»

En Anazarbo, adonde pasó Máximo, llevándose consigo los tres invictos cristianos, se renovaron con ellos las escenas de la crueldad mas espantosa, y los Santos Taraco, Probo y Andrónico dieron nuevas pruebas de su admirabilísima constancia, hablando al Gobernador impio con la heroica libertad, que Dios mismo les inspiraba, y padeciendo por la fé dolores inconcebibles. Despues de sus dos compañeros entró el jóven Andrónico en su tercer combate. Y el Gobernador le dijo: «Ya es tiempo de que reflexiones sobre tu suerte, y mires por tí. ¿Lo has pensado bien, y has considerado que lo mas importante para tí es el vivir reconocido á los dioses? ¿ó serás todavía tan enemigo de tí mismo, lo que yo no puedo creer, que perseveres siempre en tu terquedad primera? Si asi fuese, no puede menos de serte muy funesta. Ríndete, haz lo que te se pide, sacrifica á los dioses, que ellos te volverán con usura el honor que de tí recibieren. Ya no esperes que tenga yo contigo la mas mínima condescendencia si aun te niegas á cosa tan justa y razonable. Acércate pues al altar, sacrifica, y tienes se-

gura la vida.» Andrónico: «¡Desdichado de tí! ¡ó enemigo de toda verdad! Bien muestras tu natural feroz é inhumano; y lo conozco al traves de esas palabras artificiosas. No creas que me has de engañar, ni me harás vacilar en la confesion, que he hecho de un solo Dios. Opondré á tu crueldad una constancia invencible; y á la injusticia de tus violencias la fuerza, que Dios me ha de dar para resistirlas. Y verás que la virtud es de todas las edades.» Máximo: «¿Es acceso de locura, ó es el demonio quien te hace hablar?» Andrónico: «No. No. Eso seria si consintiese en lo que me propones. Tú si que eres demonio, y lo manifiestan tus obras.» Máximo: «Tambien tus compañeros mostraban arrogancia antes de ser atormentados; pero no eran mas que bravatas. Ya están sumisos á los dioses y á los Emperadores despues de su castigo.» Andrónico: «Mientes como adorador de aquellos malignos espíritus enemigos de la verdad. Júzguete Dios, ministro de Satanás.» Máximo: «Quiero pasar por tal, si no abatiese yo tu insolente orgullo.» Andrónico: «No me aterran tus furias, porque confio en el nombre de mi Dios.» Máximo: «Haced rollos de papel, pegadles fuego, y abrasadle el vientre con ellos.» Andrónico: «No me daré por vencido, aunque me arrojes vivo en una hoguera, pues me asiste y fortalece mi Dios.» Máxi-

mo: «¿Y hasta cuándo te obstinas, insensato?»  
Andrónico: «Confesaré á mi Dios mientras me quede un aliento de vida; si pretendes vencerme, dáme la muerte.» Máximo: «Pongan al fuego dos punzones, y hechos ascua metánselos por entre los dedos.» Andrónico: «Enemigo de Dios, inspirado por Satanás, ves todo mi cuerpo abrasado por tus atrocidades, me ves impertérito; ¿y juzgas que haya de temer tus nuevas invenciones? No me inspiran mas que desprecio, porque Dios está conmigo y mi Señor Jesucristo.» Máximo: «¿No hablas tú del que Poncio Pilato hizo crucificar?» Andrónico: «Calla, maldito. Y guárdese tu boca impura de pronunciar este adorable nombre. No eres digno de hablar de él, porque persigues á sus siervos.» Máximo: «Pero tú, ¿qué provecho sacas de creer y de esperar en ese hombre, que llamas Cristo?» Andrónico: «¿Qué provecho? ¡Ah! Muy grande. Un galardón inmenso por todo lo que ahora padezco.» Máximo: «No quiero darte una pronta muerte: es preciso que arrojado á las bestias las veas devorarte los miembros uno por uno.» Andrónico: «¿Y no eres tú mas feroz que las bestias y mas cruel que todos los homicidas, pues castigas como á malhechores á unos inocentes, á quienes nadie se atreverá á acusar de injusticia alguna?» Máximo: «Abridle la boca, y hacedle que beba del vino ofrecido á

los dioses.» Andrónico: «Mirad, Señor, la violencia, que se me hace.» Máximo: «¿Y ahora qué dirás? ¿No tienes ya dentro de la boca lo que se había ofrecido á esos dioses, á los cuales no quieres sujetarte?» Andrónico: «Tirano, sábetete que el alma no se mancha, cuando al cuerpo se le fuerza á hacer lo que ella rehusa. Dios, que penetra los mas secretos pensamientos del corazon, sabe que el mio no ha consentido en ello.» Máximo: «¿Hasta cuándo te has de dejar infatuar de esas vanas imaginaciones, que de nada han de servirte? Te haré cortar la lengua. Bastante te he sufrido.» Andrónico: «Pues bien, una gracia te pido, y es que me hagas cortar la lengua, y estos labios, que segun crees, se han manchado con el vino ofrecido á los ídolos.» Máximo: «Bien dices que has gustado del sacrificio.» Andrónico: «Confúndete, tirano detestable, tú y los que te han dado la potestad de hacer tanto daño: jamás podrá decirse que haya yo consentido en tamaña impiedad; pero tú bien puedes acordarte de la violencia, que has hecho á los cristianos. ¡Júzguenos Dios á tí y á mí!» Máximo: «Malvado ¿te atreves á zaherir á los Emperadores, que han dado al mundo tan profunda paz?» Andrónico: «Sí; maldigo una y mil veces á esos tiranos, que han inundado toda la tierra en sangre. Extienda Dios sobre

ellos su brazo vengador, quebrántelos, cúbralos de las olas de su cólera, abísmelos para que ellos y sus secuaces sepan lo que es perseguir á los siervos de este Dios terrible.» Máximo: «Arrancadle los dientes, cortadle la lengua de raíz, y arrojadla al fuego junto con los dientes, y despues que hayan sido reducidos á cenizas, échense al aire, para que no quede nada que pueda ser cogido por los cristianos, y dé motivo á la supersticion de algunas mujeres, que no dejarían de tomarlas y conservarlas como preciosas reliquias. Y á él, que lo vuelvan á la cárcel hasta el dia de la fiesta, para que con los demás sirva de pasto á las fieras.»

Aquí reflexiona un autor piadoso que por lo comun hablaban los mártires respetuosamente á los jueces paganos, que los condenaban á bárbaros suplicios; pero que algunas veces les inspiraba Dios una extraordinaria libertad de lenguaje, tanto para mostrar la fortaleza, de que los revestia, como para ostentarse en la persona de sus siervos superior al poderío de aquellos tiranos, y por este medio dispararles al corazon dardos, que pudieran inducirlos á convertirse. Asi el magnánimo Andrónico estaba ciertamente inspirado por el Espiritu Divino que le fortalecia.

Á las actas de los tres interrogatorios y di-



versos tormentos de Taraco, Probo y Andrónico, que varios cristianos de Anazarbo se proporcionaron originales, ganando con la suma de doscientos denarios á uno de los oficiales del archivo del proconsul, añadieron los mismos que fueron testigos oculares, la relacion del término de esta horrible tragedia. Deseando Máximo darle un fin sangriento, hizo llamar á Terenciano pontífice de la Cilicia, y le mandó que para el siguiente dia se dispusiese en el anfiteatro un espectáculo público, en que aquellos tres cristianos murieran despedazados por los dientes y garras de las fieras. Amaneció el nuevo dia, y el pueblo de Anazarbo corrió á ocupar todos los asientos del anfiteatro: principió el espectáculo con varias muertes de gladiadores y de animales feroces, y al último envió Máximo un piquete de soldados para conducir á los Santos Mártires; mas estos no se hallaban en estado de caminar por sí mismos, que á tal extremo los habian reducido el fuego, el hierro y los demás suplicios, y así hubieron de ser llevados en hombros de aquellos militares. Su vista estremeció y horrorizó á los espectadores, que apenas podian sufrir las conmociones de lástima que los dominaban, y empezaron á murmurar de la atroz inhumanidad de Máximo, retirándose muchos á sus casas, no sin grande irritacion del tirano. Soltáronse varias bestias feroces con-

tra los campeones de la fé; pero todas ellas los respetaron trocando su furor en mansedumbre. Airado el Gobernador y no menos sorprendido de este prodigio, llamó á Terenciano y le reconvinó por ello. El pontífice de Cilicia en tal apuro recurrió á una osa terrible, que hacia muy poco habia hecho tres muertes. Salió la osa, y dejando en paz á Taraco y á Probo, por cima de cuyos mutilados cuerpos pasó saltando, se fué á sentarse tranquilamente casi pegada al mártir Andrónico, el cual para excitarla á devorarle, pues ya anhelaba volar al cielo, reclinó sobre ella la desmayada cabeza; pero la bestia carnívora no hizo mas que lamerle las llagas; y Máximo enfurecido mandó que la matáran, y así teñida en su sangre cayó muerta á los piés de Andrónico. En seguida se abrió la jaula á una leona, que aterró con sus rugidos á todos los concurrentes á la gentílica fiesta; mas sin tocar á Probo, ni á Andrónico, se llegó al venerable anciano Taraco, que tirándola de la melena, la aproximó mas y mas: ella en tanto parecia una apacible oveja hasta que al fin echó á correr hácia su jaula, y hallándola cerrada, la emprendió con los hierros de la barrera, de modo que en un instante cundió el miedo por aquella alborotada muchedumbre de pueblo, y no hubo mas remedio que abrirle la puerta y dejarla volver á su gua-

rida. Viendo esta nueva maravilla, subió de punto la rabia del burlado Máximo, y para desfogarla mandó que entráran en el circo los gladiadores y acabáran con la vida de los Santos. Asi volaron sus almas á los cielos, cortados sus benditos cuellos al fulminante golpe de las cuchillas.

«Al salir del espectáculo, dicen los cristianos de Anazarbo, que escribian como testigos de vista estos interesantes sucesos, dejó Máximo diez soldados con órden de guardar los cuerpos de los Santos Mártires, que exprofeso se habian mezclado y confundido con los de los criminales. Nosotros al ver esto, venida ya la noche, bajamos poco á poco del montecillo, á donde fuimos á mirar y observar, y nos pusimos de rodillas, pidiendo á nuestro Dios altísimo que nos concediese la gracia de poder librar y llevarnos las reliquias de aquellos Santos Mártires. Despues de haber orado á este fin, volvimos á bajar otro poco, y descubrimos que los soldados de guardia cenaban á la luz de una fogata encendida junto á los hacinados cadáveres. Retrocedimos algun tanto, y nos pusimos otra vez de rodillas, pidiendo á una voz y cual si en todos no hubiese mas que un solo corazon, á Dios y á su Hijo Jesucristo su auxilio soberano para sacar aquellos santos cuerpos de entre los otros inmundos y profanos. Al momento se

estremeció la tierra, truenos y rayos turbaron los espacios, sobrevino una lluvia espantosa, y estaba oscurísima la noche. Poco despues, pasada la tormenta, volvimos á orar, y acercándonos á los cadáveres, advertimos que la lluvia habia apagado el fuego, y que se habian ido los guardias. Con esto nos alentamos á aproximarnos; mas como no podiamos distinguir de los otros los cuerpos santos, levantamos las manos al cielo, y pedimos á Dios que nos los diese á conocer. Y al momento nos envió con su infinita misericordia una resplandeciente estrella, que nos señaló los cuerpos de sus siervos, deteniéndose sobre cada uno de ellos. Los arrebatamos llenos de júbilo, y volvimos al monte inmediato, dirigiendo nuestras súplicas á Dios, que tanto nos favorecia. Habiéndonos internado en la montaña, descansamos un poco y pedimos á Dios que coronase de feliz éxito nuestra empresa, y nos designase el sitio, en que convendria depositar las reliquias de los mártires. Nos oyó, y nos envió de nuevo la estrella, que habia de guiarnos, la cual desapareció al descubrírsenos una concavidad en una roca; allí escondimos con exquisito cuidado los santos cuerpos, y volvimos á la ciudad con el ansia de saber lo que en ella pasaba, pues temiamos las pesquisas, que mandaria hacer Máximo. Á los tres dias partió de la ciudad el tirano, no sin

haber hecho castigar á aquellos soldados de guardia por su descuido en la desaparicion de los cuerpos de los mártires, y nosotros cantamos un himno para dar gracias á Dios por el señalado beneficio, que de él recibimos mediante los merecimientos de nuestro Salvador Jesucristo. Marcion, Felix y Barbas permanecemos en el sitio, en que estaban las santas reliquias, á fin de tenerlas mas seguras y próximas y resueltos á pasar allí nuestra vida, confiando en que se nos entierre allí mismo junto á los mártires.»

«Tales son, dice Rohrbacher, estas celebérrimas actas, que todos los críticos modernos reconocen por originales con unánime consentimiento. Y estos mismos críticos han dudado de la autenticidad de las actas de otros muchos mártires, porque les han parecido ó muy largas, ó llenas ora de muy extensos diálogos, ora de tormentos muy extraordinarios, ora de muchos milagros, ora de expresiones demasiado duras dirigidas á los jueces. Pues bien, las actas de los Santos Taraco, Probo y Andrónico reúnen todos estos caracteres; son muy largas, encierran muchos razonamientos, inauditos tormentos, diversos prodigios, y picantes invectivas fulminadas al Gobernador; hay además equivocacion en la fecha. Y sin embargo nadie duda de que son auténticas, demostrándonos esta observacion que las reglas inventadas por los críticos, ó al menos

las aplicaciones, que de ellas se han hecho, envuelven mucho de arbitrario, y que es lícito y algunas veces razonable apelar de sus fallos.»

## CAPÍTULO VIII.

### SUMARIO.

Martirio de San Felipe Obispo de Heraclea, San Hermes y San Severo. Las Santas Agapia, Chionia é Irene. Martirios de los Santos Ireneo Obispo de Sirmio, Sereno y Polion. Mártires africanos. Santa Crispina. San Euplo. Otros mártires. Historia de la niña Ines. Varios interesantes martirios en diversos países.

San Felipe, Obispo de Heraclea, despues de haber dado los mas luminosos ejemplos de insuperable constancia en la confesion de la fé, y padecido largo tiempo en las prisiones, fué arrastrado por toda la ciudad, y vuelto luego al calabozo cual puede suponerse quedaria el venerable anciano con los golpes y contusiones de tan violento y prolongado suplicio. Conducido finalmente á Adrianópolis, fué quemado vivo junto con su querido discípulo el diácono Hermes; y despues que ambos exhalaron el alma, apagado ya el fuego, se halló al Santo Obispo con los brazos extendidos y levantados hácia

arriba como si estuviera orando, y el semblante lleno de una admirable magestad insólita: tambien el de San Hermes resplandecia con singular hermosura y con una sorprendente viveza de graciosos colores; y en el uno y en el otro se advertia un no sé qué de grande y de sublime, que denotaba la gloria, de que ya gozaban en el cielo. El gobernador Justino, que los habia condenado á tal género de muerte, quiso privar á los fieles del rico tesoro, que les habian dejado las llamas, y mandó arrojar al rio los santos cuerpos; pero aquellos, que habian acompañado el triunfo de los mártires con himnos de júbilo y hacimientos de gracias al Dios omnipotente, confiados en la bondad divina y armándose de buenas redes, fueron en sus barquillas á donde sabian que habian caído los sagrados cadáveres, y los sacaron, y les dieron honrosa sepultura. Con los dos Santos habia estado en la prision el sacerdote Severo, y el Señor oyó sus ruegos, y satisfizo sus deseos de seguirlos al cielo, llevándose por el glorioso camino del martirio.

Las Santas Agapia, Chionia é Irene acabaron en Tesalónica su preciosa vida en medio de las llamas. Se habian ido á los montes al comenzar la persecucion, y pasaron mucho tiempo lejos de los hombres, y de todo bullicio mundano con el espíritu constantemente elevado á

su Dios y hablando con él en union amorosa, sin hogar, sin techo donde guarecerse cuando llovía, sin cama donde descansáran sus delicados cuerpos siempre expuestos á los ardores del sol, al frio penetrante y al embate de los huracanes, y sin mas alimento que las yerbas silvestres ó la fruta de algun árbol, que la divina Providencia les hacia buscar y hallar llevándolas de monte en monte. Volvieron á Tesalónica sin duda por inspiracion divina, como justamente conjetura el Cardenal Orsi, y les fué puesta la corona de mártires, para cuya consecucion se habian preparado por muchos meses en la soledad, fortificando sus almas por medio del íntimo y continuo trato, que tenian con su Dios.

En Sirmio, capital del Ilirico, su jóven Obispo San Ireneo fué decapitado y sumergido su cadáver en el rio Saba. Sus carnes habian sido destrozadas por las uñas de hierro, y mostró tan invicta firmeza como horrible fué el tormento, que se le hizo padecer. Poco despues consiguió en la misma ciudad igual corona Sereno, que cultivaba un huertecillo y con mucho mas esmero las fragantísimas flores de las virtudes, que crecian en su alma bella por la inocencia y por la santidad.

El mismo gobernador Probo, que habia hecho víctimas de su saña á los dos Santos, que



acaban de mencionarse, sin darse por contento con haber devorado cual lobo carnicero muchas otras ovejas del redil de Jesucristo en la capital de su provincia, recorrió varias ciudades y pueblos, dejando sangrientas huellas de su paso, y en Cibalis halló un cristiano, que no solo sabia morir por la fé sino tambien confundirle y anonadarle con la fuerza y la luz de sus elocuentes respuestas: era el primero de los lectores, y se llamaba Polion. El fuego fué el suplicio á que le destinó el Gobernador, y entró en la hoguera bendiciendo y alabando y glorificando el santísimo nombre de Dios.

Á Cartago fueron conducidos desde Abitina muchos cristianos, á quienes sorprendieron en una casa celebrando los oficios divinos; y todos ellos ostentaron magnánima fortaleza en los tormentos, abatiendo con su constancia en padecer y con el brio de sus respuestas el ánimo del proconsul Anulino, que puestos en el éculeo hizo desgarrar el costado y los pechos de una gran parte de estos invencibles atletas de la fé. Morian unos en el mismo tormento, otros en la cárcel de resultas de sus heridas, estos extenuados de hambre y demás padecimientos consiguientes á su prision horrenda, y aquellos de un modo mas violento cuando el tirano iba con diversos intervalos fallando sus causas. Eran sus nombres Dativo senador, Saturnino sacerdo-

te, Saturnino el jóven y Felix lectores, Maria, el niño Hilarion, otros dos que llevaban el nombre de Felix, Emérito, Ampelio, Rogaciano, Quinto, Maximiano, Télica, Rogaciano, Rogato, Januario, Casiano, Vitoriano, Vicente, Ceciliano, Restituta, Prima, Eva, Rogaciano, Civalio, Rogato, Pomponia, Segunda, Januaria, Saturnina, Martin, Danto, Felix, Margarita, Mayor, Onorata, Regiola, Victorino, Pelusio, Fausto, Daciano, Matrona, Cecilia, Victoria, Eretina, Segunda, Matrona y Januaria.

No fué menos célebre en el África la memoria de la ínclita mártir Santa Crispina. Era de nobilísima alcurnia, sobrábanle riquezas, y la delicadeza y debilidad de su complexion junto con la circunstancia de tener marido y muchos hijos parece que, si hubiésemos de considerar las cosas de Dios humanamente, no la hacian muy idónea para el martirio; empero estaba ella acostumbrada á menospreciar todo lo caduco y preferir lo eterno; y asi todas aquellas ventajas de su posicion social no fueron parte para disuadirla del generoso propósito de dar su vida por el divino Salvador. Lejos de intimidarse con el formidable aparato de los suplicios, ni caer de ánimo por los suspiros, lágrimas y sollozos de sus tiernos hijos, sobreponiéndose hasta á los mas naturales sentimientos, que la maternidad inspira, se llenó de júbilo viendo que la

llevaban al tribunal de las crueles injusticias, donde la inocencia de los cristianos era irremisiblemente condenada. La perspectiva de sus tormentos y de su próxima muerte fué para ella un triunfo, y con tales disposiciones no es maravilla que recibiese la sentencia del impío tirano, que fué el mencionado Anulino, con una indecible alegría prorumpiendo en dulcísimas exclamaciones, y dando repetidas gracias á su Dios, porque ya la llamaba á la gloria á unirla consigo para siempre.

Euplo fué víctima, que por sí misma se ofreció al sacrificio en Catania, ciudad de la Sicilia, y despues de haber sufrido confesando á Jesucristo los mas horribles tormentos, fué como á un convite nupcial al sitio, en que la cuchilla del verdugo habia de cortarle la cabeza. Le precedia un pregonero gritando: «Este es Euplo cristiano, enemigo de los dioses y de los Emperadores.» Llegó al lugar del suplicio, se arrodilló y estuvo orando mucho tiempo, pues los ministros de la infernal tiranía tuvieron con él la consideracion de permitirle hablar con Dios hasta que concluido su amoroso coloquio en profundo recogimiento, bañó en los raudales de su sangre los libros de los santos Evangelios, que por ludibrio le habian colgado al cuello. Y cierto que no podia imaginarse un modo mas expresivo y sublime de sellar las celestiales ver-

dades, que contenian, y por cuyo amor se derramaba aquella bendita sangre!

En Tesalónica fueron martirizados los Santos Agatópodo y Teódulo, diácono el primero y el segundo lector. En Italia la ciudad de Asis presenció el martirio de su Obispo Sabino y de los diáconos Marcelo y Exuperancio y el de Venustiano, gobernador de la Toscana y de la Umbria, y el de su mujer é hijos, á todos los cuales tuvo el mencionado Obispo la gloria de convertir y bautizar por sí mismo. Por último, en Roma es célebre entre otros el martirio del sacerdote Marcelino y del exorcista Pedro, en cuyo loor tenemos un epigrama del Papa San Dámaso, en el cual dice que siendo niño oyó contar al mismo verdugo, que les habia cortado la cabeza, que fué lejos de Roma á ejecutar esta sentencia, y en medio de un bosque lleno de malezas y espinos, á fin de que nadie tuviese noticia de su sepulcro; que los mismos Santos desmontaron y dispusieron el sitio, en que habian de ser colocados; pero que avisada Lucila de un modo sobrenatural, los trasladó al sitio en que eran venerados.

Rohrbacher, que siempre se manifiesta gran investigador de antiguos monumentos históricos, describe del modo siguiente el martirio de la tierna niña Ines acaecido en esta horribilísima persecucion de Diocleciano. «Solo contaba doce

ó trece años cuando sufrió el martirio. Segun se expresan antiguas actas, volvía de la escuela cuando el hijo del Prefecto de Roma se apasionó de su belleza. Y habiéndose informado de quienes eran sus padres, envíele de regalo ricos y magníficos aderezos, y otras preciosas joyas, prometiéndole mucho mas todavía, riquezas, casas y todas las delicias del mundo si consentía en darle la mano de esposa. Rehusó Ines admitir aquellos regalos mirándolos despreciativamente, y manifestó al jóven que ya la unían las mas solemnes promesas y los mas sagrados vínculos á un esposo mucho mas rico que él, y que le habia hecho regalos de muy mas subido precio. Enfermó el jóven apasionado; los médicos descubrieron la causa de su mal, y se la revelaron á su padre el prefecto Sempronio, el cual hizo reiterar á Ines los ofrecimientos é instancias, que ya le habia hecho su hijo. Respondió ella que jamás faltaria á los compromisos que tenia contraídos con su primer esposo. Se maravilló el Prefecto de que se le pudiese á cualquier otro, é indagaba quién seria aquel afortunado. Y satisfizo su ansiedad uno de sus parásitos diciéndole que aquella niña era cristiana, y que lo habia sido desde su nacimiento, y que entontecida por medio de la magia llamaba su esposo á Cristo. Celebrando tal descubrimiento hízola llevar el Prefecto á su tribunal con imponente

aparato; mas ella se mostró tan insensible á sus caricias y lisonjas como á sus amenazas. Llamó á sus padres, y no pudiendo proceder contra ellos violentamente porque eran de noble estirpe, puso en juego la acusacion de cristianismo. Al dia siguiente despues de nuevos é inútiles esfuerzos por persuadirla, le dijo: «La supersticion de los cristianos, cuya arte mágica te glorias de conocer, es la que te impide seguir los buenos consejos. Asi pues es preciso que vayas sin demora al templo de la diosa Vesta, á fin de que si es de tu agrado la perpétua virginidad, asistas religiosamente noche y dia á los sacrificios que se le ofrecen.» «Si por el amor de Jesucristo, respondió la Santa, no he querido á vuestro hijo, que aunque impulsado por un amor profano, es sin embargo un hombre vivo y dotado de razon y sentimientos, ¿cómo agraviando al Dios omnipotente, habia de adorar á ídolos mudos, sordos, insensibles, inanimados y que no son mas que piedras inútiles?» Dijole por último el Prefecto: «Elige; ó sacrificar á la diosa Vesta en compañía de sus vírgenes, ó ir á un lugar infame á imitar á las mujeres de mala vida, que allí moran.» É Ines le respondió resueltamente: «No hablarías asi si supieseis quién era mi Dios. Como tengo bien conocido el poderio de mi Señor Jesucristo, desprecio vuestras amenazas estando segura de que no han

de contaminarme ajenas impurezas y de que no he de sacrificar á vuestros ídolos; porque me asiste el Ángel del Señor, que guarda mi cuerpo.» Efectivamente, habiendo sido arrastrada á un lugar de prostitucion, allí encontró al Ángel del Señor, que la circundó con una luz tan esplendorosa que nadie podia fijar en ella sus miradas. Puesta en oracion vió delante de sí una blanca vestidura, con la cual se cubrió bendiciendo á Dios de lo íntimo de su alma, pues el Prefecto habia mandado que le quitasen la ropa. Asi el lugar infame vino á convertirse en un lugar de oracion y de acendrada piedad. Sentianse todos los que entraban repentinamente poseidos de un temor saludable y respetuoso al descubrir aquella inesperada luz, y salian con una pureza de pensamientos, que no tenian antes. Tratando á los otros de pusilánimes se arrojó en medio de aquella luz el hijo del Prefecto, y cayó ciego y sin vida al decir de las actas. Habiéndole hallado en tal situacion uno de sus compañeros, principió á gritar: «Auxilio. Una prostituta ha dado la muerte al hijo del Prefecto con los artificios de la magia!» El pueblo amotinado corrió al teatro, profiriendo diversas voces: «Es una maga,» decian unos; «Está inocente,» clamaban otros; y otros vociferaban repitiendo que era una mujer sacrílega.

»Al saber el Prefecto que habia muerto su

hijo, lleno de aficcion y zozobra corrió al sitio de la tragedia, y dijo á la Santa que era la mas cruel de las mujeres, preguntándole al mismo tiempo cómo y por cuál operacion de la magia habia muerto á su hijo. Repuso ella que le habia ahogado el demonio de la impureza, al cual intentaba complacer el difunto. La prueba estaba á la vista, pues cuantos respetaron la luminosa presencia del Ángel habian salido sanos y salvos. Dijo el Prefecto que le daria crédito si ella pedia al Ángel que le volviese su hijo. «Aunque vuestras falsas creencias no lo merezcan, replicó Ines, como ya es tiempo de que se patentice la omnipotencia de mi Señor Jesucristo, salid todos afuera para que yo le haga mi acostumbrada oracion.» Luego que hubieron salido, cosió ella su rostro con la tierra postrándose humildísimamente, y pidió al Señor con lágrimas en los ojos que resucitase al jóven. Apareció el Ángel, y le resucitó. Y el jóven se puso á gritar: «¡No hay mas que un solo Dios en los cielos y en la tierra, el Dios de los cristianos!»

«Al oir tales voces se agitan los arúspices y los pontífices de los ídolos, é incitan é impelen al pueblo á la sedicion. Y todos gritan á la vez: «Muera la maga, que con sus hechizos quita el entendimiento á los hombres y cambia los corazones!» Viendo el Prefecto tamañas ma-



ravillas, estaba como fuera de sí. Pero temia la proscricion, si se oponia á los pontífices y defendia á Ines contra su propia sentencia. Dejó pues á su vicario ó teniente el encargo de apaciguar la sedicion, y se fué con la tristeza en el alma. El vicario, que se llamaba Aspasio, hizo encender una formidable hoguera, y mandó arrojar á la Santa en medio de sus llamas. Pero apartándose estas de la triunfante niña, se dirigieron contra varios de los sediciosos, que habian concurrido al suplicio de la Santa, y los abrasaron. Ines con los brazos extendidos bendecia á Dios por sus maravillas, cuando el fuego se apagó del todo. Empero los paganos gritaban con mas fuerza que aquello era una brujería. Y no hallando el vicario otro medio mas á propósito para calmar el tumulto que la muerte de la bendita vírgen, mandó que se la dieran con la espada.»

Por este mismo tiempo padecieron el martirio en diferentes países San Crisógono y Santa Anastasia, el nobilísimo jóven Pancraccio de edad de solo catorce años, á quien los Sumos Pontífices de los siglos mas inmediatos al suyo honraron con especial empeño, la tierna vírgen Hemerenciana, que murió apedreada en compañía de otros muchos cristianos, Vital y Agrícola, que revelaron á San Ambrosio el lugar en que se hallaban sepultados, y las santas mu-

jeros Hilaria, Digna, Eunomia, Eutropia y Afra. Esta última, que cuando pagana habia sido pública pecadora, dió ante el juez, que la conminaba, un hermoso testimonio de la infinita misericordia de nuestro divino Salvador. Siendo ya notorio á los gentiles el grande horror, que inspira la religion cristiana al vicio de la impureza, el juez que sabia que Afra habia sido meretriz, le dijo: «Una meretriz no puede llamarse cristiana.» «Es cierto, respondió Afra, no soy digna de este nombre. Pero la divina misericordia, que elige á los hombres no segun sus merecimientos sino segun su bondad, se ha dignado recibirme en su seno y hacerme partícipe de tal nombre.» «¿Y por dónde sabes, le preguntó el juez, que te haya dispensado semejante gracia?» «Porque veo, respondió Afra, que se digna admitirme á la gloriosa confesion de su nombre, la cual por sí sola seria capaz de borrar todas las manchas de mi vida pasada.» Afra murió entre las llamas.

Con igual crueldad ejecutaba en Palestina las inhumanas órdenes de los Emperadores el gobernador Urbano. Hizo padecer á Timoteo innumerables tormentos, y por último le condenó á ser quemado vivo á fuego lento. Martirizó atrozmente á la vírgen Tecla, digna imitadora de la antigua proto-mártir de las mujeres, cuyo nombre llevaba, y á San Agapio, que dió

muestras de indecible constancia; llevólos despues consigo de Gaza á Cesarea, donde á su llegada se esparció el rumor de que serian devorados por las fieras en los juegos públicos, que habian de darse en el anfiteatro, y cuando á él se dirigia el tirano sorprendieron su vista y le dejaron atónito seis jóvenes, que con las manos atadas á fuer de víctimas destinadas al sacrificio, le salieron al encuentro á fin de que los inmolase por medio de las horribles garras de las fieras, consumando el voluntario holocausto, que de sus vidas pretendian hacer al verdadero Dios. Habíalos movido á tomar esta generosa resolucion aquel falso rumor de que serian expuestos á las bestias feroces los dos cristianos, que llegaron de Gaza cargados de cadenas, y se la habia inspirado el Espíritu Santo; empero el enemigo de la virtud no quiso satisfacer por entonces sus vivísimos deseos, y los envió al calabozo. Llamábanse estos admirables atletas de la fé Timolao, natural del Ponto, Dionisio oriundo de la ciudad de Trípoli en la Fenicia, Rómulo, subdiácono de la Iglesia de Dióspolis, Pausis y Alejandro ambos de Egipto, y otro Alejandro de la ciudad de Gaza. Al cabo de pocos dias se les reunieron presos como adoradores de Jesucristo un Agapio, que ya varias veces habia padecido por confesarle, distinto del otro santo mártir, que

trajo consigo el gobernador, y otro Dionisio, á quien se descubrió por su caritativo anhelo de subvenir á las necesidades de los aherrojados confesores. Y ganando una eternidad de gloria, perdieron la caduca vida, cortadas sus cabezas, así como la heroína vírgen Tecla, el 24 de Marzo del año 305.

## CAPÍTULO IX.

### SUMARIO.

Forzada abdicacion de Diocleciano y Maximiano Hercúleo. Nuevos Augustos y Césares. Crueldades y bárbaras exacciones de Galerio. Asechanzas tendidas á Constantino: su fuga de Nicomedia y su reunion con su padre, á quien sucede en el imperio. Sublevacion de Majencio en Roma. Recobra la púrpura Maximiano Hercúleo. Guerra civil. Muerte del emperador Severo. Mejórase la situacion de los cristianos de Occidente. Sigue y se exacerba la persecucion en el Oriente. Martirio de Santa Julita y del niño Quírico. Id. de San Teodoro. El confesor Donato. El mártir San Apiano.

El mundo romano cambió de señores el 1.º de Mayo del año 305: los dos viejos Augustos hubieron de ceder la púrpura á dos favoritos y hechuras de Galerio, que revistiéndolos con la

dignidad de Césares, y teniéndolos por instrumentos de su ciego capricho pretendia que el universo entero llegára en breve á postrarse á sus plantas y á gemir bajo su férreo yugo. Tomó estas alas su ambicion al ver que Diocleciano reducido por una larga y penosa enfermedad á un misérrimo estado de flaqueza corporal y de espíritu, ya no podria resistir al amago de su prepotente saña sino valia la persuasion para hacerle bajar del trono. Asi fué. Aunque con profundo dolor, á pesar suyo y mostrando con sus lágrimas el sentimiento y la pusilanimidad de su alma rendida á las imperiosas intimaciones de su ingrato yerno Galerio, el viejo Emperador se despojó de la púrpura, y se la puso al jóven Maximino Daya, por mas que hubiese repugnado y contradicho la eleccion de este improvisado César. Vuelto despues de veinte años de encumbramiento sobre todas las potestades de la tierra á la comun condicion de simple ciudadano y á la baja esfera de hombre particular, perdió hasta la sonora desinencia del nombre de Diocleciano, y tornó á llamarse Diocles: inmediatamente se le hizo atravesar en una litera la ciudad de Nicomedia, obligándole á ir á sepultar su tétrica melancolia en su patria Dioclea situada en la Dalmacia, donde por muchos años lloró la pérdida de su eclipsado esplendor.

Maximiano Hercúleo acoquinado por las amenazas de Galerio dejó en Milan aquel mismo dia el supremo mando al nuevo César Severo, y entró en la vida privada. En cuanto á Constancio Cloro, Galerio no le queria por compañero en el imperio, pues era de un carácter muy desemejante al suyo propio; mas temiendo los ejércitos, que mandaba en las Galias, creyó prudente que por entonces se elevase á la mas alta dignidad de Emperador y Augusto, porque esperaba que su salud quebradiza no le permitiera disfrutarla por largo tiempo, y en el caso de que la muerte anduviese todavía perezosa para arrebatarlo al sepulcro, confiaba poder arrancarle sus dominios con los esfuerzos combinados de ambos Césares sometidos á su arbitrio. Eran estos por su índole perversa dignos del favor, que les dispensaba. Con Maximino Daya le unian los vínculos de la sangre: como á sobrino suyo le fué rápidamente elevando desde la humilde ocupacion de pastor, que guardaba bestias en las selvas, hasta el empleo encumbrado de general y al dia siguiente César. Se le entregó el Oriente no tanto para que lo gobernára como para que lo tiranizára, pues era incapaz de dirigirlo concertadamente, ni tenia nociones del arte de la guerra.

Tocaron á Severo el África y la Italia, á Constancio Cloro la Gran Bretaña, las Galias

y las Españas, en las cuales por cambio tal cesó venturosamente el derramamiento de la sangre de los cristianos, y Galerio agregó el Asia á su antiguo gobierno del Ilirico y de la Tracia. En el momento en que este nuevo Augusto se vió en posicion mas desembarazada, ya no hubo para sus feroces pasiones, que eran impetuosos torrentes, barreras, ni diques. Todo lo atropellaron, é hicieron de los hombres, que le estaban sujetos, unas víctimas inmoladas á su genial y horrorosa crueldad. Echó por tierra los privilegios y franquicias de los nobles y de los ciudadanos romanos: hizo comunes á estos y á aquellos los suplicios mas bárbaros y degradantes; quedaron como abolidas por el desuso las penas inmediatas á la capital, y aun esta se consideraba suave y se obtenia por singular favor y mediante señalados servicios anteriores cuando la espada era la ejecutora del homicidio. Fué lo mas ordinario el dar la muerte quemando á fuego lento, por manera que se iban las carnes desprendiendo de los huesos por la abrasadora, pero pausada accion de las candelas encendidas, mas no llameantes, y aplicadas á todos los miembros hasta que penetraba poco á poco en las entrañas, y consumia la vida; entretanto á fin de que la víctima padeciera mas largo tiempo, se le refrescaba la cara y la cabeza con rociadas de agua fria, y se

le humedecian los labios y las fauces. Ni era menos cruel el tormento de los azotes, pues las manos y piés del azotado se ataban á cuatro palos ó postes entre sí distantes, de los cuales pendia suspenso en el aire para recibir los golpes dolorosísimamente estirado. Tales eran los regalos, que hacia á sus vasallos la generosidad de Galerio, siendo muy notable que Neron, autor de la primera persecucion general contra los cristianos, y este mónstruo de la última, á ningun otro cediesen el primer puesto entre los opresores y enemigos del humano linaje hecho mísero blanco de su perversísima crueldad. Baste decir que Galerio tenia sus delicias en ver cómo devoraban á los hombres, que él les señalaba por pasto, los osos esmeradamente cuidados en su palacio para divertimento suyo mientras cenaba. Su codicia, que se propuso exprimir el jugo de todo el imperio, generalizaba y extendia á todas partes estos y otros horrendos suplicios, y envolvia las naciones, que dominaba, en una espantosa red de insufrible tiranía desoladora. Hasta los niños y las mujeres eran puestos en la tortura para que declarasen los bienes, que poseian sus padres y maridos. Como de los mendigos nada podia sacarse, ordenó el déspota inhumano que fueran reunidos, hacinados en varias naves, y en seguida arrojados á los abismos del mar. Tan dig-



namente se despedía del mundo el paganismo.

Ya el Señor en su misericordia habia hecho nacer al héroe, que habia de colocar sobre el trono de los Césares su religion divina, dándole el mas completo triunfo. El príncipe Constantino, hijo del virtuoso Constancio Cloro, se hallaba en la corte de Nicomedia, y con su noble proceder y la amabilidad de sus maneras se habia granjeado el afecto universal, y especialmente el de la milicia por las proezas de su valor; pero Galerio no queria soltarle, negándose á las reiteradas instancias de su padre Constancio, porque temia que algun dia al frente de los ejércitos pudiese ser un rival muy formidable para él. Por lo mismo se empeñó en perderle. Y creyendo que sería imprudencia exponerse á una guerra con el valiente Constancio Cloro si á su hijo daba la muerte á cara descubierta, repetidas veces se la procuró mañosamente, enviándole donde eran mayores los peligros en lo mas recio de los combates, y haciendo que midiera su pujanza con la de los animales mas fieros. Y el Señor, que se rie de los perversos designios de sus enemigos, guardó á su escojido sacándole sano y salvo de entre las mismas garras de la muerte.

Redoblaba Constancio Cloro su justa pretension de que se le enviase á su hijo, y al fin Galerio fingió ceder á la exigencia paternal: lla-



mó á Constantino, y le dijo que al dia siguiente habia de salir para las Galias, pero que antes de marchar era preciso que tornase á verle. El avisado jóven con la perspicacia de su claro entendimiento receló que se le tendia un lazo, y era lo cierto: Galerio maquinaba su ruina, y él que lo entendió, aquella misma noche, que pasada en Nicomedia podia haberle sido muy funesta, dejó la ciudad precipitadamente, y en su rápida fuga fué quitando á su enemigo los caballos de posta, con los cuales se le hubiera dado alcance. De propósito no se levantó de la cama el pérfido Emperador hasta las doce del dia: hizo llamar á Constantino, y ardió en ira al saber que ya no era posible alcanzarle.

Llegó el denodado jóven á los brazos de su padre cuando este iba á embarcarse para la Gran Bretaña. Contados tenia la divina Providencia los instantes de la vida de Constancio Cloro, que ya tocaba en su ocaso, y así acudió velozmente para que su imperial corona pasase á las sienes de Constantino. Murió aquel en York el 25 de Julio del año 306, y este ya instituido heredero del trono por su padre fué <sup>+</sup>saludado Emperador y Augusto por los ejércitos, que le recibieron como un precioso don del cielo. El primer acto de su gobierno fué afianzar y consolidar la paz y tranquilidad de los

cristianos en toda la extension de sus dominios. Envióse su efigie coronada de laurel al tirano Galerio, y el primer pensamiento de este apesadado y enfurecido déspota fué quemarla; pero le contuvieron los sagaces consejos de sus amigos, y asi aparentando buen ánimo y concordia, remitió la púrpura á Constantino: obra fué del temor cubierta con la máscara de la benevolencia. No le salian las cosas á medida de sus deseos, y para enderezarlas algun tanto nombró Augusto á Severo, y á Constantino reservó el lugar postrero de César. Causóle nueva desazon el levantamiento de Roma, donde su yerno Majencio se declaró Emperador. Para conjurar esta tormenta llamó á Severo, y predicándole firmeza en sostener sus derechos, le envió al frente de hueste numerosa: al llegar cerca de Roma los soldados de Severo prefirieron seguir las banderas contrarias, y abandonando á su caudillo, fuéronse á robustecer el poderío de su enemigo Majencio. Severo en tal conflicto seguido de muy pocos se dirigió á Ravena, donde despues de un breve sitio cayó en manos de sus adversarios, los cuales le sentenciaron á morir desangrándose, abiertas á este fin sus venas.

Temió Majencio la vengativa saña de Galerio, y pensó en oponerle otro guerrero de antiguo crédito, que á él le sirviera de antemural

y escudo. Tal fué su objeto al hacer que su padre Maximiano Hercúleo volviera á vestir la púrpura. Este viejo Emperador no vaciló en aceptarla, y contribuyó á la ruina de Severo. Mas no se creia seguro, participando de los temores de su hijo, pues tenia bien conocida la impetuosidad de Galerio, y por lo mismo se propuso inclinar á su partido el corazon de Constantino, casándole con su hija Fausta, y aliándose con él, á cuyo fin fué á buscarle á las Galias. Efectivamente lo consiguió. Ni era la primera vez que Constantino se habia casado, pues ya de Minervina tenia un hijo llamado Crispo.

Galerio, que era entonces la gran plaga del mundo, marchó contra Roma, que se hallaba en estado de resistirle vigorosamente, y viéndose en la imposibilidad de rendirla, hasta hubo de ponerse á los piés de los soldados para suplicarles que no le abandonáran, porque estos manifestaban impaciencia, desasosiego, síntomas de rebelion é indicios de preferir la causa del enemigo. Logró apaciguarlos á fuerza de magníficas promesas, y haciendo que la licencia para el pillaje fuera en aquellos hombres corrompidos un incentivo para seguirle en su retirada tan vergonzosa como precipitada. Fué esta la devastacion de Italia. Iban los soldados á la desbandada, violando las leyes del pudor y atropellando á maridos, á jóvenes solteras y

casadas matronas, á padres ancianos, á ricos propietarios y aun á los que comían del sudor de su frente, pues su codicia y su lujuria eran incendios desoladores. Ved ahí los recuerdos que de Galerio nos conserva la historia, fiel testigo de los pasados tiempos, como la apellidaba Ciceron.

Estas alteraciones del imperio, que ha sido preciso consignar porque están enlazadas con la varia fortuna de la Iglesia, dieron la paz á los fieles de Occidente, y en el África y en la Italia por lo menos disminuyeron los estragos de la persecucion de una manera muy notable, pues Severo, que mandaba en ellas, no queria disgustar á Constancio Cloro, amigo y favorecedor de los cristianos. Luego Majencio, que necesitaba ganarse voluntades, dispuso á fines del año 306 que ya no se persiguiera en África é Italia á los adoradores de Jesucristo. Tambien las guerras civiles, convirtiendo los enconados ánimos de los gentiles á la mútua matanza, ó distrayéndolos con las novedades de la política, amortiguaron los brios, que se empleaban en el sanguinario designio de exterminar el cristianismo. El influjo de Constantino en beneficio de la paz de la Iglesia creció con haber recibido de Maximiano Hercúleo el título de Augusto, que extendia y facilitaba su predominio sobre otros países mas distantes.

Pero Galerio y Maximino Daya imperaban en la otra mitad del mundo romano, y allí todo era horror, crueldad, derramamiento de sangre, muerte y exterminio para los hijos de Dios. Á esta época se refiere el martirio de Julita y de su tierno hijo el niño Quírico. Era esta Señora natural de Icónio, y huyendo de la persecucion, abandonó considerables bienes, que poseia en su patria, y con solo dos criadas y su infantillo emigró á Seleucia, y en seguida á Tarso. Vino á noticia del proconsul de la Cilicia que Julita era cristiana, y la hizo comparecer en su tribunal. Dirigióle muchas preguntas, y á todas ellas respondia Julita lo mismo: «Soy cristiana: soy cristiana» repetia, y en medio de los mas crueles suplicios «soy cristiana» era la única voz que de sus lábios salia. Cogió el proconsul al niño Quírico, y le sentó sobre sus rodillas acariciándole y esforzándose por darle un beso; mas el niño, lejos de consentirlo, no hacia mas que llorar é impedirle con sus manitas y gemir y suspirar, y fatigarse mostrando sus vivísimas ansias de ir al sitio en que padecia su madre. Oiala clamar «soy cristiana» y él tambien dijo gritando: «Soy cristiano.» Entonces el proconsul no pudo reprimir su violentísimo enfado, le asió por un piecenco, y le tiró á distancia. Cayó el ternuzuelo niño desnucado, espiró, y su preciosa alma subió á los cielos á brillar en-

tre los coros de los Ángeles. Fué su madre sentenciada por último á la pena de muerte, y la cuchilla del verdugo le quitó la cabeza.

Sabemos por testimonio de San Gregorio Niseno que Galerio y Maximino reanimaron el fuego de la persecucion en el Oriente por medio de un terrible edicto expedido el año 306. En su virtud fué preso el jóven soldado Teodoro, quien al proconsul y á su propio tribuno y á otro oficial entrometido confundió con la santa libertad y brio de sus respuestas. Diósele tiempo para deliberar, y él lo empleó en fortificar su fé con la oracion, en robustecer la de otros muchos con sus exhortaciones, disponiéndolos para el martirio, y en reducir á cenizas, pegándole fuego, el templo de Cibeles, madre de los dioses. Ni estuvo menos denodado en confesar esta hazaña ante el furioso proconsul. Empleáronse segun costumbre con el designio de abatir su constancia las lisonjas y los tormentos mas espantosos, y él se burló de aquellas, y de estos salió vencedor. Su último combate fué con las llamas, que al darle la muerte respetaron por ordenacion divina y dejaron íntegro su preciosísimo cuerpo. Muy célebre fué su culto en Amasea, lugar de su martirio, donde se le veneraba en magnífico templo, guardándose en él con religiosa suntuosidad aquel sagrado cuerpo victorioso del fuego. San Gregorio Niseno, que

pronunció una bella oracion en su alabanza, ha transmitido en ella á las generaciones venideras la memoria de asombrosos prodigios debidos á la intercesion de este invencible mártir.

El confesor Donato padeció bajo la tiranía de diversos prefectos hasta nueve veces cruelísimos tormentos, y nueve veces triunfó su fortísimo corazon sostenido por la divina gracia. Seis años gimió en los calabozos de Nicomedia, y se vió libre por el edicto favorable á los cristianos, que en 311 arrancó á Galerio el rigor de su atrocísima enfermedad.

En Cesarea de Palestina llegó á tanto el ardimiento del ilustre jóven Apiano, que por interior impulso del Espíritu Santo corrió á uno de los templos de ídolos, en el cual para dar ejemplo estaba el proconsul Urbano ofreciendo un sacrificio, y de improviso le detuvo el brazo, diciéndole con voz de magestuosa autoridad y energía fatídica que lo que hacia era impiedad, abominacion, locura. Vuelto el proconsul de su extraordinaria sorpresa, mandó á sus guardias que le prendieran, y estos descargaron con sus alabardas tantos golpes en el intrépido soldado de Jesucristo que faltó poco para que alli mismo espirára. Lleváronle á la prision, en la cual le tuvieron en un cepo, y al dia siguiente en vista de su inexpugnable constancia en profesar nuestra divina religion, fué cruelísimamente des-



pedazado por las uñas de hierro y otros instrumentos horribles: al fin de tan atroz batalla ordenó el proconsul que se le envolvieran los piés en un lienzo empapado en aceite y se les prendiera fuego; y en vano se esforzaria la imaginacion en concebir los acerbísimos dolores de este suplicio. Horripila la pintura, que de él nos hace el historiador Eusebio, quien tuvo la dicha de haber vivido en una misma casa con el invicto mártir; y cuyo es el relato que sigue bosquejando los prodigios acaecidos cuando San Apiano fué finalmente arrojado á lo profundo del mar. «Levantóse de súbito un pavoroso estruendo, que salia del fondo de los mares: chocaron entre sí las olas con horrisono estampido, y bramaban al mismo tiempo el aire, el mar y la tierra dejándose oír en sus entrañas un sordo y prolongado mugido. Se estremeció la ciudad de Cesarea, y cruzaron el espacio relámpagos y rayos. En medio de esta universal conmocion de la naturaleza trajeron las olas respetuosamente y como con plácido halago el cuerpo de Apiano, y lo dejaron en la ribera.» Cuando tales cosas escribia Eusebio pocos años despues de los sucesos, que referia, vivian en aquella misma Cesarea, de que llegó á ser Obispo, millares de personas que los habian presenciado, y á las cuales pone por testigos de la verdad de su narracion. El memorabilísimo mártir San Apiano ha-

bia nacido en Pagas, ciudad de la Licia, y abandonado la casa de sus ricos padres, porque adoraban á los ídolos, para vivir en Cesarea entregado al sublime estudio de la filosofía y perfeccion cristiana y á los ejercicios de la mas dura penitencia.

## CAPÍTULO X.

### SUMARIO.

Afrentosa expulsion de Maximiano Hercúleo. Varios martirios insignes. Castiga Dios á Urbano gobernador de la Palestina. Siguen los martirios mas notables. Vuelve á encruelecerse la persecucion. Espectáculo horroroso. Acontecimientos políticos. Felonía, nuevo encumbramiento, derrota y muerte de Maximiano Hercúleo. Continuacion de los martirios en Palestina. El monge San Apolonio y sus compañeros.

Fueron estos tiempos de extraordinarias vicisitudes no solo para la religion sino tambien para el imperio. Maximiano Hercúleo, que debia á su hijo su novel encumbramiento, no llevaba en paciencia que este fuese tenido en mas estima y mas honrado por el pueblo de Roma, aunque ambos compartian la dignidad de Augusto, y mancomunadamente gobernaban. Asi resuelto á deshacerse de Majencio, reunió el pue-

blo y el ejército bajo el pretexto de la necesidad de hablarles del estado y urgencias de la cosa pública, y despues de un largo razonamiento, señalando á Majencio como autor de todas las calamidades, le arrancó violentamente la púrpura; pero el ultrajado jóven Emperador halló en los ciudadanos y en los soldados otros tantos prontísimos vengadores de su afrenta, pues poniéndose de su parte, y movidos á indignacion por el ingrato comportamiento del Hercúleo, arrojaron de Roma á este anciano perverso. Lleno de confusion corrió á las Galias á implorar el auxilio de su yerno Constantino para guerrear con su propio hijo: y Constantino tuvo por conveniente negárselo. El desairado Hercúleo pasó luego á la Panonia en busca de Galerio con ánimo de atraerlo á su partido ó de usurparle el imperio, quitándole la vida, si para ello se le presentase una ocasion favorable: hallóle en Carnunto ocupado en vestir de la púrpura á Licinio para que llenase el vacío, que al morir le habia dejado Severo. Con este nuevo Emperador llegaron á seis los señores del mundo romano, y en breve fueron siete, porque en el África se levantó Alejandro arrogándose igualmente el supremo dominio.

En tanto el gobernador de la Palestina Urbano seguia cebando su furia en los inocentes cristianos. Á la purísima doncella Teodosia des-

pues de atormentarla con inhumana crueldad, la hizo arrojar al mar en la florida edad de diez y ocho años; á Donino, que era impertérito campeón de la fé y muy ilustre por sus repetidos combates, condenó á la hoguera; á Ausencio, respetabilísimo por sus canas y virtudes, le sentenció á ser pasto de las fieras; y afectando usar de una mentida indulgencia con otros innumerables cristianos, porque no les abria pronto las puertas de los cielos, sujetábalos á mas prolongado martirio, mutilándolos horrorosamente, ó enviándolos á bandadas á trabajar en las minas ó en las canteras de mármol. Era un dolor ver la muchedumbre de estos confesores padeciendo hambres, sed y todo linage de miserias dentro de las entrañas de la tierra, señalados por la falta de un ojo, que se les habia arrancado y quemado, y por la cojera, que les producía el haberles tambien quemado uno de los principales nervios del izquierdo pié. Empero la divina venganza no tardó en caer sobre Urbano, que fué el inventor de este suplicio, el cual se generalizó sobremanera: aquel gobernador impío, que habia sido uno de los mas predilectos favoritos de Maximino Daya, incurrió en su desgracia, y de la cumbre del poder vino rodando á un abismo de abyeccion y de infortunio: hecho el ludibrio del pueblo, que habia gobernado tiránicamente, era el blanco de sus insul-

tos, y en vano gimiendo y suspirando derramaba copiosas lágrimas prosternado á los piés de Maximino. Este príncipe acabó por mandar que le quitáran la vida.

Tambien ocurrió en estos años de persecucion el martirio de Santa Eufemia en Calcedonia, y el Señor se dignó honrar su memoria y su sepulcro con muchedumbre de milagros, que por siglos enteros hicieron célebre su culto en el Oriente.

Fueron igualmente sentenciadas al fuego en Cesarea, despues de haber sufrido terribilísimos tormentos, dos mujeres cristianas, que por la grandeza de su valor bien merecian alabanzas mayores que las tributadas á los mas famosos héroes, que inmortaliza la profana historia. Eran sus nombres Tea y Valentina. Pablo, á quien el juez mandó cortar la cabeza, enterneció á los numerosos concurrentes con una fervorosa súplica, que en alta voz hizo á Dios, pidiéndole por los judios, por los samaritanos, por todos los gentiles, por los Emperadores enemigos del nombre cristiano, por el juez, que acababa de condenarle á muerte, y por el mismo verdugo que se la iba á dar. Concluida su oracion, y fulminado el golpe, que puso término á su existencia, voló su alma á recibir el galardón debido á su caridad.

Sin embargo de que el perseguir á los cris-



tianos ya era en los países dominados por Galerio y Maximino Daya no solo ley obligatoria sino costumbre, que se iba convirtiendo en una especie de segunda naturaleza en la mayor parte de los gobernadores y magistrados, como todo lo que es muy violento al fin pierde su fuerza, y se relaja, hácia el año 308 fué apagando el fuego de la persecucion, pero lo reanimó un nuevo edicto de Maximino, que desaprobaron muchos de los mismos gentiles, porque la tierra ya estaba harta de empaparse en sangre de víctimas inocentes y santas. Renováronse los furores de la supersticion pagana, y los fieles dispusieron para el combate sus corazones llenos de las divinas llamas del Espíritu Santo. En Cesarea Antonino, Zebina y Germano reprendieron al gobernador por su locura de sacrificar á los mudos ídolos en el acto mismo de estarlo haciendo en uno de sus templos, y no tardaron en recibir la corona de mártires. La vírgen Ennata fué azotada por las calles y plazas de Cesarea, y por último la quemaron viva.

Horror causaba el espectáculo ofrecido por el gobernador Firmiliano á los ojos indignados del pueblo: veíanse fuera de las puertas de la ciudad los cadáveres de los cristianos martirizados, insepultos por orden de aquel tirano, y brazos y piernas y cabezas, que los verdugos

habian cortado, é infectaban el aire, y ponian grima y espanto en los transeuntes, y clamaban venganza al cielo, y concitaban la ira del Todopoderoso. Sentíala el imperio ahogado entre las garras de los coronados mónstruos Maximino y Galerio, y estos bebían la hiel de sinsabores continuos. El que era César se atormentaba con el devorante deseo de ser Augusto, y la envidia le roía las entrañas, porque habían levantado á mayor altura á Licinio; y pudieron tanto sobre su corazon las pasiones, que lo agitaban, que al fin se declaró Augusto, causando á Galerio gravísimo sentimiento. Un puñal era para el alma de este contrariado tirano el recuerdo de la ingratitude de Maximino, á quien sacó de la cabaña para elevarle al trono. Los acontecimientos le arrancaban dolorosas concesiones: vino en que se llamarán Augustos y Emperadores sus aborrecidos rivales Constantino y Majencio. Ya no habia César alguno: ya el imperio estaba hecho trizas.

El viejo Maximiano Hercúleo, que en ninguna parte tenia cabida, dejada la púrpura, y mintiendo amistad alevosa, persuadió á Constantino á que con el menor número de sus huestes emprendiera la campaña contra los bárbaros fronterizos, y quedándose él con el grueso del ejército, por tercera vez vistió la púrpura; mas noticioso de su felonía el magnánimo Cons-

tantino cayó sobre él como un rayo, y le des- hizo. Volvieron á la obediencia de su legítimo Emperador las tropas seducidas, excepto un pu- ñado de rebeldes, que huyendo con el Hércúleo encerráronse en Marsella, en la cual penetró Constantino, y despojando de la usurpada dig- nidad á su ingrato suegro, le perdonó la vida. Asi iba la divina Providencia embriagando de acíbar á los que se propusieron extirpar la bien- hechora religion bajada de los cielos.

Transcurrido algun tiempo, el protervo cora- zón del Hércúleo lejos de agradecer la generosa longanimidad, con que le habia perdonado Con- stantino, engendró un nuevo crimen nefando, con que puso el sello al abominable cúmulo de sus maldades: dar muerte á su bienhechor fué su último parto de iniquidad. El antiguo per- seguidor del cristianismo reveló á su hija Faus- ta su intento de asesinar alevosamente al Empe- rador en su propio lecho mientras dormia, y puso en juego los resortes de promesas y hala- gos para hacerla cómplice de tan execrable de- lito; mas ella lo descubrió á su esposo, el cual, aparentando ignorarlo, dispuso las cosas de ma- nera que su ingrato suegro hallase abierto el paso para su dormitorio. Entró en él á media noche el pérfido viejo acostumbrado á derramar sangre inocente: mató á un hombre dormido, y salió con el infernal alborozo de ver cumplidos



sus designios para arrebatár de nuevo el dominio de una parte del mundo. Ya publicaba que habia asesinado á Constantino, cuando este seguido de sus guardias se le presentó de improviso. Mandó el Emperador que sacáran el cadáver del mísero eunuco, á quien habia hecho acostarse en su cama, y en el cual habia ensangrentado sus parricidas manos el descubierto asesino. El espanto, la confusion, el rubor, el gravísimo peso de su delito cayeron cual opresoras montañas sobre el canoso criminal, y le dejaron atónito. Constantino le dió á escoger la muerte, que mejor le pareciese, y él se ahorcó colgándose de una viga, género de suplicio tenido entre los romanos por el mas vil é infamatorio. La justicia de Dios muchas veces permite que triunfe por dilatados años el impío, pero al fin, disipa sus efimeras glorias, le derriba del sólio, y sus formidables castigos tienen vida inmortal en los monumentos de la historia para terror y enseñanza de las venideras generaciones.

En Palestina la persecucion continuaba enviando al cielo una multitud de mártires. Ares fué quemado vivo, Promo y Elías decapitados. Pedro Abselamo murió en las llamas, y el invencible é ilustrado jóven Pedro Bálsamo en la cruz: eran ambos de un mismo país, asi como les era comun el mismo nombre, pero aquel padeció en Cesarea por sentencia de Firmiliano,

y este en Aulona por mandato del juez Severo.

En un mismo día, mas con diversos suplicios, hizo el cruel Firmiliano que trocasen la vida temporal por la eterna Pánfilo, que por sus luces, su magisterio y su noble anhelo de dar glorioso empuje á las ciencias sagradas y á la literatura era antorcha brillante de la Iglesia de Cesarea, el jovencito Porfirio, que vestia el manto de filósofo y con el cual caminó alegre á la hoguera, el diácono Valente versadísimo en las Divinas Escrituras y respetable por su ancianidad y virtudes, Seleuco, cuya bellísima presencia y fuerza extraordinaria le hacia admirar menos que su bienhechora caridad, el buen Teódulo, sobre quien pesaban muchísimos años, el intrépido Julian, que abrazó difuntos á los mártires, que acaban de mencionarse, bañándolos en las lágrimas de su devocion, y cinco varones egipcios, que se mudaron los nombres en los de Elías, Jeremías, Isaías, Samuel y Daniel. Fueron estos cinco atormentados contra la comun costumbre y ordinaria forma de los juicios antes del interrogatorio, el cual siguió á la hórrida dilaceracion de sus carnes, y el primero, que dijo llamarse Elías, confundió al tirano, y le envolvió en una nube de cavilosa y zozobranante inquietud hablándole de la mística Jerusalem, que está en los cielos: declarábale que era su patria y la metrópoli de todos los cristianos, y

el gobernador, que hasta ignoraba el nombre de Jerusalem, pues el de Elia que le reemplazó lo habia hecho olvidar, temia que los adoradores de Jesus hubiesen realmente construido con el nombre de Jerusalem alguna nueva ciudad poderosa, que andando el tiempo fuera rival de Roma. Tanto distaban siempre de las sublimes ideas de los mártires las muy vulgares y muy rastreras de los magistrados paganos, que nunca se levantaban de la superficie de la tierra.

Poco despues consiguieron en la misma ciudad de Cesarea igual corona los esclarecidos Santos Adriano y Eúbulo. En otro extremo del imperio la alcanzaba el anciano Obispo San Quirino, el cual preso por la fé hizo gala de sus pesadas cadenas en una considerable porcion de pueblos, que atravesó en la Panonia: fué por último arrojado al rio Saba, y sus corrientes esperaron para sumergirle que acabára el discurso, que dirigia á los espectadores de su muerte, exhortándolos á mantenerse firmes en la divina religion que profesaban. Las actas de su martirio, que se hallan en la coleccion de Ruinart, son bellas y edificantes.

Por estos dias murió en el destierro el Papa San Marcelo, sucesor que fué de San Marcelino.

El año décimo de este siglo tuvieron algun respiro en sus padecimientos los santos confeso-

res condenados á trabajar en las minas de la Palestina, y aprovechando la ocasion propicia, ya pensaban en alzar templos al verdadero Dios; pero informado el rabioso Firmiliano de que gozaban de alguna libertad, escribió contra ellos al emperador Maximino, y sus calumnias produjeron el cambio de la bonanza en una deshecha tempestad. Mas el causante de ella murió decapitado por mandato del amo, á quien servia, que fué como darnos la adorabilísima Providencia una prueba mas de que los enemigos de la religion protegida por el Altísimo no pueden dormir seguros de su impunidad. Entretanto que esto sucedia, los confesores de las minas habian sido diseminados, formando diversos grupos para volver al diuturno martirio que padecian, empeorada su tristísima situacion. Cuatro de los mas distinguidos, cuyos nombres eran Peleo y Nilo, Obispos en el Egipto, Elías y Paternucio, se adelantaron á entrar en la eterna bienaventuranza, logrando la inmarcesible lauréola de mártires. Y no tardaron en seguirlos treinta y nueve discípulos de Jesus crucificado, entre los cuales sobresalia Silvano, porque desde el principio de la persecucion habia sido el blanco de ella, y llevaba nueve años de acerbísimos padecimientos y de continuos triunfos. Arrastraba cadenas, y empleaba sus sagradas manos en el penoso laboreo de las minas cuando

fué hecho Obispo de Gaza; y asi tan solo ejerció su augusto ministerio entre los compañeros de su infortunio, que encadenados como él hacian vida de ángeles en medio del océano de sus tribulaciones.

Hallábase igualmente en la pequeña grey de aquellas almas escojidas, á las cuales ni el cautiverio ni el trabajo de manos impedian pasar en oracion y ayunos el dia y varias horas de la noche, un ciego de admirable memoria y de altísimas virtudes: aunque faltaba al prodigioso Juan, que tal era su nombre, la luz de ambos ojos, le arrancaron uno de ellos los perseguidores, y la cavidad se la cauterizaron con fuego, quemándole asi mismo el nervio del pié izquierdo, cual lo hacian entonces con innumerables otros confesores. Bien podia asegurarse que la maravillosa memoria de este ciego era para los que tenian la dicha de vivir con él el libro abierto de las Divinas Escrituras, pues recitaba el contenido de las sagradas páginas con una facilidad encantadora como si las estuviese leyendo. Pero aun mas que su memoria le hizo ilustre la palma del martirio.

En las actas del que padeció San Apolonio hallamos ya establecida en la Tebaida á principios de este siglo la vida monacal, pues de él se dice que era monge. La caridad y la dulzura habian puesto su trono delicioso en su ama-

bilísimo corazón. Preso por la fé y encerrado en la cárcel de Antino sufría con inalterable paciencia todo género de insultos: así respondió á uno de sus mas acres ofensores: «Dios, hijo mio, tenga piedad de tí, y no te impute á culpa las injurias, que me dices.» Oir Filemon estas palabras y sentirse mudado en lo interior del alma y convertido al cristianismo fué todo uno; la divina gracia le habia penetrado el corazón por medio de la apacible mansedumbre del santo monge, á quien tanto agraviaba, y no estuvo un solo instante ociosa, pues le movió á ir á publicar su nueva fé en el mismo tribunal del juez encargado de perseguirla. Como Filemon por la maestría, con que tocaba la flauta, y por sus graciosas jovialidades era muy conocido y estimado en toda la ciudad, al principio creyó el juez Ariano que la confesion del famoso flautista seria una broma; mas luego se persuadió de su engaño, y vista la vanidad de sus esfuerzos para volverle al culto de sus mentidos dioses, le hizo martirizar cruelísimamente: averiguó que Apolonio habia sido el móvil de su repentina conversion, y así quiso que la pagára, padeciendo dolores indecibles: los dos siervos de Dios triunfaron de los suplicios con su maravillosa constancia, y él los sentenció á ser quemados vivos. La hoguera se apagó por un prodigio, y se convirtieron instantánea-

mente los gentiles espectadores y el mismo juez Ariano. Noticioso el Prefecto del Egipto de lo sucedido en Antinoo, envió fieros soldados á prender y conducir á Alejandría á los dos mártires y á todos los recién convertidos, incluso el juez Ariano; pero en el camino la dulcísima eficacia de las palabras de Apolonio cambió los corazones de aquellos militares, que los llevaban presos, y los redujo á ser ovejas del redil de Jesucristo. Llegados á Alejandría, todos ellos se mostraron muy firmes en la confesion de la fé, y alcanzaron la corona de mártires, siendo arrojados á lo profundo del mar, cuyas olas devolvieron á la tierra sus santos cuerpos para que recibiesen honrosa sepultura. Asi fué; á todos los enterraron los fieles en un mismo sitio, y en él plugo á la divina Omnipotencia obrar innumerables prodigios.

## CAPÍTULO XI.

### SUMARIO.

Martirio de los ilustres personajes Fileas y Filoromo. Horrible enfermedad de Galerio: su edicto en favor de los cristianos: su muerte. Cesa la persecucion en los dominios de Maximino. Por muerte del Emperador Alejandro se hace extensiva al África la paz de que ya gozan los cristianos. Turbulencias en Roma. Origen y primeros pasos del cisma de los Donatistas. Renueva Maximino la persecucion. San Pedro Obispo de Alejandría: otros insignes mártires de esta ciudad; va desde el desierto á animarlos San Antonio, padre de la vida eremítica. Martirio de San Luciano.

Solo cuando por la misericordia de Dios y los merecimientos de nuestro Salvador hayamos subido á la patria celestial sabremos cuánta fué la multitud de los cristianos, que desde el Egipto envió á aquella inmortal bienaventuranza la tiranía de los perseguidores. En una epístola del celeberrimo Obispo San Fileas, que nos ha conservado Eusebio, vemos la diversidad de los atroces martirios, en los cuales acababan su preciosa vida los cristianos egipcios. Mas entre estos descuellan sobremanera los dos insignes



personages Fileas y Filoromo, ambos de esclarecida alcurnia, opulentísimos, y tanto que el primero podia mantener con sus bienes una provincia entera, elevados á la cumbre de las dignidades, sabios y tenidos por hombres de superior inteligencia y magnánimo corazon. Asi lo prueba con respecto al Obispo Fileas su interrogatorio y la enérgica sabiduría de sus respuestas al tirano, y la inflexible firmeza de su alma cuando sus parientes y una porcion de abogados se arrojaban á sus piés, y se los bañaban en lágrimas, rogándole que tuviese piedad de su desolada familia y de sí mismo, todo lo cual se admira en las actas de su martirio, que inserta el Cardenal Orsi en el tomo cuarto de su Historia Eclesiástica. Las venerandas cabezas de San Fileas y de San Filoromo cayeron al mismo tiempo al golpe de la espada de sus verdugos.

Empero ya llegaba el dia, que la divina bondad tenia designado para poner un término á los padecimientos de los fieles, y para que su Iglesia respirára en paz despues de tan larga y devastadora tempestad. Fué la señal de la misericordia el castigo de Galerio. Una úlcera horrible le postró en el lecho, hallándose en Sárdica: por dos veces le salió por ella tanta sangre que ya se creia que su vida tocaba á su fin: sobrevino la gangrena y consumió las

principales entrañas del enfermo: hiciéronse estas un interminable hervidero de gusanos. La parte superior de su cuerpo quedó reducida á esqueleto, y la inferior se hinchó de manera que los muslos, piernas y piés parecian odres. La fetidez, que exhalaba este mónstruo herido por la mano de Dios omnipotente y vengador de la virtud perseguida, infectaba el palacio y se extendia por toda la ciudad. El abatido Emperador hizo venir de distancia los mas famosos médicos, y á varios les pagó el viaje con la muerte, porque no atinaban á curarle, ó no podian sufrir su pestífero mal olor. Finalmente uno de ellos, de cuyo language se infiere que era cristiano, se atrevió á decirle que aquella enfermedad se burlaria siempre de los recursos del arte, porque venia de arriba en castigo de haber él hecho la guerra á los siervos de Dios. Galerio lo reconoció asi; mas su arrepentimiento no fué sincero sino una confesion arrancada por la violencia del mal, que ya hacia un año que le affigia, y buscando un remedio á su desesperada dolencia, publicó un edicto, en que despues de la pretension de justificar sus crueísimos procedimientos contra los cristianos, á los cuales todavía acusa de obstinados, viene por último en mandar que cese la persecucion y en permitir el libre ejercicio del cristiano culto.

No tuvo este mónstruo las luces, ni la virtud, ni la generosidad y humilde fortaleza del arrepentimiento; por eso murió impenitente.

Enviado aquel edicto á Maximino para que lo publicára en sus dominios segun costumbre, este cruelisimo tirano por de pronto hubo de conformarse, mas no quiso publicarlo, y tomó el arbitrio de comunicar órdenes verbales para su cumplimiento. Sabino, prefecto del pretorio, fué el encargado de transmitir las á los gobernadores y demás empleados de las provincias, y lo hizo en una carta, que respiraba el mas necio paganismo y la mas vil adulacion á los Emperadores, fundando la resolucion de no perseguir en adelante á los cristianos en que una dilatada experiencia habia enseñado que su obstinacion era invencible y se hacia superior á toda clase de suplicios.

Obtenida su libertad, fué entonces el ver á los cristianos dirigir al Señor los mas fervorosos hacimientos de gracias y llenar con los alegres ecos de sus cánticos y salmos los aires y los caminos, por donde volvian á sus casas desde los abiertos calabozos, ó desde los subterráneos de las minas, que para provecho de sus enemigos estuvieron trabajando por muchos años en duro cautiverio. Regocijábanse aun los paganos viendo cesar tantos horrores y tan fieras atrocidades, y confesaban no pocos de ellos que el



único Dios grande y verdadero era el de los cristianos, que así los libraba repentinamente de la opresora tiranía. Los miserables apóstatas movidos á compuncion corrian á los piés de los confesores de Jesucristo, y les suplicaban que hiciesen valer sus méritos en favor de ellos ante sus jueces de la tierra, que eran los Obispos, á los cuales pedian ser reconciliados con la Iglesia, y en la presencia del divino Juez de vivos y de muertos para que olvidase su impía defeccion, acordándose solo de su misericordia infinita.

En África, como ya era viejo y además tímido y pusilánime el nuevo emperador Alejandro, á quien sus propios soldados habian hecho vestir la púrpura, no pudo con las huestes de Majencio, que derrotándole y apoderándose de su persona, le quitaron el imperio y la vida. Elevarse para caer en el sepulcro es una especie de fenómeno muy comun, que vemos repetidas veces en las historias. Dueño del África Majencio, se extendió á ella la paz, que por sus fines particulares concedia á los discípulos de la cruz á fin de ganarse voluntades y adquirir fama de príncipe piadoso y clemente, aunque era de sanguinario carácter.

Hácia esta época coloca el sabio Cardenal Orsi graves desórdenes y turbaciones, que dice haber ocurrido en la Iglesia Romana, en las

cuales padeció sobremanera el Sumo Pontífice San Marcelo, porque se oponia á que se debilitase el vigor de la disciplina establecida por su inclito predecesor San Cornelio acerca de la reconciliacion de los caidos, y los apóstatas forcejaban en vano porque se les admitiese entre los fieles antes de haber hecho la debida penitencia. En el siguiente pontificado llegaron las turbulencias hasta derramarse tumultuariamente la sangre de los cristianos por la alevosa mano de los que no lo eran sino de nombre, ó pretendian volver á la Iglesia por vías contrarias á sus máximas, á sus constituciones y á su divina enseñanza. El Pontífice San Eusebio, el cual á San Marcelo habia sucedido, fué el blanco de sus iras, porque en él tenia la Iglesia un baluarte firmísimo; mas á los cuatro meses de pontificado dejó la tierra para volar al cielo.

En el año 311 tuvo origen el famoso cisma de los Donatistas, que desoló la Iglesia de África hasta la irrupcion de los Vándalos en el siglo V. En la provincia de Numidia, como se ve por el conciliábulo de Cirta habido poco despues de la tormenta de la persecucion y compuesto de doce Obispos traidores, que habian entregado á los paganos las Santas Escrituras, muchos de los pastores encargados de velar por la conservacion del rebaño de Jesucristo, habian descuidado hasta la salvacion de sus pro-

pías almas, y cuando por muerte de Mensurio, Obispo de Cartago, fué elevado á la silla episcopal de esta ciudad el virtuoso diácono Ceciliano, diéronse por ofendidos sin mas causa que la de no haber sido llamados á consagrarle, cosa que no debian esperar, estando vigente la práctica de que la consagracion de los Obispos de las sedes primarias no se hiciese por los Metropolitanos de otras provincias sino por alguno de los Pastores de la misma. Para colorar la guerra, que declararon á Ceciliano, dijeron sus enemigos que era nula su consagracion, porque la habia hecho Felix, Obispo de Autunga, del cual propalaban que pertenecia al número de los traidores. Semejante acusacion parece que en cuanto al derecho se fundaba en el mismo falso principio que la reiteracion del bautismo administrado por los hereges; y con respecto al hecho debia estar muy clara la inocencia del Obispo Felix cuando de aquella se burlaba Ceciliano. Lo indudable es que contra este conspiraron algunos viejos, que habiendo recibido del Obispo Mensurio vasos sagrados de oro y plata y otras alhajas propias de la Iglesia para guardar fielmente durante la ausencia de aquel Prelado, se hicieron inícuos dueños del sacrosanto depósito, y descubierto su crimen, maquinaban la ruina del nuevo Obispo, porque temian su justicia. Se les agregaron dos intri-

gantes, que habian aspirado á la mitra de Cartago, y setenta Obispos de Numidia, los cuales concurrieron á esta capital á obrar de consuno en un conciliábulo. Tuviéronlo en una casa particular, y en él poniendo en sus manos crecida suma de dinero, logró Lucila que hicieran Obispo de Cartago á su criado Mayorino.

Maestra de artificios é intrigas, poderosa por sus grandes riquezas, y dotada de excelentes cualidades para capitanear facciones turbulentas, debia Lucila ponerse á la cabeza de las desgraciadas mujeres influyentes, que vemos figurar en las historias eclesiásticas como uno de los principales instrumentos del genio del mal al principio de muchos de los lamentables cismas y heregías, que han affigido á la immaculada Esposa del Cordero divino. Aquella satánica señora tenia el ánimo enconado porque Ceciliano, siendo todavía diácono, no quiso tolerar en ella la supersticiosa demasía de dar culto á los huesos de un difunto, á quien la Iglesia no reconocia por verdadero mártir de Jesucristo. Observemos aquí como de paso que la veneracion, que se tributaba á los Santos, era ya en aquellos remotísimos tiempos objeto de la vigilancia de los ministros del Señor á fin de que no se introdujeran abusos, y que tocaba á la Iglesia la canonizacion mas ó menos explícita de los siervos de Dios, en cuya intercesion y

valimiento confiaban los fieles, distinguiéndose desde entonces el culto público del privado, para el cual se necesitan menos requisitos, porque excluye toda acción exterior ejecutada delante de otras personas.

Este funestísimo cisma africano se llama de los Donatistas por haber sido Donato, Obispo de Casas-negras, uno de sus principales fautores y apellidarse también Donato el que sucedió á Mayorino en el cismático obispado de Cartago. El verdadero Pastor de esta ciudad Ceciliano fué condenado sin forma de juicio en el conciliábulo, que hizo Obispo de la capital del África al sirviente de la vengativa Lucila, y no quiso comparecer en él, juzgando que no debía hacerlo por el decoro de su dignidad, y porque los supuestos jueces de su mentido crimen eran una porción de facciosos, que llevaban en sus frentes la señal de la bestia del Apocalipsis, y se hallaban reunidos en una casa particular.

Por último se apoderaron de otra iglesia, y levantando altar contra altar, oponían las fuentes de su veneno y de su intrusa gerarquía á las virtudes, doctrina y autoridad de Ceciliano, que se mantuvo siempre en comunión con la Iglesia de Roma y con todas las demás Iglesias católicas.

Siguiéronse á la muerte de Galerio amenazas y preparativos de guerra entre Licinio y



Maximino Daya; pero al fin se compusieron ambos Emperadores, y Maximino al cabo de solo seis meses de paz volvió su saña contra los cristianos, y para que no se le tachara de ligero ó inconsecuente, procuró que las ciudades sujetas á su imperio le dirigieran exposiciones, pidiéndole la renovacion de las hostilidades contra el aborrecido cristianismo. Ya se deja entender cuán satisfactoriamente recibiria el tirano semejantes súplicas hechas en virtud de sus ocultos mandatos, y que se apresuraria á darles favorables contestaciones, autorizando á los gobernadores y magistrados de las ciudades para todo género de procedimientos contra los cristianos. Antioquia se adelantó á las otras en pedir y renovar la persecucion.

Entre los medios empleados para combatir la religion divina no se olvidó la calumnia servida por los poderes públicos: fraguáronse actas del proceso de nuestro Señor Jesucristo con el fin de infamarle, y corrieron por todos los dominios de Maximino, obligándose á los niños de las escuelas á aprenderlas de memoria, de modo que los nombres de Pilatos y Jesucristo andaban por las calles y plazas en boca de los mal criados muchachos, que se intentaba prevenir en contra de la adorable persona de nuestro Salvador. En Damasco se violentó á unas mujeres perdidas para que fingiendo haber sido cristia-

nas depusieran en juicio contra los fieles, revelando las iniquidades de sus asambleas; y esta relacion se envió al Emperador, quien la hizo circular por todos sus Estados. Tales son las armas de los enemigos de nuestra fé.

Alejandro se bañó en la sangre de su santísimo Obispo Pedro. Hacia largos años que padecia persecuciones, y era el baluarte de la fé divina. Por ella fué al fin encarcelado: supolo el pueblo fiel, y corrió á las puertas de la prision como para impedir que se consumára su martirio, pues le traia fuera de sí el grande amor que le tenia: formaban la aglomerada multitud principalmente las vírgenes y los monges; empero las armas, de que podian disponer para su empresa, no eran mas que sus lágrimas y sollozos. Entretanto Arrio, que siendo aun seglar, tuvo necesidad de intercesores para que el santo Obispo le absolviera de su complicidad en el cisma de Melecio, y le ordenára de diácono, viéndose de nuevo implicado en la excomunion, y diciéndole su conciencia cuán difícil habia de serle volver al gremio de la Iglesia despues de la muerte de aquel bondadoso Pastor, consiguió con repetidas súplicas que varios de los principales sacerdotes se interesáran con el Prelado mártir á fin de alcanzarle su reconciliacion. Arrojàndose á los piés de Pedro, y bañándolos en sus lágrimas, le pidieron aquellos que se dig-

nára perdonar á Arrio y admitirle de nuevo en el seno de la Iglesia; mas el Obispo mostrándose inflexible, y levantando al cielo los ojos y las manos, exclamó como inspirado: «Arrio ni en esta ni en la otra vida tendrá parte en la gloria de nuestro Señor Jesucristo!» Y luego llevándose consigo á un sitio mas retirado á los ancianos y venerables sacerdotes Aquilas y Alejandro, les dijo: «Anoche mismo, estando yo de rodillas en oracion, se me apareció el divino Infante como en la edad de doce años, y con el rostro tan resplandeciente que se iluminó la prision; pero traia la túnica de lana rasgada de arriba abajo por delante, y hacia esfuerzos para cubrirse el pecho con los dos pedazos de ella.» Yo me atreví á preguntarle qué significaba el desgarramiento de sus vestiduras; me contestó que de tal suerte despedazaria Arrio el manto de su Esposa la Iglesia, y que así me guardase de recibirle en ella. Me añadió que presto alcanzaria yo la corona de mártir.» Aterrados, confusos y llorando porque ya no tornarian á verle y por lo terrible de la fatídica vision, que acababa de referirles el santo Obispo, se retiraron los sacerdotes.

Los jefes del ejército encargados por Maximino de dar la muerte á Pedro, veian que no les era posible penetrar en su prision, porque guardaba sus puertas una apiñada muchedum-

bre de fieles, y resolvieron marchar contra ella y acuchillarla si hacia resistencia. Llegó á noticia del Obispo tan violenta determinacion, y mandó decirles que aquella misma noche sin mas derramamiento de sangre podian apoderarse de su persona y cumplir las órdenes del Emperador, derribando una pared de su calabozo, que daba á la calle por un sitio excusado, donde no habian de ser vistos. Accedieron los militares á la referida propuesta, y abierta la brecha, sacaron entre las sombras de la noche y poco antes de rayar el alba al venerabilísimo Obispo, y le llevaron á la misma plaza y al mismo sitio, en que San Marcos habia sufrido el martirio: arrodillóse Pedro, y estuvo orando, y luego entregó el cuello para que se lo cortáran á los soldados, que le rodeaban. Mas no se atrevian á acercársele los oficiales, y se miraban unos á otros como atónitos: él los animó, y al fin cayó su cabeza separada de su sagrado cuerpo. La muchedumbre de los fieles, que estaba burlada á las puertas de la prision, luego que supo el martirio de su santo Obispo, corrió al lugar del suplicio y llevó en triunfo el bendito cuerpo al templo de la Santísima Virgen, que él mismo habia edificado, y le honró encendiendo muchos cirios en su derredor, colocándole en el trono pontifical, y formando nubes de aromático incienso. Obró el Señor en

aquel glorioso sepulcro innumerables milagros, y aun seguian obrándose cuando se escribieron las actas, que Rohrbacher tenia á la vista al formar la relacion de este acontecimiento memorable.

Sofronio, patriarca de Jerusalem, agradecido á los portentosos favores, que debió á los santos mártires Ciro y Juan, publicó su historia, la cual ha estado por largo tiempo olvidada hasta que en nuestros dias la ha hallado y dado á luz en su *Spicilegium romanum* el erudito Cardenal Mai. Ciro era médico de profesion, y curaba los cuerpos y las almas con la eficacia de sus oraciones, y siendo grande su fama en Alejandria, de donde era natural, el prefecto Siriano mandó que le prendieran; pero él hizo vana semejante orden yéndose á tiempo á la frontera de Arabia, y vistiendo el hábito de monge, siguió dando la salud á los cuerpos y á las almas por medio de sus oraciones, puesta en olvido su profesion antigua. Atraído por el buen olor de sus virtudes y por la celebridad de sus milagros, buscó su compañía el ilustre patricio Juan, que habia antes pertenecido á la milicia. Ambos vivian santamente en la soledad, pero al oir que tres jovencitas vírgenes de Alejandria habian sido presas por la fé, temieron que por su tierna edad se intimidáran á vista de los tormentos, y resolvieron ir á llevarles el

auxilio de sus celestiales consejos y animosas exhortaciones. Pusiéronse en camino, llegaron á Alejandría y en seguida penetraron en la prison, en que se hallaba Anastasia con sus tres hijas Teotista, Teodota y Eudosia, de las cuales la primera contaba solo quince años, trece la segunda, y once la última; y sus palabras de fuego las confirmaron en la resolucion de morir por Jesucristo. Siriano tuvo noticia de que Juan y Ciro habian venido á alentarlas: hízolos prender, y se propuso que rindiéndolos primero, seguirian las cuatro Santas el ejemplo de su apostasia. Mas se engañó. Juan y Ciro vencieron todo género de suplicios; é imitándolos en la constancia Anastasia, Teotista, Teodota y la niña Eudosia, ordenó Siriano que la cuchilla del verdugo pasase por sus hermosos cuellos. Volvió el Prefecto, y siempre inútilmente, á batir la fortaleza de los magnánimos corazones de Juan y Ciro con su acostumbrada artillería de ricas promesas y dolorosísimos suplicios: triunfaron los santos mártires, y el Prefecto dispuso que sus cabezas cayeran al filo de la espada.

Tambien alcanzaron la corona del martirio los sacerdotes Dion y Ammonio, y el muy anciano Fausto, que sesenta años antes habia ya confesado la fé en la persecucion del cruel Decio, siendo diácono del gran Obispo de Alejandría San Dionisio, á quien acompañó en su destierro.

Cuánto arreciase la tempestad contra los cristianos lo prueba el viaje de San Antonio á Alejandría, pues dejó su amado desierto por animar al combate á los soldados de Jesucristo. Hallábase el Santo entrado en los sesenta años de su edad. Á los veinte, muertos sus padres, que le habian educado cristianamente, habiase entregado á la vida ascética, eligiendo por último para morada suya un sepulcro. Pero aumentándose de dia en dia su anhelo de vivir solitario, habia pasado el Nilo el año 285, y caminando por los desiertos ido á encerrarse en un castillo ruinoso situado en una montaña. Allí por espacio de cerca de 20 años, lejos de los hombres, solo habló con Dios y con los Ángeles, y sostuvo terribles luchas con las potestades de los abismos. Mas habiéndose divulgado la fama de su singular santidad, y venido á tomarle por maestro en la virtud muchos, que Dios llamaba á vida solitaria y perfecta con desengaños de mundo, le fué preciso tomar bajo su direccion aquella muchedumbre de almas resueltas á seguirle por el camino de la cruz, y asi ya desde el año 305, comenzaron á poblarse de santos anacoretas elevados á Dios por el espíritu de Antonio, los que hasta entonces habian sido desiertos inhabitables.

En Alejandría mostró su grande alma el padre de la vida eremítica, ofreciéndose á los

mayores peligros de padecer el martirio, que anhelaba. Teníanle á su lado exhortándolos á la constancia en la fé los confesores en las cárceles, los que comparecían en los tribunales, los que sufrían tormentos, los que ya en el lugar del último suplicio daban su vida por Jesucristo. Le acompañaron en la heroica empresa muchos de sus monges, á quienes invitó á presenciar las victorias de los mártires, y á estar como él dispuestos á participar de sus triunfos y de su inmortal lauréoia. Viendo el Prefecto de Alejandría aquel nuevo ejército de Jesucristo, que hasta con la novedad de su traje singular estaba diciendo á quién se hallaba consagrado, aun lo creyó mas invencible que los demás cristianos, y se contentó con mandar bajo pena de la vida que todos los monges salieran de la ciudad, y ninguno de ellos volviera á presentarse en los tribunales á conhortar á los confesores. En efecto, el miedo á la muerte hizo que se ocultasen los monges el día, que se publicó aquella órden; pero el venerable Antonio, lejos de intimidarse, redobló su celo y su valor, buscando de propósito los mismos ojos del Prefecto, el cual no quiso Dios que le sentenciara á muerte, porque aun le guardaba para hacer que con sus extraordinarias virtudes resplandecieran los desiertos, y con su doctrina y ejemplo acabara de poblar-



los de hombres muy parecidos á los Ángeles.

El sabio sacerdote Luciano ilustró con su martirio en esta persecucion y á principios del año 312 la ciudad de Nicomedia, á la cual fué llevado preso desde la de Antioquía, que era su ordinaria residencia. Duda el Cardenal Orsi si es metafórica, ó ha de tomarse en su sentido literal la vivísima expresion, con que su panegirista San Juan Crisóstomo dice que se le hicieron sufrir las llamas de una ardiente hoguera, la profundidad de un foso, la rueda, el ecúleo, la altura de los precipicios y las dentelladas de las fieras; y con razon juzga el mencionado historiador que en el primer caso debemos entender que se le amenazó con todos aquellos suplicios, y que realmente los padeció en su alma, que se resignó y dispuso á pasar por todos ellos; pero que si no usó de metáfora el Crisóstomo, hizo la divina Providencia repetidos milagros para que sobreviviera el esclarecido mártir Luciano. Lo que se sabe con seguridad es que en una de las veces que compareció en el tribunal del tirano, pronunció en favor del cristianismo una sublime apología, la cual si no convirtió á la fé á los perseguidores, movió á varios apóstatas á abrazarla de nuevo, y enfervorizó á los cristianos tibios. El dia antes de volar al cielo tuvo la singular y peregrina honra de que su propio pecho le sir-

viera de altar para consagrar el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, distribuirlo á los fieles que le rodeaban y dárselo á sí mismo por viático. Como entre los romanos fué en algun tiempo costumbre que al sentenciado á muerte pudiesen visitar libremente sus parientes y amigos, fueron estos al calabozo de Luciano, y desahogando sus corazones en pláticas de fervoroso espíritu, le manifestaron cuánto sentian no recibir por última vez de sus manos el adorable pan de los Ángeles; y él movido de una inspiracion sobrenatural resolvió al instante convertir en templo su calabozo y su pecho en altar. Mandó que le trajeran pan y vino, y luego por la virtud divina de las palabras de la consagracion se transubstanciaron pasando á ser cuerpo y sangre del Encarnado Verbo. Estaban los devotos fieles arrodillados al rededor del sacerdote mártir, y él no pudiendo por sus heridas levantarse del suelo, sobre su amante pecho puso la materia del sacramento, y convertida en celestial manjar de vida, la dió á gustar á los asistentes al sacrificio, y él mismo la tomó para fortalecer su alma en su próximo tránsito á la dichosa eternidad. Pasó á ella al siguiente dia. Su santo cuerpo fué arrojado al mar, y lo volvió á tierra un delfin. Poco despues el emperador Constantino, queriendo hacer un obsequio á su madre, que era muy devota del már-

tir, engrandeció con edificios dignos el pueblecillo, á donde vino á parar su santo cuerpo, le edificó suntuoso templo, y elevó la nueva poblacion á la categoría de ciudad con el nombre de Elenopolis, que recuerda el de su santa madre Elena.

## CAPÍTULO XII.

### SUMARIO.

Aparicion de San Gordio en el anfiteatro. Otros mártires. Conversion de la Armenia: le declara la guerra Maximino y vuelve derrotado. Hambre y peste. Desenfrenada liviandad de Maximino. Desventuras de las emperatrices Valeria y Prisca. Retrato de Majencio: hostiliza á Constantino: recurre al Dios de los cristianos este Emperador y ve en el cielo la milagrosa cruz: se le aparece el Salvador. Derrota y muerte de Majencio. Constantino hace triunfar la cruz en Roma: sus edictos en favor del cristianismo. Conducta de Maximino. Una reflexion.

Despues del triunfo de Luciano refiere la eclesiástica historia de Orsi los de Barlaam y Gordio. Este último fué decapitado en su patria Cesarea de Capadocia por orden del Prefecto, que en vano agotó el diccionario de las

promesas y lisonjas para persuadirle que abandonase el cristianismo, pues él había venido á buscar la muerte, y así no la temía. Estando corriéndose caballos y coches en el circo, se oyó en medio de él una voz que decía: «He aquí que he venido á presentarme á los que no me buscan, y me pongo delante de los que no se acordaban de mí.» Fijáronse las miradas de los innumerables espectadores en el hombre extraordinario, que con semejantes palabras los sorprendía, y no les causó menor maravilla lo peregrino de su aspecto: la barba larga le llegaba al pecho: los cabellos se le iban de un lado á otro descompuestamente tendidos sobre la espalda: su traje era tosco, pobre, rústico: un báculo, hijo de las selvas, y unas alforjas formaban todo su equipo; y sin embargo en sus ojos y en su semblante, en el cual traía impreso el sello de la penitencia, se descubría cierto resplandor de magestad y grandeza, que revelaba elevación de sentimientos y sublimidad de alma religiosamente enérgica. Y en efecto, el íntimo trato con Dios en la soledad de los desiertos había enaltecido y exaltado sus pensamientos y como mudado la comun bajeza propia del hombre en una angélica espiritualidad, que poco á poco le fué haciendo superior á sí mismo, purificándole y ennobleciéndole las potencias, dándole una especie de matiz de

cielo. Ya no era Gordio el nobilísimo centurion, que dejaba la milicia para librarse de los peligros de la idolatría, y se internaba en el desierto por no caer en manos de los perseguidores de su divina religion: era un hombre nuevo formado por el espíritu de Dios, que habia vivido largos años solo para la oracion y para la penitencia, muy lejos del bullicio del mundo, olvidado de los hombres y sin tener por testigos de sus vigiliás, ayunos y maceraciones mas que los mudos arbustos de las selvas y las estrellas del firmamento. No hay para qué decir cuán grande y universal fué el asombro, que produjo en los gentiles y en los cristianos, y cuán profunda la impresion, que dejó en las almas su aparicion y su martirio. Una particular inspiracion del Espíritu Santo le habia impulsado á trocar las celestiales delicias de su amada soledad por la corona inmortal, que ponía la persecucion en las sienas de los invictos soldados de Jesucristo.

En la misma Cesarea se vió una señora cristiana transportada de júbilo al oír que el juez la condenaba á morir en fuego. Su alegría la hizo saltar á las llamas, que se le habian preparado por lecho mortuorio; mas estas asegura San Basilio que formaron al rededor de su cuerpo un tálamo ó pabellon de luz, y que lo dejaron intacto y sin lesion alguna; y por úl-

timo que junto al sitio de su sepultura apareció una fuente de agua dulce, siendo así que las de aquellos contornos eran todas saladas y amargas, la cual además de ser muy sabrosa, curaba milagrosamente á los enfermos. Julita el nombre de esta admirable mártir.

Asimismo fué quemada viva en Antioquía la tierna vírgen Drósíde. Por largo tiempo fué inhumanamente martirizado en Cilicia el invencible Julian, en el Ponto el amabilísimo Focas, cuyo culto fué muy célebre en Oriente, el catecúmeno Gines á la orilla del Ródano, el generoso Arcadio en Cesarea de Mauritania.

El emperador Maximino habia en sus edictos de persecucion hecho alarde de que no se veían en su reinado pestes, hambre, ni guerras, atribuyendo semejante beneficio á los ídolos, cuyo culto sostenia, talando las vidas de los cristianos; y poco despues sufrió su imperio los rigores y estragos de la guerra, de la peste y del hambre. Su fanatismo le hizo emprender una funesta campaña contra los Armenios, porque su rey Tiridates abrazó el cristianismo con todo su pueblo evangelizado é instruido por el celo de su apóstol San Gregorio el Iluminador, y como si esto fuera una ofensa inferida á su propia persona, ó al imperio romano, del cual la nacion armenia no era mas que una potencia aliada, aunque sus reyes solian

recibir la corona, para dar al acto mayor pompa y solemnidad, de mano del señor de Roma. Maximino se empeñó en obligarla con sus armas á volver al culto de las falsas divinidades. La victoria se puso de parte de los armenios, y á él le tocó la deshonra de verse completamente derrotado por los nuevos cristianos, á quienes la fé alentaba. Como nacion, aquellos fieles de los primeros siglos defendian su religion divina, rechazando la fuerza con la fuerza, y como particulares entregaban sus cuellos á los verdugos cual apacibles corderos.

Pero aun fueron mas terribles y horrorosas las calamidades del hambre y de la peste, que affligieron los países dominados por aquel tirano. El cielo dejó de enviar sus fecundantes lluvias, y la tierra se negó á producir el necesario sustento; los campos burlaron las fatigas del codicioso labrador; y el hambre con su faz macilenta entró primero en las casas de los pobres, luego en los hogares de los de mediana fortuna, y por último estrechó á los ricos á vender sus mas preciosas alhajas para conseguir á un precio exorbitante un mezquino alimento, que en otro tiempo hubieran creido bueno solo para sus perros ó caballos. Llegó á comerse el heno, ni se perdonó á las yerbas nocivas, de donde provinieron diversas enfermedades. Mas que hombres vivientes parecian espectros

ó esqueletos los que con paso lánguido andaban por las calles. Veíanse en estas los cadáveres de los que exhalaban el último aliento, pidiendo con desmayada voz y en vano pan. La caridad de los mas opulentos estaba ya agotada. La de los cristianos no tenia limites en cuanto á la voluntad de dar y de sacrificarse por los míseros mendigos, mas estos eran infinitos y carecia de recursos para socorrer á tantos y tantos como caian muertos por plazas y calles extenuados y consumidos, y reducidos á solo piel y huesos por falta de alimento.

La peste al mismo tiempo cebaba sus iras en los que habian resistido al hambre, ó se hallaban en posicion mas ventajosa para no sentir tanto sus estragos. Parecia que hubiese tomado por blanco principal de sus ataques á los próceres, á los empleados públicos, y en especial á los jueces y á los gobernadores de provincias. Úlceras inflamadas se les extendian por todo el cuerpo, y mas particularmente ofendian los ojos hasta privarlos para siempre de la luz del dia. La muerte recogia las víctimas, que le entregaban la peste y el hambre. Se despoblaron las aldeas. Se cubrieron de luto las villas y ciudades. Reinó la desolacion, y por todas partes se oian gemidos de dolor. Desaparecian las familias. Los cadáveres quedaban insepultos. Temblaban los vivos, y el espanto se veia pintado



en sus llorosos y consternados semblantes. Tales fueron los castigos, con que el Omnipotente visitó en su ira los Estados de Maximino Daya.

Mas este mónstruo seguia la carrera de sus iniquidades en medio de tantas desventuras públicas. Su avaricia, ó mejor dicho, la rapacidad de su tiranía arrancaba violentamente el corto producto de los bienes de todos los propietarios, que habia en su imperio. Su desenfrenada liviandad era todavía mas temible para las mujeres: sus infames satélites y cómplices de sus vicios eran como perros perdigueros, que van buscando la presa, que han de presentar á su amo. La hermosura era un delito para quien la tenia, pues sufría la pena de ser arrebatada de la casa de su padre ó de su marido. La que resistiese habia de morir ahogada. La desesperacion de muchos maridos los hizo suicidas. Los oficiales de la comitiva de este torpísimo Emperador seguian su ejemplo: todo lo allanaba su brutal lujuria poderosa con el favor del príncipe, que la colocaba en el trono imperial.

Valeria, hija de Diocleciano, y viuda de Galerio, la cual habia apostatado, cometió la imprudencia de irse á vivir á los dominios del que debia la púrpura á su difunto marido. Maximino no le dió tiempo para llorar su muerte sin proporcionarle otros motivos de grande y agudo sentimiento. La solicitó por esposa. Va-

leria respondió que mal podía pensar en bodas, hallándose todavía de duelo. Se enfureció Maximino con tal repulsa, la despojó de sus bienes, le quitó los eunucos, que la servían, comprendió en su saña á los amigos, que le quedaban, mandando darles la muerte, la desterró junto con su madre la desventurada Prisca, y para colmo de infortunio y agitacion de su alma tristísima no la dejaba descansar en su destierro, sino que continuamente la hacia trasladarse de un lugar ingrato á otro todavía mas infeliz ó mas desapiadado para con ella. La que cual señora del mundo solo habia pisado las alfombras de los palacios, abrasada por los rayos del sol, ó aterida de frio, tenia por lecho y casa el desierto de Siria. Desde allí logró que llegára á noticia de su padre Diocleciano su amarga y desesperada situacion. Su acongojado padre escribió en vano repetidas veces á Maximino, rogándole que le enviára á su esposa é hija, y Maximino desatendió los ruegos de aquel anciano destronado.

El funesto consorcio de la crueldad y la mas desenfrenada lascivia, de que tantos ejemplos nos ofrecen las historias de casi todas las naciones, se hallaba tambien en la persona de Majencio, que tiranizaba y escandalizaba al propio tiempo con la perversidad omnímoda de sus relajadas costumbres. Era en ellas un retrato vivo

de Maximino. Su lujuria rompía todas las barreras del deber, de la honestidad y del público decoro: su ley era su antojo: la violencia servía á su caprichosa voluntad: el retiro doméstico no escudaba á las de hermoso aspecto, ni la santidad del matrimonio las libraba de los bochornosos ultrajes de aquel príncipe desalmado. Sofronia, mujer del Prefecto de Roma, pidió que se le concediera un poco de tiempo para engalanarse, á fin de ir mejor ataviada al palacio de Majencio; y hubieran podido llevarla cadáver, mas no viva, porque luego que la dejaron sola, cogió un puñal, y se lo clavó en el pecho. Su codicia despojó al África y á la Italia de todas sus riquezas para prodigarlas entre sus cortesanos y soldados tan disolutos como él. Al cúmulo de sus iniquidades añadía las abominaciones de la magia, y para averiguar los secretos de arte tan diabólica hacia abrir el vientre de las mujeres embarazadas, ó buscaba en las humeantes entrañas de niños recién nacidos los arcanos del porvenir.

Mas ya se aproximaba el dichoso momento señalado por la divina Providencia para mejorar la desdichada suerte, que cupo en el paganismo á niños y mujeres, porcion la mas delicada y hermosa del humano linage. Ya pronto triunfará la Iglesia, que á los niños recién nacidos estrecha á su amoroso seno, y haciéndose su

tierna madre, los eleva por medio del bautismo á la sublime dignidad de miembros del cuerpo místico de Jesucristo. Ya en breve se colocará en el trono de los Césares la hija del cielo, que divinizando la virginidad, y santificando el matrimonio, hará de las mujeres con su bienhechora legislación unos seres privilegiados por el respeto, que para con ellas impone á todos los hombres, prometiendo á su observancia nada menos que la eterna posesion del mismo Dios. Tiempo era ya de que enjugásen sus lágrimas las mujeres cristianas, cuyos fervientes votos subian mas allá de las estrellas junto con el aroma de sus virtudes y de sus prolongadas tribulaciones pidiendo al Padre de las misericordias paz, consuelo y triunfo para su perseguida Iglesia. Majencio mismo apresura sin saberlo el feliz dia. Confiando en la pericia y valor de sus generales, en la multitud de sus huestes aguerridas y en los pérfidos espíritus infernales, con quienes es familiar y frecuente su trato, declara la guerra á Constantino, pretestando querer vengar la muerte de su padre Maximiano Hercúleo. Forma alianza con el tirano de Oriente Maximino: Constantino la hace con Licinio, dándole por esposa á su hermana Constancia; pero Licinio y Maximino no toman ahora una parte inmediata en las hostilidades. Constantino pasa los Alpes para ir á libertar de

la tiránica opresion de Majencio la ciudad eterna: se traban varios combates: la superioridad numérica del poderoso enemigo le induce á pensar en que le es necesaria la proteccion del cielo para vencerle: medita; y el fruto de sus reflexiones profundas es la resolucion de adorar en adelante al verdadero Dios, á quien su padre adoraba, por que las mentidas divinidades del paganismo no han podido librar de un fin frágico y funesto á los Emperadores, que mas esfuerzos han hecho por sostener su culto, vertiendo la inocentísima sangre de los cristianos. Implora pues su auxilio omnipotente, y con fervorosa oracion le ruega que se le dé á conocer. Y no tarda el cielo en hablarle con la voz de sus prodigios.

Marchando por el campo al frente de su ejército ve el aguerrido Emperador una cruz luminosa encima del sol, y en ella lee escrito en letras de oro: *In hoc signo vinces*: con esta señal vencerás. Lo mismo ve, y lo mismo lee en el cielo todo su ejército. Innumerables testigos oculares deponen acerca de la verdad de este prodigio, y el mismo emperador Constantino lo asegura años despues con juramento al historiador Eusebio, Obispo de Cesarea. Empero el mejor garante de su verdad es la série gloriosa de los grandiosos acontecimientos, que lo acompañan y siguen. La cruz, hasta entonces

suplicio de ignominia, sube á reinar sobre los palacios de los Césares y á ser el mas ilustre ornato de la diadema de los Emperadores. El mundo cambia de faz, y la religion de las catacumbas recibe los humildes homenajes de las excelsas magestades dominadoras arrodilladas á los piés de Jesus crucificado, cuyo solo nombre al pronunciarse era pocos dias antes un delito, que conducia á dar la vida en medio de los tormentos mas espantosos.

No pudo Constantino apartar la imaginacion, ni el pensamiento del favorable prodigio visto aquel dia: vino la noche, y dormia tranquilo cuando el divino Salvador se le apareció con aquella misma señal de triunfo, que le habia mostrado en el cielo, y con la cual venció en el Gólgota á las potestades de los abismos, y le mandó que la pusiera en el nuevo estandarte, cuyo diseño se dignó darle, y le prometió que con él alcanzaria victoria. Al siguiente dia refirió el Emperador á sus amigos y allegados la vision, que habia tenido aquella noche, hizo llamar á los mejores artifices, y sentándose en medio de ellos les explicó lo que les mandaba hacer, y ellos conforme á las órdenes, que él habia recibido de Jesucristo, hicieron el magnifico estandarte tan célebre y conocido con el nombre del Lábaro de Constantino. Formábalo una larguísima asta de madera fina cubierta de

oro, atravesada en forma de cruz por otra menor, de donde pendia la bandera, ó riquísimo velo de púrpura entretejida con oro y muy preciosa pedrería: remataba en una linda corona de oro y de brillantes joyas, en medio de la cual resplandecia el monograma de Cristo formado con las dos iniciales griegas de su santísimo nombre, de las cuales la primera ofrece en su figura la imágen de la cruz. Escogió Constantino cincuenta de sus guerreros mas distinguidos para que como en triunfo llevasen este su insigne Lábaro en el ejército, y ordenó que cada legion tuviese el suyo; él mismo honraba su hermoso casco con la cruz ó monograma de Cristo, como todavía lo vemos en sus medallas, y sus soldados lo llevaban en los escudos.

Pero aunque Constantino desde que subió al imperio se mostró á ejemplo de su padre propicio á los cristianos, continuamente ocupado en la belicosa empresa de rechazar á los bárbaros septentrionales, y no ageno al idolátrico culto, como ha observado el Cardenal Orsi en las medallas ó monedas pertenecientes á aquella época de su vida, no se hallaba instruido en los dogmas de la religion revelada, é ignoraba cuál fuese su esencia y sus elementos constitutivos; y asi se apresuró á llamar Obispos, que le enseñaran las verdades de su nueva fé y le dieran

lecciones del sistema moral, á que debia ajustarse en el seno de la Iglesia. En España, y aun fuera de ella, se cree que Osio, Obispo de Córdoba, fué entre aquellos Prelados el que mas parte tuvo en la instruccion religiosa del grande Constantino, lo que es indicio claro del merecido renombre de que por su virtud y ciencia gozaba ya por entonces aquel celeberrimo Obispo. Leyó el Emperador las Divinas Escrituras, y estas atenciones de un nuevo órden, las cuales parecian requerir el pacífico retiro de un solitario, lejos de retraerle de los negocios públicos, ó de impedirle dirigir la comenzada guerra, dilataron su alma, esclarecieron su elevado entendimiento y dieron á su magnánimo corazon mayor esfuerzo y brio para acometer y llevar á cabo obras de colosal grandeza, que nunca habian de olvidar los siglos venideros. Llegó con su ejército á las inmediaciones de Roma: se le opusieron los generales del contrario bando: peleábase con valeroso encarnizamiento, y el mismo Majencio salió de aquella capital del mundo á recoger los laureles de la victoria; mas era el dia, en que habia de triunfar el estandarte de la gloriosa cruz aparecida, y las huestes del tirano desordenadas por el vencedor ímpetu de Constantino retrocedieron, se aglomeraron en su fuga atropelladamente sobre el puente Milvio; hundióse este con el inmenso



peso de la derrotada muchedumbre de infantes armados y de caballos, que en galope veloz iban salvando á sus azorados ginetes, y el primero que cayó en el río fué el tirano Majencio. Se ahogó. Y sobre él cayeron armas, soldados, caballos, y escombros del puente Milvio. Y roto y desbandado su ejército, Roma transportada de júbilo abrió las puertas á su triunfante libertador, y le recibió con festivas, entusiastas y ruidosas aclamaciones. Salió á su encuentro con los brazos abiertos el senado y el pueblo, y no se cansaba de llamarle su padre y su libertador.

Y esta fué la vez primera que Roma, que hasta entonces habia sido el centro de la idolatría y de las supersticiones gentílicas, dobló su cerviz altiva y se arrodilló ante el nombre de Cristo, que traia el príncipe en su escudo, y ante la triunfal enseña de la cruz. Los modales finos y la amabilidad del Emperador hicieron subir de punto el público regocijo: mostraron sus hechos que la liberacion de Roma habia sido su único móvil al emprender la guerra contra Majencio, y la generosidad, que siguió á su magnífico triunfo, acabó de conquistarle los corazones. Abriéronse al instante los calabozos, donde gemian ilustres senadores, y donde habia ido á resplandecer entre las tinieblas de opresoras paredes cargada de cadenas la inocen-

cia de muchos ciudadanos. Perdonó á todos los partidarios de su enemigo, y á cuantos en su talento ó en su probidad tenian algun título que los hiciera dignos de continuar en los destinos públicos, les conservó los honores y dignidades de que gozaban. Los pretorianos, que eran reos de innumerables delitos, fueron los únicos, con quienes usó de algun rigor: los desarmó, y los redujo á la clase de simples soldados, quitándoles todos sus privilegios, y destruyendo para siempre ese temible cuerpo, que desde los tiempos de Augusto venia siendo en cierto modo el árbitro de la suerte del imperio, cuyos señores se encargó muchas veces de elegir entre el tumulto de sus armas y no pocas le privó de ellos inopinadamente tiñendo en su sangre sus alevosas espadas. Restituyó al senado su antiguo esplendor, y este en agradecimiento le erigió un arco triunfal, que aun subsiste, y en el cual grabó la siguiente inscripcion: IMP. CAES. FL. COSTANTINO. MAXIMO. P. F. AVGVSTO. S. P. Q. R. QVOD. INSTINCTV. DIVINITATIS. MENTIS. MAGNITVDINE. CVM. EXERCITV. SVO. TAM. DE. TIRANNO. QVAM DE. OMNI. EIVS. FACTIONE. VNO. TEMPORE. IVSTIS. REMPVBLICAM. VLTVS. EST. ARMIS. ARCVM. TRIVMPHIS. INSIGNEM. DICAUIT. Empero el afan principal del piadoso Emperador fué re-

ferir y atribuir á Dios la gloria de su triunfo. En uno de los sitios mas concurridos de la ciudad eterna colocó su estatua, teniendo en la mano una larguísima cruz y debajo esta inscripcion: «Con este salutífero signo, indicio del verdadero valor, he librado vuestra ciudad del yugo de la dominacion tiránica, y al senado y pueblo romano vuelto á la libertad, he restituido su primer decoro y el esplendor de su nobleza.»

Poseido Constantino de la mas viva gratitud para con el Altísimo, derramó sus tesoros para levantarle grandes y suntuosos templos, y para consagrarle ricos y preciosísimos vasos de plata y oro, y dotar las Iglesias de todo lo necesario al sostenimiento del divino culto y de rentas á sus ministros, á los cuales mostraba el mayor respeto, distinguiendo sobremanera con delicadas consideraciones á los Obispos, y en especial al Supremo Pastor de los Pastores. Afijiale la situacion de los cristianos en Oriente, y aprovechándose del influjo y poderío, que acababa de adquirir con el título de primer Emperador, que le dió el senado, en union de Licinio hizo una ley en favor de los adoradores del verdadero Dios para enviarla á Maximino á fin de que la pusiera en ejecucion. En ella se restituia á los fieles los templos y demás edificios, de que se les habia despojado, se les autorizaba para le-



vantar otros nuevos y para celebrar sus santas asambleas y emplearse públicamente en los demás ejercicios propios del culto divino.

Sumo disgusto causaron á Maximino la derrota de su aliado Majencio, el triunfo del cristianismo en Roma y el edicto, que le remitieron los dos Emperadores para su cumplimiento. No se consideró bastante poderoso para romper con ellos desde luego, y tomó el arbitrio de conformarse con la corriente de los sucesos, salvando en la apariencia las pretensiones de su orgullo y de su lastimado amor propio. Así pues, no publicó el edicto de Constantino y Licinio, ni mencionó que lo habia recibido, sino que fraguó malamente otro muy distinto, y cuya alma parecia ser la mentira y la ignominiosa desfachatez para no avergonzarse de propalar embustes gigantescos. En él decia este impudente tirano que siempre habia prohibido los malos tratamientos, que se hacian á los cristianos, y de nuevo mandaba que se procurase reducirlos por la persuasion y la blandura y no por la violencia á venerar los dioses del imperio. Es claro que semejante edicto lleno de falsía y arrancado por la necesidad, además de incompleto en cuanto omitia las favorables concesiones de Constantino y Licinio, estuvo muy lejos de satisfacer á los fieles, y aun de inspirarles la menor confianza, porque tenian experi-

mentada la desastrosa veleidad del Emperador, su mala fé y su perversa índole. En efecto, varios cristianos fueron por orden suya secretamente arrojados al mar.

Entretanto Constantino salia de Roma para Milan el 18 de Enero del año 313, con el objeto de asistir al matrimonio de Licinio con su hermana Constancia. Allí los dos Emperadores publicaron un nuevo edicto concediendo á todos los que habitaban en su imperio la mas ámplia libertad para seguir la religion, que mejor les pareciese, y favoreciendo la cristiana de un modo muy terminante, atendido el espíritu que dominaba en aquel famoso documento. No derribó Constantino los templos, ni los altares de los falsos dioses, ni prohibió el ejercicio del idólatrico culto, porque basta al cristianismo para triunfar el que se le permita vivir tranquilo en el goce de la libertad de accion y de enseñanza, á que tiene un indisputable derecho. Aun no estaba entonces la Iglesia constituida por señora de las naciones y en el uso de las prerogativas, que le competen como á gobernante, maestra y reguladora de la sociedad de fieles sometida á su direccion, alimentada desde su infancia con la leche de su celestial doctrina y encomendada por la divina Providencia á su autoridad, á su celo, á su ternura y á su vivísima solicitud de verdadera madre. No dirán

los enemigos de la religion revelada que un ciego fanatismo del príncipe triunfante la elevó sobre las ruinas de la contraria idolatría violentamente derrocada. La vencedora espada de Constantino el Grande no tocó á la bestia. Ni es la prudencia una virtud desconocida á los amigos y favoritos de Dios: la reconocen por una de las principales virtudes, á que deben aspirar; y jamás las gracias sobrenaturales, con que el Altísimo ha privilegiado á algunos de sus escogidos, les han hecho romper la valla, que á los santos deseos pone algunas veces aquella virtud, que ha de arreglar las acciones del hombre segun el orden justo y caritativo, con que la Providencia va disponiendo los sucesos y declarando su voluntad adorable. ¿Se condujeron con la moderacion de Constantino, que debia la victoria á la cruz aparecida, el guerrero Mahoma, ó los príncipes, que con el sangriento acero, la confiscacion de bienes, el destierro y los cadalsos establecieron el protestantismo en sus dominios? Dígalo la historia, y decídalo la justicia de los entendimientos des-  
preocupados.

### CAPÍTULO XIII.

#### SUMARIO.

Maximino invade los estados de Licinio, quien le vence con el auxilio del Todopoderoso: deja la púrpura y vuelve á tomarla: muere hecho blanco de las venganzas divinas. Tristísimo fin de Diocleciano. Muerte sangrienta de muchos de los principales perseguidores. Prosperidad de la Iglesia. Concilio romano para juzgar á los Donatistas. Escritores cristianos que principalmente florecieron en los primeros años de este siglo.

Aunque Maximino, á pesar de su alianza con Majencio, por de pronto al saber la victoria de Constantino, refrenó su impetuoso despecho y miró al vencedor con fingida sonrisa, luego recobró el ánimo, y enterado de que los otros dos Emperadores se entretenían en Milan con fiestas nupciales, creyó que debía aprovechar aquella ocasion para caer de improviso con su ejército sobre los estados de Licinio y apoderarse de ellos. Asi lo hizo; mas no logró sus designios, porque era llegado el dia de la venganza divina. Corrió Licinio á defender sus dominios, y como el Todopoderoso tenia sus miras en que triunfase, como dueño absoluto de sus gracias extraordinarias, que nadie puede

merecer, y libérrimo para darlas á quien le place, le envió un Ángel, que apareciéndosele en sueños le dijo que para alcanzar la victoria la pidiese al Señor con la oracion, que él mismo le enseñó entonces.

Despertó Licinio, y dictó á uno de sus secretarios la inspirada oracion; sacáronse muchas copias, y se distribuyeron á los jefes del ejército. Y cuando ya las huestes de los dos Emperadores beligerantes se hallaban tan próximas que iban á principiarse á fulminarse muertes, las de Licinio, desembrizado el escudo y descubierta la cabeza, por tres veces clamaron á Dios con estas palabras, que el Ángel habia enseñado: «Te rogamos, Dios altísimo. Te rogamos, Dios santo. Te encomendamos la causa de la justicia, te encomendamos nuestra salvacion, te encomendamos nuestro imperio. Por tí vivimos, por tí somos felices y victoriosos. Santo y sumo Dios, oye nuestras súplicas. Á tí levantamos las manos. Óyenos, ó santo y sumo Dios.» Concluida esta oracion, los guerreros de Licinio tornaron á embrazar sus escudos, y volaron á desbaratar el ejército enemigo. En vano Maximino hacia esfuerzos por seducirlos con las promesas de su famosa prodigalidad; ni le fué dado inspirar á los suyos el valor que habian perdido subitáneamente. Como mansos corderos se dejaron acuchillar. La muerte, la fuga, la



rendicion fueron el término de su poderoso ejército.

Maximino, que ya no veía quien pudiese defenderle, dejó la púrpura huyendo al pasar por Nicomedia, recogió á toda prisa á su mujer y á sus hijos, y se dirigió al Oriente lleno de confusion, rabioso y abatido. Mas luego esperanzado en algunos refuerzos, que le venian de la Siria, y con otros de sus antiguos soldados, que se le iban reuniendo, cobró algun ánimo, volvió á vestir la púrpura, é hizo cara al triunfante enemigo.

Licinio, que á su paso por Nicomedia habia dado gracias al Omnipotente, exhortado á levantarle templos y publicado el edicto de Milan en favor de los cristianos, por mar y tierra sitió en Tarso á Maximino. Viéndose este en una situacion desesperada, llamó á la muerte en su auxilio, y ni la muerte le quiso oir, porque el veneno, que tomó para dársela, le abrasó las entrañas produciéndole dolores infernales, pero no pudo acabar con su vida, como él lo deseaba, porque antes de la pócima mortífera se habia hartado de vino y de manjares, por manera que aquella se halló como embotada, y solo tuvo actividad para atormentarle horrorosísimamente. Para acelerarse la muerte resolvió el desesperado enfermo no volver á probar alimento alguno; mas el hambre, que le

devoraba, y la furia, que le ponía fuera de sí, le hacían llenarse la boca de tierra, cogida del suelo con sus augustas manos y tragársela con brutal locura. Redoblábanse con esto los tormentos de sus irritadas vísceras: su negrísimo frenesí impeliéndole á dar impetuosamente con la cabeza en la pared, le hizo saltar ambos ojos, y así quedó ciego en castigo de la crueldad, con que á tantos confesores había mandado sacar los ojos. Mas cuando ya no vió la luz del sol, comenzó á ver interiormente cosas terribles. Veía á Dios rodeado de legiones de Ángeles, le veía llamarle á juicio y pedirle cuenta de la impía y obstinada guerra, que había hecho á su religion. Gritaba el aterrado Maximino como suelen hacerlo los reos puestos en la tortura, y ora negaba ser el autor de aquellas crueldades, ora lo confesaba, y se reconocía culpable, y derramando torrentes de lágrimas, imploraba la misericordia de Jesucristo y le pedía que se compadeciese de él. Así acabó su vida este mónstruo. Mas antes de presentarse en la eternidad, y cuando ya deshechas sus carnes por la violencia del mal, había quedado en solo huesos pálidos y dene-  
gridos, con ineficaz arrepentimiento publicó otro edicto en favor de los cristianos, en el cual hasta mandaba restituirles los bienes, de que se había privado á sus Iglesias en virtud de

los anteriores edictos de persecucion. Tales mudanzas obran los castigos de Dios: de tan diverso modo juzgan en la hora del dolor, y cuando ya la muerte se cierne sobre sus cabezas, los mismos que han hecho cruda guerra á la divina Magestad.

No fué menos triste y lastimoso el fin de Diocleciano. Los primeros años, que siguieron á su abdicacion, mostró cierta grandeza de alma con no querer tomar de nuevo la púrpura á que le invitaba su antiguo colega Maximiano Hercúleo, y dándose por satisfecho con la quietud de la vida privada; mas cuando las tribulaciones de su hija Valeria y de su esposa Prisca vinieron á llagarle el corazon, perdió su filosófica fortaleza y su arrogante estoicismo el guerrero, que por espacio de 20 años se habia opuesto al frente de sus ejércitos á las invasiones de las hordas bárbaras. Cayó de ánimo, enseñoreóse de él una profunda melancolia, y se postró en lánguido y pavoroso abatimiento. Se condensó con mas horrendas sombras la noche de su tristeza y desmayado dolor cuando por orden de Constantino fueron derribadas en las Galias y despues en Roma sus estátuas y destrozados sus bustos por hallarse junto á los del pérfido Maximiano, cuando el cristianismo, al cual se habia propuesto exterminar, subyugó á los mismos Emperadores, y triunfó en la me-

trópoli del universo, y cuando el Juez divino con la espantosa muerte de los otros perseguidores de la Iglesia le presagiaba que no habia de ser menos funesta la suya. Á ella se entregó el destronado anciano dejándose morir de hambre, porque la vida le era ya intolerable, y no tenia aliento para llevar á la boca un pedazo de pan. ¡He aquí el hombre, que con glorioso triunfo habia pomposamente solemnizado las fiestas del vigésimo año de su imperio!

La divina venganza alcanzó á los principales ministros de la persecucion del cristianismo en Oriente. Licinio, que no habia abrazado la fé aunque tan favorecido por el cielo, fué el instrumento de la justicia de Dios: condenó al último suplicio á varios gobernadores de provincias, que se le habian mostrado hostiles, y antes habian vertido en abundancia la sangre de los cristianos. Sobrevino ruina y exterminio á todas las imágenes, bustos y estatuas de Maximino, cuya memoria fué para siempre infamada con las mas denigrantes expresiones en los edictos imperiales. Dióse muerte sangrienta á su hijo Candidiano, y al rio Oronte fué arrojada su mujer. La espada acabó con la vida de Severiano, hijo del emperador Severo. Las emperatrices Prisca y Valeria, cansadas de andar errantes por los desiertos, volvieron á lo poblado, y

descubiertas á pesar de su humilde traje en Tesalónica, fueron decapitadas á vista de un inmenso concurso de gentes, que habian corrido á presenciar el lastimoso espectáculo, y sus cadáveres tuvieron por sepultura el mar. Asi pagaron la vil flaqueza de haber, siendo cristianas, sacrificado á los ídolos al principio de la persecucion.

Compañera de la paz es siempre la alegría, y fué esta grandísima en los cristianos cuando, abatidos sus poderosos enemigos, vieron que ya propicio el cielo les sonreía, pues en vez de golpes de muerte los Emperadores derramaban sobre la Iglesia todo género de beneficios magníficos. Los pueblos y las ciudades erigian nuevos templos al verdadero Dios, ó reedificaban los antiguos, que habia derruido la persecucion: las Iglesias recobraban sus bienes, indemnizando el tesoro público á los que los poseian y se veian privados de ellos por la restitucion, que los devolvía á sus primitivos dueños. La benévola generosidad de Constantino para con la Iglesia no tenia límites: hizo ingentes remesas de dinero para que en todas partes se levantasé la casa de Dios con suntuosa opulencia, y en especial el África mereció los desvelos y el liberalísimo desprendimiento de su magnánimo corazón, que á toda costa procuraba mostrarse reconocido al Señor de los ejércitos promoviendo

su divina gloria. Eximió á los eclesiásticos de todo cargo público y oneroso á fin de que mas libremente vivieran solo para el servicio y culto del Altísimo. Honraba á los Obispos sentándolos á su mesa, y dándoles reiteradas pruebas de cordial afecto. Jamás se habia visto semejante cúmulo de felicidades en la cristiandad afligida por espacio de 300 años y expuesta siempre á mil géneros de contrariedades y á los furiosos embates de implacables enemigos. Parecia una universal resurreccion del cristianismo la que presenciaba el romano imperio: al llanto habia sucedido el regocijo, á la pobreza la magnificencia, al duelo la gloria, al abatimiento la victoriosa exaltacion. Asi resonaban en boca de los cristianos embriagados de gozo los cánticos de la mas encendida gratitud y los proféticos salmos de David, que con mas claridad anunciaban este bellissimo triunfo de Jesucristo y de su Iglesia santa. Para colmo de dicha convertíanse á la fé innumerables paganos, y las pruebas de la divinidad y excelencias de nuestra adorable religion se difundian y volaban por todas las naciones en los labios de elocuentes predicadores y en los escritos inmortales de mil doctores cristianos, que ostentaban una sabiduría de todo punto celestial. Engalanados los confesores con las cicatrices, que les habia dejado cual insignias de heroismo y de santidad la pasada

persecucion, resplandecian con otro género de virtudes, que no hacian olvidar las antiguas del tiempo de sus tribulaciones, pero que las coronaban con los laureles de apacible triunfo. Tan asombrosas mudanzas de mal en bien obradas por la diestra del Omnipotente se han repetido en la Iglesia, enjugando sus lágrimas acaso cuando menos podia imaginarse la victoria; y asi sus hijos jamás debemos desconfiar, ni apesarnos demasiado cuando las tempestades retumben, y los huracanes amenacen arrebatlarla de la faz de la tierra.

Ni está la prosperidad sola en este mundo, que en pos de ella asoma su tristísima cabeza la desgracia, y en pos de la dulce paz la airada turbulencia maquinadora de horrorosas tramas y calumnias. Conforme sabiamente lo demuestra el profundo conde de Maistre en sus veladas de San Petersburso ó Diálogos sobre el gobierno temporal de la divina Providencia, es la guerra un patrimonio del humano linage, que há este recibido para expiar en el transcurso de los siglos el pecado de sus primeros padres, siéndole por lo mismo inseparable esta amarga consecuencia de aquella culpa original. Esta sola razon explica porqué á la Iglesia compuesta de hombres jamás ha faltado, ni faltará alguna clase de guerra, ora con los tiranos, que con armas pretenden destruirla, ora con los hereges, que in-

tentan desgarrarle el seno, ora con los vicios, que se proponen corroer sus miembros, ora con otros enemigos, que de mil modos diversos aspiran á menoscabar su gloria, no permitiéndole gozar tranquilamente las delicias de la paz. Así terminada con el triunfo de la santa cruz la fierísima persecucion de los diez años, bien luego se levantaron á affigirla el cisma de los Donatistas y la heregia de Arrio. Los Obispos africanos, que habian arrebatado la paz de aquella Iglesia, viendo que habian llegado sus perturbadores desórdenes á noticia del recién convertido Emperador, quien al paso que mostraba la mayor benevolencia al católico Obispo de Cartago Ceciliano, queria que su Proconsul en caso de ser requerido por la potestad espiritual la auxiliase para reprimir aquellos odiosos desmanes, recurrieron á él para ponérselo de su parte, y le rogaron que hiciese juzgar su causa por los Obispos de las Galias. Constantino recibió con desagrado los documentos que al efecto le enviaban, y confesando que él no debía conocer de aquella causa eclesiástica, los remitió al Sumo Pontífice San Melquiades, que habia sucedido á San Eusebio, informándole de todo en una respetuosa epístola, y sometiendo á su autoridad suprema el fallo de este grave negocio. Sin embargo condescendió en algo con los ruegos de los Donatistas, nombrando para que



coadyuvasen á su decision tres santos Obispos de las Galias, y escribió á Ceciliano, Obispo de Cartago, y á su adversario Mayorino significándoles que con diez Obispos de su respectiva parcialidad se presentasen en Roma á ser juzgados por el Pontífice, que habia de reunir un Concilio.

Efectivamente llamó el Papa á su lado á quince Obispos de Italia, y con ellos y los tres de las Galias celebró el primer Concilio Lateranense, el cual ofrece la singularidad de ser veinte y dos los Obispos africanos venidos á comparecer en juicio, y solo diez y ocho presididos por el Pastor de los Pastores los que componian aquel sagrado tribunal. Fueron tres las sesiones del Concilio, que comenzó el dos de Octubre del año 313, en el imperial palacio de Letran, y en ellas quedó terminado el juicio dándose por válida y legítima la ordenacion de Ceciliano, desvanecidas las acusaciones, que contra él se presentaban, reconocida su inocencia y justificada su conducta. Anduvieron tan prudentes y mesurados los PP. de este Concilio que puesta en su debido lugar la justicia, que asistia á los Obispos católicos del África, usaron de cuanta indulgencia les fué posible con los cismáticos: no les privaron de su comunión, ni de sus sillas episcopales, ordenando que en las ciudades, en que hubiese dos Obispos, católico

el uno y cismático el otro, quedase el que primero fué consagrado, dándosele al postergado en este turno la primera episcopal silla que vacase. Esta sentencia del Pontífice San Melquides y de su Concilio romano fué en lo sucesivo por su clementísima lenidad y dulzura objeto de las admiraciones y de los mas encarecidos elogios de San Agustin. Solo Donato, Obispo de Casas-negras, que habia ido á Roma acaudillando á los Prelados cismáticos, acusado como autor de las turbulencias de Cartago, y convicto y confeso de execrables delitos, asi como de haber rebautizado é impuesto las manos á Obispos caidos, fué excomulgado y no se atrevió á comparecer en el Concilio el dia de su sentencia, pues comprobada la iniquidad de su conducta, no hallaba medio alguno para justificarse, y asi no quiso estar presente á su merecida condenacion. Con tan suave temperamento y benignas disposiciones del Concilio parece que el cisma debia haber quedado muerto. ¿Mas cuándo se dió por convencida la mala fé de los cismáticos y hereges? ¿Cuándo reconociendo la equidad de la sentencia, que ponía en claro sus nefarios procedimientos, se avinieron á entrar en la unidad de la Iglesia por la hermosa puerta del arrepentimiento y de la sumision á la visible Cabeza del cuerpo místico de Jesucristo? Solo esto se pedia á los disidentes Obispos

africanos para que conservasen sus sillas, ó pasáran á ocupar las primeras que vacasen; y no quisieron volver á la unidad de la Iglesia, obstinándose pertinaces en sostener su rebelion y causar nuevos y lamentables disturbios.

Pero ya es tiempo de que pongamos los ojos en algunos escritores cristianos, que en los primeros años de este siglo consagraron su ingenio y su saber á la gloria y defensa de nuestra divina religion. En lo mas recio de la persecucion de Diocleciano abrazó Arnobio el cristianismo instado en sueños por el mismo Dios. Pretendiendo entrar en el gremio de la Iglesia, se presentó al Obispo de la ciudad de Sicca en el África proconsular, donde él enseñaba retórica; mas el Prelado rehusó administrarle el bautismo mientras no le diese algun público testimonio de la sinceridad de su conversion. Y para satisfacerle escribió Arnobio sus siete libros contra la idolatría, en los cuales la argumentacion es vigorosa y clara, rica la erudicion que ostenta en materias profanas, y escaso el conocimiento que por entonces tenia de nuestros dogmas, como que por la premura del tiempo se dice que aun no habia leído las Sagradas Escrituras, y asi se expresa con poca exactitud en varios puntos de no pequeña importancia.

Tambien el mártir San Pánflio fué una de las glorias literarias de la Iglesia en el primer

periodo de este siglo. Despues de haber figurado en la magistratura de su país, que era Berrito en la Fenicia, dejó los cargos públicos y las dignidades para entregarse al estudio de las ciencias sagradas, á cuyo fin pasó á Alejandria, donde se hizo humilde discípulo del sabio Pierio, y con tan esclarecido maestro sobresalió en aquellas. Fijó luego su residencia en Cesarea de Palestina, fué ordenado sacerdote por su singular mérito y su santa vida, y empleó una parte considerable de su rico patrimonio en la adquisicion de cerca de treinta mil volúmenes, con los cuales formó una biblioteca utilisima á los cristianos de Cesarea. Vivía en esta ciudad entregado á la enseñanza cuando fué preso por la fé y encerrado en una cárcel despues de haber sufrido los mas atroces martirios: sabia que le esperaba la muerte; mas en la prision no estuvo ocioso su preclaro talento, pues en ella compuso en compañía de su discípulo Eusebio la apología de Orígenes en cinco libros, de los cuales solo el primero ha llegado á nuestros dias.

Es muy notable lo sucedido con Orígenes, pues en tanto que San Pánfilo le defendía, impugnábale otro mártir no menos ilustre y mas autorizado por su dignidad de Obispo. Lo era de Tiro San Metodío, que alcanzó la palma del martirio hácia el año 312. Habia escrito sobre

la resurreccion un tratado bello y profundo y contra Orígenes, dos libros rebatiendo á Porfirio, y otros acerca de la Pitonisa, del libre albedrío, de los mártires y de las criaturas, todos los cuales en el transcurso de los siglos han perecido, haciéndonos mas sensible su pérdida la altísima idea que de su autor inspiró la única obra suya, que se ha conservado entera, y es el *Convite de las virgenes*, de la cual dice el abate Rhorbacher que por la elevacion de sus pensamientos y la poética brillantez de su estilo es digna de figurar al lado de los mas hermosos diálogos de Platon, porque á ellos se parece en la forma.

El ilustre mártir San Luciano consagró tambien su vida á los estudios, y dejó varios escritos, de los cuales segun Ceiller nos queda solo algun pequeño fragmento.

Lactancio fué el Ciceron cristiano de este siglo por la belleza y energía de su estilo: impugnó al paganismo en su obra de las *Instituciones divinas*, y lo deshizo: pintó con los mas vivos colores las venganzas del Altísimo en su tratado de *Mortibus persecutorum*; y anduvo poco explicito en su libro de la *Obra de Dios ó de la creacion del hombre*. Convienen los críticos mas sabios en que no mostraba acierto en la exposicion de las doctrinas teológicas del cristianismo. Ni hay que extrañar que no las

poseyese con la debida perfección, pues se convirtió á nuestra santa fé, segun parece, cuando ya era famoso profesor de retórica en Nicomedia, cuya enseñanza ocupó casi toda su larga vida, sin haber jamás pertenecido al número de los ministros del Señor. Fué un ejemplar vivo de las mas acendradas virtudes, y las hizo resplandecer en el palacio de su discípulo Crispo, hijo primogénito y presunto heredero del emperador Constantino.

Aun es mas célebre que Lactancio el Obispo de Cesarea Eusebio, á quien San Gerónimo llama el príncipe de los Arrianos, porque entre estos hereges sobresalia por su talento y erudicion, y á quien igualmente se ha dado en llamar el padre de la historia eclesiástica, aunque Egesipo le precedió en la gloriosa empresa. Fueron sus mas famosas producciones la *Preparacion evangélica* y la *Demostracion evangélica*, la *Vida y panegirico de Constantino*, la *Crónica* y la *Historia eclesiástica*, de la cual dice Rhorbacher: «La historia eclesiástica de Eusebio, así como la mayor parte de sus demás escritos, mas bien que una obra acabalada y una historia que merezca tal nombre, es una coleccion de piezas históricas y de pasajes largos de antiguos autores, cuyas obras han perecido despues. Consiste su principal mérito en habernos conservado con solicitud laudable preciosos monumentos.»

## CAPÍTULO XIV.

### SUMARIO.

Los solitarios y monges del Oriente. Ocupaciones de San Antonio en el monte. Un viaje. Un milagro. Un matrimonio santo. Funda San Ammon los monasterios de la Nitria. San Pacomio y San Palemón. Principio de los monasterios del desierto de Tabena. San Hilarion y su género de vida. Luchas.

Quando la cuchilla de los perseguidores dejó de segar los cuellos de los cristianos mas fervorosos, el espíritu de Dios pobló con ellos las abrasadas soledades de la Tebaida, de la Libia, de la Nitria y de la Palestina, y convirtió los desiertos en moradas de la perfeccion evangélica, que el Hijo de Dios vino del cielo á enseñar á los degenerados descendientes del pecador del paraíso. Allí la penitencia estableció su reino custodiado por el silencio y por el mas absoluto desasimiento de todas las cosas del mundo: allí la oracion hizo que hombres, cuyos piés pisaban todavía este mezquino suelo, vivieran ya en las alturas celestiales: allí parecia que los coros de los Ángeles habian bajado á henchir continuamente los espacios con la sonora armonía de los cantares divinos: allí habia

muerto la carne, y el espíritu del hombre se habia endiosado en aquellos sublimes solitarios de Oriente por su íntima union con la Divinidad. Tal es la idea, que los ilustres escritores de aquel tiempo nos han dado acerca de los penitentes moradores de los desiertos.

Ocupa entre estos un lugar distinguidísimo, si no el primero, el ínclito padre de la vida eremítica San Antonio, á quien ya hemos visto hecho maestro y guía de muchos monges en los caminos de la santidad. Vuelto á su monasterio terminada la persecucion de Maximino en Alejandria, anhelaba hablar con solo Dios; pero la fragancia de sus virtudes le atraia una muchedumbre de menesterosos, que venian á solicitar de él gracias extraordinarias sabedores de que el Señor le habia concedido obrar milagros. Hacíalos efectivamente en beneficio de los muchos, que acudian á manifestarle sus necesidades espirituales ó corpóreas y á pedirle el auxilio de sus oraciones. Y la misma afluencia de gentes admiradoras de su mérito, y la facilidad, que habia recibido de lo alto para multiplicar los prodigios, que la divina Omnipotencia obraba por su medio, le inspiraron temores de caer en alguna tentacion de vanagloria, siendo este el motivo y el aguijon que le impulsaba á huir del consorcio de los mortales. Quería volar á esconderse en las soledades de la Tebaida; pero



una voz del cielo le mandó que no tomase aquella direccion, y que se internase en el mismo desierto que ya habitaba. Agregóse Antonio á unos Sarracenos, que por allí pasaban, y anduvo en compañía de ellos tres dias y tres noches hasta descubrir el sitio, que la Providencia le deparaba para su mayor retiro. Era este una montaña, á cuya falda corria un agua limpia, fresca y cristalina. Con ella tenia el santo solitario el regalo, que necesitaba para templar de cuando en cuando los ardores de la sed, y los Sarracenos le dejaron algunos panes, habiéndole cobrado en el viaje tanta aficion que no olvidaban la caridad de llevárselos siempre que transitaban por aquel escondido paraje. Ni fueron los únicos en prodigarle este beneficio, pues sabida por sus hermanos su novel morada, acudian á remediar su hambre con algunos panes. Para no ocasionarles semejante molestia, les suplicó que le lleváran un azadon, una hacha y un poco de trigo á fin de sembrarlo él mismo y comer con el sudor de su frente. Hiciéronlo asi; y el santo solitario cultivaba para mantenerse un trocito de tierra, y unas palmeras, que amenizaban las márgenes del apacible arroyuelo, le ofrecian sus sabrosos dátiles. Habia sido costumbre de los feroces animales de las cercanías ir á beber el agua del manso arroyo contiguo al sembrado del venerable Antonio, y

lejos de respetarlo, inutilizaban el trabajo de sus manos santísimas, hasta que un dia cogió cariñosamente á una de aquellas bestias, y dirigiéndose en ella á todas las demás, les reconvino por el daño que le hacian, y les mandó que no volvieran á parecer por aquel sitio. Le obedecieron los feroces brutos con sumisa puntualidad, y en adelante al cultivo de su pequeño campo correspondian las doradas espigas de sazonado trigo. Mas sus hermanos, que no dejaban de venir á visitarle y á oír de sus labios lecciones de elevada sabiduría, viéndole algo decaído por la vejez, le rogaron que les permitiese llevarle de tiempo en tiempo aceitunas y legumbres. Admitió el Santo el obsequio, y en pago les daba cestitas, que él mismo hacia. Le pidieron una vez el favor de que con ellos bajára á su monasterio; condescendió, y puestos en camino por aquellos ardientes arenales, se les acabó el agua, y no hallaban una fuente en que apagar su sed y donde llenar los vacíos odres; pero Antonio confiado en su Dios se apartó un poco de sus hermanos, se arrodilló, levantó al cielo los brazos, y oró, siendo tan eficaz su oracion que allí donde se habia arrodillado hizo Dios aparecer una fuente de agua: regocijaronse con ella los fatigados caminantes, satisficieron su angustiadora sed, y prosiguiendo su ruta, llegaron á los monasterios de Pisper. Fué en

ellos recibido Antonio como un padre, y sintió una singular alegría viendo el fervor de los monges y á su hermana, que se habia encanecido guardando virginal pureza, y capitaneando á otras vírgenes. Pasados algunos dias, volvió á su querida montaña, á la cual iban muchos á verle para oír sus consejos ó lograr la curacion de sus males.

Poblábanse con otros santos otras soledades. Sus padres habian obligado á casarse á Ammon, que aun no tenia mas que veinte y dos años, y era de familia noble y rica; empero el mismo dia de sus bodas leyó á su esposa el elogio, que San Pablo hace de la virginidad, y la persuadió á vivir con él en perpétua continencia. Asi vivieron juntos cual dos ángeles por espacio de diez y ocho años, hasta que habiendo muerto sus padres, buscó él un retiro solitario en la cima de la montaña de Nitria, y allí estuvo veinte y dos años, y por consejo de su amigo San Antonio fundó muchos monasterios sobre aquellas cumbres. Su esposa en tanto convirtió su propia casa en otro monasterio, en el cual bajo su direccion una multitud de fervorosas vírgenes hacia resplandecer las virtudes é imitaba las austeridades de los mas célebres anacoretas.

Habian desembarcado en Tebas varios jóvenes obligados á tomar las armas, y estaban

como presos, y sufrían malos tratamientos. Lo supieron algunos cristianos de la ciudad, y volando en su auxilio les hicieron todo el bien que les fué posible. Uno de aquellos reclutas llamado Pacomio, maravillado de la caridad de sus bienhechores, preguntó quiénes eran; y se le dijo que eran cristianos, y que á todo el mundo mostraban igual caridad, pero en especial á los extranjeros. «¿Y qué quiere decir, repuso, ese nombre de cristianos?» Á lo cual se le respondió que los cristianos eran unos hombres piadosos, que creían en Jesucristo, Hijo único de Dios, y á todos hacían todo el bien que podían con la esperanza de alcanzar un galardón futuro. Lleno de admiración Pacomio alzó las manos al cielo y exclamó: «Dios omnipotente, que habeis hecho los cielos y la tierra, si ois propicio la súplica que os dirijo, si me concedéis un cabal conocimiento de vuestro santísimo nombre, y me poneis en libertad, me consagraré á vuestro servicio todos los días de mi vida, y menospreciando el siglo, me entregaré enteramente y para siempre á vos.» Obtenida su licencia, cumplió Pacomio su voto, recibió el bautismo, y se fué en busca de un anciano solitario llamado Palemon, y le rogó que le vistiera de monge. Entreabriendo Palemon la puerta de su celdilla, le dijo: «No podéis ser monge aquí; no es fácil hacerse verda-

dero monge; muchos han venido, mas no han perseverado.» «Así será, replicó Pacomio, pero no todos se conducen del mismo modo.» Y el anciano repuso: «Ya os lo he dicho, no podeis haceros monge aquí; id á ensayaros en otra parte, y despues volvereis. Porque yo hago una vida algo frugal: todo mi alimento es un poco de pan y un poco de sal. Paso la mitad de la noche cantando salmos ó meditando las Sagradas Escrituras. Y á veces me estoy toda la noche sin cerrar los ojos.» Empezó Pacomio á temer al oír esto; mas sin embargo respondió alentado por la divina gracia: «Espero de nuestro Señor Jesucristo que con el auxilio de vuestras oraciones perseveraré hasta morir en ese tenor de vida.» Y cumplió su palabra. Despues de un noviciado de varios años, habiendo tenido una revelacion, se dirigió en compañía de Palemon al desierto de Tabena en la diócesis de Tentyra, y allí edificó muchos monasterios, en los cuales llegó á ver siete mil religiosos, que recibieron de él su regla.

Otro jóven, que estudiaba las humanidades en Alejandria, brillando por su talento, y haciéndose por sus bellas prendas amable á cuantos le conocian, movido repentinamente por la divina gracia se convirtió al cristianismo hácia el año 307, y habiendo oído hablar de la eminente santidad de Antonio, quiso ser ocular tes-

tigo de sus virtudes, y á este fin se dirigió á su desierto: dos meses estuvo en su compañía, admirando su extraordinario género de vida y enamorándose de él; pero como era tanta la afluencia de gentes, que acudian á solicitar de Antonio el prodigioso remedio de sus enfermedades, le pareció que para principiar la vida solitaria no era á propósito aquel sitio; y así se despidió del venerado Antonio. Llamábase Hilarion este jóven intrépido, que solo contaba 15 años de edad, é intentaba ya llegar de un brinco á la cima de la perfeccion evangélica: era su patria la Palestina, y á ella se encaminó con la esperanza de hallar en sus desiertos una soledad mas escondida. Llegado á su país, supo que ya habian fallecido sus padres, y distribuyó sus bienes entre los desvalidos pobres y sus hermanos, sin quedarse con una sola hilacha. Tal aficion á la pobreza inspira el amor de Jesucristo á las almas verdaderamente generosas. Desprendido de todo lo terreno, fué Hilarion á fijarse en un desierto situado entre el mar y un pantano. Dormia sobre el desnudo suelo, ó sobre una esterilla de juncos; y aunque su complexion era en extremo delicada, no tenia mas abrigo que una endeble cabaña, que él mismo hizo de juncos y de yerbas pantanosas: consistian sus vestiduras en una túnica de pieles, que San Antonio le habia

dado, y en un rústico capote de campesino. Su comida eran quince higos secos, los cuales tomaba despues que el sol se habia retirado del horizonte; y cuando sentia tentaciones, solia combatirlas privándose de aquel escasisimo alimento, ó reduciéndolo á casi nada. Desde un principio habia proscripto el pan. Á los 21 años de su edad trocó la mencionada cabaña por una especie de sepulcro, que él mismo se dispuso y fabricó: no cabia en él estando de pié, pero su anchura era mayor. Su espíritu vivia en Dios, y sus manos santas cultivaban la tierra, ó se ocupaban en hacer cestitas segun la usanza de los solitarios de Egipto. Asi vivió esta columna de santidad hasta los 80 años, pero no sin luchar con el infierno y con sus tenebrosos principes, cual luchaban igualmente y con denodado esfuerzo San Antonio y San Pacomio en sus respectivos desiertos. La guerra es una condicion de la vida humana, como atestigua Job, que á nuestra existencia llama milicia sobre la tierra, y por lo mismo no falta á los mayores Santos. Peleaban y triunfaban estos tres caudillos de la virtud, que hinchieron las soledades del Egipto, de la Tebaida y de la Palestina con el aroma de santidad que exhalaban sus innumerables hijos; y en premio de sus combates ponia el Señor á su arbitrio su omnipotencia para que obrando multitud de pro-

digios acreditasen la divinidad de la religion, que los hacia serafines humanos, y publicasen las misericordias del Altisimo sanando todo género de enfermos.

## CAPÍTULO XV.

### SUMARIO.

Persecucion de Licinio. Los cuarenta mártires coronados. Heroismo de una madre cristiana. Guerra entre Licinio y Constantino: su éxito y sus consecuencias. Nuevo triunfo de la religion de Jesucristo. Constantino la protege y contribuye al descrédito y caida de la idolatría.

No fué de larga duracion la paz del mundo despues del exterminio de los tiranos perseguidores de la Iglesia. Constantino y Licinio eran muy desemejantes en el carácter, en las costumbres y en los antecedentes de su vida para que mancomunados en cierto modo sus intereses, y puestos en mas estrechas relaciones por los vínculos de familia, pudiesen gobernar bien avenidos. Se hicieron la guerra, y aunque luego las cosas se arreglaron, quedando en paz los dos Emperadores, el ánimo de Licinio no se curó de la llaga, y el rencor y la envidia le movieron á proceder en todo de un modo opues-



to á la decision, con que protegía á los cristianos el hijo de Santa Elena. Licinio, que habia sido objeto de las maravillas del Altísimo é instrumento de su Providencia para la ruina de Maximino, no dió entrada en su alma á la divina gracia, porque jamás abrazó el cristianismo, no perseveró en el bien, ó mejor dicho, en el propósito de serle favorable. Nunca tuvo elevacion de miras, ni grandeza de alma, ni se sabe que en el tiempo en que fué propicio á los cristianos, hubiese moderado la relajacion de sus perdidas costumbres; de suerte que su mudanza hostil á la religion de Jesucristo no deberia producir tanta maravilla. Principió dictando órdenes ridículas y extravagantes, que servian de trabas al ejercicio de la religion, y estorbaban el culto público debido á la Magestad divina. Prohibió á los Obispos el reunirse en Concilios, y el instruir á las mujeres, y al pueblo el concurrir á las iglesias, diciendo que seria para sus asambleas mas saludable el aire del campo, y mas conforme á la honestidad el que las mismas mujeres enseñasen á las de su sexo. Pero estas mal embozadas hostilidades á la Iglesia no tardaron en irse desenmascarando por medio de hechos de mas descubierta tiranía.

El anciano Emperador arrojó de su palacio á los cristianos, que en él tenia á su servicio, confiscó los bienes de muchos, á otros esclavizó vilmente,

á otros despojó de sus dignidades, á otros, que eran libres y de noble condicion, vendió á bajo precio como esclavos, á todos afligió, á todos oprimió de diversas maneras, y en particular se estrelló con los Obispos. Padecieron especialmente los del Ponto, muchos de ellos alcanzaron la corona de mártires, y San Basileo, que lo era de Amasea, capital de la provincia, fué una de las mas esclarecidas víctimas de la injusta ira de este mónstruo de horrible ingratitude. Ayudábale en la nefaria empresa Eusebio Obispo de Nicomedia, que ya abrigaba en su malvado pecho sentimientos injuriosísimos á la Divinidad del Verbo, y que bien luego fué uno de los primeros campeones de la heregía arriana: lo atestigua el gran Constantino en la carta, que escribió á los cristianos de aquella ciudad y se halla en la Historia eclesiástica de Teodoro, libro 1, cap. 20.

Pero si es uno el infiel desertor, son muchos los que mantienen hasta morir la fé jurada á Jesucristo: distínguese entre ellos San Blas, Obispo de Sebaste, cuyas reliquias han obrado insumables prodigios; y en la misma ciudad los cuarenta invencibles soldados, que pertenecian á la inmortal legion Melitena, y eran de lo mas gallardo y valeroso que imaginarse pueda en la milicia. Se les intimó que sacrificáran á los ídolos; y resistieron á sus jefes amenazadores; se les

prometió lo que mas lisonjea al hombre, y lo despreciaron; se les hizo padecer espantosos tormentos, y los sufrieron con admirable constancia y alegría; se les encerró en una prision oscura, y la convirtieron en iglesia con el fervor de sus oraciones, pues no hacian mas que disponerse á morir como mártires. Sentenciados á exhalar el último aliento al rigor del frio en lo mas terrible del invierno, y despojados de todos sus vestidos, solo pedian al Señor que no se disminuyera su número de cuarenta confesores y mártires y que todos ellos lográran consumir su sacrificio. El lugar de su cruel suplicio estaba inmediato á las estufas ó baños de la ciudad, y allí se hallaba de guardia un militar, que tenia orden de acojer y llevar al baño de agua templada á cualquiera de aquellos, que no pudiendo resistir el frio, quisiese abandonar las banderas de Jesucristo. Á este fin los observaba con la mayor atencion, y vió asombrado bajar al mismo Rey del cielo rodeado de legiones de Ángeles que traian brillantísimas coronas para los invictos mártires, y al propio tiempo uno de ellos habia dejado de pertenecer á la gloriosa compañía apostatando y corriendo á buscar alivio en el baño de agua templada, donde espiró al momento. Movidó por tales espectáculos, y confesándose cristiano, corrió el centinela á ser condenado al suplicio de

los felices mártires, y á cumplir sus votos de que no se disminuyera el número de cuarenta, sustituyendo al infeliz apóstata, y ciñéndose la corona de eterna gloria, que por falta de un poco de constancia cambió aquel desdichado por tormentos, que no se han de acabar.

Muertos ya los coronados atletas, hacinaron sus cadáveres sobre un carro para llevarlos fuera de la ciudad y reducirlos á pavesas; pero uno de ellos aun daba señales de vida, y compadecidos los paganos de su misérrimo estado, le dejaban esperando que aun mirase por sí y alcanzase indulgencia del gobernador, abjurando la fé cristiana. Y su religiosa madre, que allí se hallaba, se indignó al entenderlo, y acercándose á su hijo, que estaba casi exánime, levántole del suelo y le animó con palabras de sagrado fuego á no quedarse postergado, á concluir gloriosamente la comenzada carrera, y á inmolar á su Dios aquel resto de vida, que aun le quedaba. Y estos mismos eran los vehementes deseos de su moribundo hijo. Llena de gozo al oírseles expresar del modo que su desfallecimiento le permitia, le cojió en brazos, y lo llevó al carro, y lo puso sobre los cadáveres de sus santos compañeros, y le exhortó de nuevo á la heroica perseverancia, y siguió al carro y presencié enajenada de júbilo el incendio, ó mejor dicho, el voluntario holocausto

del fruto amado de sus conmovidas entrañas.

Describiendo el Cardenal Orsi esta persecucion de Licinio, refiere especialmente los martirios de otros ciento y tres cristianos, entre los cuales figuran varios Obispos y cuarenta vírgenes.

Semejante conducta de su cuñado habia de indignar á Constantino, que por otra parte ya tenia de él motivos de resentimiento. Los combustibles estaban hacinados; bastaba una chispa para que ardieran y se tornáran en voraz incendio. Asi fué. Los dos señores del mundo romano se dispusieron á la guerra, Constantino esperando la victoria del verdadero Dios, y llevando en su comitiva varios Obispos, que la alcanzáran con sus oraciones, y Licinio confiando en sus ídolos y en las mentidas promesas de los arúspices, augures, adivinos, envenenadores y demás ministros de las potestades del infierno. Constantino honraba muy singularmente su Lábaro, en el cual brillaba la santa cruz, y con el mayor respeto le colocaba en una tienda de campaña hecha á este fin, y allí oraba la víspera del dia de la batalla, preparándose como á una solemnidad cristiana con ayunos y mortificaciones. Licinio se entregó en un bosque á los excesos de la supersticion pagana, y en él delante de sus ídolos prometió que si le daban el triunfo, haria al cristianismo una guerra exterminadora. Se trabó la fiera lid entre ambos

ejércitos cerca de Andrinópolis, y aunque sus fuerzas eran inferiores, Constantino deshizo las de su rival, le obligó á encerrarse en Bizancio y á huir de allí á Calcedonia, en cuyas inmediaciones le volvió á vencer, causando tal estrago en sus huestes que de ciento treinta mil guerreros escasamente se salvaron tres mil.

Crispo, hijo primogénito de Constantino, había ganado una batalla naval á la armada de Licinio, y este derrotado Emperador viéndose en Nicomedia, á donde llegó fugitivo, sin esperanza de enderezar el caído carro de su fortuna, por sí mismo se presentó á Constantino, dejando en sus manos la púrpura, llamándole su emperador y señor, y pidiéndole por toda gracia que le conservára la vida. Constantino le perdonó y le envió á Tesalónica. El carácter inquieto del anciano desposeído de su imperio le ocasionó la muerte, que de allí á poco le mandó dar su vencedor. La mayor parte de los historiadores convienen en que Constantino procedió con justicia por haber Licinio urdido nuevas tramas, hasta el punto de concertarse con los bárbaros enemigos del imperio; y Bergier le defiende en su *Diccionario teológico* de las acusaciones de algunos autores hostiles al cristianismo, que él puso sobre el trono de los Césares. Pero para un filósofo imparcial, que conociendo el corazón humano, haya examinado

la índole de la generalidad de los hechos de Constantino, no será dudoso que Licinio le hubiese dado márgen á usar con él de semejante rigor, pues aunque las muertes de Crispo y Fausta acusan á Constantino de alguna violencia y de falta de maduro juicio, ó crédula precipitacion, la conducta, que observó en muchas otras ocasiones, cual por ejemplo perdonando á Maximiano Hercúleo despues de vencido, á cuantos le hicieron la guerra con Majencio, y al mismo Licinio, y la lenidad, con que solia proceder en las causas de los mas contumaces arrianos y donatistas, persuade que no era hombre capaz de fulminar sentencias de muerte á sangre fria ó sin algun motivo, al menos aparente, mas justo en su opinion. En la citada obra de Bergier y en el artículo correspondiente á su nombre puede verse que sin fundamento se le acusa de haber hecho morir á su sobrino Licinio. Lo positivo es que á su triunfo siguió en la Iglesia universal alegría. El Oriente reunido á su imperio vió á los confesores de Jesucristo volver de sus destierros, tranquilizarse á los tímidos, declararse por la verdadera religion á los que fluctuaban, convertirse innumerables gentiles, abrirse unos templos, reedificarse otros, llenar sus sacrosantas bóvedas los cánticos religiosos, enjugar sus lágrimas las vírgenes, que estuvieron despavori-

das, y trocar la Esposa del Cordero divino sus vestiduras de duelo en otras mas pomposas y brillantes de júbilo y de fiesta.

Constantino contribuyó sobremanera á este nuevo y glorioso restablecimiento de la Iglesia en los países, en que Licinio la habia abatido con su violenta persecucion: publicó edictos, en que reconocia deber todos sus triunfos y prosperidades á la visible proteccion del verdadero Dios, y agradecido á sus inmensos beneficios declaraba su firme voluntad de consagrar enteramente á su gloria, á su servicio y al engrandecimiento de su religion divina todos sus bienes, su poderío, su influjo, su brazo, su alma y su vida; y aunque confesaba que los perseguidos por la fé no necesitaban recompensas mundanas, pues se habian asegurado en el cielo otras de mas subido precio, sin embargo á él le incumbia hacer todo lo posible por reintegrar en sus derechos, honras y propiedades á los que injustamente habia desposeido la opresora tiranía de los malvados; y así para cumplir con su propia conciencia, como tambien para satisfacer su noble ambicion de cooperar al esplendor y grandeza del culto debido á su adorable Bienhechor, dictaba las mas oportunas providencias para la devolucion de cuanto habia pertenecido á las iglesias y á los fieles, y ordenaba que se amplificasen los templos y se le-



vantasen otros nuevos muy espaciosos á expensas del erario, ó á las de su patrimonio particular. Envió á las provincias gobernadores cristianos, y á los que todavía no lo eran, les prohibió el ostensible ejercicio de las paganas supersticiones. Por manera que los depositarios de su autoridad ya no consultaban los oráculos, ya no ofrecian víctimas á las mentidas divinidades del gentilismo, y estas se veian abandonadas á la devocion de los que aun seguian en las sombras del error y bajo el dominio de los infernales espiritus. No satisfecho el celo del victorioso Emperador con franquear sus tesoros á las iglesias y con hacer cuanto estaba á su alcance para honrar á los cristianos mas ilustres, dirigió á los pueblos de Oriente una patética exhortacion, invitándolos á que se reunieran en un mismo culto, adorando todos al único verdadero Dios, cuya providencia se ostentaba en la caida del politeismo y en las victorias, que á sus armas habia concedido, eligiéndole por instrumento de las extraordinarias mudanzas, que se admiraban sobre la faz de la tierra. Dejó en pié casi todos los templos de los ídolos, ni á los obstinados gentiles prohibió el adorarlos; pero hizo lo conveniente para que estos se fuesen desengañando por sus propios ojos, y se convencieran de que todo era ilusion, mentira y fraude. Á fin de mostrar la impotencia



de los dioses del Olimpo, mandó destechar algunos de sus templos, y con las lluvias se fueron arruinando; á otros despojó de sus venerados simulacros, los cuales puestos en las plazas públicas para ornato de ellas por su mérito artístico, recordaban su derrota á los transeuntes, que los menospreciaban viéndolos despojados de su antigua gloria; tambien dispuso que los de plata y oro se fundieran, y empleó su importe en obras de caridad. Entonces fué el ver los mismos paganos que muchos de sus idolos estaban rellenos de harapos ó de paja, y que las calaveras de los hombres servian á sus sacerdotes para las abominaciones de la mágia; entonces fué el descubrir, penetrando todos en sus mas recónditos santuarios, que no habia demonio, fantasma, ni verdaderos oráculos; y entonces fué el disiparse cual humo las nefandas supercherías creidas por tantos siglos.

## CAPÍTULO XVI.

### SUMARIO.

Concilio de Arles: carta de Constantino; apelan á este Emperador los Donatistas y son condenados: prosigue la historia de estos cismáticos: seis heregias. Celebracion de varios Concilios orientales. Los cuatro grados de la penitencia pública.

En África siguieron las turbulencias excitadas por los Donatistas. No conformándose estos cismáticos con la benigna sentencia del Sumo Pontífice y su Concilio romano, inquietaban al Emperador con nuevas apelaciones. Constantino para quitarles todo especioso motivo de queja, por injusta que fuese, mandó que en el África se abriera un juicio sobre la conducta de Felix Obispo de Aptonga, por quien fué consagrado el Obispo de Cartago Ceciliano, y apareció mas clara que la luz del mediodia la inocencia de aquel calumniado Obispo. No por esto cesaron los Donatistas en su demanda, y Constantino tuvo la debilidad de acceder nuevamente á sus deseos, haciendo que en Arles se reuniera un Concilio mas numeroso que el de Roma. El Pontífice San Silvestre, que por muerte de San Melquiades ocupaba la Santa Sede, no creyó

conveniente asistir á él en persona. Los Padres de este Concilio Arelatense le escribieron luego una carta muy respetuosa, dándole cuenta de cómo habian fallado la causa de los Donatistas en contra de ellos.

Ni fué inútil la celebracion del Concilio, porque varios cismáticos volvieron al seno de la unidad, aunque otros muchos se obstinaron en su ciega locura incansables en apelar al poder civil. Asi admirado de su contumaz temeridad escribia Constantino á los Padres de aquel Concilio: «Y cierto que bien merecen que se aleje de ellos la clemencia de Cristo como de hombres aborrecibles al cielo, y cuya arrogancia y temeridad ha llegado hasta el extremo de recurrir á mi tribunal (cosa que no puede oirse sin indignacion y horror) despues de vuestro recto é inapelable juicio. ¡Cuántas veces me ha sido preciso contener sus malignos recursos! ¡Misera- bles! Reclaman mi juicio, sin reflexionar que yo mismo espero el de Cristo, cuya autoridad poseen los sacerdotes, y cuyas decisiones deben respetarse como si emanáran del mismo Señor, que en ellos reside para juzgar. ¿En qué piensan pues esos hombres malignos y verdaderos instrumentos del diablo? Buscan los tribunales de la tierra y abandonan los del cielo. ¡O rabiosa y furibunda temeridad! Cual acostumbran hacerlo los gentiles en sus causas, así han in-

terpuesto ellos la apelacion, pero con la diferencia de que aquellos apelan de un tribunal inferior á otro superior, y estos apelan del cielo á la tierra y de Jesucristo á un hombre.»

Este piadoso Emperador, que tan instruido se mostraba en las diversas atribuciones de ambas potestades, fastidiado de la importunidad de los Donatistas se puso en contradiccion consigo mismo y en pugna con los bellos sentimientos, que acabamos de ver expresados con tan valiente energía, pues al fin admitió la apelacion de aquellos sectarios, esperando ilusoriamente que con esto pondria un término á sus turbulencias. Mas no fué asi. Juzgó en favor de Ceciliano, y los que no se habian sometido al juicio de la Iglesia, resistiendo á dos Concilios y al Sumo Pontífice, tampoco se conformaron con la sentencia del príncipe, porque les era contraria. Dijeron que le habian seducido los partidarios de Ceciliano, y apelaron á sí mismos, no hallando ya en el mundo otro tribunal á donde recurrir.

Desengañado Constantino de la inutilidad de sus esfuerzos, reconoció su culpa, se arrepintió, y á los Obispos católicos pidió perdon del grave yerro de haberse extralimitado é inmiscuido en un negocio, que no era de su competencia. Y cerciorado ya por sus propias actuaciones de la obstinada perversidad de los Donatistas, les impuso diversos castigos, y ordenó que restituye-

ran á los católicos las iglesias que les habian quitado.

Sostúvose sin embargo en el África este ominoso cisma, á pesar de que muchos volvieron á la verdadera Iglesia con las represivas disposiciones de Constantino, y adquirió cierta fuerza con haber sucedido á Mayorino en la sede primaria de la secta un Donato, que á la verdad se hallaba dotado de eminentes cualidades para ser cabeza de partido y alucinar al populacho ignorante con la apariencia de la virtud. Talento nada comun, elocuencia persuasiva y seductora, costumbres arregladas, aire de autoridad, activo empeño en tremolar la bandera de la discordia, odio tenaz á los católicos y brio para llevar adelante la empresa de hacerles cruda guerra fueron el conjunto de circunstancias, que le merecieron dar su nombre á la faccion que acaudillaba, y en ella fama de santo y extraordinario crédito.

Bien luego se añadió como generalmente acontece, al caprichudo cisma la heregía. Entre los Donatistas se hizo un dogma el que ellos solos componian la verdadera Iglesia, y que esta habia perecido en el resto del mundo; solo ellos eran los hijos de Dios, y los demás, que llevaban la denominacion de cristianos, habian de ser tenidos por paganos. Otro de sus errores fué que la validez de los sacramentos dependia

de la santidad de quienes los administraban, y como solo ellos se reputaban santos, volvian á bautizar á los ya bautizados que abrazasen su secta, aunque fuera de ella hubiesen llegado á la dignidad de Obispos.

En lo sucesivo mostró el benigno Constantino para con estos sectarios una absoluta tolerancia, que el Cardenal Orsi califica de excesiva, porque los depositarios del poder público no deben, cual los particulares, dejar á Dios el castigo de los malhechores, y es indudable que lo eran los Donatistas, pues teniendo la santidad solo en los labios, escandalizaban el África con la abominable depravacion de su conducta y agitaban en ella la tea incendiaria de la feroz discordia.

Tambien sobre el Egipto pesaba desde el año 301 la desoladora plaga de otro funestísimo cisma llamado de Melecio, porque en él tuvo su origen y su conservador. Era Obispo de Lycopolis, y como por varios delitos y principalmente por haber quemado incienso á los ídolos le hubiese depuesto en un Concilio provincial el metropolitano Obispo de Alejandría San Pedro, lejos de someterse á esta sentencia, se hizo cabeza de un lamentable cisma, dando por pretexto de su rompimiento con el santo Obispo alejandrino la discordancia de sus pareceres en el negocio de la reconciliacion de los apóstatas, en el cual juzgaba que debia desplegarse mucha

mayor severidad. Y aquí vemos otro testimonio de la dureza, que distingue á los que se apartan de la Iglesia Católica, digna Esposa del divino Señor, que dijo: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.»

Celebráronse por estos años, cuando la Iglesia empezaba á respirar libre ya de las persecuciones paganas, varios Concilios, que podemos llamar orientales, porque fueron tenidos en diversos lugares del Oriente, siendo los mas conocidos y famosos los de Ancira y Neocesarea. En ellos por punto general no se suscitaron cuestiones dogmáticas, contrayéndose los Padres de estos Concilios á arreglar la legislacion de sus Iglesias, y dirigiéndose la mayor parte de sus cánones á establecer las bases de la penitencia pública, que correspondia á cada delito, aunque la aplicacion de la pena quedaba siempre reservada al prudente arbitrio del Obispo respectivo, que fijaba el tiempo de la penitencia y la abreviaba en casos dados. Los autores, que latamente escriben la eclesiástica historia, casi siempre copian los mencionados cánones; empero su multiplicidad ensancharia demasiado los límites propios de esta obra; y no reparo en omitir las disposiciones canónicas emanadas de Concilios, que no sean generales, porque en las de estos se hallará todo el espíritu de la ya abrogada disciplina de aquella venerable antigüedad. Por



otra parte es muy sabida la limitacion de la autoridad é influjo de los dichos Concilios provinciales ó nacionales, y nadie que esté medianamente versado en semejantes materias ignorará las alteraciones, que sufrían las reglas disciplinares relativas á la penitencia pública, y por lo mismo considero peligroso, como inductivo á dejar equivocadas ideas en los lectores el trasladar los cánones de un Concilio, omitiendo por brevedad los de algun otro posterior, en que aquellos se reformaron ó quedaron abolidos. Bastará pues dar en este lugar una sucinta noticia de los cuatro grados de la penitencia pública, á que por lo comun se refieren los antiguos cánones siempre que hablan del castigo de graves delitos, los que por su misma naturaleza habian tenido cierta publicidad, qual por ejemplo el homicidio y la apostasía. Eran aquellos grados ó diversos órdenes de penitentes: 1.º El de los gimientes ó de los que lloraban. 2.º El de los oyentes. 3.º El de los prosternados. 4.º El de los consistentes. Reuníanse los primeros con traje lúgubre, cubiertos de cilicio y ceniza y con la cabellera despeinada y suelta en el pórtico exterior de la iglesia á llorar amargamente sus culpas y á implorar echándose á los piés de los fieles su intercesora mediacion para con Dios, para con el Obispo, para con el clero y para con toda la Iglesia

á fin de que se compadeciesen de ellos. Á los oyentes se les admitia en la parte inferior de la iglesia, á la cual podian tambien entrar los gentiles, los judios, los hereges, los cismáticos y los catecúmenos del primer orden, es decir, los que solo habian declarado su propósito de hacerse cristianos, á fin de que pudiesen oir los sermones y la lectura de las divinas Escrituras. El lugar destinado á los que se hallaban en el tercer grado de la penitencia pública estaba en medio del de los antedichos y el de los fieles, y se extendia hasta cerca del púlpito, sitio elevado, al cual se subia por algunas gradas, y en el cual se leian los dísticos, cantábanse los himnos y los salmos y se pronunciaban las homilias. Se les permitia estar en la iglesia hasta que se hubiese acabado la misa llamada de los catecúmenos, y despues de estos, postrados tambien ellos á los piés de los sacerdotes, se llegaban en actitud humilde á que se les impusiera las manos en la cabeza, ceremonia, que se hacia rezando oraciones, y no se daba principio á la ofrenda de la oblacion incruenta hasta que ellos y los catecúmenos salian del templo. Á los penitentes, que se hallaban en este grado, se imponian tambien otros ejercicios de mortificacion; y los Obispos observaban con el mayor cuidado la puntualidad, con que aquellos los cumplian.

Llamóse el cuarto grado de los consistentes, porque se les permitia proseguir en la iglesia asistiendo á los divinos oficios despues de la salida de los catecúmenos, y asi se hallaban presentes junto con los fieles á la oblation solemne, pero sin que se les admitiese á la participacion de los misterios sacrosantos. Poníanse entre el púlpito y el santuario. Era lo comun que la penitencia pública durase algunos años, y se hacia sin perjuicio de la confesion auricular y de las penitencias privadas, que en ella como ahora mandaba el confesor. Saludables sin duda alguna eran los efectos de aquella antigua disciplina; mas nosotros persuadidos de la propia flaqueza, lejos de lamentar su abolicion, deberiamos dar á Dios infinitas gracias porque nos ha hecho nacer en tiempos, en que la Iglesia nuestra sabia madre, constantemente dirigida por el Espiritu Santo, se muestra tan piadosa y benigna al castigar á sus culpables hijos, no cual lo merecemos, sino atendiendo á la bondad inmensa de nuestro divino Salvador, y haciendo que por medio de las santas indulgencias entremos en el erario de las misericordias del Altísimo á apropiarnos la satisfaccion, que por nuestros pecados le dió en su pasion y muerte aquel inocentísimo Cordero inmolado desde el principio de los siglos.



## ÍNDICE.

Páginas.

### SIGLO TERCERO.

#### CAPÍTULO V.

San Dionisio, Obispo de Alejandría: tumulto de esta ciudad contra los cristianos. Persecucion de Decio. Apostasías. Martirio del Papa San Fabian. Sabia conducta de San Cipriano. Epístola del clero romano al de Cartago. Mártires en el África. San Celestino y sus hermanas Numedia y Cándida. 5

#### CAPÍTULO VI.

Caidos, que se arrepienten. San Dionisio, Obispo de Alejandría, durante la persecucion. Mártires en aquella ciudad. San Pablo, primer ermitaño. Caridad de los mártires para con los apóstatas arrepentidos. Orígenes sufre tormentos por la fé: su muerte: epitafio que se le debia poner. Martirio de San Alejandro, Obispo de Jerusalem. San Babilas muere en la prision.

San Gregorio Taumaturgo: prodigios que le libran de sus perseguidores: su pueblo de Neocesarea es acometido por ellos: vision del Santo Obispo. San Máximo y San Felix; bellísimas escenas prodigiosas. . . . . 17

CAPÍTULO VII.

Martirio de San Pionio. Martirio de San Máximo en el Asia: id. de San Pedro de Lampsaco en el Helesponto. Apostasía y muerte espantosa de Nicómaco. Martirio de los Santos Pablo y Andrés y de la virgen Dionisia. Martirios de otros muchos Santos en toda la extension del orbe cristiano. Admirable confesion de Acacio. Sabiduría, celo y caridad de los presbíteros romanos. 27

CAPÍTULO VIII.

Cisma de Novato y Felicísimo. Concilio reunido por San Cipriano. Cisma de Novaciano, primer antipapa. Concilio de Roma. San Dionisio de Alejandría y San Cipriano sostienen el catolicismo con su celo y escritos. Conversiones de cismáticos. Tratados de San Cipriano sobre la penitencia y sobre la unidad de la Iglesia. . . . . 35

CAPÍTULO IX.

Tercer Concilio cartaginense. Persecucion de

Galo. San Cornelio y su pueblo. Martirio de San Hipólito, presbítero de Roma. En el África muchos apóstatas se convierten y dan la vida por Jesucristo. Peste en el imperio romano. Diverso proceder de cristianos y gentiles; virtudes de aquellos particularmente en Cartago y Alejandría. Disputa de San Cipriano y sus asambleas cartaginesas con el Papa San Esteban acerca de la validez del bautismo administrado por los hereges. . . . . 44

CAPÍTULO X.

Persecucion de Valeriano. El Sumo Pontífice San Esteban. Hipólito. Conversion de Adrias y Paulina. Martirio de San Máximo. Martirios de otros varios Santos. Otros mártires de Roma. Martirio de San Cipriano: id. de San Fructuoso, Obispo de Tarragona y de sus compañeros. Extraordinarias penalidades de los Obispos africanos. Nuevo y mas cruel edicto de Valeriano contra los ministros de Dios y contra todo género de fieles. Nicéforo y Saprício. Martirio del niño San Cirilo. Celo y martirio del Papa San Esteban. . . . . 55

CAPÍTULO XI.

Los mártires de la masa blanca. Actividad  
HISTORIA DE LA IGLESIA.—TOMO II. 25

de la persecucion en Roma. San Sixto y su diácono San Lorenzo. Mártires africanos: hermosa vision de uno de ellos: interesantes circunstancias de su triunfo. Mártires de Lambés, sus magníficas visiones acerca de las venganzas del Altísimo. Otros santos mártires. Del Papa San Dionisio. . . 71

### CAPÍTULO XII.

Desventuras de Valeriano. Venganzas de Dios. Principios de la conversion de los bárbaros. El bienaventurado Eutiques. Ulfila. El herege Pablo de Samosata: San Dionisio de Alejandría le combate. Reúnense tres Concilios en Antioquía para condenar sus errores, y en el último queda depuesto. Zenobia, reina de Palmira. Mártires bajo el imperio de Claudio el Gótico. Milagros del sacerdote San Máximo. Resurreccion de un niño. Santa Crisa y San Censorino y sus compañeros mártires. Muchísimos otros mártires. Se aduce el testimonio del Cardenal Orsi en prueba de las aseveraciones y documentos presentados por Rhorbacher acerca de la tiranía de Claudio II para con los cristianos.. . . . . 85

### CAPÍTULO XIII.

Persecucion de Aureliano. San Mamante már-



tir. San Conon y su hijo mártires. Grandioso espectáculo de la caridad de Marcelo. Emisario de Maniqueo. Doctrina y secta de los maniqueos. Disputa de Manes con el Obispo Arquelao; renuévase esta en otro lugar: por segunda vez queda vencido el herejiarca: su historia y trágico fin. Mártires en tiempo del emperador Numeriano. Muchedumbre de fieles es por los tiranos encerrada en un subterráneo mientras en él oían misa y pasa desde aquellas tinieblas á la luz de los cielos. San Eutiquiano y San Cayo, Sumos Pontífices. . . . . 101

#### CAPÍTULO XIV.

Diocleciano y Maximiano Hercúleo emperadores. Bella historia de los Santos Marco y Marceliano, Sebastian, Nicostrato, Zoe, Tranquilino, Claudio, Cromacio, Tiburcio y otros. 114

#### CAPÍTULO XV.

Martirio de la legion Tebea y de sus gefes Mauricio, Exuperio y Cándido; del soldado Victor. Otros muchos mártires. Historia del martirio de San Victor de Marsella. Martirio de los Santos Donaciano y Rogaciano. Otros muchos mártires de las Galias. Extraordinaria conversion y martirio de Ginés. Otro suceso parecido al precedente. Marti-

rio de las Santas Justa y Rufina. Son creados Césares Galerio y Constancio Cloro. Varios insignes Santos, que florecían á fines del siglo III. Concilio de Elvira. . . . . 130

#### CAPÍTULO XVI.

Varios escritores cristianos del siglo III. . . . 155

#### CAPÍTULO XVII.

Carácter de los sucesos del siglo III. . . . . 159

### SIGLO CUARTO.

#### CAPÍTULO PRIMERO.

Carácter de Galerio: da principio á la persecucion. Martirio de Nicandro y Marciano y desemejanza de sus mujeres. Conviértese en odio y persecucion la benevolencia de Diocleciano para con los fieles. Edictos de persecucion general. Martirio de San Pedro y de otros dignatarios de la corte de Diocleciano. Pérfidas tramas de Galerio. Hogueras en las calles de Nicomedia. Ciudad de Frigia convertida en cenizas. . . . . 173

CAPÍTULO II.

Bella conducta y relevantes prendas de Constancio Cloro. Martirio de San Felix. Indigno proceder de algunos sacerdotes y Obispos de Numidia. Martirios de los Santos Procopio, Alfeo y Zaqueo. Id. de San Romano y del niño Barula: heroísmo de su madre. . . . . 182

CAPÍTULO III.

Persecucion en Ancira. Martirio de siete vírgenes ancianas y de San Teodoto. . . . . 193

CAPÍTULO IV.

Fiereza de la persecucion. Bella hazaña de Dídimo, su martirio y el de la vírgen Teodora. Admirable conversion del mago Cipriano, su martirio, el de la vírgen Justina y el de Teotisto. . . . . 208

CAPÍTULO V.

Martirio de San Felix de Gerona. Id. de los Santos niños Justo y Pastor; de Santa Eulalia de Mérida: de San Zoilo y de sus compañeros: Id. de los Santos cordobeses Januario, Fausto, Marcial, Aciselo y Victoria:

De San Fermin y San Cucufate; de Santa Engracia y de sus diez y ocho compañeros. Horrible matanza de los innumerables mártires de Zaragoza . . . . .	218
--	-----

CAPÍTULO VI.

Martirio de San Vicente, diácono; id. de los santos hermanos Vicente, Sabina y Cristeta.	230
--	-----

CAPÍTULO VII.

Admirable martirio de los Santos Taraco, Probo y Andrónico. . . . .	239
---	-----

CAPÍTULO VIII.

Martirio de San Felipe Obispo de Heraclea, San Hermes y San Severo. Las Santas Agapia, Chionia é Irene. Martirios de los Santos Ireneo Obispo de Sirmio, Sereno y Polion. Mártires africanos. Santa Crispina. San Euplo. Otros mártires. Historia de la niña Ines. Varios interesantes martirios en diversos países. . . . .	256
--	-----

CAPÍTULO IX.

Forzada abdicacion de Diocleciano y Maximiano Hercúleo. Nuevos Augustos y Césares. Crueldades y bárbaras exacciones de Gale-	
--	--

rio. Asechanzas tendidas á Constantino: su fuga de Nicomedia y su reunion con su padre, á quien sucede en el imperio. Sublevacion de Majencio en Roma. Recobra la púrpura Maximiano Hercúleo. Guerra civil. Muerte del emperador Severo. Mejorase la situacion de los cristianos de Occidente. Sigue y se exacerba la persecucion en el Oriente. Martirio de Santa Julita y del niño Quírico. Id. de San Teodoro. El confesor Donato. El mártir San Apiano. . . 270

#### CAPÍTULO X.

Afrentosa expulsion de Maximiano Hercúleo. Varios martirios insignes. Castiga Dios á Urbano gobernador de la Palestina. Siguen los martirios mas notables. Vuelve á encruelcerse la persecucion. Espectáculo horroroso. Acontecimientos políticos. Felonía, nuevo encumbramiento, derrota y muerte de Maximiano Hercúleo. Continuacion de los martirios en Palestina. El monge San Apolonio y sus compañeros. . . . . 284

#### CAPÍTULO XI.

Martirio de los ilustres personajes Fileas y Filoromo. Horrible enfermedad de Galerio: su edicto en favor de los cristianos: su muerte. Cesa la persecucion en los domi-

nios de Maximino. Por muerte del emperador Alejandro se hace extensiva al África la paz de que ya gozan los cristianos. Turbulencias en Roma. Orígen y primeros pasos del cisma de los Donatistas. Renueva Maximino la persecucion. San Pedro Obispo de Alejandría: otros insignes mártires de esta ciudad; va desde el desierto á animarlos San Antonio, padre de la vida eremítica. Martirio de San Luciano. . . . . 298

## CAPÍTULO XII.

Aparicion de San Gordio en el anfiteatro. Otros mártires. Conversion de la Armenia: le declara la guerra Maximino y vuelve derrotado. Hambre y peste. Desenfrenada liviandad de Maximino. Desventuras de las emperatrices Valeria y Prisca. Retrato de Majencio: hostiliza á Constantino: recurre al Dios de los cristianos este Emperador y ve en el cielo la milagrosa cruz: se le aparece el Salvador. Derrota y muerte de Majencio. Constantino hace triunfar la cruz en Roma: sus edictos en favor del cristianismo. Conducta de Maximino. Una reflexion. . . . . 317

## CAPÍTULO XIII.

Maximino invade los estados de Licinio, quien

le vence con el auxilio del Todopoderoso: deja la púrpura y vuelve á tomarla: muere hecho blanco de las venganzas divinas. Tristísimo fin de Diocleciano. Muerte sangrienta de muchos de los principales perseguidores. Prosperidad de la Iglesia. Concilio romano para juzgar á los Donatistas. Escritores cristianos que principalmente florecieron en los primeros años de este siglo. . . . . 337

#### CAPÍTULO XIV.

Los solitarios y monges del Oriente. Ocupaciones de San Antonio en el monte. Un viaje. Un milagro. Un matrimonio santo. Funda San Ammon los monasterios de la Nitria. San Pacomio y San Palemon. Principio de los monasterios del desierto de Tabena. San Hilarion y su género de vida. Luchas. 353

#### CAPÍTULO XV.

Persecucion de Licinio. Los cuarenta mártires coronados. Heroismo de una madre cristiana. Guerra entre Licinio y Constantino: su éxito y sus consecuencias. Nuevo triunfo de la religion de Jesucristo. Constantino la protege y contribuye al descrédito y caída de la idolatría. . . . . 362

CAPÍTULO XVI.

Concilio de Arles: carta de Constantino; apelan á este Emperador los Donatistas y son condenados: prosigue la historia de estos cismáticos: seis heregías. Celebracion de varios Concilios orientales. Los cuatro grados de la penitencia pública. . . . . 373



## ERRATAS.

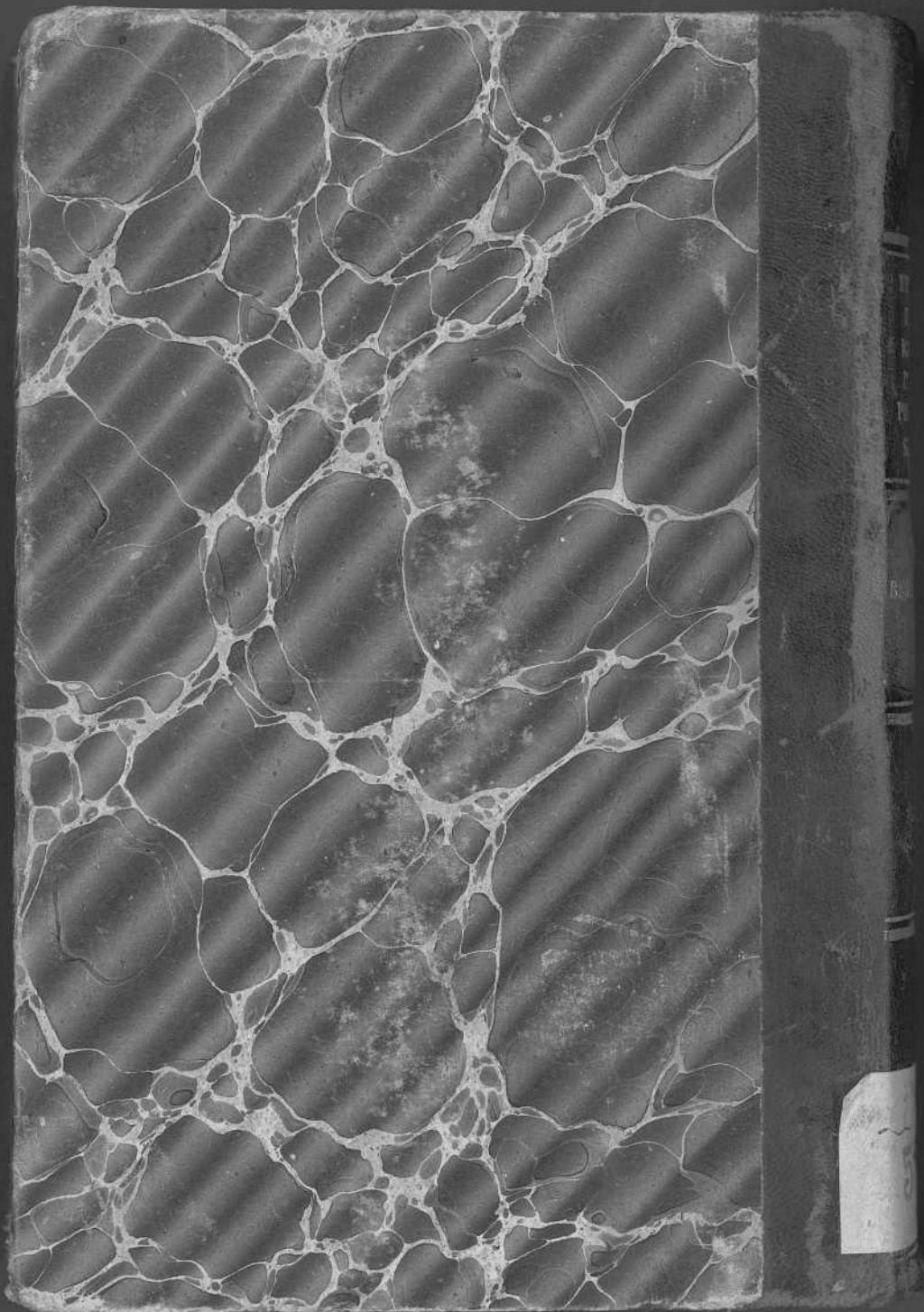
PÁG.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
9.	23.	Tribunalos . . . .	Tribunales
10.	24.	la melancolía . . .	la melancolía,
11.	8.	paro . . . . .	para
51.	24.	Oispos . . . . .	Obispos
77.	23.	consolarlos . . . .	consolarnos
78.	2.	caricioso . . . . .	cariñoso
114.	25.	Polonia . . . . .	Panonia
134.	25.	las amenazas . . .	las amenazas;
141.	19.	los lleven . . . . .	lo lleven
152.	4.	<i>et</i> . . . . .	<i>ut</i>
153.	18.	Y á la verdad que no deja . . . . .	Y á la verdad, no deja
159.	6.	Pablo Samosata .	Pablo de Samosata
200.	7.	dos venerables . .	dos venerables an- cianos
201.	21 y 22.	atadas . . . . .	atados
215.	7.	descubir . . . . .	descubrir
291.	17 y 18.	pero al fin. disipa	pero al fin disipa
345.	19.	Petersburso . . . .	Petersburgo
357.	9.	santos . . . . .	Santos
363.	7.	no perseveró . . .	ni perseveró











HISTORIA  
DE LA  
IGLESIA  
EN SUS  
PRIMEROS  
SIGLOS

BENRÍOZABAI

2

5884